CÉSAR VIDAL

ARTORIUS

NOVELA

Britannia, amenazada por la caída del Imperio romano y por el avance de los bárbaros, ve nacer la leyenda artúrica a través de la historia real del rey Artorius. A fines del siglo v d. C., el Imperio romano agonizaba a causa de su decadencia interna y las embestidas bárbaras. Cuando Roma se desplomó, no fueron pocos los que pensaron que su civilización debía ser salvada de aquellos que pretendían aniquilarla. Entre ellos, se encontraba un oficial romano llamado Lucius Artorius Castus, que en la lejana Britannia decidió mantener la ley, el orden y la justicia frente a los invasores. Sus gestas prodigiosas darían lugar, con el paso del tiempo, a las leyendas artúricas.

Artorius es la novela sobre la vida real del Arturo histórico contada por el enigmático personaje que mejor lo conoció y que en los relatos míticos siempre figuró a su lado. Pero también es una narración en la que se analizan temas eternos como el amor y la lealtad, el cumplimiento del deber y la defensa de la civilización, la magia y la fe, o la preservación de la cultura y la búsqueda de la Verdad eterna. Escrita de manera atractiva, subyugante y documentada, como corresponde al estilo literario de César Vidal, Artorius es una novela que nos conduce a las raíces del ciclo artúrico y que, al tiempo, nos recuerda que no somos tan distintos de aquellos que nos precedieron tantos siglos atrás.

César Vidal

Artorius

ePub r1.0
Titivillus 07.02.2020

Título original: *Artorius*
César Vidal, 2006

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


PRIMERA PARTE

MATER

Capítulo I

Britannia. En los albores de la Edad Oscura…

La luz es un fenómeno verdaderamente curioso. En ocasiones —y con ese fin la creó Dios— sirve para iluminarnos y permitir de esa manera que veamos lo que nos rodea. Sin embargo, en otras ocasiones, actúa de una manera muy distinta. Resulta tan poderosa, tan impresionante, tan llena de vigor que tan sólo logra cegarnos. Y entonces, de manera prodigiosa, aquello que debería ayudarnos a ver, precisamente nos lo impide. Es lo que ahora mismo sucede con la isla de Avalon. Despide una reluciente luminosidad semejante a la de una piedra preciosa tallada por un magnífico orfebre y expuesta a los limpios rayos del sol. Hasta las olas encrespadas que la rodean se ven sometidas a sus destellos rutilantes. Ese mar esmaltado de gris que tantas veces he contemplado se ha transformado en una sucesión peculiar de extrañas masas amarillas, naranjas y rojas, que se ven surcadas por transparentes tonalidades verde esmeralda. Parece como si las aguas intranquilas se hubieran transformado en una superficie de límpido zafiro semejante a la que algunos santos varones vieron desplegada ante el trono eterno e inmarcesible del Altísimo. Sin embargo, no es Dios el que reina en Avalon. Por supuesto, me consta que Su soberanía se ejerce sobre cada palmo de este mundo convulso en el que habitamos. No dudo tampoco de que Su providencia se manifiesta incluso en medio de los horrores más espantosos que podamos imaginar y sé lo que me digo porque he tenido ocasión de ver unos cuantos a lo largo de mi ya dilatada existencia. Sin embargo, allí, en Avalon, en la isla donde he de intentar hallar alivio para Artorius, reina otro ser. Se trata de la única persona que ha logrado apresar mi corazón entre sus dedos de la misma manera que un pescador diestro puede sujetar una trucha escurridiza o que un niño inocente, pero hábil se apodera de la mariposa multicolor. La recuerdo y no puedo sino sentir la dentellada inmisericorde de la memoria en el pecho y sin embargo… sin embargo, hubo una época en que me proporcionaba el aliento, la alegría, la ilusión, el deseo, verdaderamente invencible, de continuar… pero ahora… Ahora sé que me queda poco, muy poco, para cruzar una distancia mucho más profunda y decisiva, justo aquella que media entre este mundo de mortales y aquel otro en el que perduraremos en razón de lo que fue nuestra vida en éste. En ese mundo de allá —que pronto será el de acá para mí— no me encontraré con el poeta Virgilio y lo

lamento vivamente porque durante las décadas que he vivido lo admiré hasta casi rozar la devoción. Sin embargo, no es menos cierto que descansaré de mis muchas tribulaciones y recibiré el perdón definitivo y final del Único que puede otorgarlo, del Único que vivió mucho antes que nosotros y que cuando nosotros nos veamos reducidos a un simple puñadito de polvo en esta tierra, seguirá vivo.

Si vuelvo la vista hacia atrás en busca del momento en que todo comenzó, no abrigo duda alguna de que fue mucho antes de que yo viniera a este mundo. En realidad, siempre sucede así. Es cierto que somos tan ingenuos como para creer que todo empieza con nuestra vida, pero la realidad es que nuestra existencia da inicio incluso antes de que nuestros padres llegaran a engendrarnos. ¿Cuándo comenzó la mía? Quizá en el momento en que Roma se vio obligada a retirarse de Britannia porque el imperio se resquebrajaba y esta isla perdida en algún lugar de un mar norteño y frío no merecía los gastos que ocasionaba a unas arcas cada vez más exhaustas. En realidad, creo que nunca les interesamos mucho a los romanos. Cuando el gran Julio —la mente más privilegiada de Roma— llegó hasta nuestras costas sólo lo hizo para demostrar que podía vencer con facilidad a un pueblo de *barbari*[1] que se permitía la intolerable osadía de ayudar a los galos que se le oponían al otro lado del *Oceanus Britannicus*. El gran Julio efectivamente logró derrotar a nuestros antepasados a pesar de que ya entonces habíamos dominado el difícil arte de desplazarnos en barcos y utilizábamos temibles carros de guerra. No resultaron adversario suficiente para las legiones, pero Julio César no estaba dispuesto a someter a sus tropas a las condiciones propias de nuestro gélido invierno. Tras asegurarse de que ni un solo hombre de guerra saldría de aquí con destino a las Galias, se marchó. Pasaron décadas antes de que los romanos volvieran a invadir estas costas. Esta vez la expedición la impulsaba Claudio, un emperador sin gloria que deseaba labrarse un nombre en las piedras frías de la Historia y que apenas lo consiguió asentando a algunas de sus legiones en nuestro suelo.

Se quedaron pero, a diferencia de lo que había sucedido con los galos, los romanos apenas consiguieron civilizar a mis antecesores. Su lengua fue también el latín no solo para los documentos oficiales, e incluso se acostumbraron del todo a vestir y, casi casi, a pensar como romanos. La vieja Roma sabía que un imperio necesita una lengua y la implantó. Los buenos resultados son obvios todavía. Sin embargo, aún quedaron *barbari* y eran agresivos. Seguramente por eso, el emperador Adriano llegó a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era levantar un muro que librara el sur de la

isla de peores invasiones procedentes de las tribus hostiles que procedían del norte. Aquella cadena de fuertes de madera y piedra desempeñó bien sus funciones durante casi dos siglos y medio, pero, finalmente, el costo era muy elevado y el imperio demasiado débil, y los romanos comenzaron a retirarse al continente. No lo hicieron del todo, sin embargo, porque les agradaba creer que la isla seguía siendo una parte de Roma y porque, en no escasa medida, así sucedía. Lo mismo pensaban mis antepasados porque Britannia había cambiado y lo había hecho no sólo gracias a las águilas de las legiones sino también a la llegada del cristianismo.

Los *britanni* no tuvieron mucha dificultad en adaptar la antigua religión de los druidas a la traída por las legiones. Es cierto que los romanos prohibieron los sacrificios humanos que realizaban los druidas y que también rechazaron algunos ritos en el curso de los cuales los nativos de estas tierras verdes y brumosas se intoxicaban con poderosas drogas obtenidas del muérdago y de los hongos y tenían visiones. No es menos realidad que se rieron siempre de la creencia druídica en la transmigración de las almas, considerando ridículo que un ser humano pudiera convertirse en otra vida en un animal o incluso en una piedra. Sin embargo, tras aceptar todas esas modificaciones, los *britanni* no habían tenido problema en descubrir a Hércules o a Mercurio detrás de sus propios dioses a los que siguieron adorando en su lengua nativa. Fue la llegada de los primeros misioneros cristianos lo que alteró aquella situación. Se trataba de gente dura, acostumbrada a las privaciones y empeñada en predicar a un dios que se había encarnado no para seducir mujeres, como Júpiter, o para ayudar a ejércitos, como Marte. No. Se había hecho hombre para morir en una cruz en pago por los pecados de todos los hombres. Acostumbrados a oír que los emperadores eran hombres que se convertían en dioses, aquel mensaje resultó como mínimo chocante. Tanto que algunos *britanni* no dudaron en quemar vivos o en arrojar al fondo de un pantano a los que lo propalaban, convencidos de que se enfrentaban así a alguna blasfemia extraña e incomprensible, a la vez que demasiado audaz como para no resultar peligrosa.

Seguramente, los fieles de cualquier otra superstición hubieran quedado convencidos por argumentos tan poderosos como las llamas o el fango helado como para no insistir en su predicación. Sin embargo, aquellos misioneros no se dieron por vencidos. Persistieron en su labor y, seguramente, aquella perseverancia fue lo que acabó provocando un cambio en los corazones de los *britanni*. Hasta entonces, para algunos de los *britanni* el latín era la lengua de la gente educada, culta, la que tenía a su cargo el gobierno y la instrucción del

pueblo. A partir de entonces, pasó a ser también el lenguaje en el que se recogían los hechos de aquel dios extraño que había muerto voluntaria y, sobre todo, mansamente. No sólo eso. También era la lengua en la que cantaban a aquel nuevo dios, en la que realizaban los ritos sagrados y en la que introducían a sus hijos en el número de sus fieles. En menos de un siglo, aquella fe logró lo que no habían conseguido las legiones, convertir el latín en una lengua popular, aunque —todo hay que decirlo— no todos la hablaran con la misma pureza.

También sucedió algo inesperado en Britannia y es que las viejas familias comenzaron a mezclarse con los romanos. No es que no hubiera sucedido eso de vez en cuando antes, pero, por regla general, las uniones no habían pasado de ser contubernios no siempre reconocidos por la ley. Ni siquiera cuando el emperador Caracalla convirtió en ciudadanos romanos a todos los habitantes del imperio, las circunstancias cambiaron de manera sustancial, pero ahora, acudiendo a los mismos templos a orar y adorando al mismo Dios, resultó cada vez más difícil mantener las barreras existentes entre *britanni* y romanos. Al cabo de unas décadas, no faltaban los habitantes de la isla que procedían de familias romanas que se habían asentado siglos atrás en Britannia o de estirpes mezcladas en las que jóvenes pelirrojas hablaban en las dos lenguas o jóvenes rubios lamentaban que las águilas de las legiones pudieran abandonar la tierra de sus antepasados. Yo venía de una de esas familias. Digo de una y no de dos, porque nunca se supo a ciencia cierta quién era mi padre.

Sé —a fondo se han ocupado de que lo sepa— que no pocos afirman ahora que fui engendrado por un íncubo, uno de esos demonios que descargan su lascivia antinatural sobre las mujeres y que incluso, en algunos casos, pueden tener hijos. No se trata sino de una calumnia que —lo reconozco— empezó a circular incluso cuando yo no podía articular palabra, pero que mis enemigos han ido propalando después a medida que mi nombre —en contra de mi voluntad— se hizo conocido. Pero para entender hasta qué punto rezuman maldad esas versiones de mi nacimiento basta con recordar a mi madre.

«Tu maior; tibi me est aequum parere…». *Tú eres mayor y por lo tanto es justo que te obedezca. Eso decía en una de sus* Bucólicas *ese Virgilio al que*

no me encontraré en el cielo. Pero, a pesar de su paganismo, el viejo poeta tenía razón. Una sociedad se sustenta sobre la base de apoyarse en la experiencia y el saber de los que vivieron antes. Fue esa conducta la que permitió sobrevivir a Roma durante siglos porque creían en la necesidad de respetar las mores maiorum*, las costumbres de los mayores, y si existe algo especialmente dañino en el comportamiento de los* barbari *es su ansiosa lucha por erradicar todo lo que nos enseñaron y por edificar un nuevo mundo sobre las ruinas del antiguo. Se creen sabios y superiores, pero, en realidad, su comportamiento es tan necio como el de una cuadrilla de albañiles que, en lugar de ir colocando una fila de piedras o ladrillos sobre la ya colocada, se empeñaran en derruirla por completo antes de situar la nueva. Esfuerzo perdido, soberbia supina, estupidez profunda, porque escuchar a los mayores, aburrido o sugestivo, es una de las condiciones para evitar que nuestro mundo se hunda. Sólo un barbari*[2] *se negaría, por necedad o egoísmo, a verlo*.

Capítulo II

Britannia, a inicios del s. V

No tengo la sensación de haberme preguntado en los primeros tiempos de mi vida por qué no tenía padre. A decir verdad, creo que me parecía normal que así fuera. Yo no crecí viendo a hombres y a mujeres juntos como sucede con el común de los mortales. Vivía con mi madre en el lugar que la iglesia del apóstol Pedro había destinado a morada de viudas y vírgenes. Se trataba de mujeres que, siguiendo el consejo de otro apóstol, el que cambió su nombre de Saulo por el de Pablo, al no tener quién se ocupara de ellas habían decidido entregar su vida al Señor. Eran buenas hijas de Eva, que lo mismo limpiaban las dependencias del templo —demasiado pequeñas como para requerir mucha atención— que se ocupaban de prestar alguna ayuda a los indigentes que llegaban hasta las puertas de la iglesia. Entre tantas mujeres no había un solo hombre. Ocasionalmente, recuerdo haber visto a uno ataviado con hábitos talares, pero su imagen me resulta distante y apenas me trae remembranzas como la de una caricia de pasada o una sonrisa que me pareció entonces —¿lo era en realidad?— severa. Aquel hombre casi evanescente y algún niño de los que se acercaban hasta la iglesia fue toda la presencia varonil con la que me topé durante mis primeros años. No puedo decir que me encontrara incómodo. A decir verdad, tengo la sensación de que me sentía muy feliz siendo el único hombre en medio de aquellas mujeres. ¿Por qué iba a echar de menos a un padre? En realidad, ¿hubiera sabido responder a la pregunta de qué era un padre? Con certeza, no.

En ocasiones, un olor, un color, un sabor me transportan a aquellos primeros días de mi vida. Se despiertan entonces sensaciones dotadas de un enorme vigor. Desde mi corazón suben, con una rapidez inusitada, el brillo metálico del agua todavía sin secar en el suelo de la iglesia, el aroma pesado de los cirios amarillos regalo de algún *eques*[3], incluso la textura del pan crujiente con manteca dorada que me llevaba a la boca y que devoraba en dos bocados. Sí, todo aquello me invade y por un instante me parece que nada ha sucedido, que nada ha pasado, que nada ha acontecido y que, de manera suave y hermosa, he regresado a una época tranquila en la que la salida del sol anunciaba el plácido inicio de una jornada dichosa y su caída era el signo precursor de un descanso rezumante de sueños gratos. Se trataba de la era en que todos los alimentos sabían bien, todas las horas eran hermosas y todos los

lugares —salvo, excepcionalmente, los oscuros— resultaban entrañables y preñados de incitantes atracciones. En aquel entonces comenzaba a descubrir el mundo. También en aquel entonces fue cuando vi a los primeros hombres que me impresionaron.

Me entretenía en subir y bajar una y otra vez los tres o cuatro escalones que llevaban hasta la iglesia cuando reparé en ellos. Atraparon mi atención por el motivo de que iban a caballo. Por supuesto, ya había visto antes aquel animal —en contadas ocasiones, pero lo había visto— no obstante, no dejaba de llamarme poderosamente la atención. Los que los montaban iban ataviados con unas capas largas y pardas. Seguramente, sólo pretendían protegerse del viento con aquellas modestas prendas, pero a mí me parecieron un extraordinario despliegue de inusitado lujo. Tan inusitado como el uso de unas espadas largas y relucientes que colgaban de sus caderas golpeando suavemente los flancos de sus monturas. ¡Y además llevaban cascos! Sé que todo esto carece, en realidad, de importancia. Sin embargo, en aquella época esa visión de dos *equites* no resultó para mi menos prodigiosa de lo que hubiera sido el descenso de dos ángeles procedentes del mismo cielo.

El rítmico sonido de los cascos se detuvo a unos pasos apenas del lugar que yo subía y bajaba con enorme entusiasmo. Pero yo fingí que no me llamaban la atención y seguí ocupado en los escalones de piedra escasamente pulida, limitándome a mirar de reojo a los recién llegados. Tuvieron que dirigirse a mí de manera expresa para que les prestara una atención visible. Fue uno de ellos, de piel rojiza y barba hirsuta, el que pronunció el nombre de mi madre y me ordenó que fuera a buscarla.

La encontré a escasa distancia, lavando con otras mujeres en un riachuelo retorcido que discurría cercano a la iglesia. Recuerdo que una sombrecilla que no comprendí entonces se posó sobre su frente y que, por un instante fugaz, inclinó la cabeza sobre el pecho. Luego respiró hondo, pidió a una de las otras mujeres, una viuda, que la acompañara y emprendió el camino hacia el lugar sagrado.

Las seguí durante unos pasos, pero cuando estábamos a escasa distancia de los jinetes, la anciana se volvió y me ordenó con términos nada equívocos que me quedara donde estaba. Obedecí —no se me hubiera ocurrido hacer algo distinto, a decir verdad— y sólo pude contemplar la escena de lejos. No duró mucho. Sin descender de sus cansinos animales, los hombres dijeron algunas palabras a mi madre. Parece que aún estoy viendo cómo, por un instante, se quedó inmóvil, mirándolos, como si los escuchara, aunque yo

hubiera asegurado que nada decían. Luego inclinó por un instante la cabeza, volvió a erguirla y se encaminó hacia la iglesia del apóstol Pedro.

El ver cómo se distanciaba de los recién llegados me impulsó a correr hacia ella. Tenía yo las piernas cortas entonces —no las he tenido largas después. A decir verdad, me da la sensación de que esa característica provoca que mi cuerpo no sea del todo proporcionado— y tardé un poco en alcanzarla. Cuando, por fin, lo conseguí, pude ver que estaba metiendo en un atado algunas prendas modestas con la ayuda de aquella mujer que la había acompañado. Por cierto, cuando intenté acercarme a mi madre, volvió a interponerse, pero ahora no estaba dispuesto a dejar que consiguiera sus propósitos. Con un movimiento rápido, la burlé y llegué hasta el lugar donde se encontraba la que me había dado el ser. Valiéndome de un gesto decidido que había repetido en multitud de ocasiones, la agarré de la falda y tiré de ella. Pero esta vez mi madre no respondió. Siguió guardando cosas como si no hubiera advertido mi presencia. Quizá hubiera seguido sin hacerme caso de no ser porque la anciana me cogió del brazo arrancándome un grito de dolor.

—Déjalo —dijo mi madre volviéndose.

Me parece estar contemplando ahora mismo su rostro. Era blanco, muy blanco, con algunos toques rosados en los pómulos. Sobre aquella cara que se me antojaba extraordinariamente suave y sedosa destacaban unos ojos ovalados de un color suavemente castaño. Entonces, por primera vez sin duda, vi cómo estaban cuajados de lágrimas. Ni una sola —¡ni una!— lograba sobrepasar la barrera de sus pestañas largas y negras. He visto luego a muchos niños —demasiados— reaccionar ante las madres que lloran. En ocasiones, se dejan arrastrar por aquella expresión de dolor que quizá no entienden, pero que temen. En otras quedan paralizados como si acabaran de golpearlos en la cabeza privándoles de la posibilidad de reacción. Finalmente, los hay que intentan consolar a su madre, quizá porque así se consuelan a sí mismos. Yo simplemente me acerqué a mi madre, le cogí la mano y mirando a aquellas pupilas que pugnaban por no verse desbordadas, dije:

—Mamá, no te preocupes. No te va a pasar nada.

La anciana intentó reprimir un sollozo que sonó casi como un resoplido. Mi madre apretó los labios finos y blanquecinos, contrajo levemente los ojos y se inclinó hasta colocar su mirada a la altura de la mía.

—Hijo… —comenzó a decir.

—Mamá —insistí impulsado por una extraña sensación de seguridad que me embargaba desde la raíz del cabello a las plantas de los pies—. Estate tranquila. Todo va a salir bien.

Parpadeó con un gesto que me pareció de desorientación. Entonces no lo entendí, pero creo que deseaba saber. Y muchas cosas, por añadidura. Primero, lo que yo podía conocer de lo que estaba sucediendo y, segundo y más importante, a qué se debía mi extraña seguridad. Durante unos segundos, intentó desentrañar algo que yo mismo no comprendía ni hubiera podido explicar. Luego se inclinó sobre mi rostro, me dio un beso, me abrazó y se puso en pie.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —dijo a la anciana.

—Sí… sí, claro… pierde cuidado… —respondió la mujer.

Luego se volvió hacia mí, sé, esforzó por sonreír y dijo:

—Sé bueno.

Contemplé cómo abandonaba el hogar que la iglesia del apóstol Pedro destinaba a las viudas y a las vírgenes, y se acercaba a los jinetes.

Se pusieron en camino enseguida. Mi madre marchaba a pie precedida por uno de los guerreros y seguida por el otro. Imagino que aquella disposición se debía al deseo de evitar una baga. Pero ¿adónde hubiera podido escapar una mujer en medio de aquella tierra? Sin duda, antes de que hubiera pasado un solo día la habrían capturado con facilidad.

Observé cómo no tardaban en perderse al otro lado de la cuesta, una cuesta blanda sobre la que caían mortecinos los rayos de un sol blancuzco y perezoso. Apenas habían desaparecido cuando sentí cómo la anciana me cogía de la mano y tiraba suavemente de mí.

—¿Qué van a hacerle a mi madre? —pregunté a la espera de que pudiera arrojar algo de luz sobre lo que acababa de suceder.

Sin duda, la mujer deseaba inspirarme tranquilidad, pero sólo pude ver en ella a un ser aterrado que, a duras penas, evitaba el prorrumpir en sollozos.

—Nada… nada… Sobre todo tú no te preocupes… —respondió trémula en un tono que constituía una invitación directa a caer en la desazón más intensa.

—No estoy preocupado —respondí—. A mi madre no le va a pasar nada.

—No… nada… —musitó mordiéndose los labios, como si así pudiera evitar que brotara algún comentario no pertinente.

El resto del día se me hizo eterno. Durante las horas siguientes, aquella buena mujer se esforzó por que comiera bien, por que descansara bien, incluso por que caminara bien. Lo único que consiguió fue que sintiera su presencia continua como una piedra pesada colocada sobre mi pecho infantil. Logré darle esquinazo en medio de los rezos sosegados y monocordes de la tarde dormilona. Se encontraba tan sumida en la asfixiante congoja que ni

siquiera reparó en que salía de la iglesia sumida en la penumbra mientras desgranaba con los labios preces repetidas infinidad de ocasiones.

Cuando llegué a la pétrea puerta del templo, los árboles parecían gigantes oscuros de un color verdinegruzco preparados para caer sobre cualquier desprevenida presa que les resultara apetecible. Pero yo no los temía o —lo que era mucho más importante— no estaba dispuesto a temerlos. Subí lentamente el inicio pelado de la cuesta que, serpenteante, conducía al campo abierto. Lo hice así para impedir que nadie pudiera escucharme y salir en mi busca, y mientras enhebraba un paso con otro en aquella trabajosa ascensión, comencé una plegaria infantil.

No podría recordar con exactitud lo que le dije al Altísimo en aquella ocasión. Sin embargo, sé que no utilicé fórmulas litúrgicas, ni palabras escogidas ni términos sacerdotales. No.

En absoluto. Fue una conversación con un Ser al que nunca había contemplado, pero del que sabía que se encontraba en algún lugar situado más allá de las sombras agobiantes de los pesados árboles. Estaba convencido de que si aquellas ramas nudosas intentaban apoderarse de mí con la intención de que sus troncos negros me devoraran o sus raíces retorcidas y añosas se alimentaran, Él haría acto de presencia. Pero no fue necesario que interviniera porque aquellos postes cuajados de hojas multiformes se limitaron a susurrar canciones desconocidas aprovechando el viento frío que se estaba levantando.

Cuando, casi sin aliento, alcancé la cima chata de la cuesta retorcida, volví la mirada y contemplé satisfecho que nadie había abandonado la iglesia diminuta que parecía dormitar bajo el sonido suave de las plegarias monótonas. Con seguridad, no se habían percatado de mi ausencia. Entonces, sin dejar de hablar con Él, caminé un centenar de pasos más y me adentré por una senda angosta que se dibujaba a la derecha. Sabía que no existía la menor posibilidad de que me encontraran, porque sólo un niño habría podido captar aquel camino cubierto por las hojas. A decir verdad, ni siquiera los animales del bosque hubieran dado con él.

No tardé en distinguir, en medio de aquella ausencia casi total de luz, mi escondrijo. Se trataba de un árbol cuyo tronco tenía una hendidura longitudinal suficiente como para permitir la entrada de una criatura de mi edad. El cómo se produjo aquella herida es algo que nunca supe. Sí era consciente de que no se había traducido en su muerte. Por el contrario, aparte de aquella oquedad quebrada, el árbol parecía gozar de una extraordinaria salud. Me senté en el cóncavo interior, me abracé las piernas, coloqué la barbilla sobre las rodillas y continué mi oración. Deseaba, por supuesto, que

mi madre no sufriera, pero, por encima de todo, ansiaba que regresara a mi lado. Sí, quería que volviera y que lo hiciera cuanto antes y mientras musitaba aquel anhelo, el sueño se apoderó de mí.

Me desperté tan descansado como si hubiera dormido a pierna suelta hasta el mediodía. Pero no podía haber pasado mucho tiempo. De hecho, me rodeaba la negrura más absoluta, una oscuridad espesa tan sólo aliviada por unas hebras plateadas de luz procedentes de la fría luna. Parpadeé intentando ver mejor, pero, como era de esperar, no lo conseguí. Apoyé las manos en el suelo e intenté levantarme. No fue fácil. Tenía los miembros entumecidos y las piernas se me habían dormido provocándome un incómodo hormigueo. Recordé los consejos de mi madre y, tras llevarme los dedos a la boca para mojarlos, hice una crucecita de saliva detrás de mis rodillas. Tardó unos instantes en surtir efecto, pero, poco a poco, la sensación desagradable desapareció y pude ponerme en pie sin sentir dolor ni molestia.

Una nube de gelidez descendió sobre mí nada más abandonar el interior del árbol. Hacía frío, tanto frío que, por un instante, se me cortó la respiración y tuve que boquear y frotarme los brazos. Pero duró poco. Se extinguió, a decir verdad, en cuanto di unos pasos y desanduve la senda que conducía al camino principal. Las únicas señales de vida que pude captar fueron el sonido emitido por alguna ave nocturna en busca de sus presas habituales y la presencia errática de volátiles luciérnagas. Y así, solo por completo, paseé la mirada en busca del lugar más adecuado para esperar a mi madre.

Lo hallé bajo un olmo frondoso. Descansaba el copudo árbol sobre un suave promontorio como si el bosque entero, reunido en arbórea asamblea, le hubiera encomendado la tarea de vigilar la llegada no deseada de cualquier enemigo. A su pie tomé asiento y, clavando el mentón en el pecho con la intención de evitar que se escapara el escaso calor que me quedaba en el cuerpo, comencé a vigilar la senda sinuosa por la que —estaba convencido— aparecería mi madre ya totalmente a salvo. Y así comenzó un lento discurrir del tiempo que se vio pespunteado por la lluvia fina que poco faltó para que me calara hasta los huesos, por un viento racheado aún peor que me hizo tiritar con una fuerza que no pude controlar y por el paso casi imperceptible del agua a la nieve.

En un instante apenas, la visión del camino se convirtió en imposible. En un momento más, todo quedó pintado de una tonalidad hirientemente blanca que pareció haber transformado todo lo que se extendía ante la vista en un sudario inmaculadamente albo. Y entonces… entonces vi a lo lejos una nubecilla diminuta, escuálida, casi imperceptible. Se trataba además de algo

que subía y bajaba, que aparecía y desaparecía a cada momento, que no surgía, a decir verdad, del cielo sino de la tierra. Y es que, en realidad, no se trataba de una nubecilla. Era el aliento que salía de la boca de mi madre.

Me desperté tan descansado como si hubiera dormido a pierna suelta hasta el mediodía. Pero no podía haber pasado mucho tiempo. De hecho, me rodeaba la negrura más absoluta, una oscuridad espesa tan sólo aliviada por unas hebras plateadas de luz procedentes de la fría luna. Parpadeé intentando ver mejor, pero, como era de esperar, no lo conseguí. Apoyé las manos en el suelo e intenté levantarme. No fue fácil. Tenía los miembros entumecidos y las piernas se me habían dormido provocándome un incómodo hormigueo. Recordé los consejos de mi madre y, tras llevarme los dedos a la boca para mojarlos, hice una crucecita de saliva detrás de mis rodillas. Tardó unos instantes en surtir efecto, pero, poco a poco, la sensación desagradable desapareció y pude ponerme en pie sin sentir dolor ni molestia.

Una nube de gelidez descendió sobre mí nada más abandonar el interior del árbol. Hacía frío, tanto frío que, por un instante, se me cortó la respiración y tuve que boquear y frotarme los brazos. Pero duró poco. Se extinguió, a decir verdad, en cuanto di unos pasos y desanduve la senda que conducía al camino principal. Las únicas señales de vida que pude captar fueron el sonido emitido por alguna ave nocturna en busca de sus presas habituales y la presencia errática de volátiles luciérnagas. Y así, solo por completo, paseé la mirada en busca del lugar más adecuado para esperar a mi madre.

Lo hallé bajo un olmo frondoso. Descansaba el copudo árbol sobre un suave promontorio como si el bosque entero, reunido en arbórea asamblea, le hubiera encomendado la tarea de vigilar la llegada no deseada de cualquier enemigo. A su pie tomé asiento y, clavando el mentón en el pecho con la intención de evitar que se escapara el escaso calor que me quedaba en el cuerpo, comencé a vigilar la senda sinuosa por la que —estaba convencido— aparecería mi madre ya totalmente a salvo. Y así comenzó un lento discurrir del tiempo que se vio pespunteado por la lluvia fina que poco faltó para que me calara hasta los huesos, por un viento racheado aún peor que me hizo tiritar con una fuerza que no pude controlar y por el paso casi imperceptible del agua a la nieve.

En un instante apenas, la visión del camino se convirtió en imposible. En un momento más, todo quedó pintado de una tonalidad hirientemente blanca que pareció haber transformado todo lo que se extendía ante la vista en un sudario inmaculadamente albo. Y entonces… entonces vi a lo lejos una nubecilla diminuta, escuálida, casi imperceptible. Se trataba además de algo

que subía y bajaba, que aparecía y desaparecía a cada momento, que no surgía, a decir verdad, del cielo sino de la tierra. Y es que, en realidad, no se trataba de una nubecilla. Era el aliento que salía de la boca de mi madre.

«Trahit sua quemque voluptas…». *Sí, como decía mi admirado Virgilio, cada uno es arrastrado por su propio deseo. Es algo que nace de nosotros, pero que puede convertirse en una fuerza externa que tira de cada uno de nuestros actos como si se tratara de un amo despiadado y tiránico. Sé que algunos consideran que la mejor forma de comportarse ente nuestra propia voluptuosidad es rendirse, capitular, entregarse. Pero ése es el comportamiento propio de las bestias, esas criaturas que también salieron de la mano del Creador, pero que no cuentan con la razón para gobernar la nave de sus existencias. De nosotros, a pesar de ser mortales, debería esperarse que actuáramos de acuerdo con principios superiores. Nos comportaríamos así de la misma manera que hacemos con el fuego. Le consentiríamos que nos caldeara extinguiendo el frío de nuestros corazones o que nos ayudara a calentar los alimentos que han de nutrirnos. Pero, jamás, dejaríamos que nos queme hasta el punto de devorarnos convirtiendo una existencia que podría ser útil en un simple montoncito de cenizas.*

Capítulo III

El buen libro narra la historia de un rey sabio llamado Salomón. Al parecer, el monarca en cuestión no sólo era un hombre que poseía ingentes conocimientos. No. En realidad, es que no existía persona tan sabia como él. De hecho, hasta Jerusalén llegaban gentes de todo el orbe deseosas de poder hablar con Salomón o, al menos, de asistir a alguna manifestación de su inmensa sapiencia. Así fue durante años hasta que su corazón quedó prendido por las ligaduras poderosas del amor. En sí, un acontecimiento de ese tipo no es malo, pero las esposas —porque fueron varias— que compartieron el lecho con él eran paganas. Adoraban imágenes de piedra y madera, y no al único Dios verdadero, y pusieron empeño —mucho o poco, no lo sé— en arrastrar a Salomón a rendir también culto a sus falsedades. Lo acabaron consiguiendo y así, el hombre más sabio se transformó en un verdadero necio. Cuando yo nací, las tierras de Britannia atravesaban por una situación muy similar.

Unas cuatro décadas antes de mi nacimiento, el emperador de Roma había decidido no enviar más refuerzos a Britannia. Aquella decisión fue una desgracia, pero aún peor resultó que escotos y pictos comenzaran a rebasar los restos del muro que había levantado el emperador Adriano y a asolar todas las tierras. Y como las desdichas nunca vienen solas, en cuanto que corrió la voz de que los invasores del norte no tenían el menor problema en saquear, matar y violar, comenzaron a llegar a las costas de Britannia otros *barbari* que procedían del lugar donde nace el sol. Sin embargo, a pesar de que el emperador había dejado de preocuparse de nosotros, los *britanni*[4] no perdieron la esperanza de que Roma siguiera haciéndose presente como había acontecido en el pasado. Continuaron así manteniendo sus *castra*[5], sus tribunales y su lengua. Incluso el ejército siguió siendo un ejército romano aunque no pudiera contar con refuerzos procedentes del otro lado del *Oceanus Britannicus*. Como jefe de aquellas fuerzas, los *britanni* decidieron elegir en calidad de *Regissímus Britanniarum* a un descendiente de romanos llamado Constantino e incluso le buscaron una esposa procedente de una familia romana. Dios bendijo aquella unión y a la pareja regia le nacieron hijos a los que dieron los nombres de Constante y Aurelius Ambrosius. Constantino captó inmediatamente que Constante no tenía el temple suficiente para convertirse en su sucesor y decidió convertirlo en clérigo. Lo envió así a la iglesia de Anfíbalo, en Wintonia, con la esperanza de que se convirtiera en monje. Dado que Aurelius Ambrosius era un niño, encomendó su educación

al arzobispo Wetelino. Este clérigo se había ocupado de la formación de la esposa de Constantino y por ello éste confiaba en que sabría formar sobradamente al niño como sucesor ideal. Difícilmente, hubiera podido ser más sensato el plan… pero la sensatez no garantiza —por desgracia— el éxito.

Constantino llevaba desempeñando el cargo de *Regissimus Britanniarum*[6] más de una década cuando hasta su puesto de mando llegó un picto con el propósito de hablar con él. Nunca ha quedado establecido lo que deseaba realmente ni lo que dijo al *Regissimus* para que éste se reuniera en secreto con él. Sé que algunos dicen que lo consiguió alegando que los *barbari* del norte estaban dispuestos a concluir la paz con los *britanni*. No he conseguido comprobarlo, pero si ése fue el caso, desde luego, mintió a Constantino. De hecho, lo condujo a un bosque donde, supuestamente, se hallarían a salvo de miradas indiscretas y oídos curiosos, y allí, en la espesura, lo acuchilló hasta que el alma se le salió por la boca.

Los *britanni* contamos con virtudes, pero no se puede negar que, en ocasiones, nos comportamos de manera profundamente estúpida. Aquella muerte debería haber unido a todos frente a tan cruel amenaza. Sucedió exactamente lo contrario. Los más poderosos decidieron apoderarse de la voluntad de Aurelius Ambrosius que todavía era un niño, deseosos de empinarse sobre el puesto ahora vacante de *Regissimus*. Y mientras rivalizaban entre sí, uno de los notables más grises, Vortegirn, el jefe de los gewiseos, decidió viajar a Wintonia.

En apariencia, Vortegirn sólo pretendía comunicar al monje Constante la muerte de su padre el *Regissimus* y *los* otros notables se sintieron muy contentos al contemplar cómo se alejaba y les dejaba, en apariencia, el camino despejado hacia el poder. Sin embargo, Vortegirn era mucho más astuto que ellos. Tras manifestar sus condolencias a Constante, comenzó a decirle que nadie como él podría suceder a su padre:

—«¿Quién posee tu instrucción? No será ese arrapiezo de tu hermano…», se cuenta que le dijo, e incluso le convenció de que podría abandonar perfectamente el estado monástico para asumir el mando.

Si el obispo Wetelino hubiera vivido, seguramente se hubiera opuesto a toda aquella farsa, pero, muerto él, ninguno de los obispos tuvo el valor suficiente para impedirla. No estaban a favor de ella. No la apoyaban. Jamás la hubieran respaldado. Manifestaron incluso que no respaldarían al monje Constante como nuevo *Regissimus*. Pero lo cierto es que cuando Vortegirn llegó a Londinium y proclamó como tal a Constante, no se enfrentaron con

aquella terrible maldad. Se cumplió así uno de los principios elementales que explican no el mal —que se origina en nuestra naturaleza pecaminosa, como todo el mundo sabe— pero sí su avance. Los que sabían distinguir el bien del mal, no se tomaron la molestia —o no tuvieron arrestos suficientes— de enfrentarse frontalmente con él. Como Vortegirn era más valiente y, desde luego, mucho más audaz, no dudó en apoyar a Constante y así el joven llegó a ser algo que nunca debió: *Regissimus Britanniarum*.

Se convirtió en *Regissimus…* sí, en *Regissimus* se convirtió, pero no rigió. Lo cierto es que Vortegirn apenas tardó en tener las riendas del poder de Britannia en sus manos. A fin de cuentas —como había sabido ver el fallecido Constantino— Constante carecía de cualidades para gobernar y los años pasados en el monasterio no habían contribuido precisamente a otorgárselas. Debo reconocer que Vortegirn supo actuar con notable astucia. No se le pasó por la cabeza proclamarse *Regissimus*, usurpar el cargo o asesinar a Constante. No, ni mucho menos. Se limitó, por el contrario, a ir dando pasos que le aseguraron un absoluto dominio. Primero, logró —sin dificultad alguna — que se le concediera la custodia de los caudales del gobierno. Luego consiguió el mando de las distintas guarniciones alegando que existían rumores de nuevas invasiones bárbaras. Finalmente, convenció a Constante de que formara un cuerpo de seguridad compuesto por hombres que no eran *britanni* alegando que así se habían comportado los emperadores de Roma durante los siglos anteriores. Así fue como nació la guardia picta del *Regissimus Britanniarum* y así fue también como se abrió el camino que conduciría a su perdición.

Los pictos, como era de esperar, no se consideraban *britanni*, ni tampoco deseaban que Roma volviera sus ojos hacia la isla. Por lo tanto, la única lealtad que cabía esperar de ellos era la que se adquiere con un pago continuado de oro. Pero Constante no lo sabía y aunque lo hubiera sabido, no habría podido evitarlo porque los tesoros estaban bajo el control de Vortegirn. Al fin y a la postre, una noche, los pictos irrumpieron en su dormitorio y Constante tuvo el mismo fin que su desdichado padre.

Por supuesto, hubo gente que vio detrás de aquel crimen la mano de Vortegirn y sus sospechas no quedaron apaciguadas porque ordenara la ejecución de los pictos que habían asesinado a Constante. Sin embargo, a pesar de todo, no existía maniera de demostrar que hubiera impulsado la muerte y tampoco nadie se atrevió a impedir que ocupara el cargo ahora libre. A decir verdad, ¿quién lo hubiera hecho si sus manos aferraban la bolsa y la espada? y, aunque alguien hubiera decidido acusarlo ¿quién hubiera

escuchado? Seguíamos siendo Roma, pero nuestros tribunales, nuestros recaudadores de impuestos, nuestros *milites* eran *britanni* en su casi totalidad, y no teníamos a quien apelar para que nos librara de comportamientos que podían derivar hacia el despotismo. Con muy buen criterio, los ayos de Aurelius Ambrosius, que seguía siendo un niño, huyeron con él a Armórica, donde Budicio, su señor, le proporcionó refugio.

Seguramente, Vortegirn esperaba un disfrute plácido del poder, pero las circunstancias se sucedieron de manera bien diferente. De entrada, los pictos no se sintieron muy felices al saber que sus compatriotas habían recibido la muerte a manos de los *britanni* y comenzaron a realizar incursiones en la frontera en las que, como mínimo, arrasaban todo lo que hallaban a su paso. Vortegirn intentó, por supuesto, poner coto a aquellos desastres, pero no lo consiguió. Más bien fue llegando a la conclusión de Tac sus huestes podían ser útiles para ayudarle a intimidar a los *britanni*, pero no para proteger al país de los ataques *barbari*. Por si fuera poco, veía cómo pasaban los años y no sólo no le llegaba noticia alguna de la muerte de Aurelius Ambrosius, sino que por añadidura era consciente de que iba creciendo y, en cualquier momento, podría regresar, quizá incluso con el respaldo del propio emperador de Roma, para intentar arrebatarle el poder. Así, a la desazón que le causaban las noticias que le llegaban por el día se sumó la imposibilidad de conciliar el sueño por la noche. Y entonces, como si tanta amargura no resultara bastante, llegaron a Cantia tres navíos repletos de *barbari* mandados por dos hermanos que se llamaban Horsa y Hengist.

Vortegirn se hallaba en Dorobernia cuando tuvo lugar el desembarco y, con el miedo en el alma, se encaminó hacia el lugar donde se encontraban los invasores. Ni Horsa ni Hengist ocultaron que eran paganos y que creían en Wotan, un dios falso similar al Mercurio de los antiguos romanos. Sin embargo, Vortegirn no pensó en expulsarlos de Britannia, sino que incluso concibió la idea de utilizar a los recién llegados contra los pictos y contra un posible retorno de las legiones romanas. Conscientes de que eran afortunados, Horsa y Hengist se sumaron al ejército del *Regissimus* y cruzaron el río Humber. Las crónicas afirman que la batalla fue encarnizada y que, al final, tras mucho esfuerzo, los pictos fueron derrotados y no tuvieron otro remedio que retirarse. La verdad es que los *barbari* se percataron de que los enemigos que les salían al paso eran demasiado poderosos y optaron por regresar a sus hogares para disfrutar de los expolios que habían ocasionado. El origen de las leyendas floridas sobre la terrible batalla se originó en Vortegirn. A esas alturas, ya estaba demasiado vinculado a los invasores que procedían del otro

lado del mar y ahora se veía obligado a entregarles para que no sometieran a *los britanni* a nuevas exacciones. Para cubrir que sólo era un cobarde que en lugar de combatir a los invasores había decidido apaciguarlos, difundió la historia de que habían sido unos aliados valiosísimos frente a un enemigo peligroso. Ninguno de los dos extremos era cierto, pero ¿quién se hubiera atrevido a desmentir al déspota?

Naturalmente, Hengist captó fácilmente la debilidad de Vortegirn y semejante circunstancia no le inspiró compasión. Por el contrario, azuzó su codicia y le dio la seguridad de que podría obtener lo que deseara del *Regissimus Britanniarum*. Así, obtuvo de Vortegirn permiso para traer a más hombres de una tierra lejana llamada Sajonia y cuando aquellos recién llegados aparecieron en las costas, Hengist volvió a dirigirse al *Regissimus*. Ahora le pidió tierras y castillos para los sajones y Vortegirn comprendió que su situación era mucho peor que cuando Hengist y su hermano habían llegado a las costas de Britannia. Le dijo entonces que el hecho de que fueran paganos y extranjeros le impedía concederles esas mercedes.

Hengist fingió apenarse enormemente, pero no tardó en decir con el gesto más humilde que se conformaría con que le diera el terreno que se pudiera abarcar con una correa. Si Vortegirn hubiera conocido a mi admirado poeta Virgilio —al que, desgraciadamente, temo que no me encontraré en el cielo— se hubiera opuesto a la propuesta del astuto sajón. Sin embargo, no sólo desconocía la *Eneida* sino que además se dejó engañar por aquella súplica que le pareció modesta. Fue un grave error. Hengist echó mano de una piel de toro y practicó en ella el corte más fino hasta convertirla en una delgada y larguísima correa. Con aquella tira rodeó un lugar escarpado y rocoso, en el que erigió un castillo. Aquel lugar recibió el nombre de Castrum Corrigiae o campamento de la correa, una denominación ciertamente adecuada. Todo lo anterior —la llegada de los extranjeros, la concesión de mercedes, su ulterior crecimiento— constituía de por sí una desgracia no escasa, pero sólo se trataba del preámbulo de la mayor desdicha.

Entre los recién llegados desde Sajonia, se encontraba una mujer llamada Ronwen que era hija de Hengist. El pagano comprendió que si aquella muchacha se hacía con el corazón de Vortegirn, pronto toda Britannia quedaría sometida de manera que se esforzó para lograr que se produjera semejante eventualidad. Un día, cuando Vortegirn celebraba un banquete, apareció Ronwen con una copa de oro en las manos. Caminó entre los presentes arrancando de todos los rostros miradas de admiración y deseo, y,

finalmente, llegó a la altura del *Regissimus*. Entonces, se hincó de hinojos ante él y le dijo:

—*Lauerd king, wasseil*.

Vortegirn desconocía la lengua de los sajones y, seguramente, no tenía el menor deseo de aprenderla, pero la visión de la mujer ya había causado su efecto en lo más profundo de su corazón y se apresuró a ordenar a su intérprete que le tradujera aquellas palabras. El hombre se apresuró a decir a Vortegirn que la muchacha le había llamado «señor rey» y que había brindado a su salud. Lo que correspondía hacer ahora era responder pronunciando la palabra «*Drincheil*».

Vortegirn se sintió muy halagado, en parte, porque en lo más profundo de su corazón ansiaba convertirse en un *rex*[7], como los que tenían los *barbari*, totalmente independiente de Roma y situado por encima de un *Regissimus* por muy autónoma que pudiera ser su conducta. Por añadidura, la mujer le agradaba hasta el último palmo de su ser. Así que no dudó un instante en seguir el consejo del traductor. Pronunció la palabra sajona, ordenó a Ronwen que bebiese y luego, tras tomar la copa de sus manos, la besó y bebió a su vez. Por supuesto, Vortegirn no lo sabía, pero con su comportamiento acababa de inaugurar una costumbre que todavía existe entre nosotros, la de que alguien grite «*Wasseil*» para invitar a beber y otro le obedezca después de decir «*Drincheil*». Ya es bastante malo que se consuman bebidas fermentadas como lo hacían aquellos sajones, pero peor es lo que sucedió a continuación. La voluntad de Vortegirn quedó domeñada como sólo pudiera haberlo conseguido una fuerza demoníaca y antes de que acabara la cena suplicó —sí, suplicó— de Hengist que le otorgara la mano de su hija.

La pretensión de Vortegirn constituía un gravísimo pecado. Aunque era malvado, nunca había renunciado a su fe cristiana ni tampoco perdido la oportunidad de volverse de sus malos caminos. Ahora, sin embargo, se zambulló totalmente en el abismo tenebroso de la perdición. No le importó la idea de casarse con una pagana aun a sabiendas de que quién se une con una mujer se convierte en un solo cuerpo con ella y a través de los abrazos ambas almas se comunican de una manera que no podemos explicar, pero que resulta innegable. Hengist comprendió de sobra lo que podía conseguir con aquel enlace y no dudó ni un instante en acceder al deseo —no era otra cosa— de Vortegirn. Aquella misma noche se celebró el matrimonio y el *Regissimus* pudo gozar del cuerpo de la hermosa pagana. Sin duda, quedó satisfecho porque, aunque no abandonó la iglesia, inclinó su corazón a las prácticas de su esposa. En tan sólo unas semanas, las imágenes que adoraban los *barbari*

se multiplicaron por la tierra de los *britanni* y comenzaron a aparecer por la corte personas que se jactaban de adivinar el porvenir recurriendo a ritos expresamente prohibidos en el Libro Santo.

Por supuesto, los *britanni* debían haber protestado ante aquellos abusos y defendido su fe cristiana. No lo hicieron. Tenían temor de que se les acusara de fanáticos, de carentes de comprensión, de falta de hospitalidad, y en apenas unos años —muy pocos— vieron cómo aquellos recién llegados se apoderaban, poco a poco, de sus calles y de sus campos. A decir verdad, se trataba únicamente del principio. De hecho, Vortegirn no sólo consintió que los sajones siguieran expoliando Britannia síno que cuando su hijo Vortimer intentó enfrentarse con ellos no dudó en permitir que Ronwen, su esposa sajona, lo envenenara. Pero el apoyo que recibía de los extranjeros y las pasiones que despertaba su cónyuge en todo su ser no trajeron la paz al corazón del rey. Por el contrario, cada vez se sentía más desdichado e incluso se despertaba por las noches aullando como si fuera una fiera herida o como si un demonio cruel lo poseyera. Concibió entonces la idea de erigir una torre en la que pudiera encerrarse totalmente seguro, en la que dispusiera de protección total, en la que lograra recuperar un sosiego que había escapado de su vida desde antes de la muerte de aquel monje que se había llamado Constante y que un día había dado el equivocado paso de convertirse en *Regissimus*.

Como si en ello le fuera la vida, Vortegirn reunió a los artesanos más competentes, seleccionó personalmente los mejores materiales y se dispuso a emprender aquel proyecto atrevido y cargado de asustada soberbia. Sin embargo, a pesar de su empeño, el *Regissimus* no logró levantar la torre y entonces, por razones que nunca hubiera podido yo imaginar, pensó en mí.

«Quid domini faciant, audent cum talia fures»»… *el texto de esta Bucólica de mi apreciado Virgilio resulta difícil de contradecir. Si los subordinados cometen iniquidades, ¿qué no se atreverán a hacer sus amos? Sé que el déspota, por regla general, se excusa diciendo que no sabía nada de las tropelías cometidas por los que se hallan a sus órdenes. Quizá sea así en algún caso, pero la experiencia me dice que, por regla general, las órdenes parten de él y que los esbirros se comportan de manera intolerablemente vil porque saben que eso mismo es lo que agradará sobremanera a su superior.*

Cuando el jefe de un municipio es corrupto y arranca los árboles por docenas en lugar de plantarlos, cuando el soldado roba a manos llenas, cuando el juez no esclarece la realidad sino que parece complacerse en cubrirla con velos sucesivos, cuando los escribas no registran la verdad sino que urden mentiras… ah, cuando todo eso sucede, es que hay un déspota colocado en las alturas. No sólo eso. Es que además podemos temer de él las peores vilezas porque más fuerte, porque cuenta con mucho más poder que los que se someten a él y porque no impide lo que sucede ante sus ojos. Sí, cuando los entes subordinados se comportan mal, podemos dar por seguro que el que está por encima de todos —salvo de Dios— es un ser inicuo.

Capítulo IV

En otro tiempo, en el más que dudoso caso de que Vortegirn hubiera concebido la idea de levantar una torre, se hubiera limitado a convocar a los artesanos y a suplicar las oraciones de los que servían a Dios en los templos. Sin embargo, aquella época había concluido definitivamente después de que tomara a una esposa pagana. A partir de ese momento, había comenzado a llenar la corte de toda la sucia inmundicia propia de los idólatras ignorantes. No había un solo acto que llevara a cabo sin consultar a los adivinos pérfidos de *los barbari* infieles y no existía una sola empresa que quisiera ejecutar sin solicitar el concurso inicuo de los perversos brujos. Por supuesto, había gente que se sentía apesadumbrada por aquellas conductas, pero nadie se atrevía a decir nada. A fin de cuentas, Ronwen, la esposa del *Regissimus*, era la primera que impulsaba todo aquello. No era más que una, pero no hizo menos daño que todas las que tuvo Salomón, aquellas que acabaron empujándole por el camino ancho y, en ocasiones, gratificante, que lleva a la perdición.

La segunda vez que vi a los soldados del rey Vortegirn salía de la escuela. En realidad, no pasaba de ocupar una parte de la sacristía diminuta de la iglesia del apóstol Pedro, pero lo importante no es dónde se aprende sino lo que se aprende. Aquel recinto no era más que una dependencia pequeña, húmeda y luía —sí, era especialmente fría— pero no puedo dejar de recordarlo de una manera entrañable. En su medio, acodado con otros niños somnolientos y, en general, con pocos deseos de atender, aprendí a leer, a escribir, a manejarme con los primeros rudimentos del latín e incluso a realizar algunas cuentas. Sé que muchos consideran que la educación no es necesaria y que incluso si se adquiere por las obligaciones ineludibles que derivan de algunos cargos constituye una tarea molesta y difícil. Ésa no fue mi experiencia. El ir viendo cómo unos signos se juntaban adquiriendo el poder de expresar las palabras que pronunciaba a cada instante, el descubrir que esos mismos servían para indicar pesos, medidas y longitudes, el entender inesperadamente lo que se decía en las celebraciones de la iglesia constituyeron experiencias prodigiosas que, en aquel entonces, se hallaban para mi muy cerca de lo mágico. Si un mago podía trasladar una montaña de lugar, ¿acaso no podía yo colocar por escrito esa misma montaña? ¿No podía describirla, medirla, casi casi, pesarla? ¿No podía trasladarla para aquellos que nunca la habían visto? Sí. A decir verdad, podía hacerlo.

Aquel día salía por la puerta de la iglesia cuando los vi. No eran dos como la primera vez, sino seis. Cinco de ellos llevaban unos palos largos rematados en una punta de metal, que resultaban desconocidos para mí; el sexto sólo iba armado con una espada larga que colgaba del arzón de cuatro cuernos. Era la primera vez que lo veía y me llamó poderosamente la atención porque de él colgaban la cantimplora, la sartén, la alforja y varios objetos más que convertían el caballo en una verdadera bestia de carga. Sin embargo, esta vez no fue la sorpresa ni la curiosidad el sentimiento que se apoderó de todo mi ser. Fue la alarma. Me pareció obvio que venían en busca de mi madre y que, a juzgar por el despliegue de fuerzas, no habría posibilidad alguna de que escapara.

Debí lanzar contra el suelo los pobres materiales que llevaba en la mano para correr más deprisa y hallarla. No sirvió de nada. Había avanzado unas decenas de pasos tan sólo cuando sentí un ruido creciente a mi espalda y luego cómo me levantaban por el aire. Quedé así suspendido entre el cielo y la tierra, con mis piernecillas colgando y una sensación de ahogo en torno al cuello y a los hombros.

—Ten cuidado con el muchacho —pude escuchar a la vez que empezaba a patalear—. Nos interesa precisamente él y como le suceda algo podemos pasarlo muy mal.

El soldado que me sujetaba subió el brazo hasta colocarme a la altura de sus ojos.

—Escucha bien esto —dijo mientras me arrojaba su fétido aliento a través de una dentadura repleta de caries—. Todos nosotros estábamos calentitos en el *castra* y nos sacaron esta mañana de nuestro lugar para venir a buscarte. No sé qué ha visto de especial en ti el *Regissimus* porque a mí me pareces un mocoso como otro cualquiera, lo que sí puedo decirte es que si intentas escaparte no me importa lo más mínimo lo que suceda después, pero te clavaré con la lanza en el suelo como si fueras un bicho.

Debo reconocer que aquellas palabras me dejaron impresionado. No es que no hubiera recibido alguna reprimenda con anterioridad, pero aquello excedía de cualquiera de mis experiencias previas. Aquel hombre me amenazaba no con darme un azote o propinarme un cachete sino, literalmente, con quitarme la vida y, a decir verdad, no me parecía que estuviera mintiendo.

—¡Deja a ese niño! ¡Lo vas a matar, animal!

Intenté moverme para descubrir el origen de la voz, aunquue, a decir verdad, había reconocido a la persona que había pronunciado aquellas

palabras. Era la misma anciana que se había ocupado de mí cuando habían conducido a mi madre ante Vortegirn.

Un coro de risotadas acogió la voz de la mujer. Desde luego, no daba la impresión de que se sintieran impresionados por aquella protesta. Tampoco les convenció lo más mínimo la llegada de mi inquieta madre, corriendo y secándose las manos en un delantal blanco y arrugado. Las dos lloraron, gritaron, dieron saltos de pesar, pero aquellos hombres habían recibido órdenes del propio *Regissimus* y no tenían la menor intención de dejarse convencer por dos mujeres. Sólo tras mucho suplicar, tras mucho implorar, tras mucho gemir, mi madre consiguió que la permitieran acompañarme.

—Está bien —dijo el que estaba al mando del grupo—. Puedes venir. Incluso te dejaré que lleves al niño de la mano, pero si intenta escaparse lo mataré con mis propias manos y a ti te entregaré a los soldados para que se diviertan todo lo que les apetezca.

Entendí la primera parte de la amenaza, pero no conseguí captar cómo podrían aquellos *barbari* encontrar diversión en mi madre. Era buena, muy buena incluso, pero jamás se me hubiera ocurrido pensar que fuera divertida.

—Lo entiendo —respondió mi madre—. Pierde cuidado. El niño no intentará escapar.

—Así lo espero por la cuenta que te trae… —dijo el jefe. Mi madre se desató el delantal que llevaba, se lo tendió a la anciana y se dirigió nuevamente al hombre que mandaba la partida.

—¿Puedo saber adónde vamos?

El oficial pareció dudar, pero, finalmente, dijo con un tono que me pareció extremadamente sombrío:

—Nuestro destino es el monte Erir.

Acto seguido, picó espuelas y nos pusimos en marcha. Fue un camino que se me hizo interminable. Jamás había andado tanto —y eso que en verdad me gustaba corretear por los campos cercanos a la iglesia del apóstol Pedro— y hubo momentos en que me sentí verdaderamente agotado. No se trataba, a fin de cuentas, de seguir y seguir andando, sino de hacerlo al ritmo de los caballos y deteniéndonos sólo cuando le apetecía al jefe de la partida. Creo que en un par de ocasiones pensé que no podría llegar al final del camino, pero, gracias a Dios y a mi madre, no fue así. Y es que la pobre me fue relatando historias mientras pasábamos de un sendero a un vericueto y de un vericueto a una trocha, y el material que utilizaba para entretenerme consistía en relatos sacados del Buen Libro.

Recuerdo, casi como si la estuviera escuchando ahora, cómo me contó en aquel viaje el encuentro que tuvieron Moisés, el profeta de Dios, y los magos paganos, ante la presencia del rey de Egipto. Moisés había sido enviado a aquel monarca impío para comunicarle que debía dejar en libertad al pueblo de Dios. Sin embargo, el rey no quiso escucharlo. A fin de cuentas se aprovechaba de la esclavitud de aquellos desdichados y lo que pudiera decir un profeta no le importaba. Entonces Moisés, para dejar de manifiesto que lo que anunciaba era relevante, arrojó su cayado al suelo y, ante la vista de todos, se convirtió en una serpiente. Pero los magos egipcios repitieron el prodigio y, seguramente, debieron sentirse más que satisfechos de poder igualar lo realizado por Moisés. Incluso es posible que sintieran que lo habían humillado dándole la lección que se merecía.

Como el rey de Egipto se negaba a escuchar la voz de Dios, Moisés desencadenó una serie de plagas en Egipto. Primero, convirtió sus aguas en sangre y, ciertamente, el faraón y sus siervos se asustaron al ver que no había donde beber. Los magos no pudieron remediar el problema, pero sí repetir nuevamente lo elite había hecho Moisés de manera que el corazón del rey de Egipto se endureció y no dejó salir al pueblo de Dios de la esclavitud a que los tenía sometidos.

Entonces Moisés, siguiendo las órdenes de Dios, hizo subir del río millares de ranas que invadieron la tierra y convirtieron en imposible la vida de los egipcios y el rey de Egipto se inquietó tanto que pidió al profeta que orara a su Dios y le librara de aquella repugnante presencia. Pero también los magos del rey podían atraer las ranas y volvió a endurecerse su corazón y el pueblo de Dios continuó sometido a servidumbre. Incluso cuando Moisés hizo que una plaga de piojos invadiera Egipto, aquellos magos inicuos lograron otro tanto. Sin embargo, su derrota estaba cerca. Moisés tomó un puñado de ceniza de un horno y la esparció hacia el cielo ante la presencia del rey y entonces a todo el pueblo de Egipto le salieron unas úlceras en la piel y esta vez, los magos egipcios no sólo no pudieron repetir el prodigio sino que ni siquiera se atrevieron a aparecer ante Moisés aquejados por terribles picores.

—El mal es poderoso, hijo —concluyó mi madre su historia—. Mucho. Tanto que es fácil que uno se sienta asustado por su fuerza. Además usa la mentira para aterrar a los buenos y que éstos no se atrevan a enfrentarse con él. Pero el mal no es más fuerte que el bien. Si uno se mantiene firme en la pelea, si no está dispuesto a rendirse, si confía en Dios como lo hizo el profeta Moisés, al final, siempre tiene lugar la victoria. ¿Por qué es así?

Debí dudar unos instantes antes de responder, pero, al final, contesté:

—Porque el bien es más fuerte que el mal… Mi madre asintió con una sonrisa.

—Y Dios, que puede más que nadie, está con el bien —rematé mi respuesta.

Mi madre pasó su brazo sobre mi hombro y dijo:

—Así es, hijo.

Seguimos caminando durante todo el día y el sol había iniciado su moroso camino de descenso cuando a lo lejos se dibujó una población que me pareció desmesuradamente enorme. Estaba asentada sobre una colina cuyo tapiz de hierba aparecía sólo cortado por una senda serpenteante y blanquecina.

—Menos mal que ya hemos llegado… —pude oír que decía uno de los soldados.

Sí, menos mal que habíamos llegado porque los pies me dolían espantosamente y tenía la sensación de que la sed podía matarme. Al menos allí alguien nos daría un poco de agua.

Estábamos a punto de comenzar el ascenso de aquel cerro que me parecía casi tocar el cielo cuando, de la manera más inesperada, descubrí una corriente que salía de algún punto situado cerca de la cima de la colina, que discurría dejando una estela de puntos acuosos y brillantes, y, finalmente, acababa formando una fuente a unos pasos de la senda que seguíamos.

Fue ver aquel arroyuelo y, soltando la mano de mi madre, echar a correr para beber en él. Han pasado décadas desde entonces, pero si cierro los ojos y contengo la respiración, me parece sentir una vez más el frío intenso, pero agradable, en las manos, el aroma limpio a pureza que emanaba de aquellas aguas y la alegría que empujaba mi corazón, una y otra vez, contra la tabla del pecho. Aquellas sensaciones, gratas como pocas, desaparecieron de un golpe cuando uno de los soldados me agarró de una oreja y me arrastró hacia el camino. A decir verdad, tengo la sensación de que lo que más me dolió no fue aquel tirón sino comprobar cómo el agua que tenía en las manos se me escurría por entre los dedos sin haber tenido siquiera ocasión de probarla.

—Quiero… quiero beber… —intenté protestar.

—¿Para qué, mocoso? —me respondió tirando de mi oreja hasta el punto de que tenía dificultad para seguir apoyando los pies en el suelo.

—Tengo sed… —dije con dificultad casi suspendido entre el cielo y la tierra.

—Déjale beber… —intervino suplicante mi madre—. Es un niño… tiene sed… lleva andando todo el día… ten compasión de la criatura.

—¿De este renacuajo? ¿Que tenga compasión de él?

Concluyó sus preguntas con una carcajada.

—Está bien, está bien —resonó la voz del oficial—. Deja beber al niño. Total para lo que le queda…

El hombre me arrojó contra el suelo. Me froté por un instante la oreja que había aferrado con mano de hierro y corrí hacia el agua.

Mientras aplacaba una sed que me abrasaba la garganta, no se me ocurrió reparar en lo que aquel oficial acababa de decir sobre mi futuro inmediato.

«Tam multae scelerum facies»… *Sí, Virgilio, al que no me encontraré en el más allá, lo dejó claramente establecido. Las facetas del crimen son muy numerosas. A primera vista, creemos que aquel pecado es un suceso aislado sin relación con nada más que la debilidad o la perversión del que lo ha perpetrado. Sin embargo, sí bien se observa, encontramos que nada se produce de manera casual o aislada. Tras el ladrón que priva de los bienes obtenidos por el trabajo a la gente honrada, nos encontramos con una familia que nunca se preocupó de investigar el origen de aquellas cosas que el niño traía a casa; tras el violador que privó de su virtud a una doncella inocente, descubrimos un padre que vertió durante años las palabras más groseras sobre la mujer; tras el infeliz que peca contra la naturaleza vemos a los compañeros que lo motejaron con un nombre horrible a lo largo de sus primeros años; tras la prostituta que vende su cuerpo con singular desparpajo, aparecen los malos consejos de una mujer que le dio cómo obtener de los hombres cualquier cosa recurriendo al comercio del propio cuerpo. Todos ellos son culpables —de eso no puede haber discusión— pero no resulta muy trabajoso descubrir las actas ocultas de su transgresión y es que hasta el tirano tocado por la genialidad no podría imponer su despotismo sin el apoyo servil de millares de miserables.*

Capítulo V

Un número extraordinario de ovejas amarillas y lanosas salía de la población camino del campo; de las casas, que me parecieron increíblemente numerosas, brotaban chorros de humo blanquecino hasta el punto de oscurecer el firmamento; y un campanario, sin punto de comparación con el que yo conocía en la iglesia de san Pedro, señalaba que allí el templo dedicado al único Dios verdadero tenía unas dimensiones nunca imaginadas por mí. Todo me parecía inmensamente grande, desmesurado, gigantesco. ¿Quién había podido alzar una ciudad semejante? Sin duda, sólo un rey o un mago.

—No te detengas, estúpido —me gritó con aspereza uno de los soldados arrancándome de mi estupor.

Durante un buen rato, seguimos caminando por las calles interminables de aquella pasmosa población. Me costaba creer que por ellas pudiera transitar tanta gente y, sobre todo, que no chocaran entre sí, que no se golpearan o que no se sintieran tan asustados como yo. A decir verdad, la sensación que me daba toda aquella barahúnda era que para ellos resultaba natural, tanto que no veían nada sorprendente en aquella masa de animales, ele personas y de objetos —¡Dios santo, cuántos objetos distintos que yo nunca había visto!— que abarrotaban las innumerables callejuelas y plazas. Las mujeres me parecían ataviadas de una manera desusada, los hombres más fuertes y grandes de lo que nunca había visto y… bueno, hasta algunos clérigos con los que nos cruzamos se me antojaron situados en una situación muy superior a la del pobre presbítero que atendía la iglesia del apóstol Pedro. Y así, sin dejar de mirar hacia uno y otro lado, llegamos hasta un hombre que no era inferior en su extravío a Salomón en sus últimos años.

Ahora ha pasado mucho tiempo y no tengo duda alguna de que existe algo de diabólico en todo poder humano. La prueba está en cómo la mayoría se siente hipnotizada ante su presencia. Un hombre pequeño, feo y débil es contemplado como un varón adornado de las mayores virtudes. Las mujeres lo encuentran hermoso, los clérigos lo ven piadoso y los campesinos se inclinan ante su presencia admirable. Y lo hacen de corazón, convencidos, sin sombra de duda en sus almas. Sin embargo, no por eso deja de tener un aspecto deplorable que, si se tratara de un artesano o un labrador, sólo provocaría desprecio. ¿Puede alguien discutir que esa transformación ante los ojos humanos únicamente es capaz de realizarla el Príncipe de las tinieblas?

Por supuesto, sé sobradamente que el poder resulta tan indispensable que sólo un loco lo podría negar. ¿Quién mantendría la tranquilidad en los caminos, quién castigaría a los ladrones y a los asesinos, quién protegería a las viudas y a los huérfanos si no existiera una espada dispuesta a enfrentarse con los malhechores? A buen seguro nadie podría hacerlo en el mundo en que vivimos, pero esa circunstancia no debe impulsarnos a negar lo que es obvio, lo que ve cualquiera que sea capaz de conservar un poco de sensatez, pero no nos desviemos.

Sé que se han contado muchas cosas sobre Vortegirn y que abundan las descripciones sobre él. He oído decir que sus ojos eran como los de una serpiente venenosa y que sus cabellos se parecían a las hierbas ponzoñosas que se arremolinan en el fondo de negros lagos poblados por terribles demonios. He oído decir que su aliento era semejante al del azufre inextinguible en el que se ven atormentados los réprobos y que sus manos terminaban en uñas retorcidas como las raíces de los árboles añosos. He oído decir, en fin, que su voz marchitaba las flores que pudiera haber en su cercanía y que de entre sus labios emergía una neblina capaz de matar al que estuviera cerca. Todo eso —y mucho más— lo he oído decir, pero nada es cierto. Lo sé porque yo estuve delante de Vortegirn y tuve oportunidad de hablar con él.

Era un hombre alto aunque, quizá, al ser yo todavía un niño es posible que lo recuerde con más apostura de la que tenía en realidad. Sus cabellos, dorados y con algunas canas en las sienes, parecían salir de un casco de cuero y metal que se ajustaba a su cabeza como si lo hubieran confeccionado a medida. Su rostro se prolongaba en una barba larga y blanquecina, pero en ella no había nada que no pudiera encontrarse en otros hombres. Recuerdo especialmente sus ojos porque poseían un hermoso tono azul aunque las bolsas que tenía bajo los párpados inferiores los afearan un poco. Con todo, lo que más me impresionó fue un medallón verde y opaco que le colgaba del cuello. No es que esperara que llevara una cruz u otro tipo de abalorio. Se trataba simplemente de que aquella piedra oscura parecía contar con una vida propia, como si fuera un animal dormido, pero poderoso, que gustara de reposar sobre su pecho.

—¿Éste es el niño? —preguntó mientras me miraba, porque he de decir que nada más llegar al *castra*, el oficial y los soldados los condujeron hasta su presencia con una rapidez que me sorprendió.

—Sí, mi señor —respondió el oficial.

Un silencio espeso y marcadamente incómodo se extendió por la sala mientras Vortegirn se levantaba de su trono y daba tilos pasos hacia mí. Apenas necesitó un par de zancadas para colocarse a mi altura. Entonces acercó la mano a mi rostro y me obligó a volverlo a uno y otro lado mientras me pasaba los dedos por las orejas. Tenía las manos grandes y, sobre todo, heladas, pero no percibí nada extraño en ellas.

—Levanta los brazos —me dijo y yo dirigí una mirada hacia mi madre que me indicó con la cabeza que debía obedecer.

Palpó bajo mis axilas de manera rápida, como si estuviera más que acostumbrado a realizar ese tipo de exámenes. Luego se volvió hacia un lado e hizo una seña con el dedo índice. Fue entonces cuando los vi por primera vez. Hasta ese momento, habían estado ocultos entre las sombras espesas que llenaban casi por completo la estancia, pero ahora emergieron como si procedieran de algún lugar lejano y desconocido. Eran dos. Lo recuerdo muy bien. Uno de ellos, el más bajo, llevaba una indumentaria gris. De estatura media, sobre su cabeza se agrupaban algunos cabellos grises y ralos, que se prolongaban en una barbita del mismo color. Tenía los ojos muy claros, como acuosos, y la piel blanca, casi translúcida. El otro era más alto y llevaba la cara pulcramente afeitada. Su pelo, también grisáceo, estaba peinado de una manera peculiar. Ignoraba yo entonces que usaba los rizos presumidos y coquetos de los romanos, porque nunca antes había tenido ocasión de verlos.

—Maximus —dijo Vortegirn—. Creo que cumple los requisitos, pero es mejor que lo examinéis.

Los ojos del tal Maximus me recordaron los de un pez, pero soporté sin quejarme la manera en que me palpaba en busca de algo que ignoraba, pero que intuía importante. Me había obligado a levantar las piernas y me había tocado con sumo interés las rodillas y los codos, cuando se volvió hacia el hombre de la barbita gris y le dijo:

—Roderick. Échale tú también un vistazo.

Roderick repitió la operación y, acto seguido, dijo con una voz suave, casi femenina:

—Mi señor, el muchacho es adecuado para el sacrificio.

—¿Qué sacrificio? ¿Qué es eso del sacrificio? —pude oír que casi gritaba mi madre.

—Mujer —comenzó a decir el hombre llamado Roderick—. Según sé, eres cristiana. Yo también lo soy y por eso pienso que de sobra debes conocer la importancia del sacrificio. El mismo Cristo fue sacrificado por nuestra salvación… ¿No es así, Maximus?

—Sí, Roderick, lo es —respondió aquel hombre de aspecto afeminado y cara cuidadosamente afeitada—. El mayor ejemplo que nos ofreció Cristo fue su sacrificio. También nosotros deberíamos estar dispuestos a sacrificarnos…

—Sacrifícate entonces tú —gritó mi madre mientras de una zancada llegaba a mi altura, me tiraba del brazo y se interponía entre aquellos dos hombres y yo que, dicho sea de paso, no acertaba a comprender lo que estaba sucediendo.

—¿Cómo… cómo te atreves…? —balbució Maximus.

—¿Pretendes dar plantón al rey? —exclamó Roderick—. ¿Así agradeces que se te haya hecho venir a la corte?

—Nadie va a sacrificar a mi hijo —dijo mi madre con los ojos arrasados en lágrimas—. No lo consentiré.

—Pero mujer —insistió Maximus— Cristo…

—¿Cómo… cómo te atreves a hablar de Cristo? —le cortó mi madre—. Tú no eres un cristiano. Tú eres simplemente un apóstata, un pagano disfrazado… si fueras… si fueras un cristiano no dirías lo que estás diciendo…

—Ya basta —se escuchó la voz de Vortegirn.

Las dos palabras fueron pronunciadas de manera calmada, casi suave, pero sonaron como el restallido de un látigo.

—No me interesan las discusiones teológicas —prosiguió el *Regissimus* —. Estos hombres conocen de sobra la religión cristiana y además son peritos en artes ocultas. Ambas cosas son posibles y ahora, mujer, necesitamos a este niño.

—Pero… pero ¿por qué? —indagó mi madre mientras extendía sus brazos hacia atrás intentando cubrir con ellos mi cuerpo.

—Porque carece de padre —respondió Maximus—. Sólo un niño sin padre puede sernos de utilidad…

—¿Sin padre? —chilló mi madre—. ¿Sin padre? ¿Qué locura es ésa?

—Hace poco —comenzó a decir Roderick mientras avanzaba suavemente hacia mi madre—. Compareciste ante un tribunal del *Regissimus*. Lo recuerdas, ¿verdad?

Mi madre no respondió una palabra, pero yo empecé a preguntarme si todo aquello tendría que ver con lo sucedido hace no tanto tiempo atrás, cuando había abandonado la aldea custodiada por un par de soldados.

—Entonces se te acusaba de… fornicación —prosiguió Roderick—. Se te hubiera podido imponer una pena especialmente dolorosa, pero, al final, el tribunal decidió que no existía causa para ello. Tu hijo… tu hijo, por muy

extraño que pudiera parecer, había sido engendrado sin concurso de varón. Era un niño sin padre.

No podía ver el rostro de mi madre, pero noté cómo su respiración se entrecortaba de manera desasosegante. ¿Qué era exactamente fornicación? ¿Qué significaba todo aquello del concurso de varón? ¿A qué se referían con la idea de que no había tenido nunca padre? Y, sobre todo, ¿por qué aquel enfrentamiento relacionado con un sacrificio que tenía que ver conmigo? Yo estaba acostumbrado a sacrificarme. Sabía lo que era trabajar algo más, lo que implicaba no comer lo que deseaba porque alguien más necesitado lo requería, lo que significaba pasar frío…: ¿qué tenía aquel dichoso sacrificio de especial?

—*Regissimus* —dijo Maximus volviéndose hacia Vortegirn—. Debéis imponer vuestra autoridad…

—Sí —apoyó Roderick—. Para lograr la paz con *los barbari* necesitamos levantar esa fortaleza. No se trata de un tributo a la soberbia de los hombres, sino a la seguridad.

—Y esa fortaleza se ha venido abajo un día tras otro —volvió a intervenir Maximus—. Para que un hecho tan terrible no vuelva a producirse, la única salida es sacrificar a un niño que no tenga padre, a un niño como éste.

Una sensación de irrealidad se apoderó de todo mi ser al escuchar aquellas palabras. Así que había un *castra* cuya construcción se venía abajo vez tras vez y aquellos sujetos habían llegado a la conclusión de que la única manera de evitar aquel desastre era regar los cimientos con mi sangre… La verdad es que costaba creer que aquello tuviera alguna relación con la fe cristiana.

—*Domine*[8] —intervino mi madre presa de una enorme dificultad para poder hablar sin prorrumpir en sollozos—. Estos hombres no son cristianos… son… traidores que han contaminado la fe con las enseñanzas de los *barbari*, que creen que se puede ser cristiano y, al mismo tiempo, comportarse…

—Ese *castra* se cae por el agua.

Aquellas palabras provocaron un silencio sorprendido en todos los presentes. Ciertamente, no dejaba de resultar lógico porque era yo el que acababa de pronunciarlas.

—*Domine* —dije yo que no tenía un especial conocimiento de la manera en que debía tratarse a un *Regissimus* y me limitaba a repetir el tratamiento utilizado por mi madre—. Si no puedes construir la torre, se debe tan sólo a que la tierra está blanda por el agua y se cae.

—Éste… este niño no sabe lo que dice… —masculló Maximus mientras en su rostro se dibujaba un gesto de profundo desprecio.

Pero Vortegirn no parecía estar tan seguro. Había fruncido el entrecejo al escuchar mis palabras y me miraba con una expresión a mitad de camino entre el desconcierto airado y la cólera contenida.

—¿Qué pretendes decir? —dijo clavando una mirada fría y dura en mi rostro.

He reflexionado muchas veces en lo que sucedió aquella mañana y siempre llego a la conclusión de que no era yo el que hablaba, sino una fuerza interior que tenía por misión protegerme. Con mi corta edad, nunca hubiera podido poseer esa presencia de ánimo y mucho menos hubiera sido capaz de articular mis argumentos. Fue la primera vez que tuve aquella experiencia. No iba a ser la última.

—*Regissimus* —respondí saliendo de detrás de mi madre—. Tus hombres están levantando el castillo sobre una corriente de agua…

—No hay ninguna corriente de agua —me interrumpió indignado Maximus.

—… que corre bajo tierra —continué sin que me importara lo más mínimo lo que pudiera decir aquel sujeto de extravagantes rizos canosos—. Como el suelo está hueco a causa del manantial cualquier edificio que se levante sobre él se caerá.

Hice una pausa y observé a los hombres. Vortegirn dudaba, pero Maximus me miraba como si pudiera asesinarme con la soberbia herida que le rebosaba de las pupilas, mientras, Roderick había adoptado un aspecto semejante al de un reptil extraordinariamente venenoso que sólo esperaba a que me acercara lo suficiente para inocularme toda su ponzoña.

—*Precipe ait stagnum hauiri per rivulos* —dije como conclusión.

—Habla latín… —masculló Maximus entre la sorpresa y la cólera.

Vortegirn se había llevado la diestra a la barba blanquecina y se la tironeaba con suavidad. Finalmente, abrió la boca.

—De modo que, según dices, si abro unas zanjas cerca de donde quiero levantar mi fortaleza y vacío esa corriente de la que me hablas, podré construir sin problemas.

—Así es, *domine* —respondí.

—¿Por qué debería creerte? —me preguntó sin apartar sus ojos de los míos.

—Si después de sacrificarme, la torre siguiera desplomándose —comencé a decir— y así será porque la causa de que no puedas construirla es el agua… si así sucediera, la sangre de un niño inocente se caería sobre tu cabeza y… y los castigos de Dios por esa clase de pecados son terribles.

—¿Y qué sucederá si no hay agua? —preguntó con ironía Roderick.

—Sí, eso —se sumó Maximus—. ¿Qué sucederá entonces? Habremos perdido un tiempo precioso…

—Comprobar todo no puede llevar mucho tiempo —respondí— pero si lo que digo no es cierto, siempre tendréis la posibilidad de sacrificarme.

La mano del *Regissimus* subió de la barba a los labios y comenzó a pasearse por ellos como si los limpiara de alguna mancha imaginaria.

—De eso no te quepa la menor duda.

«Nulli fas casto sceleratum insistere limem»»… *la cercanía de los malvados es siempre peligrosa. En su* Eneida *—que espero poder releer en el seno de Abraham— Virgilio ya dejó dicho que a ningún inocente le está permitido pisar el umbral de los criminales. El salmista se había adelantado en varios siglos a esa afirmación. Debo decir incluso pie su formulación fue mucho mejor. Precisamente, en el primero de los cantos recogidos en el Libro Santo se afirma que una de las características del hombre justo es que no se sienta a la misma mesa que aquellos que no tienen en cuenta a Dios en sus acciones.*

En ocasiones, he llegado a creer que hay seres que emanan maldad alee la misma manera que el vergonzoso sapo despide un escupitajo inmundo que puede cegar o que el asno orejudo emite rebuznos ensordecedores. Hay que apartarse de criaturas semejantes. Debemos mantenernos lo más lejos posible de su cercanía y aceptarla tan sólo para decirles con valor que deben abandonar esa forma de vida perversa que llevan y que intentan contagiar a los demás, a veces de manera abierta y a veces con artes sutiles. En esos casos, a pesar de lo que dejó escrito Virgilio, quizá se pueda traspasar el umbral de los inicuos.

Capítulo VI

Contemplé la cara de Maximus y Roderick cuando las palas de madera dejaron al descubierto capa tras capa de tierra. Ciertamente, no era fácil verlo a simple vista, ni siquiera si al cavar se hacía un trabajo superficial, pero, de repente, la tierra comenzó a empaparse y cada nueva paletada que se arrancaba del suelo negro dejaba al descubierto más y más agua. Sin embargo, a pesar de que los rostros de aquellos apóstatas constituían un verdadero poema, me resultó mucho más interesante contemplar a Vortegirn. Mientras su mirada se fijaba en aquellos terrones chorreantes que pronto dejaron paso a un verdadero torrente, la pena se apoderó de su rostro. Estoy convencido de que el pesar no nacía de la constancia de su equivocación. Tampoco brotaba de un corazón arrepentido por haber estado a punto de sacrificar a una criatura inocente. No. En realidad, creo que aquella pena dolorosa, agobiante, incluso terrible, nacía de imaginar lo que había podido ser y no era y, seguramente, nunca llegaría a ser. Cuando medito sobre el gobierno de Vortegirn, siempre llego a la conclusión de que le adornaban muchas de las cualidades que convierten a un hombre en grande y en especialmente adecuado para regir a otros hombres. Vortegirn era fuerte, imponente, inteligente, valeroso e incluso conservaba una cierta inclinación hacia la práctica de la justicia como había demostrado la manera en que me había escuchado y había adoptado una decisión al respecto. Sin embargo, había malbaratado todo lo que Dios en su inmensa generosidad le había concedido, pero ¿por qué? No tardé en contemplar con mis ojos la respuesta.

El agua corría limpia colina abajo como si nunca hubiera estado encerrada bajo tierra y en su discurrir parecía atrapada la mirada inmensamente triste de Vortegirn y entonces fue cuando la vi. Era muy hermosa, extraordinariamente hermosa, increíblemente hermosa. Sin duda, lo era más que mi madre y que cualquier otra mujer a la que hubiera podido observar con anterioridad. Su cabello, suavemente rubio, aparecía recogido en rutilantes rodetes pegados a sus sienes; su rostro era incluso más blanco que el de mi madre; sus ojos presentaban una tonalidad azul cuyo paralelo en la Naturaleza hubiera sido incapaz de encontrar y el resto… su nariz, sus labios, sus orejas me parecieron de una perfección extrema, tan extrema que daba la sensación de hallarse situada en algún punto más allá de lo humano. Nadie me lo dijo, pero supe al instante que aquella mujer incomparable sólo podía ser la esposa del *Regissimus*.

Se acercó a Vortegirn y asió con su diestra su brazo izquierdo. Entonces pareció que el *Regissimus* despertaba sobresaltado de un sueño tejido por la culpa y el desasosiego.

—La fortaleza se caía por el agua… —musitó sin que pueda asegurar si se lo decía a la reina o sólo pensaba en voz alta.

—¿Maximus y Roderick estaban equivocados? —preguntó la mujer con una frialdad absoluta, como si simplemente hubiera dicho algo como «¿crees que puede llover?» o «¿debería ponerme más ropa por el viento?».

Pero Vortegirn no respondió. Se desasió de la mano de la bárbara y dio unos pasos hacia mí. Al llegar a dónde me encontraba, dobló las piernas hasta que su mirada quedó a la altura de la mía.

—¿Qué pasará ahora? —me preguntó y en sus pupilas pude distinguir un océano de pesadumbre y derrota.

Han pasado muchos años desde aquel día y, sin embargo, al recordar los ojos de Vortegirn no puedo evitar una sensación extraña en la boca del estómago. Así me sucede no sólo porque se trataba de un hombre singular en una situación excepcional, sino, sobre todo, porque fue la primera vez que *aquello* me pasó. De manera totalmente inesperada, sentí un calor especial que me invadía y algo que desataba mi lengua y comenzaba a hablar sin que yo lo pretendiera o supiera muy bien lo que estaba diciendo.

—Tú, oh *domine* —comencé a decir— has invitado a los sajones a venir a esta tierra y esos paganos se han comportado con tu pueblo, el pueblo al que debías proteger, como si fueran un dragón. Las montañas y los valles se nivelarán y los ríos que corren por los valles lo harán empapados en sangre y la práctica de la religión verdadera declinará y aumentará la destrucción de las iglesias, pero, al final, uno que fue expulsado regresará y se enfrentará con los invasores.

Mi madre me dijo después que al escuchar aquellas palabras el rostro de la mujer del *Regissimus* se había contraído en una terrible mueca de odio y que Maximus y Roderick me habían mirado, primero, con sorpresa y luego con un gesto de refrenada maldad. Pero eso lo sé porque así me lo refirió mi madre ya que yo estaba totalmente absorto en la transmisión de aquel mensaje que pronunciaba mi boca, pero que procedía de algún lugar externo a mi ser.

—¿Qué será de mí? —indagó Vortegirn con un tono de voz que era más de rendición que de temor.

—No conservarás lo que ahora tienes, oh *domine* —le respondí—. Dios va a ejecutar su juicio sobre ti.

Al parecer, según me contaría mi madre, Maximus y Roderick se entregaron a realizar aspavientos en señal de escándalo protesta al escuchar esas palabras. A la sazón, yo no veía nada más allá del rostro de Vortegirn e incluso éste carecía de importancia para mí, poseído como estaba de aquella fuerza que me impulsaba, suave pero firmemente, a pronunciar mi mensaje.

—¿No tengo salida alguna? —me preguntó un Vortegirn cansado que parecía haber envejecido décadas en tan sólo unos instantes.

—Durante años Dios te ha dado la oportunidad de arrepentirte, de regresar a los caminos que abandonaste en tu juventud, de enmendar tus acciones —respondí— pero no has hecho caso. Ahora tu tiempo, oh *domine*, ha concluido.

—*Rex* —gritó Roderick aplicando a Vortegirn un término latino que a nadie era lícito aplicar—, ordena que se ejecute a este niño. Lo que dice es intolerable. Es alta traición.

—Que lo sacrifiquen —añadió Maximus—. Que lo sacrifiquen.

Sin moverse de la posición en que se encontraba, Vortegirn alzó la mano derecha para imponer silencio a sus siervos.

—Nadie hará daño a este niño —comenzó a decir con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas—. Ni a su madre. Se les proporcionarán vituallas suficientes para que regresen sanos y salvos a su aldea. Ahora mismo.

Y entonces todo sucedió muy deprisa. Antes de que pudiera percatarme bien de lo que estaba sucediendo, me encontraba de nuevo en el camino con mi madre.

A decir verdad, no se puede negar que todo había acontecido de la mejor manera. Habíamos salido de la iglesia sin saber lo que nos esperaba aunque temiendo cualquier cosa. Luego nos habíamos enterado de que un presbítero llamado Maximus y un diácono de nombre Roderick habían aconsejado al *Regissimus* que sacrificara a un niño sin padre para evitar que se desplomara por enésima vez una torre que estaba construyendo. A Dios gracias, de todos aquellos peligros nos habíamos salvado. Si la fortaleza no podía mantenerse en pie era porque, por debajo del terreno en el que Vortegirn deseaba levantarla corría un arroyo. Aquellos apóstatas habían señalado el problema, pero habían sido incapaces de solucionarlo. A decir verdad, el remedio propugnado por ellos había sido injusto, sanguinario y, para remate, ineficaz. Ahora si algo había quedado de manifiesto era que cuando desecaran la zona no restaría obstáculo alguno para llevar a cabo los deseos de Vortegirn. Supongo que después de que todo hubo quedado de manifiesto, se podía haber acusado a Maximus y a Roderick de ser unos sucios embusteros, y de

que no les había importado sacrificar a una criatura para conseguir sus propósitos y de que, a pesar de su profesión de fe cristiana, en realidad, no eran sino siervos de una religión antigua y rancia que había causado la desgracia de Britannia durante siglos. Pero ni mi madre ni yo lo hicimos. Quizá se debió a que nos sentíamos extraordinariamente felices por haber sobrevivido; quizá era que le dábamos tan poca importancia a aquellos dos impostores que no nos molestamos en exponerlos a un castigo que hubiera sido justo; quizá tan sólo asistí a una muestra más de la fe de mi madre, una fe que se sustentaba en la justicia, pero que también sabía perdonar. Y, a fin de cuentas, ¿qué más daba? Yo sabía que no perdurarían mucho tiempo.

Nos hallábamos ya muy cerca de la aldea cuando formulé a mi madre una pregunta que venía picándome casi desde el momento en que habíamos abandonado la ciudad de Vortegirn.

—Madre —comencé a decir—. Todo ha sido como lo de Moisés y los magos del rey de Egipto, ¿verdad?

Mi madre reprimió una sonrisa al escuchar la pregunta.

—Nunca deberías compararte con gente del pasado —comenzó a decirme —. Hacerlo sólo puede conducirte a la soberbia o al desánimo. A la soberbia porque podrías llegar a pensar que eres mejor que ellos y al desánimo si no alcanzas a igualar lo que hicieron. ¿Comprendes?

—Creo que sí —contesté— pero ¿fue como lo de Moisés o no?

Mi madre no respondió. Se limitó a guardar silencio durante unos instantes y entonces nuevamente se dirigió a mí:

—¿De dónde sacaste lo que le dijiste al *Regissimus*?

—No… creo que… bueno, no lo sé, madre. La verdad es que no lo sé. Fue como si… como si algo en mi interior hablara por mí…

Se detuvo en seco al escuchar aquellas palabras.

—Sabes que no tolero que me mientas —afirmó mientras me miraba directamente a los ojos.

—No es ninguna mentira, madre —respondí—. Fue así. Era algo… humm, caliente y fuerte y… y también muy agradable… como si fuera muy poderoso…

—No debes decir nada de esto a nadie —me interrumpió mi madre—. Ni una palabra. Será un secreto entre tú y yo. ¿Lo entiendes?

No, no lo entendía, pero asentí con la cabeza. A fin de cuentas, algo en mi interior me decía que mi madre tenía razón.

—Hijo —comenzó a decir—. Es pronto para saberlo. Desde luego, es muy pronto, pero hay seres a los que Dios otorga dones especiales, dones que

tienen muy pocos y con los que hay que ser especialmente responsables.

—¿Como el *Regissimus*? —indagué intentando comprender lo que intuía como una lección especialmente importante.

—Sí, hijo —concedió mi madre—. Como el *Regissimus. A* él Dios le encomendó la misión de protegernos con las armas. Quizá no lo merecía y quizá incluso llegó hasta el poder de manera intolerable, pero en su mano estuvo arrepentirse de su maldad y actuar bien. Si así lo hubiera hecho, el Señor, *el único Señor*, lo hubiera mantenido en el poder porque es misericordioso y siempre concede al menos una oportunidad. Pero en lugar de encaminar sus sendas hacia Dios, Vortegirn se apartó cada vez más de él. Unió su destino al de una pagana y permitió que un pueblo extraño oprimiera a aquéllos a los que él debía dispensar justicia. Ahora, como tú bien sabes, no tiene oportunidad de volverse atrás. Tan sólo le espera un juicio que será horrible.

Calló por un instante y, de repente, comenzó a deslizar su diestra sobre mi rostro en una caricia suave y tierna.

—En esta vida todos cometemos equivocaciones. Y no sólo caemos en el error. También hacemos el mal a sabiendas de que lo es. Pecamos. No te sorprendas por ello porque, a fin de cuentas, forma parte de nuestra naturaleza. Pero también debes saber que siempre existe una posibilidad de perdón para el que ansía enderezar sus caminos. Sólo cuando se desaprovecha esa oportunidad, sólo entonces es cuando estamos verdaderamente perdidos.

—Como le pasa al *Regissimus…* —pensé en voz alta.

—Sí. Eso es lo que está a punto de sucederle y eso es lo que no debe sucederte nunca a ti.

—No me sucederá nunca —afirmé abrumado por una inesperada sensación de responsabilidad.

—Prométemelo, hijo.

—Te lo prometo —respondí.

Mi madre sonrió con ternura al mismo tiempo que se le llenaban los ojos de lágrimas. No estaba apenada. No. En absoluto. Creo más bien que se sentía dichosa, feliz, incluso satisfecha.

Cuando recuerdo ahora aquella tarde, siento un dolor suave, como el que se experimenta en algunas cicatrices pequeñas cuando se acerca el frío tiempo de las lluvias. Pienso que mi existencia no estaba entonces exenta de peligros —acababa de salvarme de la muerte por una distancia no mayor que el ancho de un cabello— pero yo la vivía sin preocupación alguna, sin ansiedad posible, sin la menor angustia. Todo era enormemente sencillo y natural,

como lo es la elaboración del pan o la siega o el pasear a la sombra de los árboles. Entonces no podía saberlo —ni siquiera sospecharlo— pero el final de esa época se acercaba a pasos agigantados. Nunca volvería a tener oportunidad de hablar tanto tiempo con mi madre ni nunca vería de nuevo al *Regissimus*. Esa misma noche desembarcó en Britannia el que iba a sucederlo en el poder.

SEGUNDA PARTE

BARBARI

«Patines operum exiguoque adsueta iuventus…», *sí tenía razón Virgilio, el maestro al que no me encontraré en el cielo. Lo ideal es que la juventud esté entrenada para soportar trabajos y que se satisfaga con poco. Por supuesto, cuando uno es joven semejante perspectiva no resulto agradable. Incluso puede ocasionar sufrimientos, sinsabores y amarguras. Sin embargo, ese camino, por muy angosto que resulte, es el mejor. Cuando en los primeros años uno se ha acostumbrado a bregar con las dificultades de la vida y a conformarse con lo que trae en su imparable fluir, la existencia acaba resultando mucho más fácil y, sobre todo, más fecunda. De repente, de manera casi inadvertida, se descubre que podemos salir adelante y que también aguantamos las vueltas más ingratas de la Rueda de la Fortuna. Pero ¡ay de aquellos jóvenes a los que dio todo y se libró de todo tipo de contratiempos! Cuando tengan que comenzar a vivir la vida real, tan sólo encontrarán motivos de doler y de resentimiento, un dolor y un resentimiento que se irán haciendo rada vez peores, porque es imposible que en nuestro paso por la tierra no nos veamos enfrentados con la dificultad y porque debemos estar siempre preparados para hacer ese camino con escaso equipaje ya que ni siquiera ése podremos llevarnos cuando llegue el momento de comparecer ante el Creador.*

Capítulo I

La noche en que mi madre y yo llegamos de regreso a nuestra aldea, la misma noche en que pusimos a descansar nuestros exhaustos miembros en una de las humildes dependencias de la iglesia del apóstol Pedro, desembarcó en Britannia Aurelius Ambrosius, el hijo del *Regissimus* asesinado por Vortegirn. La reacción que provocó su llegada fue inmediata.

Sucede en ocasiones que los que detentan el poder —y para mantenerse en el mismo han recurrido una y otra vez a la mentira— olvidan cuál es la realidad. Hubo una época, ciertamente, en la que todavía podían distinguir entre lo que era cierto y las falsedades que ellos propalaban. Ahí precisamente residía su fuerza, en que eran capaces de ocultar lo que de verdad acontecía y además deformar la realidad a su gusto. Sin embargo, con el uso continuo de la mendacidad repetida y de siervos embusteros, estos gobernantes se convierten en una especie de seres de los que el gran apóstol dijo que «engañaban a los demás y se engañaban a sí mismos». Cuando llega ese momento, su capacidad para saber dónde acaba la verdad y comienza la mentira se embota e incluso llega a desaparecer. Eso era lo que le pasaba a Vortegirn. En algún momento —estoy convencido de ello— tuvo que saber que su unión con una mujer pagana le apartaba todavía más de las enseñanzas morales que había recibido. Entonces comenzó a rodearse de consejeros que le decían lo que deseaba escuchar. Era gente como Maximus o Roderick que se presentaban como cristianos, que incluso enseñaban en calidad de tales, pero que, en realidad, eran herejes más que dispuestos a mezclar la leche pura del Evangelio con las peores inmundicias del paganismo. Sin el menor titubeo, aquellas gentes habían seguido consagrando la Eucaristía a la vez que se abrían a aceptar los principios tenebrosos de la mujer pagana del *Regissimus*. Así, mientras intentaban convertirse en maestros únicos, aprendían también las denominadas artes ocultas.

El resultado de estas mezclas siempre es el mismo. De la misma manera que un poco de estiércol arrojado en un tazón de leche sólo sirve para estropear por completo la comida, aquellas ideas perversas tomadas de los sajones sólo tuvieron como consecuencia la corrupción del cristianismo. Sacrificar niños era una manifestación repugnante de su comportamiento, pero, ni de lejos, fue la única.

¿Y qué habían pensado *los britanni, los* pobres y sometidos *britanni*, de todo aquello? Estoy convencido de que la inmensa mayoría estaba en contra.

Por supuesto, callaban ya que nadie desea que su vida se acabe antes de lo debido, pero su opinión de aquellos personajes era pésima. Y entonces se produjo una curiosa experiencia. Vortegirn —y sus perversos consejeros— llegó a la conclusión de que actuaba bien y de que, por añadidura, así lo veía también el pueblo. ¿A fin de cuentas no les estaba dando una guía que aunaba, supuestamente, la fe de Cristo con el impulso de *los barbari*? ¿Por qué rechazar esa alianza? ¿No era su obligación gobernar para ambas clases de súbditos?

Naturalmente, eso era lo que él creía —o quería creer— porque la realidad era muy diferente. *Los britanni* ansiaban que todo aquello terminara y sentían una profunda repugnancia por todos aquellos comportamientos. De hecho, no puede causar ninguna sorpresa que cuando Aurelius Ambrosius desembarcó todo aquello quedara de manifiesto.

Durante años, los cristianos que no aceptaban a gente como Roderick Maximus, a la vez que guardaban silencio, se habían mantenido casi ocultos. Sospecho que quizá ésa era la razón por la que nos toleraban. Un grupo de mujeres acogido en las dependencias de una iglesia diminuta como la del apóstol Pedro era el ideal de Vortegirn. Siempre podía decir que no perseguía a los verdaderos creyentes y, a la vez, colocarlos entre la espada y la pared. Pero ahora alguien había difundido la noticia de que un niño le había profetizado su inmediato final y en unas horas Aurelius Ambrosius había aparecido. En apenas unos días, *milites* salidos de los lugares más insólitos reconocieron al recién llegado como *Regissimus* y comenzó la revuelta, una revuelta que sorprendió a Vortegirn. Sin embargo, en aquel entonces, nada más regresar del *castra* de *Regissimus*, ignorábamos todo lo que estaba a punto de suceder y, aunque lo hubiéramos sabido, en cualquier caso, mis preocupaciones eran por aquel entonces muy diferentes.

Cuando llegamos a la iglesia del apóstol Pedro, nos encontramos a todos los miembros de la aldea congregados en su interior. No se trataba, desde luego, de una reunión habitual. El presbítero no hablaba en latín, sino en la lengua de *los britanni*, y me pareció que lo hacía en un tono preocupado, abatido incluso. Me hubiera gustado saber a qué se estaba refiriendo, pero una de las mujeres presentes captó nuestra llegada, dio un grito y aquello significó el final de la reunión. Como si fueran animales de corral a los que se arroja comida, se dirigieron cloqueando hacia nosotros.

Recuerdo que nos cubrieron de besos, de palmaditas, de abrazos y, sobre todo, de un torrente inagotable de palabras que recayó, cálido e impetuoso, sobre nosotros. Resultaba todo muy confuso, pero aun así pude captar que le

estaban más que agradecidos al Altísimo porque hubiéramos podido regresar a salvo. Poco más recuerdo de aquella noche, salvo un inmenso tazón de leche caliente y haberme dormido exhausto, pero feliz.

Cuando desperté a la mañana siguiente, descubrí que mi madre se encontraba al lado de la cama y charlaba en voz baja con el presbítero. Ambas circunstancias resultaban de lo más inesperado. Primero, porque yo dormía siempre con el resto de los muchachos acogidos en la iglesia del apóstol Pedro mientras que mi madre lo hacía con las demás mujeres dedicadas a Dios y, segundo, porque el presbítero jamás entraba en los dormitorios. ¿Qué hacían junto a mi lecho visitantes tan inesperados? Fingí seguir dormido y agucé el oído para enterarme de lo que estaban hablando.

—Hazme caso, mujer —decía el presbítero pronunciando cada palabra como si la masticara y, acto seguido, la escupiera—. Tu hijo sigue en peligro… Debe abandonar la iglesia del apóstol Pedro.

—Pero… pero nos dejó ir…

—¡Oh, vamos! ¡VAMOS! —exclamó el hombre a la vez que con un gesto de la mano imponía silencio a mi madre—. Aurelius Ambrosius está a punto de desembarcar en Britannia si es que no lo ha hecho ya. Cuando eso suceda, Vortegirn se sentirá más indignado que nunca e intentará calmar su cólera con cualquiera…

—Pero… pero nos permitió marcharnos… —protestó mi madre en voz baja.

—Precisamente, precisamente. Conozco a gente como Maximus o Roderick. Pueden parecer derrotados, pero nunca se dan por vencidos. Pedirán perdón por todos sus crímenes cuando Vortegirn pierda el poder, pero nunca perdonarán al niño. En cualquier momento, enviarán a *milites* en su busca y entonces todo será muy diferente. No tendrá la menor posibilidad de que lo escuche el *Regissimus* o un juez como sucedió contigo. Lo degollarán sin más. Eso si no le hacen algo peor…

Mi madre inclinó la cabeza y guardó silencio por un instante. Por la manera en que le subía y le bajaba el pecho, me percaté de que contenía las lágrimas a duras penas.

—¿Qué pretendes que haga? —preguntó al fin.

—El muchacho es bueno, es aplicado, casi me atrevería a decir que tiene una especial agudeza. Aquí… bueno, ya ha aprendido todo lo que puedo enseñarle…

Me cogió por sorpresa aquella afirmación. ¿Era posible que el presbítero no supiera más allá de lo que habíamos visto en sus clases? No podía

creerlo…

—¿Qué he de hacer? —volvió a indagar mi madre con la voz aún más cargada de angustia.

—Llevar al niño al norte —respondió y yo sentí un peso insoportable en la boca del estómago.

—Al norte… —dijo mi madre con una voz mortecina que no preguntaba sino que simplemente era un eco.

El presbítero asintió con la cabeza.

—¿Por qué crees que los hombres del *Regissimus* no perseguirán a mi hijo hasta allí? —preguntó—. Lo más seguro es que busquen en cualquier iglesia, conventículo, ermita…

—Porque no irá a ninguno de esos sitios —cortó el presbítero—. Sería… sería muy peligroso… en eso tienes razón. Lo llevaré con un amigo mío. Se trata de un sabio, de un erudito, de un hombre que le enseñará mucho más de lo que yo podría.

Hizo una pausa y, con un tono seco que me pareció insoportablemente severo, dijo:

—No quiero ocultarte que es posible que nunca vuelvas a ver al muchacho.

Hizo una pausa como si esperara que mi madre pronunciara alguna objeción, pero la verdad es que no dijo ni una sola palabra.

—No es sólo cuestión de que esté a salvo —continuó el hombre—. Naturalmente, eso es muy importante, pero hay muchas más cosas. También se trata de que… oh, mujer, ¿acaso no lo entiendes? Tu hijo tiene un don. Es un don muy especial, un don que ningún hombre puede otorgar, porque sólo Dios lo concede y eso únicamente a algunos elegidos.

Reconozco que me sentí confuso al escuchar aquellas palabras. ¿A qué se estaba refiriendo el presbítero? ¿Qué era, exactamente, un don? ¿Y cuál era el mío? Me devanaba los sesos, pero no conseguía entender nada.

—Por eso, resulta urgente que sea puesto a salvo —continuó—. Sé que te duele, pero… no queda otro remedio y, bueno, no sabemos… quizá…

Un silencio pesado, espeso, agobiante invadió la salita donde fingía dormir, y mi madre y un presbítero intentaban adoptar una decisión sobre mi futuro.

—Está bien… —dijo mi madre y aunque su voz resultó apenas audible no tengo la menor duda de que aquellas palabras le resultaron más costosas que si hubiera pronunciado un elaborado discurso.

Un golpe de aire, expulsado por el presbítero con la misma fuerza que si lo hubiera contenido durante horas, corroboró la pertinencia total de aquellas palabras.

—¿Lo despierto?

—No… —dijo el presbítero— creo que es mejor que lo dejes reposar un poco. El camino va a ser muy largo. Mucho más de lo que te imaginas.

«Felix qui potuit rerum cognoscere causas…» *sí, tenía toda la razón el autor de las* Églogas. Es *dichoso el que conoce las causas de las cosas. Con toda seguridad, ese conocimiento no le libra de muchos de los efectos terribles de la existencia, pero si se sabe el origen de lo que vivimos, parece como si todo cobrara un sentido, como si todo poseyera una coherencia, como si todo estuviera dotado de una armonía quizá dolorosa, pero innegable. ¿Y qué sucede con el que ignora las causas? ¿Qué pasa con el que no logra comprender la razón de su enfermedad, de la muerte de un ser querido, de su desdicha, de su pobreza, de su soledad? Para algunos, esa circunstancia no tarda en convertirse en la puerta que conduce al odio y a la desesperación, a la envidia y a la búsqueda de algún inocente al que culpar de lo que nos sucede. Sin embargo, para otros, para los que creen sinceramente que el Sumo Hacedor sujeta de manera irreal las riendas de nuestra existencia, se trata únicamente de otra oportunidad para ejercitar la fe. Es el momento —o la sucesión de momentos— en que pueden decirse, la vida me ha asestado un gol pe y resulta tan severo que desharía a cualquiera. Sin embargo, yo sé —sí, lo se— que es por mi bien y que de él sólo se derivará, si sé verlo, el bien porque el Bien Absoluto así lo ha dispuesto. Feliz sí el que anote las causas. Aún más feliz el que sin conocerlas sigue adelante apoyado en el Salvador*.

Capítulo II

—¿Estás seguro?

Levanté la mirada del trozo de madera gastada cubierto de signos irregulares trazados con tiza. Sí. La verdad era que sí, que no tenía duda alguna.

Mi maestro sonrió. Se trataba de una sonrisa satisfecha, amplia, serena, la que produce la enorme alegría de ver a un alumno aprovechado, a uno de esos discípulos que justifican toda tina vida de docencia. Pero no se quiso permitir aquella pequeña debilidad. Borró de golpe el gesto benevolente que colgaba de sus labios y dijo:

—*Extremum hunc, mihi concede laborem: pauca mihi sunt dicenda*[9].

Reconocí inmediatamente la manera en que había adaptado el inicio de la décima Égloga de Virgilio. Sin duda, se trataba de una manera elegante de pedirme que continuáramos un poco más la tarea de traducir de la lengua de Cicerón.

—*Volo certe*[10] —respondí.

Esta vez le resultó más fácil ocultar su innegable satisfacción. Bastó con que se inclinara sobre el texto que tenía ante los ojos y me instara a seguir traduciendo. Aunque era duro a decir verdad, muy duro, aunque el frío era realmente espantoso, aunque la comida dejaba mucho que desear y aunque difícilmente hubiéramos podido estar más incómodos en aquel lugar gélido y húmedo, sentía mucho afecto por Blastus, mi maestro. Desde luego, cuando abandoné con el presbítero la iglesia del apóstol Pedro no podía sospechar que nadie fuera capaz de abrigar en su interior tanta sabiduría. Por aquel entonces, yo sabía leer y escribir, y también podía hacer algunas cuentas, e incluso conocía los rudimentos de latín, la lengua de Roma y de nuestra iglesia, pero ¿cómo hubiera podido imaginar lo que me faltaba por aprender?

Mientras surcábamos prados sin cultivar, bosques espesos y arroyos helados, por mi corazón fueron pasando las más diversas imágenes sobre cómo sería mi futuro mentor. Lo mismo lo imaginaba como un anciano alto y fuerte de luengas barbas blancas, que se me antojaba que tendría que ser un personaje calvo y redondo. Lo mismo pensaba en alguien vestido con atavíos humildes semejantes a los del presbítero, como me lo sospechaba dotado de indumentarias casi lujosas como las que había visto que llevaban Roderick y Maximus cuando estuve con mi madre en el *castra* de *Regissimus*. ¿Se trataría de un presbítero como el que se ocupaba de la iglesia del apóstol Pedro o, por

el contrario, de algún maestro de la corte? ¿Íbamos hacia una aldea tranquila y modesta como la que acabábamos de abandonar o, más bien, nos encaminábamos a un *castra* como el del rey Vortegirn? Todas esas preguntas y muchas más se agolpaban en el interior de mi corazón arremolinándose y excitando mi mente para que imaginara las cosas más diversas. No me atreví a formular ninguna pregunta a mi guía y tampoco él me informó de nada. Creo que fue mejor así porque, ocupado en adivinar, no dediqué mucho tiempo a pensar en la madre que quedaba detrás de mí. Tan sólo cuando, por la noche, buscábamos un sueño indispensable que reparara nuestras fatigas me venía a la cabeza su imagen, pálida y llorosa, en el momento de despedirnos.

No tengo una idea muy clara del tiempo que nos llevó aquel viaje. Pienso que no fue menos de cuatro días, pero no podría asegurarlo con total certeza. Sí puedo decir que resultó agotador porque el presbítero caminaba a una velocidad excesiva para mí y ni aminoraba su marcha ni se detenía por muy cansado que yo pudiera estar. A decir verdad, parecía aprovechar su mayor rapidez y así, cuando el sol excepcionalmente nos agobiaba, apretaba el paso para alcanzar la sombra de algún árbol donde esperaba a que yo llegara. Sin embargo, en ese momento, en lugar de concederme que yo pudiera disfrutar también del descanso, emprendía de nuevo la marcha conmigo jadeando en pos de él. No era, ciertamente, muy considerado para conmigo, pero quiero creer que actuaba así por mi bien.

Quedé un tanto desilusionado —lo reconozco— al ver a Blastus. Acostumbrado a lugares más amplios como la iglesia o el dormitorio donde descansaba con otros niños, la cabaña en la que vivía el que iba a ser mi preceptor me pareció minúscula. Aunque, quizá no fue la pequeñez lo que más me llamó la atención, sino la forma en que estaba totalmente atestada de recipientes, escritos y libros. Era difícil caminar por en medio de aquel recinto sin tirar algo al suelo y rayaba lo imposible el poder realizar las labores domésticas como traer agua o cocinar sin causar algún estropicio de mayor o menor envergadura.

Con todo, lo que más me desilusionó fue el aspecto del preceptor. Era un hombre de estatura reducida, delgado, de barba pobre en aquel entonces. Se encontraba lejos, por lo tanto, de la presencia imponente que yo hubiera esperado. Pero más curiosa resultaba su manera de hablar. Se llevaba frecuentemente las manos a las sienes como si deseara sujetarse el cabello, alzaba la barbilla para lanzar alguna orden o insistir en una enseñanza y caminaba de una manera extraña que nunca antes me había sido dado

contemplar. Si me hubiera fijado tan sólo en la apariencia externa —y así fue durante algunos días— el pesar más absoluto se hubiera apoderado de mí. Sin embargo, no tardé mucho en percatarme de que tras su comportamiento áspero, tras su habla cortante y tras sus aseveraciones rudas y directas, Blastus encerraba una gran sabiduría que pronto ansié que me transmitiera.

Ahora acababa de cerrar el texto de Virgilio y, al respirar hondo, me había comunicado que pasábamos a otra parte de nuestras clases. El problema es que no resultaba fácil saber por dónde querría llevarme.

—*Peer* —dijo—. Pasemos al arte de curar. Lo último que estudiamos fue la división que Dioscórides hace de las cañas…

Le escuché sin decir una palabra. Sí, recordaba aquella clase. A ver por dónde salía ahora.

—Las cañas… —repitió con un ligero tono de impaciencia.

—¿Las… cañas?

La mirada que me lanzó Blastus era una mezcla de «¿Eres tonto?». «¿Estás sordo?» y «¿Te burlas de mí?» en un solo gesto. Tragué saliva y respondí sin lograr, por mucho que lo deseaba, que el miedo me abandonara el cuerpo.

—De las cañas, una se llama compacta y con ella se hacen las flechas. Hay otra que recibe el nombre de hembra y con ella se elaboran las lengüetas para las flautas. Luego existe otra que es gruesa y tiene nudos apretados y se usa para escribir…

—¿Eso es todo? —indagó con voz irritada Blastus.

—No —respondí acompañando mis palabras de un gesto de cabeza—. Además está la caña que nace junto a los ríos y otra blanquecina, delgada, que sirve para curar.

—Vamos a detenernos en ésa —dijo mi maestro— pero antes dime los nombres de cada una de las cañas.

Respiré hondo. El latín era mi lengua madre de la misma manera que el *britannus*. Incluso prefería aquél porque poseía una estructura especialmente adecuada para transmitir conocimientos y ordenar el pensamiento. Pensar en latín constituía una gimnasia de la mente que me permitía asimilar mejor cualquiera de las enseñanzas ineludibles que me dispensaba mi maestro. Sin embargo, a pesar de todo, seguía teniendo una considerable dificultad para asimilar el griego. No era un problema de su gramática que, a decir verdad, era más sencilla que la latina, con conjugaciones más simples y un número más reducido de declinaciones. Se trataba de una cuestión de vocabulario. El griego no se parecía a ningún idioma que yo hubiera escuchado antes y

memorizar sus términos más simples me exigía un esfuerzo especial. Por supuesto, mi maestro había reparado en ello y, vez tras vez, hurgaba en la herida como si encontrara un placer especial en ello.

—La compacta —comencé a decir atemorizado— se llama *nastós*. La utilizada para las flautas recibe el nombre de *zelys*. La que sirve para escribir es la *syringuia… la…* la que nace junto a los ríos es denominada *donax* y la curativa… la curativa es la *fragmites*.

Blastus clavó su mirada en mí. Fruncía de tal manera los ojos que no tenía la menor idea de si había recitado correctamente el nombre de cada una de las cañas o había incurrido en algún error digno de que me propinara una docena de azotes.

—Está bien —dijo al fin—. Volvamos ahora a la caña *fragmites*. Recítame sus propiedades.

Me sentí aliviado, pero sólo por un instante. A fin de cuentas, ahora tenía que adentrarme en las cualidades específicas de una planta, a decir verdad de una de las docenas de diferentes frutos de la tierra cuyas virtudes debía dominar de la misma manera que controlaba el movimiento de mis piernas al caminar o de mi garganta al tragar.

—La caña *fragmites* tiene una raíz que sana y puede aplicarse como cataplasma. Si se usa con bulbos sirve para extraer espinas y aguijones…

—¿Eso es todo? —preguntó imperioso Blastus.

—No, no, *domine* —respondí inmediatamente—. Con vinagre, esta caña sirve para mitigar las luxaciones y los dolores de lomos. Además sus hojas verdes, majadas y aplicadas encima, curan las erisipelas y otras inflamaciones. La corteza, quemada y en cataplasma con vinagre, sana las alopecias.

—No tiene más que virtudes esta planta, ¿verdad? —me dijo Blastus con una sonrisa curiosamente burlona.

—Pues… pues sí —respondí contento de haber pasado la prueba.

—¡Pues no, pues no! —gritó, casi aulló mientras me cogía de la patilla izquierda y tiraba hacia arriba hasta obligarme a ponerme de puntillas.

—¡A! —me quejé.

—Escucha bien esto porque no volveré a repetírtelo —escupió más que pronunció Blastus—. Cualquier medicina, cualquiera por muy buena que pueda ser, tiene siempre algo malo. ¿Sabes lo que pasaría si el penacho de estas cañas se te metiera en las orejas? ¿Lo sabes?

Hubiera deseado negar con la cabeza, pero, suspendido entre el cielo y la tierra, comprendí que si la movía mi maestro se quedaría con mi patilla

izquierda en la mano.

—Pues te quedarías sordo. ¡SORDO! —gritó presa de una profunda indignación.

Me soltó, pero no dejó de hablar.

—Imagínate que un tribuno de las legiones te llama al *castra* porque necesita que lo ayudes —comenzó a decir—. Quizá no padece gran cosa. Sólo… sólo sufre porque se está quedando calvo. Puede que te parezca una estupidez, pero el gran Julio César sufría de esa misma dolencia. Cuando lo escuchas, le dices: *domine*, tengo el remedio para tus males. Se trata de una caña y bla, bla, bla… y entonces le aplicas la sustancia en un cuero cabelludo que cada día está más desnudo, pero… pero estás tan entusiasmado que no reparas en que un diminuto fragmento de penacho entra en las orejas, grandes y peludas, de tu paciente. A él le pica, le molesta, se rasca desesperado y ¡paf!, se queda sordo. No oye ni palabra. Para siempre. Y así, nosotros perdemos a uno de nuestros defensores frente a los *barbari* simplemente porque el niño ha olvidado que uno se puede quedar sordo con la misma caña que sirve para curar la calvicie. Ya no se le cae el pelo, eso es verdad, pero a cambio puede llegar una jauría ladrando y no enterarse de nada hasta que empiece a propinarle dentelladas.

Blastus era así. Me consta que sus clases eran ásperas, duras, no exagero si las califico incluso de terribles. Sin embargo, con el paso del tiempo, y a pesar de que no se me olvida lo mucho que sufrí en ellas, no puedo dejar de experimentar un enorme agradecimiento hacia mi inflexible maestro. Él era consciente —y acabó consiguiendo que yo también lo fuera— de que no se trataba de aprender por el mero gusto de acumular conocimientos o de satisfacer la vanidad personal. No. En realidad, lo que perseguía era conocer algo que nos permitiera llevar una vida mejor y, gracias a ello, servir a nuestros semejantes. Precisamente por eso, estaba más que justificada la rudeza continua con que me dispensaba una educación que muy pocos podían tener. A fin de cuentas, de que yo hiciera bien las cosas en el futuro iba a depender no sólo mi destino sino también el de otros.

Sólo existía un terreno en el que Blastus experimentaba una transformación absoluta y su correosa manera de enseñar resultaba totalmente distinta. Era cuando hablaba de las Escrituras. Podía manejar a Platón y a Dioscórides, a Virgilio y a Salustio, con la misma soltura experta con que un campesino perito arrea a un buey para que apresure su paso o a una oveja para que no le niegue la lana. Sin embargo, cuando se refería a la Biblia… Por supuesto, era rígido y severo a hora de exigirme que memorizara pasajes

enteros o e aprendiera listas interminables de reyes y levitas, pero, a la vez, trataba aquellos textos con un amor y una ternura que no manifestaba hacia otros. Recuerdo como si ahora lo estuviera viendo la manera en que sus ojos se llenaron de lágrimas al relatar cómo el profeta Oseas se vio obligado a tomar como esposa a una prostituta y de esa forma simbolizar la traición de Israel para con su Dios.

Recuerdo, como si ahora lo estuviera viendo, la emoción conmovedora que transmitía hablando de la manera intrépida en que la bella reina Esther había salvado a los judíos de las asechanzas siniestras del perverso Ammán. Recuerdo, como si ahora lo estuviera viendo, la cálida luminosidad que cubrió totalmente su rostro al relatarme cómo un hombre que había fallecido hacia cuatro días y cuyo cuerpo corrupto hedía fue resucitado por Jesús mediante una simple orden verbal. Si cierro los ojos y pienso en Blastus puedo ver todo eso y mucho más. Me parece percibir cómo de sus labios brotaban las historias del juez Gedeón y su vellocino que se humedecía y se secaba, de Salomón y sus juicios, de David y su lucha desigual con el gigante altivo o del feroz Saulo sorprendido en el camino de Damasco por Jesús resucitado.

—El principio de la sabiduría —solía repetir— es el temor de Dios. Por supuesto, mucho de lo que nos han transmitido los paganos es útil. Incluso se puede decir que muy necesario. Por eso debemos conservarlo y no destruirlo como pretenden *los barbari*. Hay mucho de bueno y de bello en lo que nos dejaron romanos y griegos. Pero también debemos tener presente que la vida buena es la que se vive de manera adecuada y esa manera adecuada Dios nos la ha dejado expuesta en las Escrituras.

—¿Y qué deberíamos hacer cuando dos enseñanzas no… no coinciden? —pregunté.

—Examina todo y retén lo bueno —me respondió sin asomo de titubeo—. Eso es lo que dijo el apóstol Pablo, pero voy a explicártelo de manera más sencilla. Cuando te ordeno que encuentres un pescado para la comida, ¿qué haces?

—Obedezco —respondí.

—Sí, claro que obedeces. Como es tu obligación —dijo apenas ocultando una sonrisa—, pero sitúate ahora en el momento en que ya has atrapado un par de peces. ¿Qué haces?

—Bueno… los traigo y… y los limpio. Sí, claro, los lavo y los limpio para poder comerlos.

—¿Y también te comes las espinas?

Reconozco que aquella pregunta me desconcertó. ¿Adónde quería llegar con esas palabras?

—No… —respondí, aunque dudando de si aquella respuesta era la adecuada.

—Por supuesto que no —comentó mi maestro tranquilizándome—. Por supuesto que no. Quitas las espinas con todo el cuidado posible y te comes la carne sabrosa del pescado. Lo mismo sucede con Cicerón o con Homero. No podemos aceptar su pléyade de dioses inmorales que van detrás de mujeres o de hombres con la única finalidad de yacer con ellos o de hacerles la vida imposible con sus caprichos. Tampoco podemos creer que el emperador sea un dios en la tierra ni vamos a entregarnos a prácticas nocivas como la adivinación, la sodomía o el adulterio, pero… pero, una vez que les quitamos esas molestas espinas, devoramos con placer lo que nos han transmitido. ¿Comprendes?

—Creo que sí…

Se dedicaba Blastus a este tipo de enseñanza el día del Señor, el primer día de la semana y ese aliciente, aún más que el del ansiado descanso, lo convertía en una jornada especialmente grata para mí. Porque durante un tiempo que, creo, no fue muy largo me moví en medio de sus enseñanzas sagradas como un ciego al que un muchacho debe guiar para que no tropiece, pero, de repente, de forma totalmente inesperada, comencé a comprender todo con una claridad meridiana. Como si la luz más limpia hubiera penetrado profundamente en las oscuras habitaciones de mi corazón, caí en la cuenta de que ya no sólo escuchaba sino que preguntaba e incluso discutía. Recuerdo a la perfección una tarde de domingo lluviosa y fría en que Blastus y yo conversábamos acerca de un pasaje del libro que los judíos denominan Qohelet y los cristianos, Eclesiastés. Recordar el agua que golpeaba furiosamente contra los muros tiene cierto mérito, pero en lo que se refiere al frío… Bueno, Blastus es taba sometido siempre al frío de una manera tan intensa que hubiérase dicho que lo rodeaba una nubecilla gélida. Necesitaba aquel aliento helado en torno de él de la misma manera que las plantas precisan del agua. Aquel domingo helado el pasaje que estábamos estudiando parecía —no, no parecía, era— muy enrevesado. Y, de repente, fue como si una saeta luminosa y veloz atravesara la estancia y se clavara en las líneas que estaba comentando con mi maestro. Comprendí todo. Entendí todo. Capté todo y en los términos más sencillos le dije a Blastus lo que me parecía evidente y hasta obvio.

Mi maestro me escuchó con atención. Siempre lo hacía así, a decir verdad, pero ahora sé que, por primera vez, no oía mis palabras a la espera de descubrir en ellas una imperdonable equivocación que había que corregir. Todo lo contrario. Estaba escuchando para comprender, incluso… sí, incluso para aprender.

Cuando terminé mi exposición —fue muy breve, de eso estoy seguro— Blastus colocó su diestra de palma ancha y dedos cortos sobre mi mano y dijo:

—Lo que voy a decirte es muy importante y conviene que no lo olvides nunca. Existen varios niveles de conocimiento. Primero, está el natural. Deriva del simple hecho de que Dios nos creó a su imagen y semejanza. Por eso, lo puede tener un pagano si evita que las tinieblas de la ignorancia y de la mentira cieguen su corazón. No sólo eso. Si se esfuerza por ver la luz que ilumina su interior invisiblemente llegará con seguridad a captar muchas verdades importantes cuyo valor es eterno.

Hizo una pausa y yo intenté aprovecharlos soplándome los dedos ateridos sin que se percatara. Blastus veneraba tanto el frío que le molestaba profundamente que otros no pudieran entender su devoción por aquellas gélidas temperaturas.

—Después —prosiguió mi maestro— viene el conocimiento revelado. Ése procede de una comunicación directa de Dios. Lo poseen en parte los judíos y de manera más completa nosotros porque hemos aceptado a Jesús como el mesías, el Cristo, que es Hijo de Dios y nos ha revelado muchas cosas sobre Dios Padre que nunca hubiéramos podido conocer por nuestros medios. Pero… pero existe un tercer tipo de conocimiento.

Hizo una pausa, retiró la mano y se echó hacia atrás mientras en sus pupilas oscuras se agudizaba aquella expresión que no lograba descifrar.

—Ese conocimiento —prosiguió ahora con un tono de voz grave— no se puede obtener con el esfuerzo personal. No es cuestión de leer, de trabajar, de luchar con textos y textos. No. Es algo… algo muy diferente. Se trata de un conocimiento limitado, pero muy importante. Únicamente Dios puede darlo y además sólo se lo concede a algunos. Estoy hablando del conocimiento profético.

—¿Te refieres, *domine, a* que pueden ver en el porvenir? —indagué desconcertado mientras me percataba de que con el frío ya no sentía los pies.

—En ocasiones, sí —respondió Blastus que parecía no percatarse lo más mínimo de la humedad helada que inundaba la habitación como si se tratara de un diluvio semisólido— pero eso no es lo más importante. El Príncipe de

las Tinieblas, el señor de las potestades del aire, también puede impulsar a adivinos y, de hecho, lo hace valiéndose del poder maligno que tiene desde su caída. No, querido… amigo, no es eso lo más importante.

No pude reprimir un escalofrío pero esta vez no se debió a la destemplada temperatura. Estaba más bien relacionado con el hecho de que Blastus no me había denominado discípulo o *puer* sino amigo. ¿Se había equivocado o quería indicarme algo?

—Lo verdaderamente relevante es que las personas a las que Dios les concede ese don pueden, no siempre, no a voluntad, no según su gusto, pero sí cuando Él lo desea y dispone, ver las cosas exactamente como Él las contempla.

No estaba seguro de entender lo que me estaba diciendo mi maestro. ¿Qué significaba ver las cosas exactamente como Dios las ve?

—Sé que no es fácil entender lo que te estoy diciendo —dijo Blastus como si acabara de leer mis pensamientos— pero resulta esencial que lo entiendas. Para ayudarte a comprender, piensa en los ejemplos que aparecen en las Escrituras. En la época del profeta Amós, por ejemplo, el reino de Israel se complacía en su prosperidad material y pensaba que duraría para siempre, pero el profeta…

—… el profeta —reflexioné en voz alta— captó que vivían de una manera totalmente impía y apartada de Dios y que, por lo tanto, serían objeto de su juicio.

—Exacto —dijo Blastus con el rostro bañado por la luz de la satisfacción — y en la de Elías…

—El perverso rey Ajab había decidido aliarse con los paganos y el pueblo se complacía pensando que aquello les proporcionaría la paz, pero Dios castigó a Israel enviándole una sequía como no habían conocido hasta entonces.

—Exacto —repitió Blastus todavía más feliz— y en la de Isaías…

—En la de Isaías —proseguí contagiado por su satisfacción— el profeta indicó que aunque el pueblo creía saber, perecería por su falta de conocimiento.

—Y aunque se aliaran con los paganos…

—Aunque se aliaran con los paganos, si no creían en el único Dios verdadero, no podrían permanecer.

—Sí —dijo Blastus con una dicha que rozaba el entusiasmo—. Yo no estaba equivocado. ¡No lo estaba! Entiendes a la perfección lo que deseaba

decirte. Ése es el tercer tipo de conocimiento… Ése es el conocimiento especial que Dios ha decidido darte.

A pesar del frío tremendo, nada más escuchar aquellas palabras, se enroscó a mis orejas un calor insoportable, tanto que sentí que ardían como un trozo de leña. Abrí la boca una, dos, tres veces, sin lograr pronunciar una sola palabra. ¿Qué estaba diciendo Blastus? ¿Le había escuchado bien?

—También en la época de otro gobernante, un gobernante llamado Vortegirn…

—No —dije con un hilo de voz—. No… yo no…

—Por supuesto que sí, hijo, por supuesto que sí —cortó dulcemente Blastus.

Hizo una pausa y dijo:

—Debes estar helándote con este frío. Quizá deberíamos encender el fuego.

Ante mi perpleja mirada, Blastus interrumpió la conversación y se dedicó a quebrar algunas ramitas con las que alimentó una fogata diminuta, diminuta sí, pero que me pareció tan cariñosamente entrañable como el abrazo de una madre. Examinó con cuidado la manera en que las llamitas negruzcas se esforzaban por lamer los pedazos de leña y acababan transformándose en lenguas rojas y entonces, con una sonrisa, se volvió hacia mí y dijo:

—Tu destino, el destino que te ha marcado la Providencia, no es fácil. A decir verdad, es uno de los más duros y difíciles que se pueden vivir. La mayoría de la gente no te entenderá e incluso se sentirá molesta con tus palabras; los gobernantes te odiarán porque dejarás de manifiesto que sus corazones no son siempre limpios y los hombres de Dios, bueno, que dicen representar a Dios… ésos pueden llegar a ser los peores. Los que verdaderamente busquen su voluntad acabarán reconociendo tarde o temprano que tus palabras son un rayo de luz, pero los que sólo se escudan en Dios para medrar te odiarán y querrán acabar contigo.

—No estoy seguro… —intenté razonar con mi maestro, abrumado por lo que estaba escuchando.

—Llegarás a estarlo. Descubrirás que en tu interior arde un fuego que te impulsa a decir la Verdad aunque preferirías callarte y llevar una vida tranquila. Quizá intentes reprimirlo, pero entonces descubrirás que no puedes, que es más fuerte que tú, que su poder te sobrepasa. Y también te darás cuenta de que ésa es la razón por la que viniste a este mundo. Otros llegaron para sacar a la tierra sus frutos y alimentar a los hombres, o para defender a los débiles, o para transmitir los conocimientos del pasado. Tú has nacido para

una era muy especial, para una época tenebrosa y oscura. De esa manera, en algún momento, cuando más necesaria sea la luz, podrás darla, pero recuerda siempre que esa luz no es tuya.

—Creí que… —le interrumpí sorprendido por aquellas palabras.

—No, no es tuya —explicó Blastus con una extraña, casi conmovedora indulgencia— porque si fuera tuya tu misión carecería de sentido y quedaría falseada. Esa luz no nace de ti. Solamente la reflejas.

Una sensación extraña se había ido apoderando de mi ser mientras escuchaba aquellas palabras. Por un lado, sentía un frío distinto del que, habitualmente, llenaba la estancia. Se había encaramado a mi espalda, alargaba sus gélidos dedos sobre mis brazos y mis piernas. Sin embargo, al mismo tiempo, en el pecho podía percibir un calor especial, fuerte, sereno, que parecía neutralizar cualquier malestar.

—Y ahora, si te parece —dijo Blastus adoptando su tono habitual de voz — me gustaría seguir escuchando lo que ves en ese pasaje del Eclesiastés…

Creo que no exagero al afirmar que nada fue igual desde aquella tarde de domingo. Por supuesto, Blastus continuó enseñándome acerca de las plantas más diversas y sus virtudes más increíbles, prosiguió ayudándose a desentrañar los recovecos de la literatura de griegos y romanos, y no dejó de conversar conmigo sobre las Escrituras. Pero nunca volvió a mirarme como antes. Dejó de contemplarme como a un discípulo para observarme como a alguien que había alcanzado, o estaba a punto de alcanzar, su nivel. Poco a poco, de manera tan natural e inadvertida que ahora, al recordarla me sorprende, fue él quien comenzó a formularme cada vez más preguntas. Incluso, aunque yo necesitaba aprender todavía mucho de él, aunque pasarían años antes de que concluyera mi aprendizaje, aunque le escucharía todavía centenares de horas de enseñanzas y lecciones, había empezado a realizarse un cambio. No podía imaginarlo entonces y aún las estaciones tendrían que venir y marcharse muchas veces, pero, al fin y a la postre, llegó un día en que me pidió consejo. Y entonces yo supe que tenía razón y que el tiempo que había pasado con él se acercaba, de manera acelerada, a su conclusión.

«Optima quaeque dies miseris mortalibus aevi prima fugit…» *sí, no le faltaba razón a mi maestro de latín cuando dejó escrito que también para los infelices mortales los días que antes se van son los mejores. Aunque, bien*

pensado, quizá Virgilio no resultó tan atinado en sus conclusiones. No es que el tiempo pasado con más rapidez sea el mejor, es que, precisamente el tiempo mejor es el que pasa de una manera más rápida. Aquellos momentos en que disfrutamos de un hermoso día de campo, en que jugamos con nuestra madre, en que contemplamos a nuestros amigos defendiéndonos de un peligro, en que gustamos brevemente la suave bebida que proporciona el Amor… todos ellos desaparecen y, en ocasiones, nos preguntamos si verdaderamente existieron alguna vez o son sólo fruto de un sueño mal recordado. Pero no deberíamos sentir pena o amargura por ello. Todo lo contrario. Deberíamos más bien percatarnos de que nuestra vida es un soplo; que en todas las épocas hay razones, diferentes, pero ciertas, para dar gracias a Dios por la hermosura de la existencia y que, muy posiblemente, aquellos tiempos teñidos en algún momento por la belleza nos indican que es posible, después de esta vida, encontrarla de manera más plena y real.

III

Tuvo que suceder más de una década y media después. Sí, como mínimo. Aquella mañana, una mañana en que la copiosa lluvia parecía complacerse en sacar un brillo irreal a la hierba verdinegra y a las hojas pardas de los árboles, me encontraba ocupándome de un niño. Lo recuerdo con tanta claridad que tengo la sensación de que si estirara las manos un poco, tan sólo un poco, podría tocarle el rostro redondo y acariciar los rizos sucios y rebeldes que le caían sobre la frente abultada. Se llamaba… no, hasta ahí no llega mi memoria. Qué cosa tan curiosa y desconcertante es la memoria. Puedo ver aquellas imágenes como si las tuviera ante mí y, al mismo tiempo, los nombres se van borrando de la misma manera que si los hubiera escrito sobre la arena blanca de la playa y una ola aburrida que pasara sobre ellos los hubiera borrado para siempre. No, definitivamente, no me acuerdo de cómo se llamaba el niño. Sí tengo muy presente su dolencia. Sus padres, dos personas ya mayores a los que la Providencia había regalado un hijo tardío cuando ya habían desesperado de recibirlo, lo miraban extrañados como si se tratara de un ser raro que no hubiera tenido nada que ver con ellos.

—Todo lo devuelve… —decía la madre angustiada, a la vez que se retorcía las manos.

—No se le queda nada en la tripa… —remachaba el padre, sobando nervioso un cayado no por humilde menos efectivo.

—Y el color… qué color… amarillo como la cera… —afirmaba la madre mientras posaba la mano sobre el rostro mofletudo del niño con tanta fuerza que, por un instante, imprimía a la piel cerúlea un leve tono rojizo.

—Tenemos mucho miedo de que se nos muera… —dijo finalmente el padre expresando lo que les inquietaba.

Palpé al callado muchacho con el mayor cuidado. No tenía ningún bulto en el exterior, ni tampoco presentaba señales de alguna enfermedad que, asentada en su interior, lo corroyera minando su salud. ¿El color? Sin duda, no era el que deseaba la madre, pero de ahí a decir que era insalubre mediaba un verdadero abismo. Sí, me pareció innegable que se trataba de un niño nervioso. Tan sólo había acercado la mano a su rostro y la desdichada criatura no había podido reprimir un respingo, igual que si lo hubiera mordido una víbora. Pero —mucho me lo temía— aquella agitación excesiva de sus nervios infantiles no procedía de ninguna dolencia corporal. Se trataba únicamente de la inquietud propia de quién se ve a todas horas vigilado,

observado, agobiado. Esa circunstancia resulta difícil de por sí en un adulto, pero en un niño…

—Vivís en la ciudad, ¿no es cierto? —indagué.

—Sí… —respondieron un tanto desconcertados.

—¿Tenéis algún familiar que viva en alguna aldea? Mejor, ¿en pleno campo? —continué con mi interrogatorio.

Los padres se intercambiaron una mirada de sorpresa. Sin duda, hubieran preferido que su hijo se curara con algún tipo prodigioso de pase mágico o con alguna poción fabulosa.

—Mi hermano Caius vive en el campo —respondió, al final, el padre—. Cría cerdos. Unos cerdos espléndidos, de veras, espléndidos.

—Magnífico —dije fingiendo un enorme alivio, como si hubiera dado con un remedio imposible de encontrar—. Habla con tu hermano y dile que tu hijo pasará un par de semanas con él, en el campo.

—Sería una buena idea —se adhirió la madre—. No nos vendría mal visitar a tu hermano. Su mujer es muy agradable y…

—No —corté de manera tajante aunque considerada—. El niño debe ir solo.

—Pero… pero… —apenas acertó a balbucir la madre horrorizada ante la perspectiva de perder de vista a su hijo durante algunos días— este niño está enfermo… este niño… los cerdos… ¿qué va a hacer sin nosotros?

Hubiera deseado decirle que, precisamente, aquella criatura lo que necesitaba era no tener cerca a sus padres siquiera por unos días. Lo protegían, lo mimaban, lo cubrían en exceso. Tanto que su propia naturaleza se estaba rebelando y había decidido protestar arrojando todo alimento que le pasaba por la garganta. Conocía de sobra aquellas manifestaciones del organismo. Era como si, de repente, llegara a la conclusión de que no merecía la pena seguir viviendo en esas condiciones y se sublevara. Era como el asno fatigado que, de pronto, se deja caer sobre sus curtidos cuartos traseros y al que no logran poner en pie los palos más feroces. No puede más con su carga, pero prefiere que lo maten antes de morir aplastado por ella. Seguramente, aquel cuerpecito sufría de un mal no tan distinto. Había llegado a la vida de sus añosos padres en una época en que se sentían condenados a morir sin descendencia, y esa eventualidad había provocado que no lo dejaran crecer de manera normal sino que lo rodearan de un cuidado excesivo. Lo más seguro era que ni siquiera se atrevieran a darle un cachete…

—En el campo no le va a pasar nada —proseguí— y si el chaval se porta de manera indebida, seguro que su tío no dudará en meterlo en cintura de un

bofetón.

—¿Qué? —gritó la madre a la vez que se llevaba las manos a las mejillas como si padeciera un insoportable dolor de muelas—. ¿Ponerle la mano encima al niño? Pero si eso no lo hacemos ni nosotros que somos sus padres…

Amarillo, me dije sin dejar de observar a la callada criatura. Aquel crío lo que estaba era verde, verde como el trébol. Necesitaba curtirse. Ya no tenía ninguna duda.

—Bien —corté de nuevo a la buena mujer—. Mi diagnóstico es claro. Este muchacho tiene los humores negro y amarillo revueltos…

Hice una pausa para asegurarme de que mis palabras impresionaban a la pareja. Al final, no pocas veces no importa tanto lo que se dice como la manera en que se dice. Sí, parecía que lo había conseguido.

—La única manera de equilibrar esos humores en mala situación es combinar dos acciones —continué con el tono más doctoral y pedante del que fui capaz—. La primera es trasladar al… niño al campo. Hay que dejar que le dé el sol, el aire, la luz. Que guarde ovejas si es preciso, que se ocupe de los cerdos si es preciso, que ordeñe vacas si es preciso. Todo eso le vendrá de maravilla. Ahora bien, todo ello debe unirse al consumo de… esto.

Eché mano de un manojo de hierbas y se lo tendí a la madre que las recogió, trémula, de la misma manera que hubiera podido sostener un Evangeliario.

—Hay que ser prudente a la hora de administrar la pócima al niño —continué—. Mientras se encuentre todavía aquí, es necesario que tome el cocimiento tres veces al día… ah, y no estéis muy cerca de él después. Que repose, que descanse, que le cale hasta alcanzar los humores revueltos. Una presencia cercana…, debo advertirlo, podría aminorar los efectos benéficos del remedio.

—Ya lo has oído —dijo la madre al muchacho— no vamos a estar cerca después de que te bebas lo que te ha recetado el físico. Pero no te preocupes que iremos a verte a casa del tío…

—No —mi voz sonó tranquila, pero firme—. No. De ningún modo. El muchacho debe cambiar de ambiente. Nada de visitas por, digamos, tres semanas al menos.

Como era mi costumbre, no acepté ningún pago por aquella consulta. Aquel muchacho no era un enfermo. Al menos, su cuerpo no padecía dolencias. Sólo protestaba abrumado por los cuidados continuos e innecesarios. Era su mente, su espíritu, los que estaban padeciendo los

pecados de sus padres. Cerdos… sí, seguramente, la cercanía de esos animales, glotones y sucios, no le vendría mal. Ni tampoco resultaría poco recomendable algún pescozón de su campestre tío. Ni tener que compartir con otros. Pasaría algún día malo. Sin duda. Pero regresaría nuevo. Sin color amarillo, por lo menos. Los vi alejarse mientras me hundía en reflexiones sobre el daño que una mala educación puede ocasionar a un niño. De eso podía dar fe. Fue entonces cuando los vi.

Confieso que me impresionaron. Sus capas, largas y rojas, cubiertas de barro abundante y reseco en los extremos; las corazas metálicas, formadas por piezas melladas y, sobre todo, desiguales; las espadas largas colgando de la cintura… todo aquello me resultaba desconocido. Por supuesto, había contemplado algún *miles*[11] años atrás y también había leído libros y libros sobre su comportamiento ante los helvecios y los galos y los germanos.

Pero era la primera vez que podía contemplar a un legionario de Roma. Quizá aquellos que no han llegado a conocerlos piensen que su indumentaria peculiar era lo que provocaba un mayor impacto en los que los veían. Se equivocarían. En realidad, lo que hacía que de ellos brotara un ambiente sutil que lo mismo otorgaba tranquilidad que infundía temor era algo muy diferente. Recuerdo a la perfección a aquellos dos. Uno de ellos, situado apenas a unos pasos por detrás de su compañero, se quitó el yelmo y dejó al descubierto una cabeza prácticamente rapada. Sobre su rostro ancho y casi redondo, se dibujaba una barba gris no por revuelta menos recortada. El cabello hirsuto que la componía se veía rasgado por una cicatriz profunda y blanquecina. Arrancaba de su mentón cuadrado y subía como un antinatural cuarto lunar por su abultado carrillo derecho hasta perderse en la cima del imponente cráneo. Me dije que, con seguridad, aquella marca se debía a una herida de combate y llegué a la conclusión de que el hombre había sido muy afortunado al librarse de la muerte después de haber recibido un impacto de tan brutales características. Sus piernas anchas y cortas, sus brazos breves pero muy musculados, transmitían una sensación de enorme vigor. No era alto. Quizá incluso se hubiera podido decir que resultaba un tanto escaso de estatura, pero no me cabía la menor duda de que aquel legionario hubiera sido capaz de despedazar a un animal del tamaño de un ciervo utilizando tan sólo sus manos desnudas y de que hubiera podido derribar a otra bestia mayor asestándole un par de puñetazos.

Su acompañante resultaba muy distinto. Era más alto y más delgado, cualidades que quedaban resaltadas por el hecho de que la capa cárdena le venía muy corta, y su rostro era largo y afilado como un madero tallado en

exceso. Su aspecto era de peculiar desaliño, incluso de descuido y molicie. Pero tuve la sensación de que sólo fingía y de que hubiera repelido con enorme ferocidad cualquier agresión dirigida contra su persona.

El legionario bajo y fuerte reparó en que lo observaba, frunció el ceño y, por un instante, me mantuvo la mirada. Pero resultaba obvio que no tenía interés en mí. A fin de cuentas, ¿qué podía parecerle yo? Cuando su acompañante le chistó, apartó los ojos y se dirigió hacia la cabaña, húmeda y gélida, en la que vivía, serenamente feliz, Blastus.

Lo normal hubiera sido que me adelantara corriendo y que les preguntara lo que deseaban antes de que pudieran llegar a la morada de mi maestro. No hubo ocasión. La desajustada puerta del pobre chamizo se abrió y la silueta peculiar de Blastus se recortó sobre la negruzca sombra del umbral irregular. Por un instante, quedó inmóvil, como si un rayo, no por celestial menos terrible, lo hubiera fulminado paralizándolo. Luego, de repente, su barba pareció descorrerse en una sonrisa ancha y cordial, más alegre que cualquiera que antes hubiera podido observar en él.

—Pero si son Caius y Betavir… —dijo tan sólo un momento antes de levantar los brazos y abrirlos en un gesto sentido de acogida entusiasta.

—¡Viejo bandido! —gritó risueño el legionario de la cabeza rasurada antes de abrazar a Blastus y levantarlo con un movimiento vigoroso por el aire.

Aquellas palabras rezumantes de familiaridad me sorprendieron. ¡Viejo bandido! De mi maestro con seguridad podían decirse muchas cosas y la gratitud debida no me cegaba tanto como para no ser consciente de que algunas no eran agradables, pero tanto como viejo bandido…

—¡Rata de burdel! —aulló ahora el soldado alto antes de repetir el gesto cordial de su acompañante.

¡Rata de burdel!, repetí yo en voz baja. Pero… pero ¿qué decía aquel loco? Si Blastus era un modelo innegable de pulcra castidad. Nunca había visto que hablara con una mujer a solas e incluso en los casos en que lo hacía ante otros siempre se mantenía a una distancia enorme, tanto que a algunas les obligaba a gritar para que le alcanzaran con la voz… ¿De dónde habían salido aquellas bestias groseras y, sobre todo, de qué se conocían?

Parpadeé sorprendido al comprobar que mi maestro no sólo no los reprendía sino que se entregaba al poco edificante espectáculo de asestarles golpes en el vientre y en los brazos con gestos de una rudeza que jamás había contemplado antes. Pero ¿es que acaso se habían vuelto locos? ¿A qué se

debían aquellas manifestaciones de familiaridad desagradable tan impregnadas de poco oculta chabacanería?

Mi sorpresa fue aumentando en los siguientes momentos cuando lanzaron sobre Blastus los epítetos más groseros y éste sello respondió con sonrisas que acabaron subiendo de tono hasta derivar en una carcajada. ¡Blastus riéndose! ¡Y, para remate, a carcajadas! Pero ¿quién era aquella gente?

Como si hubiera adivinado el pensamiento, mi maestro me dirigió la mirada y gritó con un tono de voz excepcionalmente risueño:

—¡Ven! ¡Ven aquí! Quiero que conozcas a dos héroes.

«Dum faciles animi iuvenum, dum mobilis aetas»… *mientras son jóvenes, su espíritu resulta dócil y su edad moldeable. Eso afirmaba el buen Virgilio y, aunque no gozará de las bendiciones de los bienaventurados, tengo que reconocer que tenía razón y, dado que no conoció la revelación, he de llegar a la conclusión de que se trata de una verdad fácilmente identificable para cualquiera que se limite a aplicar el sentido común a las peripecias de la vida. A lo largo de la mía, he conocido docenas de estúpidos de edad avanzada. Eran idiotas, necios, engreídos, soberbios y, por desgracia, a medida que pasaba el tiempo, los años sólo servían para acentuar tan horribles carencias. En todos y cada uno de los casos —de ello no me cabe duda— se trató de gente a los que no se educó durante su juventud. Se aplaudió su estupidez, se premió su soberbia, se incitó su maldad y los resultados fueron deplorables para ellos y para los que se cruzaron con ellos. En sus primeros años, cuando su corazón era tierno y su espíritu moldeable, hubieran podido ser orientados hacia una vida sabia y fecunda, pero, en lugar de educarles para el esfuerzo, se les alentó hacia el parasitismo y en lugar deformarlos para la incorporación de la sabiduría en su ser, se les estimuló hacia la mera palabrería. Quedaron moldeados, sí, pero para la perdición de ellos y la desgracia de los que con ellos se encontraron.*

Capítulo IV

En los años que llevaba con mi maestro jamás le había visto consumir vino, sidra o cerveza alguna. Como antaño Sansón o Juan el Bautista, a los que el voto de nazireato privó del consumo de ese tipo de bebidas, Blastus era un abstemio total. Y ahora, como por ensalmo, sobre la mesa habían empezado a aparecer recipientes con las más diversas bebidas fermentadas. Había, si no recuerdo mal, de seis o siete clases. Oscuras y claras, turbias y espumosas, de textura suave y de aspecto áspero. Pero ¿de dónde había salido todo aquello? ¿De dónde? Y si sorprendente era la bebida no lo resultaba menos el yantar. Aunque ése sí sabía de dónde procedía. De las alforjas de los recién llegados. Una pierna de cerdo rebozada sobre la que comenzaron a verter miel hasta que chorreó pringosa y amarilla, trozos y trozos de tasajo rojizo, una masa viscosa que nunca antes había visto y un tarrito que colocaron encima de la mesa con grandes alharacas y que destaparon esparciendo un olor apestoso por toda la estancia.

—Dios santo… —dijo Blastus— pero… pero sí es *garum*…**[12]**

Una carcajada coreó su sorpresa mientras el legionario de la cabeza rasurada, el que respondía al nombre de Caius, daba un codazo a su acompañante.

—*Garum*… —repitió mi maestro mientras se acercaba la nauseabunda sustancia hasta la nariz—. El aroma de la vieja Roma…

Fue escuchar aquellas palabras y decirme que si así olía Roma debía ser una ciudad verdaderamente asquerosa. A decir verdad, aquella fetidez insoportable era peor que la de los excrementos humanos y parecía agarrarse a las ventanas de la nariz en un empeño por provocar la arcada.

—¿Cuándo la visteis por última vez? —preguntó Blastus con los ojos cerrados y sin apartar aquel maloliente tarro de su rostro.

Una nube descendió sobre las caras de Caius y Betavir ensombreciéndolas. Sin duda, mi maestro les había dicho algo que les provocaba un enorme pesar.

—Hace cosa de un año —respondió al final Caius.

—Fuimos en busca de refuerzos… —añadió Betavir.

—Y no los conseguisteis, claro —concluyó Blastus.

—Roma, querido amigo, es apenas una sombra de la ciudad que conocimos —continuó Caius con el rostro casi contraído por un dolor cuya causa no acertaba yo a adivinar.

—Sí —confirmó Betavir—. A decir verdad creo que nunca se repuso de la invasión de los vándalos en el año 455 de nuestro Señor. Arrasaron todo. Saquearon lo que quisieron. Mataron y violaron por doquier.

—Ni siquiera respetaron las iglesias… —dijo Caius.

—Eso fue un castigo de Dios —intervino airado Betavir—. Si ni sus mismos representantes en la tierra se comportan como deben…

—¿Qué quieres decir? —indagó sorprendido Blastus.

—Mira, aquello se ha corrompido mucho —respondió el legionario alto con gesto de amargura—. Antes uno podía acudir a una iglesia para encontrar consuelo, para escuchar el Evangelio, para hablar con Dios. Se entraba en esos recintos y… bueno, sentías paz. Sí, eso es. Sentías paz, ese tipo de paz que en las legiones no podemos conseguir.

—¿Y ya no sucede eso? —preguntó Blastus con la incredulidad pintada en el rostro.

—No puedes ni imaginarte cómo están las cosas —respondió Caius apesadumbrado—. Hay locos que afirman que los hombres son buenos por naturaleza. ¡Buenos por naturaleza! ¡Qué estupidez!

—Una estupidez peligrosa además —remachó Betavir—. Cuando los *barbari* asaltaron nuestras fronteras, en lugar de defenderlas, ah, no, ni hablar, que arrasen todo… cuando los ladrones y los asesinos merodean por los caminos, en lugar de castigarlos, ah, no, lejos de eso, que satisfagan su hambre… No te costará darte cuenta de que la península Itálica es la parte más insegura del imperio en estos momentos. Hay gente que está tan preocupada por no hacer daño a los canallas, que se despreocupa totalmente por los infelices que trabajan y sudan y mantienen en pie todo el edificio del imperio.

Observé que Blastus se llevaba pensativo la mano izquierda a la barba y se la tironeaba con inquietud.

—¿Estáis seguros de que no exageráis? —preguntó consternado.

—No exageramos lo más mínimo —respondió Caius moviendo la cabeza en un gesto de tristísima resignación—. No recibiremos ayuda de Roma. No llegará jamás porque el imperio se desmorona.

—¡El imperio no se puede desmoronar! —cortó Blastus dando un puñetazo sobre la mesa con tanta violencia que estuvo a punto de lanzar la oronda pierna del cerdo contra el suelo.

Los dos legionarios guardaron silencio e intercambiaron una mirada que parecía clamar a gritos: «Ya te lo dije».

—Blastus, no tiene ningún sentido engañarse —habló al final Caius—. Por supuesto, podría no ser así, pero…

—… pero la gente no desea ver —terminó la frase Betavir—. Podríamos contener a los *barbari*. De hecho, lo venimos haciendo desde hace siglos… pero hemos decidido suicidarnos. ¿Sabes, Blastus? Y no es eso todo. Hay mucho más…

—¿Mucho más? ¿Qué? —interrogó Blastus, presa de una ansiedad apenas controlada.

—En Roma, las mujeres han decidido no tener hijos. ¿Puedes creerlo? Pues es así. No quieren tener niños. Los encuentran molestos…

Me quedé sorprendido al escuchar aquellas palabras del legionario. ¿Era posible que una mujer no deseara tener hijos? ¿Podía llegar a producirse tal eventualidad? ¿Acaso se habían vuelto locas?

—… los niños lloran, los niños estropean la figura, los niños son una molestia para acudir a las diversiones, los niños… cuestan dinero… —dijo Betavir mientras se llevaba las manos a la cintura e imitaba un tono de voz quejoso y femenino—. ¡Cuestan dinero! ¡Pobres criaturas!

—¿Y las legiones? ¿Y el senado? —preguntó Blastus con una voz poseída por la angustia.

—¿El senado? —repitió como un eco Caius—. Los senadores sólo piensan en su propia conveniencia. Son cosa del pasado aquellos tiempos en que se percataban de los peligros que acechaban a Roma y se enfrentaban con ellos. Creo que están convencidos de que, suceda lo que suceda, nada les afectará. La verdad es que no se quieren dar cuenta de que serán de los primeros en caer.

—El panorama no es mejor con las legiones —terció su acompañante—. Casi hace un cuarto de siglo que no han obtenido una sola victoria… Creo que el error fue dejar que los *barbari* pasaran al interior del imperio. Insistían en que eran pacíficos y empezaron asentándose en los campos. Al principio, venían sólo a trabajar la tierra, o, al menos, eso era lo que decían porque cuando quisimos darnos cuenta se habían extendido por las Galias y por Hispania y además lo hacían valiéndose de la espada…

Lentamente, Blastus se dejó caer hacia atrás hasta que su cuerpo quedó apoyado en la fría y húmeda pared. Un pesar negro se había apoderado de su ser y tuve la desconcertante sensación de que, de un momento a otro, podía romper a llorar.

—¿Entonces estamos solos? —dijo como si gimiera al cabo de unos momentos.

El silencio espeso que siguió a aquella pregunta dolorosamente punzante me pareció una respuesta más que elocuente a la apenada inquietud de mi maestro. El problema era que, o mucho me equivocaba, o no podía ser más afirmativa.

—No debes perder la confianza —dijo finalmente Caius—. Aurelius Ambrosius está actuando magníficamente como *Regissimus Britanniarum*.

—No podrá ser peor que Vortegirn… —pareció reconocer con amargura mi maestro.

—Nada puede ser peor, eso es verdad —reconoció Caius—, pero es que además está demostrando una capacidad… Créeme que no te exagero al decirte que la situación en Britannia es mucho más segura que en la península Itálica.

—Me temo que eso no es decir mucho… —señaló mi maestro abrumado por la pena.

—Blastus, tú sabes que en la guerra no se trata de pedir más sino de actuar con lo que se tiene. Tenemos legiones todavía, pocas y con escasos veteranos, pero siguen siendo legiones. Todos debemos colaborar en la defensa de Britannia…

—Todos —remachó Betavir.

La raya roja que partía la frente de mi maestro en dos partes casi iguales pareció ahondarse. Frunció el entrecejo cano, se tironeó levemente de la barba y dijo:

—¿Qué queréis de mí?

Los dos guerreros bajaron la mirada hacia el suelo. Sí, era obvio que mi maestro había dado con la clave. Deseaban algo, pero ¿qué?

—Ni Roma ni Britannia pueden pedir ya nada de ti —comenzó a decir Caius—. Has dado… has dado mucho más de lo que se puede pedir a ningún *civis romanus*.

—De eso no cabe duda, Blastus —subrayó Betavir— pero ahora necesitamos…

—… necesitamos a tu discípulo.

Apenas pude ahogar un grito de sorpresa absoluta. ¡Yo era la causa de su visita! Pero ¿para qué? ¿Qué interés podía presentar yo?

—No estoy seguro de que esté formado del todo —dijo Blastus con un tono suave y, a la vez, enérgico—. Con el paso del tiempo podrá ser un buen físico, incluso un físico excelente, pero ahora… quizá sea un poco prematuro…

—No se trata de eso, Blastus —le interrumpió Caius—. Ese muchacho… bueno, la fama que tiene es la de poseer un don…

Mi maestro ahogó un respingo.

—De él se dice que es como un nuevo José, un nuevo Daniel… —dijo Betavir.

¿José? ¿Daniel? ¿Qué locura estaba diciendo aquella gente? ¿Qué podía tener yo que ver con el hijo de Jacob que interpretó los sueños del rey de Egipto? ¿O con el joven judío que desveló el porvenir a Nabucodonosor de Babilonia? Yo… yo era un hombre con alguna educación, pero…

—¿Quién dice eso? —preguntó Blastus y en sus palabras me pareció captar una profunda inquietud.

—Bueno… la gente… —respondió Caius.

—Sí, la gente —corroboró Betavir—. Cuentan cómo averigua la dolencia antes de ver al enfermo…

—Y cómo no hay mal que se escape de sus hábiles manos…

—Y cómo dijo a Vortegirn cuál sería su destino…

El contrito rostro de Blastus fue experimentando una extraña transformación al escuchar aquellas palabras que se sucedían como martillazos sistemáticos sobre la cabeza indefensa de un clavo. Era como si algo extraño y poderoso fuera absorbiendo su fuerza vital y lo secara, paso a paso, de la misma manera que el paso del tiempo priva de su lozanía a una fruta sazonada o a una flor abierta. ¿Sufría? ¿Le dolía? No hubiera sabido decirlo con una certeza total, pero daba la sensación de que algo en su interior se había quebrado y que, al romperse, drenaba sus humores saludables, acercándolo casi al momento de su final.

—¿Cómo sabéis que todo eso es cierto? —preguntó con una voz que me pareció arrancada a costa de un esfuerzo inaudito de lo más hondo de su ser.

Las cejas de Caius se alzaron en un arco negro y pronunciado. Hubiérase dicho que era la misma encarnación de la sorpresa.

—¿Acaso no es verdad? —preguntó inquieto.

—Pero si todos…

Blastus no les dejó que sumaran las preguntas. Con un gesto brusco, se volvió hacia mí y dijo:

—Hijo, ha llegado el momento de tu marcha.

«Durate, et vosmet rebus servate secundis»… *Aguantad y reservaos para tiempos favorables, escribió el gran Virgilio. Pocos consejos se me ocurren más dignos de ser seguidos en tiempos de dificultad. Porque en nuestra debilidad —somos los únicos seres que alientan de toda la creación que carecen de garras, de picos o de zarpas— no nos es dado vencer todas las contrariedades y mucho menos hacerlo recurriendo a la fuerza bruta. Sin embargo, esa circunstancia no debería desanimarnos ni sumirnos en la tristeza. Cuando la desgracia o la simple dificultad penetra en nuestra vida y nos vemos incapaces de conjurarla, en momentos así, debemos resistir, aferrarnos con uñas y dientes a nuestro deber y a nuestras convicciones, mantener la cabeza fuera del agua para —cuando la Providencia lo considere adecuado— poder disfrutar de tiempos más favorables. Es cierto que no pocos caen en esa resistencia. No lo es menos que los que resisten garantizan que nada habrá sido en vano. Ni siquiera el haber aguantado contra toda esperanza.*

V

—Mal, muy mal. Inténtalo otra vez —me gritó Caius.

Volví a tomar carrerilla. Recorrí a toda la velocidad que pude, escasa porque estaba muy cansado, la distancia que me separaba del inmenso caballo, puse las manos en la silla de cuatro cuernos e intenté alzarme. El cuero sobado estaba resbaladizo por el sudor y los dedos se me escurrieron. Antes de que pudiera darme cuenta, había caído entre las piernas del aburrido animal y la nubecilla de polvo amarillento se me metía en los ojos y la boca.

—No está hecho para jinete —escuché que decía con fatalidad Betavir.

—Repite, *puer*, repite —gritó Caius—. No nos vamos a mover de aquí hasta que lo hagas como un *eques* veterano.

—No sé yo —intervino Betavir—. Quizá…

—¡Vamos! ¡No pierdas el tiempo! —gritó Caius que no se molestaba en escuchar las advertencias de su compañero.

Intenté que la bestia no me pisoteara mientras salía de debajo, me puse nuevamente en pie y me distancié unos pasos.

—¡Ya! —gritó Caius.

Esta vez logré que las manos se aferraran a dos de los cuernos de la silla. Con fuerza. Con decisión. Con brío. No sirvió de mucho. El caballo, que debía estar más que harto de mis intentos, dio un respingo despectivo y el sencillo movimiento me arrojó de espaldas contra el suelo. En aquellos momentos, lo reconozco, hubiera deseado cerrar los ojos y morirme. Allí, cubierto de sudor y polvo, agotado, con un dolor que me atenazaba todos y cada uno de los huesos que podía identificar. ¿Cómo podía ser tan difícil montar a caballo?

Cuando dejamos la morada de Blastus, me había costado subir en el bruto. Sin nada en que apoyarme y sin costumbre de hacerlo, cuando habían tenido que empujarme para montar no había podido evitar el escozor que ocasiona la dentellada ardiente de la humillación indeseada. Aún me había sentido peor al percibir que uno de los legionarios musitaba algo acerca de mi exceso de conocimiento de Virgilio y de mi ignorancia sobre cómo sentarme en un corcel. Mantenerme en la silla había resultado bastante fácil. Los cuatro cuernos de la montura habían impedido que pudiera caerme hacia algún lado e incluso me habían proporcionado el suficiente apoyo para mantenerme erguido. Por unos instantes, el ir a caballo me había parecido incluso una experiencia inigualable. El comprobar que la bestia obedecía a sutiles tirones

de las riendas o que podía contemplar todo desde las alturas me había proporcionado una grata sensación de euforia. Pero había durado poco. Al cabo de un rato, había comenzado a sentir un dolor espantoso que me arrancaba de la base de las nalgas y se extendía después hacia abajo hasta alcanzar los pies y hacia arriba hasta fijarse como una zarpa de metal ardiente en mi nuca. Hubiera deseado quejarme, pero el ver cómo los legionarios cabalgaban sin dar muestra del menor malestar me había sujetado la lengua.

Creo que nunca olvidaré la dificultad enorme que representó para mí el poder desmontar aquella primera vez. Betavir tuvo que bajarme de un tirón y entonces descubrí que las piernas, las pobres y doloridas piernas, no me sostenían. A decir verdad, ni siquiera las sentía y me resultaba imposible dar un paso. Era como si ya no fueran mías, como si se tratara de dos tubos de carne insensible que para nada me resultaban útiles.

Al verme en estado tan lamentable, Caius y Betavir habían decidido que debía aprender a montar con soltura antes de llegar al *castra* donde se encontraba Aurelius Ambrosius. Su propósito era bueno, pero mis dotes reales para la disciplina de la equitación no se hallaban a la altura de sus excelentes intenciones. No había más que ver cómo me esforzaba y sólo lograba llenarme el cuerpo de cardenales y contusiones.

—Escucha, *puer* —dijo Betavir—. Caius y yo vamos a comer y tú mientras seguirás intentando montarte en ese caballo. Tú solito. Y más vale que lo consigas porque en cuanto que terminemos con la pitanza seguiremos con nuestro camino y no te vamos a ayudar a montar.

No mintieron. Cuando consumieron las magras provisiones, montaron con envidiable habilidad en sus respectivos caballos y echaron a andar. Los seguí a pie agarrado a uno de los cuernos de la silla. Era obvio que la única opción que se me presentaba consistía en aprender a subirme en aquellos animales inusitadamente altos o destrozarme los pies por efecto de la caminata. Durante dos días más, continué aquella inacabable sucesión de golpes y caídas. Cada vez que me desplomaba sobre el barro, la tierra o el polvo —sí, rara vez encontré hierba en mis caídas— sentía no sólo el trastazo doloroso, sino también la humillación hiriente. ¿Sería posible que no fuera capaz de encaramarme en aquella bestia? ¿Iba a ser más hábil un sujeto inculto y analfabeto que yo? La respuesta obviamente podía haber sido afirmativa e incluso en esas condiciones no provocarme ninguna mortificación. Debería haberme preguntado por qué tenía yo que cortar carne mejor que un carnicero, pescar mejor que un pescador o montar mejor que un jinete. Eso hubiera sido lo razonable, pero en aquellos momentos yo era todavía joven y pensaba que

los obstáculos sólo se alzaban ante nosotros para invitarnos a superarlos y vencerlos. Aquél, efectivamente, quedó superado y vencido. Cuando alcanzamos el *castra,* ale alzaba dolorido, pero orgulloso, encima de la silla.

Ya no existen los *castra* y aquellos que oyen hablar de ellos suelen acompañar su atención de una sonrisa dubitativa, como si estuvieran seguros de que no puede ser verdad lo que se cuenta. Sin embargo, en aquellos tiempos todavía podían verse en Britannia, y debo decir que causaban una enorme impresión a los viajeros. Sus muros, en su mayor parte de madera, pero, generalmente, con sólidas bases de piedra, se alzaban imponentes, dotados de una altura muy superior a la de cualquiera que yo hubiera podido contemplar antes, sin excluir los de la iglesia del apóstol Pedro o los del recinto donde vi años atrás a Vortegirn. Sí, aquello era muy diferente de lo que recordaba de aquel siniestro encuentro. En las cercanías de aquel *Regissimus* corrupto, me había percatado de ello, prevalecía un aura de ambición, de maldad, de malestar que parecía contaminar el aire como si se tratara de las miasmas de un pantano. Pero allí, en el *castra* de Aurelius Ambrosius, la situación era muy diferente. No había mujeres gesticulantes, ni ganado ruidoso, ni mercaderes ladinos voceando su mercancía dudosa. En realidad, se trataba de una bien pensada estructura de madera que parecía ocupar todo como la osamenta gigantesca de un monstruo ya muerto y descompuesto. Ocasionalmente, podía distinguirse entre los tablones desgastados por efecto de los elementos, el refulgir de algún yelmo o de una coraza; ocasionalmente, se escuchaba un martilleo, un grito, una orden y ocasionalmente, alguno de los soldados que pasaba cerca de nosotros levantaba la mirada con gesto cansino quizá preguntándose qué hacía un hombre joven y desconocido en compañía de dos legionarios curtidos. Y, a pesar de todo, aun teniendo en cuenta las imponentes murallas y las armas de combate y los veteranos legionarios, me consta que aquel *castra* ya era sólo una sombra del pasado. No era Roma la que mantenía a raya a los *barbari* en el *limes*[13]. Se trataba tan sólo de algunos *britanni* mandados por algunos descendientes de los romanos que intentaban defenderse de unas fuerzas superiores.

—*Ubi Aurelius Ambrosius*? —escuché que Caius preguntaba en latín a uno de los legionarios.

El hombre señaló con gesto cansino un lugar que no acerté a ver y hacia el que nos encaminamos. Apenas habíamos dado unos pasos cuando mi caballo empezó a cabecear.

—Sujétalo bien, *puer* —dijo Betavir—. Ha olido el agua y querrá beber. Que se aguante que ya le daremos luego.

No tardamos mucho en llegar a un covacha irregular construida con tablones que se alzaba un par de palmos sobre el suelo. Se trataba, sin duda, de una buena medida porque evitaba que las lluvias, tan frecuentes en Britannia, pudieran encharcar el suelo. Y, sin embargo, se trataba de una dependencia tan humilde… la misma cabaña de Blastus, la mía incluso, con ser tan modesta resultaba mucho más aparente que aquel sitio donde se habían detenido nuestras monturas.

—Bájate, *puer* —dijo Caius mientras descendía de un salto de su caballo.

Lo hice. No de manera perfecta como mis acompañantes, pero creo que sí bastante decorosa.

—El *Regissimus* nos espera —señaló Betavir a un par de centinelas que se encontraban en la puerta.

—Tengo que avisar al *optio* —dijo uno de ellos que hasta ese momento había recibido adormilado los pálidos rayos de un sol tímido y tibio.

—Hazlo, pero no tardes. El *Regissimus* lleva días aguardando nuestro regreso —le conminó Caius con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas sobre su escaso deseo de esperar.

No tardó. De hecho, al cabo de unos instantes, el legionario regresó flanqueado por un *optio* bajito y de espaldas anchas.

—Ya era tiempo de que regresarais… —dijo con gesto cansino—. El *Regissimus* preguntó por vosotros hace dos días.

Caius abrió la boca como si fuera a dar una explicación, pero la cerró inmediatamente. Debió de llegar a la conclusión de que no merecía la pena entretenerse un solo instante con el *optio*.

—Voy a ver si puede recibiros —añadió.

De nuevo, Caius se mantuvo en silencio aunque estoy convencido de que se hubiera sentido mejor disparando un par de frases sobre el *optio*.

Apenas tardó en salir con una expresión sombría posada sobre el semblante.

—Podéis pasar —dijo con gesto dubitativo.

Tardé unos instantes en acostumbrarme a la penumbra espesa de la modesta estancia. Sumida totalmente en la oscuridad, la única iluminación que había en su interior era un haz de luz procedente de un ventanuco irregular abierto en el muro de la derecha. Como forma de destrozarse la vista, apenas podía ocurrírseme otra peor porque sólo contaba con esa luz exigua el hombre que había sentado en una mesa escasa situada en el centro.

—*Regissimus* —dijeron a la vez Caius y Betavir al tiempo que se golpeaban el pecho con el puño derecho.

El hombre alzó la vista de un escrito que sujetaba con las manos. Aunque la luz era mala, pude contemplar con relativa claridad sus facciones. Los ojos, grandes y grises, estaban bordeados por unas bolsas enormes, que recordaban saquetes para llevar dinero. Resaltaban aún más porque el rostro era enjuto y afilado concluyendo en un mechón enhiesto de pelo canoso. No debía ser muy mayor, de eso no me cabía duda, pero daba la impresión de que había envejecido con rapidez, con demasiada rapidez. A decir verdad, era como si los años futuros se hubieran ido ocultando en sus párpados hinchados, conscientes de que nunca serían vividos y ansiosos, sin embargo, por brotar.

—*Loquisne linguam latinam?*[14] —preguntó.

—*Loquor, Regissime*[15] —respondí asombrado de su tono de voz.

—*Laus Deo! Esne discipulus Blasti?*[16] —preguntó.

—*Verissime*[17] —contesté.

Y entonces, con un simple gesto de su mano, el *Regissimus* me indicó que tomara asiento en un taburete situado frente a su mesa.

«Non omnia possumus omnes»… *sí, no se equivocaba mi venerado Virgilio al afirmar que no todos podemos todo. Tarde o temprano —generalmente, más temprano que tarde— descubrimos que no podemos hacer lo que otros hacen. Tienen más fuerza para levantar piedras que nosotros. Tienen más astucia a la hora de vender que nosotros. Tienen más talento en el aprendizaje que nosotros. Tienen más memoria para recordar lo pasado y lo presente que nosotros. Lo que pueden con el vigor, con la habilidad, con la mente, con el corazón queda fuera de nuestro alcance. Cuando eso sucede hay muchos que deciden negar la realidad y caer en la mentira y en la envidia. No pueden soportar que otro sea más fuerte, más rico, más inteligente, mejor, a fin de cuentas y entonces se apresuran a negar la superioridad del otro o a difundir calumnias sobre él. Dicen que no es tan trabajador, o tan noble, o tan sabio. En el fondo de su corazón saben que lo cierto es lo contrario, pero, aun así, se empeñan en endurecer su corazón frente a la verdad. Sin embargo, existe una manera sabia de contemplar esas situaciones inevitables. Pasa por reconocer que no todos podemos todo y luego, por dar gracias al Sumo Hacedor que tanta variedad creó en la*

Naturaleza. Tanta que ni siquiera tenemos que envidiar al pez porque puede vivir bajo el agua ni al águila porque recrea su mirada y su corazón con la visión de las montañas más elevadas.

Capítulo VI

Se han difundido muchos relatos sobre aquella primera entrevista, pero, como en tantas ocasiones, la leyenda ha añadido mucho a la realidad de los hechos. A decir verdad, se trató de un encuentro muy sencillo en un lugar difícilmente más simple.

—He oído hablar de ti… mucho —comenzó a decir el *Regissimus* mientras depositaba sobre la mesa el texto que había estado leyendo hasta nuestra llegada—. Ignoro si lo que dicen es cierto, pero si tan sólo una parte se corresponde con la verdad quizá podrías sernos de ayuda.

Es muy posible que el *Regissimus* esperara que comentara sus palabras, pero opté por mantenerme en silencio.

—El pueblo afirma que puedes ver el futuro, que incluso le anunciaste a Vortegirn, mi predecesor, lo que iba a ser su destino —hizo una pausa y apoyando las palmas de las manos en la mesa se incorporó—. También he oído historias sobre tu capacidad prodigiosa para curar las más diversas dolencias.

Se calló mientras su mirada se clavaba en mí a la espera de una respuesta. Sin embargo, yo no sentía el menor deseo de hablar. No, desde luego, sin saber cuáles eran las razones para que me hubiera convocado ante su presencia.

—Eres bastante joven… —dijo acercando su rostro al mío.

—No tanto, *Regissime* —escuché que decía Caius a mis espaldas—. Ya ha rebasado los treinta.

—¿Has cumplido ya los treinta años? —preguntó sorprendido *el Regissimus*.

—Así es —respondí.

—Sin duda, tu vida ha debido ser más tranquila que la mía —comentó el *Regissimus*— y más desprovista de trabajos.

—Conoce filtros… —intervino nuevamente Caius—. Quizá…

—*Eques* —cortó el *Regissimus*— cuando desee saber lo que piensas, te lo preguntaré. De momento, me gustaría saber lo que el físico tiene en la cabeza.

Apoyó las manos en la espalda en un gesto repetido miles de veces, se separó un par de pasos de mí y dijo:

—Cuéntame qué sucedió realmente con Vortegirn.

Ahora sé que a la gente le gusta que las narraciones sean elaboradas, acentuando los aspectos más extraños, ocultando la conclusión ansiada hasta

el último momento, dando vida a lo que pueden ser aburridos hechos. No me gusta esa manera de contar las cosas porque, en no pocas ocasiones, se halla apenas separada de la falsedad, pero por aquel entonces además ignoraba esa forma peculiar de relatar. Le conté de la manera más breve y sucinta lo que había sucedido. Cómo vivía con mi madre en la iglesia del apóstol Pedro, cómo habían venido a buscarla, cómo supe que regresaría y la esperé a la vera del camino, cómo había regresado incólume tan sólo para que poco tiempo después unos soldados me llevaran ante Vortegirn, cómo había revelado a éste las razones por las que se desplomaba la torre que deseaba edificar y así me había salvado de ser sacrificado por un par de falsos cristianos, y cómo, al final, le había anunciado su próximo final. Cuando concluí mi exposición observé que el *Regissimus* se acariciaba la barba hirsuta con gesto dubitativo. Muy posiblemente, se resistía a creer lo que acababa de escuchar, pero, al mismo tiempo, quizá pensaba que no había asomo del menor fingimiento ni sombra alguna de exageración en mis palabras.

—¿Es cierto que eres físico? —dijo al fin.

—Sí, *domine*, mi maestro Blastus me enseñó en el arte física —respondí.

—¿Podrías saber cuál es mi salud? —preguntó inesperadamente.

—Sí, *domine… si* así lo deseas —respondí.

—¿Qué debo hacer?

—¿Podrías, *domine*, desnudarte y tenderte? —indagué.

El *Regissimus* dio unos pasos hacia mi izquierda y entonces me percaté de que a poca distancia del agujero del muro yacía un catre militar, desarreglado y revuelto. Se detuvo ante él, se quitó la coraza y se tumbó.

Me percaté enseguida de que el *Regissimus* era mucho, muchísimo más delgado de lo que aparentaba. Tal y como había estado ataviado tan sólo un momento antes, hubiera parecido un hombre corpulento, incluso grueso, pero ahora, desprovisto de la coraza metálica, su cuerpo resultaba casi esquelético, como si hubiera padecido una prolongada hambruna. La única excepción a aquella espantosa delgadez la presentaba el vientre. En uno de sus lados, estaba tan enormemente hinchado que, vestido, creaba una falsa impresión sobre las dimensiones corporales del *Regissimus*.

—Necesito más luz —dije y Aurelius respondió chasqueando los dedos con un gesto imperativo.

En apenas unos instantes, su vientre quedó iluminado por el débil resplandor de las dos llamitas temblorosas que ardían en el extremo de una lámpara de barro cocido y mal modelado.

Sí, conocía aquella dolencia. La había visto en más de una ocasión y sabía sobradamente cómo actuaba. Ahora, al observar el amarillo color de cloro de aquel rostro, no me cupo la menor duda de que había identificado correctamente el mal que lo estaba devorando. Sí, porque eso era lo que sucedía.

Algo maligno en su interior lo estaba corroyendo, había terminado por romper el depósito oculto de las bilis y las estaba esparciendo por todo el cuerpo. Aquel hombre estaba condenado.

—¿Qué ves, físico? —preguntó con un punto de burla en la voz.

No despegué los labios.

—¿Acaso has visto a la Muerte? —insistió mientras una sonrisa amarga se dibujaba en sus labios indicando que la pregunta era casi inútil.

—*Verissime, domine —respondí* bajando los ojos.

El *Regissimus* respiró con fuerza por la nariz. Entreabrió los labios resecos, pero no pronunció una sola palabra. También yo debería haber guardado silencio, pero en ese momento sentí un calor peculiar que me invadía el pecho y que me desataba la lengua.

—Dios te concede algún tiempo todavía, *Regissime* —dije—. Por eso, debes dejar todo preparado para cuando Él te llame a su presencia para juzgarte.

El *Regissimus* se incorporó y lanzó una mirada de interrogación a los legionarios. Pero Caius, con los ojos abiertos como platos, sacudió la cabeza, mientras Betavir bajaba la cabeza apesadumbrado.

—¿Estás seguro de que no tienes remedio para mi dolencia? —indagó con voz sombría el *Regissimus*.

—No lo hay —respondí, aunque en mi interior sentía como si alguien distinto hablara en mi lugar y yo me limitara a escuchar las palabras de la misma manera que lo hacía el *Regissimus*— pero eso no debe preocuparte. La misión que debiste cumplir no la has llevado a cabo, pero en el tiempo que te queda aún puedes preparar el camino al que haya de sucederte.

—Pero… pero… —exclamó estupefacto Betavir—. ¿Qué está diciendo?

—Ahora mismo —proseguí— has de comenzar a levantar los muros que se han caído, los que en otros tiempos sirvieron para contener a los paganos.

—¿De qué habla? —susurró Betavir a Caius—. ¿Qué pretende? ¿Levantar el muro del emperador Adriano? Pero eso es imposible… no disponemos de hombres suficientes…

Caius chistó al legionario para obligarle a guardar silencio.

—Pero los muros no son suficientes —continué—. Has de contar con un grupo de hombres, muy rápido, aunque sea reducido, que esté siempre dispuesto a acudir a dónde más necesarios sean. Ésa será la garantía de la supervivencia de Britannia. Así, los *barbari* no prevalecerán; lo mejor de la herencia de Roma se conservará, y la justicia y la paz prevalecerán.

«… la justicia y la paz prevalecerán». Apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando la extraña sensación que se había apoderado de mi desapareció totalmente y yo sacudí la cabeza como si acabara de salir de un sueño. Fue entonces cuando me percaté de que el *Regissimus* estaba pálido, tan pálido que casi había desaparecido el color cloráceo de su rostro.

—*Domine* —dije apenas logrando controlar el temblor que me embargaba todo el cuerpo—. Te suplico que no cometas el error de pasar por alto lo que acabas de escuchar. No sólo tú, sino Britannia entera dependen de lo que hagas a partir de ahora.

El *Regissimus* volvió a respirar hondo y a arrojar sonoramente el aire por la nariz, pero no pronunció una sola palabra. Volvió a colocarse la coraza de metal entretejido y desigual, cubrió la distancia existente entre el catre miserable y la mesa sin desbastar, y se sentó. Apoyó entonces los codos en el mueble y reclinó su rostro sobre las palmas de las manos. Cualquiera hubiera interpretado aquel gesto cansado como una señal de irreversible abatimiento, pero para considerarlo así duró muy poco, apenas un instante. Se frotó suavemente la frente abombada con las yemas de los dedos de la diestra y me dirigió una mirada que pretendía ser alegre.

—No deseo ser descortés —dijo al fin— pero lo que has dicho… Bueno, es igual. ¿Qué te debo, físico?

No despegué los labios. En los últimos años, había tratado docenas, quizá cientos, de enfermos y ni uno solo se había comportado así después de que lo examinara. Podían estar aterrados o alegres, aliviados o hundidos, pero jamás había visto a ninguno que pretendiera aparentar aquella indiferencia. Indiferencia que, por otro lado, me constaba que era falsa.

—Vamos —insistió—. Tengo muchas obligaciones a las que atender. ¿Cuál es el precio de tus servicios?

Sentí un enorme pesar al escucharle. Como en el caso de Vortegirn, no conocía yo el significado completo y cabal de mis palabras, pero no me cabía duda de que tenían una enorme relevancia, precisamente la relevancia que el *Regissimus* se empeñaba en no concederles. Era como si un hombre a punto de ahogarse, o de verse abrasado en un incendio, o de morir extraviado en un bosque, hubiera recibido la información que hubiera podido salvarle y la

desdeñara a sabiendas. Quizá otros se hubieran sentido indignados por aquel comportamiento imprudente, verdaderamente desdichado, del *Regissimus. Yo* sólo sentía un dolor sordo que me arañaba el alma, y, sí, creo que también sentía compasión hacia él. Sin responder palabra alguna, me di la vuelta y me encaminé a la salida.

—Pero… pero ¿qué haces, *puer*? —escuché que gritaba un desalentado Betavir—. ¿Adónde vas?

La luz amarilla de un sol adormilado me provocó una punzada profunda en los arcos de los ojos. Me llevé la mano al lugar dolorido y lo froté suavemente trazando pequeños círculos. Luego, parpadeé un poco y esperé a que mis ojos se acostumbraran a la luminosidad de un astro frío y pálido que ahora parecía rabiosamente vigoroso. Sí, a pesar de sus limitaciones, había mucha más luz allí fuera que en la dependencia austera del *Regissimus*.

Miré hacia el suelo yermo, descendí con cuidado de la plataforma sobre la que estaba elevada la covacha y comencé a caminar en dirección a mi caballo. No hubiera podido explicar por qué, pero no tenía la menor duda de que mi misión en aquel *castra* había concluido.

Sentí un leve malestar al descubrir el lugar donde me esperaba mi montura. Era cierto que en los últimos tiempos había logrado subirme con cierta soltura, pero ¿qué sucedería si no lo conseguía ahora? No es que me importaran las más que seguras carcajadas y mofas de los legionarios. No, en realidad, lo que temía era que mi falta de destreza ecuestre comprometiera la fiabilidad de mi mensaje.

Allí estaba. Casi parecía feliz, seguramente, porque le habían dado de beber y había podido comer algo de forraje. Bueno… Levanté por un instante la vista al cielo, respiré hondo y me encomendé al Altísimo. A fin de cuentas, me dije intentando infundirme ánimos, era Él quien iba a quedar en entredicho si no lograba montar con soltura. Tomé carrerilla, puse las manos en los dos cuernos de la silla que se hallaban más cerca de mí e intenté bascular todo mi cuerpo de cintura para abajo en un movimiento ágil y ascendente. Fue tan rápido que cuando quise darme cuenta, mis nalgas habían caído sobre la silla con una facilidad que me sorprendió. Desde luego, había que reconocer que la Providencia tenía curiosas maneras de intervenir en la vida de los hombres.

—No montas mal para no ser un *eques*.

Moví la cabeza hacia el lugar de donde procedía la voz. Quien se había dirigido a mí era un *eques* joven, desde luego mucho más joven que yo. De barba y cabellos negros, en su rostro se dibujaba una sonrisa risueña, casi

hubiera podido decirse que alegre. A decir verdad, de él parecía desprenderse algo que contrastaba profundamente con aquel *castra*[18], por no decir con *el Regissimus*.

—Soy Artorius —dijo a la vez que me tendía la mano.

Por un instante, dudé si debía aceptar su saludo. Si me mantenía erguido en la silla, los cuatro cuernos me sujetaban, pero si me inclinaba hacia un lado… Bueno, la Providencia que me había ayudado a subirme, no iba a lanzarme contra el suelo. Estreché su antebrazo a la vez que pronunciaba mi nombre.

—Soy… físico —añadí.

—Yo estoy a las órdenes de Catavia, el *magister militum*[19] del *castra* —me dijo.

—¿Tienes algo que ver con Lucius Artorius Castus? —pregunté.

Por un instante, el muchacho pareció desconcertado, pero enseguida la sonrisa volvió a dibujarse en su rostro.

—¿No me digas que has oído hablar de mi abuelito? —interrogó con expresión burlona.

Sí, por supuesto, que había oído hablar de él. Lucius Artorius Castus había sido *praefectus castrorum*[20] de la Legión VI Victrix, la que tenía su base en Ebocarum. Desde entonces había pasado mucho tiempo, pero las hazañas de aquel Artorius formaban parte de los relatos que se recitaban al amor del fuego en las noches desapacibles de lluvia.

—¿Quién no ha escuchado alguna vez hablar de las batallas que Lucius Artorius Castus libró contra los *barbari*? —respondí.

El nieto del antiguo héroe romano dejó escapar una carcajada.

—Sí, es verdad. ¿Quién no lo ha hecho? Por cierto, ¿tienes intención de quedarte a ejercer tu ciencia entre nosotros? No quiero engañarte. Trabajo no te va a faltar, pero la paga…

—No pienso quedarme —le informé escuetamente.

—Ya… —dijo Artorius mientras la sonrisa se desvanecía de su rostro—. Comprendo…

—Me temo que no, que no comprendes —señalé—. No se trata de la paga, ni tampoco… tampoco de miedo al peligro. Simplemente es que mi misión es otra.

—¿Tu misión? —repitió con la sorpresa pintada en el rostro—. Pero… pero si eres físico… ¿tu misión no debería ser la de curar a los que padecen alguna dolencia?

—Los enfermos no faltan fuera de este *castra* —repuse.

—Sí, claro, sin duda —reconoció Artorius a la vez que su peculiar sonrisa volvía a asomársele a los labios—. ¿Quién sabe? A lo mejor, si Dios quiere, volveremos a vernos algún día.

—Si Dios quiere, así será —dije mientras le tendía la mano para despedirme.

Cuando crucé a lomos de mi caballo el umbral del *castra*, en mi corazón alentaba la convicción de que Dios iba a querer, aunque ignoraba el cómo, el cuándo y el porqué.

TERCERA PARTE

LACUS DOMINA

«Fugit irreparabile tempus…», *pocas veces pudo expresar mejor la verdad el ilustre Virgilio que con esta frase. El tiempo huye irrecuperable. Se escapa de nuestra vida con mayor rapidez e irreversibilidad que el agua que se nos escurre entre los dedos. Nada ni nadie puede evitar que así sea. Sin embargo, sí existe algo que se encuentra a nuestro alcance. Intentar aprovechar ese tiempo, vivirlo de la mejor manera, sacarle el máximo partido. Si así nos comportamos, no tendremos razones para lamentar los años pasados. Virgilio no lo supo, pero el autor del Eclesiastés, el libro que tanto llamaba la atención de Blastus y que tan difícil le resultaba descifrar, dio la clave para no desperdiciar la existencia. «Acuérdate de tu Creador mientras eres todavía joven… —dejó escrito—, antes de que lleguen los días malos y los años de los que digas "en ellos no tengo contentamiento"». Sí, una existencia vivida de una manera recta, digna y justa sirve, sobradamente, para que el paso del tiempo no haya sido en vano.*

Capítulo I

Estoy convencido de que cuando Blastus se despidió de mí, pensaba que el que había sido su discípulo durante décadas estaba a punto de iniciar una importante carrera al lado de Aurelius Ambrosius, el *Regissimus Britanniarum*. Ese destino, sin duda relevante, tampoco me hubiera sorprendido y lo mismo hubiera podido decirse de Caius o de Betavir. Sin embargo, mientras mi sufrido caballo cubría la escasa distancia que había entre el lugar donde lo había dejado y el umbral de carcomida madera del *castra yo* sabía en lo más profundo de mi corazón que mi futuro no iba a estar unido al de Aurelius Ambrosius. A decir verdad, aquel hombre estaba llamado a ser el final. No podía saber exactamente de qué, pero estaba seguro de que significaba la conclusión de algo que ya estaba moribundo desde hacía tiempo, quizá incluso mucho.

Aquel viaje inesperado también había sido el final de toda una etapa de mi vida. Porque me parecía obvio que no podía pensar en regresar al lado de Blastus. Por supuesto, reconocía de todo corazón que había sido mi maestro y que nunca le podría agradecer lo bastante la ciencia que había logrado comunicarme. Sin embargo, se piense lo que se piense, la gratitud no está reñida con la verdad y la verdad era que había llegado el momento de que nuestros caminos se separaran. Así se lo dije cuando nos volvimos a ver al cabo de unos días y así lo comprendió.

A decir verdad, creo que la actitud que manifestó Blastus cuando le comuniqué mi decisión fue la óptima. Ni se empeñó en mantenerme a su lado, ni me habló de los males que me esperaban si me apartaba de su cercanía, ni intentó que mi vida siguiera unida a la suya de la misma manera que la hiedra se aferra al muro oprimiéndolo. No. Todo lo contrario. Sonrió, pronunció una oración breve y sentida, me dio un abrazo vigoroso, me deseó lo mejor y me aseguró que si alguna vez lo necesitaba siempre podría contar con él.

Cuando recuerdo a tantos años de distancia aquella conversación breve que mantuvimos en torno a un bebedizo caliente e indefinido sólo puedo pensar que Blastus se comportó como un buen maestro e incluso como un buen padre. La primera función la había desempeñado como nadie lo hubiera hecho; la segunda la realizó no peor cubriendo así una ausencia que se había cernido sobre mí desde antes de nacer. La mañana —apenas había salido el sol— en que nos despedimos, supe que lo más seguro era que no volviéramos a vernos. Pero si para comenzar una nueva vida bastaba con la decisión de

hacerlo; para andarla, se necesitaba más. Y lo que menos esperaba yo es que mi existencia —que Blastus había imaginado pública e incluso gloriosa al lado de Aurelius Ambrosius— se hundiría totalmente en las grises nieblas del anonimato.

Sé que muchos piensan que ciertos destinos deben manifestarse desde muy pronto y que la importancia que los acompaña brilla desde los primeros momentos. No es cierto. Sí es verdad que, ocasionalmente, el futuro permite que se le vislumbre, siquiera en tenues sombras, gracias a algunos episodios menores, pero se trata únicamente de brillos escasos como los que dejan los casi invisibles gusanos de luz al cruzar una noche oscura. Sin embargo, al igual que el veterano sol sólo inicia su ascenso después de las horas prolongadas de la oscuridad nocturna, el resplandor de una vida es precedido siempre por el desconocimiento que los demás tienen de las personas que dejarán huella en sus existencias. A decir verdad, yo debería haber sido más que consciente de esa enseñanza siquiera porque el Libro sagrado está repleto de esas historias. Abraham esperó ochenta años antes de que su esposa Sara quedara encinta y se cumpliera la promesa divina de una descendencia. Moisés estuvo perdido en un desierto árido y desconocido antes de que Dios le llamara para sacar a su pueblo de la amarga servidumbre a que lo tenían sometido los despiadados egipcios. Isaías esperó décadas antes de que el Señor colocara en sus labios un mensaje destinado a los hijos de Judá. El mismo Salvador no pasó de ser un modesto artesano desconocido por casi todos durante más de tres décadas… Todo eso yo lo sabía, pero no supe verlo durante los años siguientes. En realidad, creo que esperaba que tras unos días, si acaso unas semanas, como máximo unos meses, Aurelius Ambrosius exhalara su último aliento y su providencial sucesor me llamara para que estuviera a su lado. Visto con la distancia del tiempo, casi no puedo creer que fuera tan estúpido. Seguramente, debo atribuir mi error de cálculo a mi inmensa inexperiencia y a mi no tan exagerada juventud. Fue precisamente en esa época cuando decidí aprovechar para visitar a mi madre. No había tenido noticias de ella durante mucho tiempo, aunque no resultaba tan extraño. De entrada, era de conocimiento común que cuando los padres se separaban de los hijos para que éstos entraran al servicio del emperador o de Cristo lo más seguro era que nunca volvieran a verlos. Ocasionalmente, cabía la posibilidad de enviar alguna misiva e incluso algún obsequio modesto, pero estas dos últimas posibilidades habían desaparecido prácticamente en los últimos tiempos a causa de la situación que Britannia vivía. A pesar de todo, y a medida que me iba a acercando a la iglesia del apóstol Pedro mi corazón se

caldeaba e iba arrojando una imagen tras otra de un tiempo pasado y feliz. ¿Feliz? No estoy tan seguro de que así hubiera sido. Me constaba que mi infancia había estado envuelta, antes de marchar al lado de Blastus, en privaciones y necesidades. Sin embargo, ahora, con la distancia de los años todo me parecía dulcemente hermoso, como si nunca hubieran existido los cachetes y los pescozones, y mi escudilla hubiera rebosado todos los días sin una sola excepción. Quizá al ir en busca de mi madre, lo que verdaderamente perseguía era refugiarme en las tierras doradas de la infancia que muchos recordamos como una era feliz aunque, con seguridad, fuera muy diferente.

Debo decir que ni encontré a mi madre ni tampoco arribé a esa tierra pasada. Tanto la una como la otra habían sido borradas del mundo real por el despiadado tiempo. Cuando un campesino —que resultó ser un antiguo compañerito de juegos— me habló de la muerte de mi madre, una muerte tranquila, serena, sin molestar a nadie, no pude evitar romper a llorar. Es cierto que procuré hacerlo con decoro. No antes de darle las gracias y de apartarme a un lugar solitario donde nadie pudiera ver cómo se me caían las lágrimas. Lloré y mientras lo hacía me pregunté si alguna vez le había dicho que la quería o si había escuchado palabras semejantes por parte de ella. Ahora sé que, en realidad, en esos momentos lloraba por mí y no por ella. Lloré por todo lo que hubiera deseado decirle y no pude; por todo lo que hubiera deseado hacer con ella y no pude; por todo lo que hubiera deseado compartir con ella y no pude. Cuando me alejé de aquellos lugares en los que habían transcurrido los tiempos de la infancia, era consciente de que nunca se puede retornar a los campos en que vivimos ni a las casas en que habitamos. Aunque lo parezcan, distan mucho, muchísimo, de ser los mismos.

Comencé a recorrer pueblos y aldeas llevando la curación a niños a punto de morir, ayudando a las mujeres a bien parir y suministrando alivio a los moribundos que no podían ser sanados por mis remedios. Supongo que entonces esperaba encontrarme con la gratitud y el afecto de la gente, y que un día, un día cercano, pudiera salir de aquellas tareas presumiendo del bien que había hecho a los demás justo antes de encaminarme por el camino, limpio, claro y rectilíneo, que la Providencia había trazado sólo para mí. No fue eso lo que hallé porque el mundo era muy diferente a como yo había podido imaginarlo y vivirlo en los años anteriores.

De repente, descubrí que poco —en algunos casos verdaderamente nada — quedaba ya de la presencia de Roma en Britannia. Ocasionalmente, por supuesto, podía cruzarme con algún legionario o con un monje con el que intercambiaba unas frases en latín, pero eso era todo lo que restaba de una

permanencia de casi medio milenio. Era como si la presencia creciente de los *barbari* hubiera ido desplazando la rica herencia de Roma de la misma manera que un terrible tumor va expulsando la vida de un cuerpo hasta causarle la muerte. En ocasiones, había sentido pena al pensar que, seguramente, no me encontraría a Virgilio en el cielo, pero entonces me percaté de que donde, con toda seguridad, no lo hallaría sería en los campos desolados de Britannia.

Y no se trataba únicamente de que todos aquellos siglos de cultura floreciente hubieran desaparecido sin dejar apenas rastro. No. Era algo mucho peor. Igual que Jesús señaló que aquel que se ve liberado de los demonios, si no se vuelve a Dios, es poseído por siete espíritus inmundos aún peores, el vacío dejado por Roma se había visto colmado por la negrura más profunda. Durante aquellos meses pude ver con mis ojos cómo, en no pocos lugares, la llegada de los *barbari* había sido seguida por la quema de cruces, por la destrucción de las iglesias o su transformación en molinos o establos y por la ridiculización de los que adoraban al único Dios. Orgullosos del éxito que les proporcionaba la fuerza bruta, se reían a mandíbula batiente de una divinidad que se había convertido en hombre no para ayuntarse con mujeres o sembrar la destrucción con sus invencibles armas, sino para dejar que sus enemigos le dieran muerte de una manera vergonzosa y humillante. Los *britanni*, amedrentados y desconcertados, terminaban por someterse o huían a los bosques. Los que optaban por la primera posibilidad intentaban mantener los escasos rescoldos de su fe en secreto y comunicarlos a los hijos, pero no era extraño que los descubrieran y que incluso fueran delatados por sus propios familiares. Cuando eso sucedía, los *barbari los* clavaban a los árboles en un cruel remedo del último suplicio de Jesús, los arrojaban con un peso atado a los pies a lo más hondo de los pantanos en un nuevo y letal bautismo, o los quemaban vivos mientras les preguntaban a gritos si el infierno sería peor. Por lo que se refiere a los que se escondían… no, su destino no era mucho mejor. Acosados como fieras, perseguidos en ocasiones con perros de caza, siempre hambrientos y no pocas veces enfermos, lloraban preguntándose si el Señor los había abandonado. Rehuyendo el encuentro con los *barbari*, solía yo viajar por en medio de selvas y tuve oportunidad de conocer por aquel entonces a algunos de esos grupos. Puedo dar fe de que, en no pocos casos, no se trataba de santos. La miseria y el miedo, la desgracia y el hambre, la enfermedad y la muerte los habían reducido a menudo a círculos cerrados en los que parecían manifestarse con especial encono la envidia y la soberbia. Sé de necios que sólo deseaban mandar sobre aquellos pequeños rebaños antes

que ayudarlos o también de muchachas que no pudieron más y abandonaron alguno de aquellos grupos escuálidos para convertirse en pobres rameras al servicio de algún mísero prostíbulo de aldea. Pero no puedo condenar a ninguno de ellos. ¿Cómo no sentir soberbia cuando se ha conseguido salvar a unas docenas de personas de la caballería de los *barbari*? ¿Cómo no experimentar envidia cuando los hijos lloran de hambre y el prójimo puede dar a los suyos un miserable mendrugo de pan? ¿Cómo guardar la castidad cuando se ha visto la muerte de los seres queridos porque su organismo se ha negado a dejarse alimentar por raíces del bosque?

Viéndolos tendría que haberme considerado muy afortunado porque mi ciencia me permitía viajar libremente e incluso *los barbari si* no aprecio, al menos, me manifestaban la suficiente tolerancia como para no rebanarme el cuello o desollarme a las afueras de una aldea. Tampoco puede decirse que pasara hambre en aquellos tiempos. Quizá sufrí escasez, quizá esa penuria fuera angustiosa ocasionalmente, pero ni una vez recuerdo haber ido a dormir con las tripas vacías.

Sí es cierto que tuve que escapar apresuradamente en más de una ocasión por temor a que llegaran energúmenos peores que sus congéneres que buscaran si no mi vida, sí, como mínimo, golpearme o lisiarme, pero ¡qué poco era todo aquello en esa época! Sobre todo, qué escaso valor le proporcionaba yo, empeñado como estaba en esperar un llamamiento del *Regissimus*. Sin duda, ésa es una de las claves para entender cuál es una de las verdaderas raíces de la infelicidad humana, el no apreciar aquello de que disponemos simplemente porque nuestro corazón y nuestros ojos están ligados a un futuro que imaginamos feliz, pero que sólo existe en nuestras necias ansias.

Sí, en aquellos tiempos, descubrí que los paganos eran mucho más poderosos de lo que yo hubiera podido imaginar, que no pocos cristianos se volvían hacia repugnantes ídolos de piedra y madera cuando creían que Dios no escuchaba sus oraciones y que incluso los que permanecían en la fe verdadera distaban no pocas veces de ser un ejemplo de existencia vivida de acuerdo con las enseñanzas de los Evangelios. Quizá aquella cercanía cotidiana y angustiosa con el horror paralizante que nace de la barbarie explica que no me sorprendiera la más terrible noticia que sacudió nunca a todo el orbe. La escuché una mañana de verano cuando iba de camino hacia un cerro perdido en medio de un bosque umbroso donde crecía el prodigioso muérdago. En los últimos tiempos, había tenido que atender varias lesiones graves y mis indispensables reservas de narcóticos se habían terminado antes

de lo esperado. Por supuesto, Hubiera podido tratar a la gente que requería mi ayuda sin calmar su dolor, pero si además podía brindarles ese servicio ¿por qué no hacerlo?

Llevaba ya buena parte del trayecto cubierto cuando, a unos doscientos pasos de una aldea —sí, a esas alturas los *barbari* no habían tardado en robarme el caballo y me veía obligado a viajar a pie— descargó una tempestad cegadora. Si se hubiera tratado de una simple lluvia, de una tormenta veraniega, no hubiera entrado en un poblado que desconocía, pero con lo que empezó a caer y sin poder distinguir nada a media docena de pasos decidí que era mejor atravesar ese trance que arriesgarme a que un rayo me fulminara o el agua me empapara hasta el punto de causarme la muerte. Totalmente calado, llegué a la altura de las primeras casuchas. No me extrañó que no hubiera nadie en el exterior. Era lo normal teniendo en cuenta que el cielo invisible parecía decidido a desaguarse por completo. Corrí hasta la primera de las cabañas y entonces llegó hasta mis oídos una barahúnda indescriptible. Hubiera sido más sensato llamar a la puerta y buscar cobijo de la tempestad, pero la curiosidad pudo más que la prudencia y me dirigí hacia el lugar de donde procedía aquella algarabía.

Habría dado treinta o cuarenta pasos cuando me pareció distinguir con más claridad los sonidos. Se trataba… sí, era una mezcla de llantos y de risas… de carcajadas y de gemidos… un escalofrío, más debido al temor que a la lluvia, me recorrió el cuerpo. La experiencia me decía que aquella terrible mezcla generalmente se asentaba sobre una combinación de verdugos y de víctimas, cumpliendo con el primer cometido los *barbari* y padeciendo el segundo, los *britanni*. Me dije que si ésa era la situación, más valía que pusiera tierra de por medio… pero no lo hice. Sabía que cuando los *barbari* terminaban de divertirse, quedaban siempre heridas inimaginables, huesos rotos, quemaduras espantosas y todo tipo de lesiones. En otras palabras, que entonces era cuando yo resultaba más necesario. Pero ¿dónde ocultarme hasta que llegara ese momento?

Aún me lo estaba preguntando cuando contemplé la figura enjuta y canosa de un anciano. Caminaba como un beodo indecente y, por un instante, temí que lo hubieran golpeado. Sin embargo, nada indicaba que tuviera heridas. De repente, el hombre se detuvo, alzó de forma inesperada los brazos al cielo y comenzó a llorar. Su llanto sobrepasaba las fronteras de lo normal. No lo digo por el dolor terrible que parecía provocarlo, sino por la manera espantosa en que se manifestaba. Era como si todo su cuerpo estuviera invadido por un demonio que le hubiera inyectado un incomparable pesar y lo paralizara e

inmovilizara en espasmos sucesivos. Desplomado de hinojos sobre el embarrado suelo de la mísera aldea, lo mismo se quedaba inmóvil que se convulsionaba lanzando alaridos más similares a los de una bestia herida que a los que salen de bocas humanas. Dios santo, ¿qué espectáculo infernal podía haber visto aquel anciano para estar tan abrumado por la desgracia? Aún me estaba formulando esa pregunta y otras similares, cuando el desdichado, apenas un pegote de dolor derrumbado sobre el fango, levantó los ojos hacia las nubes y con el rostro distorsionado en una horrible mueca gritó:

—¡Roma ha caído!

«Quis cladem illius noctis, quis funera fando, explicet aut possit lacrimis aequare labores?»… *Siempre me ha sobrecogido que cuando Virgilio quiso describir en la* Eneida *la terrible desgracia que significó la destrucción de Troya, recurriera a formular una pregunta: ¿Quién sería capaz de explicar con palabras la carnicería de aquella noche, quién sería capaz de explicar con palabras las muertes, quién sería capaz de igualar nuestras desgracias con lágrimas? Sí, no se equivocaba. Al fin y a la postre, nadie es capaz de narrar de manera cabal la desgracia y no sólo aquella que es gigantesca y afecta a millares de personas, sino también la más reducida, la personal, la individual. ¿Cómo poder describir el impacto de la muerte de un hijo, de la pérdida de un padre, de las dentelladas de la enfermedad? Y, a fin de cuentas, dramas como ésos se repiten cada día debajo del sol… pero lo que se refiere a los reinos e imperios… cada generación conoce desgracias distintas y la que viene a continuación ignora cómo comportarse de la manera más adecuada y, sobre todo, ya no sabe qué significó Media y Persia, Babilonia y Asiria, Grecia… y Roma. Sí, también la Roma que, entre otros, dio al mundo a mi admirado Virgilio.*

Capítulo II

Aquéllos por cuya vida no hayan pasado treinta inviernos, incluso los que hayan contemplado menos de cuarenta, jamás podrán comprender lo que significó la caída de Roma. Durante años, habíamos esperado que algún emperador, el que fuera, decidiera enviar refuerzos a Britannia para acabar con los *barbari*. Se sucedían los unos a los otros, perdían un pedazo tras otro del imperio, pero aun así la esperanza no desaparecía. Por el contrario, tengo la sensación de que, por un curioso fenómeno del espíritu, aumentaba, crecía, se engrandecía como si la fe fuera más necesaria cuánto peor resultaba la situación. Si no era este césar, sería el siguiente; si no lo aprobaba este senado, lo aprobaría el próximo, pero ¿cómo iba Roma a abandonar Britannia de manera definitiva? La realidad desnuda e innegable era que Roma agonizaba, poco a poco, y que ya tenía bastante con intentar —si es que lo pretendía— salvarse a sí misma. Porque, para ser honrados, no se puede decir que se esforzara mucho. Por el contrario, los romanos parecían empeñados en mirar hacia otro lado y en disfrutar de las delicias de la mesa y del lecho mientras los *barbari* arrasaban todo a su paso. «No será grave —se decían—, se acabarán convirtiendo en romanos» o cacareaban «el imperio es rico para todos» o «todas las civilizaciones tienen cabida dentro de las fronteras de Roma». Difícilmente, hubieran podido comportarse de una manera más estúpida e irresponsable.

Dos años antes de su caída, más o menos cuando yo abandonaba la casa de Blastus para acudir a la llamada de Aurelius Ambrosius, la península Italiana era ya un verdadero caos. Un general llamado Julius Nepos se sentó en el trono con la intención de acabar sus días luciendo la codiciada diadema imperial. Como sólo creía en sí mismo y Roma no le importaba, entregó la Auvernia a unos *barbari* conocidos como *visigothi*[21]. Pensaba que así compraría la paz, pero lo único que consiguió fue excitar más a los enemigos del imperio y que lo vieran como a un sujeto débil al que podían arrancar todo. En el verano anterior a la caída de Roma, uno de sus lugartenientes, llamado Orestes, lo asesinó para, acto seguido, nombrar emperador a su hijo Romulus Augustulus. Julius Nepos tan sólo había estado en el poder catorce meses, pero el daño que había hecho era inmenso.

Cuando los *barbari*, al mando de un tal Odoacro, supieron que el nuevo emperador era tan sólo un niño decidieron encaminarse hacia Roma para sacar tajada de aquel cambio. Habían visto a tantos prohombres del imperio

entregando territorios que exigieron la tercera parte de Italia. A decir verdad, eso es lo que venía sucediendo desde hacía un siglo, pero ahora Orestes decidió plantarles cara si no por amor a Roma, sí por deseo de proteger a su hijo. Esa actitud hubiera sido la indicada tan sólo unos años antes, pero, a esas alturas, ya resultaba inútil. Odoacro descendió por la península Italiana arrasando todo a su paso y con la intención de aniquilar a las fuerzas de Orestes, fueran las que fuesen. El general sabía mejor que nadie que eran poco de fiar y decidió encerrarse en una ciudad llamada Pavía y esperar a que Odoacro, cansado del asedio, se retirara. Pero, a esas alturas, nadie estaba dispuesto a defender a Roma. ¿Por qué iban a hacerlo si los emperadores, los senadores y los generales no se habían ocupado de tan necesaria misión desde hacía tanto tiempo que ni siquiera podían recordarlo? A los dos días, dos días tan sólo, Pavía abrió sus puertas a Odoacro y los *barbari* entraron en la ciudad. Como era habitual en ellos no manifestaron el menor asomo de compasión. Degollaron a todos sus habitantes, incluidos los ancianos y los niños, y, a continuación, redujeron la ciudad de Pavía a un montoncito de pavesas. Tan ocupados estaban en lo que mejor sabían hacer, es decir, en asesinar y destruir, que ni siquiera se percataron de que Orestes había aprovechado la confusión para fugarse. Duró poco. Al cabo de una semana, dieron con él en Piacenza y esta vez lo ejecutaron.

Nada se oponía ya a que los guerreros de Odoacro marcharan sobre Roma. Lo hicieron sin encontrar resistencia alguna, salvo la de aquellas mujeres que no estaban dispuestas a dejarse violar de buen grado. Por una paradoja del destino, Odoacro no mató a Romulus Augustulus. Al parecer, quedó asombrado porque no se asustó al ser llevado ante su presencia —justo lo contrario de lo que había visto en el resto de los romanos— y decidió permitir que acabara sus días en una villa cercana a Neapolis. Incluso le asignó una pensión anual de seis mil sueldos. Me consta que las malas lenguas afirman que se trató de un soborno para que no ofreciera resistencia y entregara Roma sin combatir, pero creo que Odoacro no necesitaba valerse de esas artimañas para rendir a una ciudad que desde mucho tiempo atrás había decidido no defenderse de los *barbari*. Más bien estaba dejando de manifiesto que los *barbari* sabían reconocer el valor, ese valor que de haberles hecho frente años antes hubiera salvado Roma. Así, terminó el dominio de una ciudad que había sido fundada en el centro de Italia setecientos cincuenta y tres años antes del nacimiento del Salvador y que después aún pervivió con brillantes épocas de esplendor durante casi medio milenio. Sólo los que han visto las doradas hojas del otoño más de cuarenta o cincuenta veces comprenden, siquiera en

parte, lo que eso significó entonces, pero aquella mañana en que contemplé a un anciano gimiendo bajo la tempestad casi todos comprendían la magnitud de la tragedia. De manera definitiva, habíamos quedado abandonados a nuestra suerte y eso implicaba la esclavitud e incluso la muerte a manos de los paganos.

—¿Qué está diciendo? —susurré al anciano mientras intentaba sacarle de debajo del despiadado aguacero y conducirle a un lugar seco.

El desdichado no respondió a mi pregunta. Se limitó a clavarme las manos en los brazos como si se tratara de garras y gemir:

—Dios nos ha abandonado… nos ha dejado… Es un castigo por nuestros pecados…

No tenía intención de discutir semejante afirmación teológica. Ni intención ni capacidad. Por el contrario, me esforcé en poner en pie a aquel desdichado cubierto de barro hasta la raíz del cabello.

—Sólo pensábamos en nosotros mismos —lloriqueó—. No nos ocupábamos más que de nosotros y ahora… ahora… ¿quién nos protegerá?

Encontramos abrigo en una cabaña cercana, pero aún necesité un buen rato antes de que el pobre hombre pudiera articular alguna frase coherente. Así fue como me enteré de que Roma ya no existía, de que el proceso iniciado por los *barbari* había llegado a su consumación y de que, por difícil que pudiera parecer, nuestro futuro resultaba más sombrío que nunca. Ignoraba entonces los detalles, pero las carcajadas de los *barbari* que ahora, concluida la cegadora lluvia, corrían gritando y bebiendo por la aldea parecían prueba suficiente de que aquel anciano no mentía. Sí, los invasores reían y se mofaban, y nosotros llorábamos y gemíamos. Resultaba exactamente igual que la manera en que el consternado salmista había retratado el dolor lacerante de los judíos y el gozo exultante de los crueles babilonios cuando estos últimos destruyeron la ciudad sagrada de Jerusalén y los deportaron sin piedad a la lejana Babilonia.

Los recuerdos del resto del día los conservo de una manera muy confusa. Desde mi corazón suben algunas imágenes desgarradoras de los exaltados *barbari* abandonando el poblado quizá para comunicar la siniestra nueva en otros lugares habitados por *britanni*, de los lloros incesantes de los lugareños, de los cuerpos empapados y cubiertos de barro hasta las cejas, de un desdichado presbítero al que los *barbari* habían cortado las orejas para celebrar la noticia, de un ahorcado de lengua azulada no sé si por deseo de los invasores o por el impulso de su negra desesperación. Quizá mi obligación hubiera sido permanecer con ellos para atender a los numerosos dolientes e

infundir consolación a todos. Quizá, pero no me sentí con ánimo suficiente para hacerlo. Cuando mis modestas ropas se secaron ante la pobre hoguera, eché mano de mi modesto zurrón y reemprendí el camino. Creo que nadie lo advirtió porque, a fin de cuentas, era escaso el interés que podían sentir hacia un forastero desconocido en medio de aquel dolor lacerante que los acongojaba hasta lo más hondo de su ser.

No llegué a la ansiada colina del muérdago. A decir verdad, no es que hubiera cambiado de planes. Es que, simplemente, vagué sin rumbo fijo, sin destino claro, sin meta preconcebida. Era como si huyera de un mal mucho peor de cuantos hubiera conocido hasta entonces e incluso tengo la sensación de que hubo algún momento en que me quedé dormido y aun así continué caminando sin detenerme un solo instante. Anduve y anduve hasta que mis magras provisiones se agotaron —aunque no me importó porque, a decir verdad, no tenía hambre— y hasta que me percaté de que mis pies, tan acostumbrados a caminar, habían comenzado a sangrar. Pero incluso entonces no fue el dolor, un dolor que me embargaba tan profundamente que ni siquiera lo sentía ya, el que me avisó. Al descender una cuesta no muy pronunciada que llevaba desde no sé dónde hasta ignoro qué lugar, tropecé. Al mirar hacia el sitio con el que había chocado, reparé en que de ambos pies salían varios hilillos de un líquido rojizo que se mezclaba con unas manchas parduscas. Seguramente, me había herido en algún otro momento, pero ni siquiera me había percatado. Ahora, todo el cansancio acumulado durante horas, quizá días, pareció descender sobre mi cuerpo asendereado como si se tratara de un manto oneroso y oscuro. Sentí que me faltaba el aire y, llevándome la mano al pecho, me detuve. Luego, mientras era presa de una tos extraña que había llegado sin avisar, busqué con la mirada un árbol bajo el que descansar. Lo encontré a unas docenas de pasos, pero alcanzarlo se convirtió en un esfuerzo insoportable.

Fue sentarme y apoyar la espalda contra el tronco y sentir que de todo mi cuerpo se iba el último vestigio de fuerza que me quedaba. Se trató de una sensación extraña, como si el fluido vital en lugar de desaparecer por la boca se me escurriera por entre los dedos igual que si se tratara de agua. Boqueé en un intento de no ahogarme y, exhausto, cerré los ojos.

Cuando desperté, el sol, gris y cansado, había comenzado ya su descenso mortecino hacia la línea añil del horizonte. Aún había luz, pero había adquirido un tono perlado, casi opaco, como si se tratara de un metal pulido. ¿Dónde estaba? Lo ignoraba. Aquel paisaje, a decir verdad, no contaba con nada que me resultara familiar. De repente, noté una sensación extraña de

gelidez casi sólida que parecía discurrir sobre la superficie plana de la tierra para luego encaramarse sobre mis ateridos miembros como una alimaña hambrienta que deseara devorarme.

No tardé en localizar el origen de aquel frío. A unos quinientos pasos se hallaba una enorme extensión de agua, tan enorme que no lograba ver sus límites precisos. ¿Acaso había llegado hasta la orilla del mar? No me pareció posible, pero, a fin de cuentas, tampoco era capaz de calcular el tiempo que llevaba caminando y en qué dirección lo había hecho y, por añadidura, jamás había visto una playa. En aquellos momentos, mi mirada quedó prendida por aquella agua verdigrís que, de repente, como si fuera un animal vivo, se transformó en una sucesión de masas amarillas, naranjas y rojas, surcadas por tonalidades esmeralda. Mi corazón estaba agotado, más incluso que mi cuerpo, pero no pude dejar de pensar que era como si las aguas se hubieran transformado en una resplandeciente superficie de zafiro pulido semejante a la que algunos santos varones vieron desplegada ante el trono del Altísimo. Pero ¿dónde me hallaba?

Dejé caer la cabeza sobre el pecho e intenté articular una plegaria, pero, por primera vez en mi vida, no conseguí hacerlo. Algo extrañamente pesado había descendido sobre mi corazón y borraba las palabras de mi mente antes de que consiguieran alcanzar mis labios. Lo intenté una vez y otra y otra más, pero fue inútil. Al igual que sucede cuando un agotamiento pesado e invencible atenaza los miembros y les impide moverse, aquella fuerza indescriptible se había enroscado en mi alma.

Cerré los párpados y respiré hondo. ¿Qué me estaba pasando? No llegué a responder a la pregunta. Ni siquiera volví a planteármela. Cuando abrí los ojos, la vi y ya no deseé nada más.

«Quae te dementia cepit?»… *¿Qué locura se ha adueñado de ti?, preguntaba uno de los personajes creados por Virgilio en una de sus* Églogas. *Y, sin embargo, la locura no es tan extraña. A decir verdad, mucho me temo que se halla tan unida a todos nosotros como la respiración a las ventanas de la nariz. Nos agrada pensar que sólo puede afectar a los demás, que sólo ellos serán alcanzados por su mano sucia, que nunca se nos acercará, pero no es así. Basta que nos toque en el punto adecuado y, como si contara con el poder de una hechicera, puede dominarnos.*

A pesar de todo, esta circunstancia no debería apenarnos de la misma manera que no nos tiene que entristecer el saber que no podemos volar como las aves ni contar con las zarpas de una fiera para defendernos. Sólo tendría que guiarnos por el camino del recto conocimiento de nosotros mismos, de la prudencia para no perder el juicio, de la humildad. Y así, se cumplirá ese principio nunca suficientemente enunciado de que incluso nuestras debilidades pueden ayudarnos a convertirnos en seres mucho mejores. Mejores porque conocemos nuestros puntos flacos y mejores porque podemos intentar superarlos.

Capítulo III

—¿Quién eres?

Las palabras me sonaron extrañas, como si procedieran de un mundo distinto de aquél en el que mi cuerpo se apoyaba, exhausto y dolorido, en el tronco de un árbol rugoso, y mis ojos contemplaban una superficie acuática ni siquiera imaginada antes. Abrí los labios, cortados y resecos, intentando responder, pero ni una sola palabra surgió de ellos. Tosí y entonces fue como si la mordaza invisible que pesaba sobre mi lengua similar a un trozo de áspero metal desapareciera y, sin embargo… sin embargo, cuando dije mi nombre, me pareció que era otro el que lo pronunciaba.

Las cejas de la mujer se elevaron levemente, como si acabara de escuchar algo totalmente inesperado.

—¿Eres el físico?

Ahora fui yo el que se sorprendió. ¿Era posible que aquella mujer hubiera oído hablar de mí? ¿En un sitio tan distante de los que yo conocía?

—Soy físico —respondí—. Pero no sé si es a mí a quien te refieres…

—Por supuesto que sí —dijo mientras sus labios finos se descorrían en una sonrisa como nunca antes había tenido ocasión de ver.

Hubiera deseado decir algo, pero confieso que no me resultó posible. Seguramente, muchos sentirían vergüenza de reconocerlo, pero aquella mujer era tan hermosa que no me veía capaz de hablar con ella. A decir verdad, me faltaba el valor para acometer esa empresa.

No era muy alta —para ser sincero, su estatura era inferior a la mía— pero su cuerpo poseía unas proporciones muy hermosas, casi áureas. Sus cabellos, de un color hermosamente rubio, descendían en caprichosa cascada sobre sus hombros. Hubiera podido decirse que eran rizados, pero, a decir verdad, jamás había contemplado unos bucles como aquéllos, tan alargados, tan suavemente ondulados, tan parecidos a las olas de aquella superficie acuática que tan sólo unos momentos antes había apresado irresistiblemente mi atención. Quizá su configuración se debía más a mano humana que a la Naturaleza, pero ¿quién hubiera podido trazar aquella peculiar forma? Y, con todo, no era su pelo lo que más atraía mis miradas, ni el óvalo suave y armonioso de su rostro, ni sus facciones tan exquisitas que no recordaba jamás haberlas visto semejantes. No, lo que provocaba en mí una reacción similar a la del imán eran sus ojos. ¿De qué tonalidad eran? Eso hubiera deseado saber yo. En algunos instantes, me parecían de un suave color verde,

de un verde opalino y delicado, pero, en otros, tenía la sensación de que sus pupilas adquirían una tonalidad ambarina, muy similar a la de los hilos sutiles de la miel que se desprenden del dorado panal en el momento en que se priva a las laboriosas abejas del fruto de su trabajo cotidiano. El secreto en virtud del cual lograba cambiar la coloración inefable de sus ojos de aquella manera se me antojó de repente algo tan peregrino y extraordinario que me pareció lógico que se resistiera a mis intentos persistentes por desentrañarlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó arrancándome de mis pensamientos, aunque no de su inevitable contemplación.

Hubiera deseado responderle aunque sólo fuera por satisfacer su curiosidad, pero lo cierto es que no me resultaba posible.

Ignoraba ciertamente dónde estaba y por qué y cómo había llegado hasta allí.

—He sabido… he sabido hace poco que Roma ha caído… —respondí con voz trémula, aunque más que contestar la pregunta estuviera dejando que mi corazón se vaciara del dolor que lo embargaba.

—Roma… —dijo con un gesto de leve fastidio—. ¿No te parece que Roma está muy lejos?

Sí, lo que decía era cierto. De aquella ciudad que había marcado el destino del cosmos nos separaba al menos un mar, pero…

—Pero los *britanni* somos romanos —balbucí con voz temblorosa—. Roma es la ciudad hacia la que dirigimos nuestros corazones y…

—¿Tú diriges el corazón hacia Roma? —preguntó la mujer con un tono de voz tan sutilmente burlón que casi se hubiera podido decir que no se mofaba de mí sino que me sonreía.

Me pareció captar en la pregunta un significado que no lograba desentrañar, pero que me inquietó hasta el extremo de sentir que me ardían las orejas. Mi turbación se tradujo en un ligero temblor cuando vi cómo la mujer se dirigía hacia el lugar donde me encontraba. En un instante, llegó a mi altura y doblando las rodillas con una notable gracia, se sentó a mi lado. Percibí entonces un aroma delicado que nunca antes había alcanzado las ventanas de mi nariz y que procedía, sin ningún género de dudas, de ella. ¿Cómo había conseguido aquella fragancia? ¿Qué extraña mixtura había vertido sobre su rostro, sobre su cuello, sobre sus manos para lograr que cualquier otro olor desapareciera ante el suyo de la misma manera que las tinieblas se disipan al contacto con la luz?

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —me preguntó.

Del mejor grado habría deseado contestarle, pero sólo pude encogerme de hombros ya que yo mismo ignoraba la respuesta.

—Y ya que desconoces cómo has venido, ¿sabes, por lo menos, adónde irás? —indagó ahora volviendo a mostrar aquella sonrisa que tanto me inquietaba y atraía a la vez.

Tiempo atrás, al poco tiempo de haber visto a Aurelius Ambrosius, le hubiera respondido ufano que estaba esperando el cumplimiento de mi destino. Incluso me hubiera atrevido a señalar la mano de la Providencia en mi futuro, pero ahora… a decir verdad, ahora no sabía nada.

—No tengo ningún plan —respondí con más vergüenza que humildad.

—¿Es eso posible, físico? —dijo sorprendida—. Eres conocido. La gente habla de ti. ¿Cómo es posible que no tengas ningún propósito?

Propósito… ¡propósito! La palabra era hermosa, pero ¿qué significaba ahora para mí?

—Realmente… realmente no… —contesté intentando sonreír—. Si acaso… comer algo. Me he quedado sin provisiones…

—¿Desearías compartir mi mesa? —me preguntó sin darme tiempo a concluir.

Tuve la sensación de que, al formular aquella frase, el viento, blando y suave, había susurrado unas palabras que habían resonado a través de los cabellos de la mujer como si se tratara de un instrumento musical. Pero ¿podía ser cierta tal eventualidad? ¿Cómo iba a hablar el aire y, sobre todo, cómo iba a hacerlo valiéndose de los bucles de aquella desconocida? Parpadeé y decidí atribuir aquella sensación al hecho de que estaba desfallecido por el cansancio y el hambre.

—¿Quieres que comamos juntos? —indagué, presa de la perplejidad.

—Sería preferible cenar —dijo sonriendo y capté inmediatamente que ya casi había anochecido.

—Sería un honor que… —me detuve y reflexioné—. ¿Cómo podría pagar tu hospitalidad?

La mujer sonrió, esta vez, mostrando unos dientes hermosos y blancos.

—No te preocupes —susurró de manera cautivadora—. Ya encontraremos alguna manera de que te ganes la comida.

Apenas había terminado de hablar, se puso en pie con agilidad y, ya erguida, me tendió la mano. En circunstancias normales, la hubiera rechazado, pero seguía sintiéndome tan insoportablemente cansado que me agarré a ella. Su tacto me pareció frío y, a la vez, suave de una manera extraordinaria e incomparable. Desde luego, era el más dulce que jamás había

sentido. ¿Quién podía ser aquella mujer que no albergaba la menor aspereza y que, por lo tanto, dejaba de manifiesto que no necesitaba trabajar para vivir? Hasta donde yo sabía, ni siquiera las descendientes de la vieja nobleza romana estaban libres de toda labor. Como mínimo, tejían, plantaban, regaban, incluso podían llegar a guisar. ¿A qué se dedicaba esa desconocida?

—Ven conmigo —dijo sonriente, pero en sus palabras me pareció percibir una dureza casi imperceptible aunque inapelable, como si se tratara de una orden.

Seguí unos pasos hasta que comprendí, sorprendido, que se dirigía hacia las rizadas aguas polícromas que tanto me habían llamado la atención. Como si se hubiera percatado de que había dejado de caminar, se volvió y me dijo:

—¿Por qué te detienes?

—Es que… —intenté responder.

—Ya —dijo—. Bueno, lo siento si tienes miedo al agua, pero mi casa está allí.

Seguí la línea que señalaba su mano alzada y blanca, pero tan sólo conseguí ver una neblina grisácea y opaca que había descendido sobre las rizadas aguas ocultándolas casi por completo.

—¿Vives en medio del mar? —interrogué incrédulo.

—Es una forma de decirlo —me respondió divertida.

—Pero… pero ¿cómo?

La mujer no tuvo que responder a mis palabras. Como nacida de la bruma, una embarcación, achatada y gris, surgió ante mi vista. Era obvio que su quilla estaba fabricada en madera, pero, bajo la luz del crepúsculo, parecía forjada en un metal extraño y rutilante.

—No te entretengas, físico —dijo la mujer—. Nos están esperando.

Realizamos el trayecto en medio de un silencio tan profundo como la espesa niebla. Era la primera vez que subía a una nave y no dejé de experimentar un cierto malestar al sentir cómo se balanceaba al poner el pie en ella. Sin embargo, no estaba dispuesto a dar la menor señal de miedo ante la desconocida. Contuve como pude mis temores y, mientras surcábamos las aguas, cuando la barca se movía, apretaba las mandíbulas como si así lograra también controlar aquella extensión ignota. Sé que la travesía no fue larga, pero aun así recuerdo que me resultó interminable, que me arrepentí de haber aceptado la invitación de la desconocida y que me pregunté en qué podría concluir todo aquello. Me sobresalté cuando la puntiaguda quilla encalló y el choque nos empujó, primero, hacia atrás y luego, hacia delante, como si una

mano invisible nos condujera. Sin embargo, enseguida comprendí que habíamos llegado a nuestro destino y sentí alivio.

La mujer se puso en pie con la facilidad que sólo proporciona la práctica, cubrió la escasa distancia que mediaba entre el lugar que ocupaba en la embarcación y la proa, y con una gracia especial, dio un salto para abandonarla. Sonó a seco el impacto de sus pies lo que me llevó a pensar que, más allá de la impenetrable bruma, debía hallarse una tierra firme y bien separada del agua. Así lo pude comprobar unos instantes después cuando caí sobre una arena apenas húmeda y, quizá por ello, dura y sólida.

Esta vez la desconocida no me dijo que la siguiera, pero era consciente de que no tenía otro camino. Eché un breve vistazo al hombre que había llevado la nave hasta aquella costa y, acto seguido, me propuse no perder de vista a mi anfitriona. No fue fácil. Una niebla blanca, pero muy espesa, se había acumulado en la cercanía difusa del agua y había momentos ocasionales en que la mujer desaparecía. No sé cuánto tiempo caminamos en medio de aquellas cortinas de oscuridad clara. Pero sí me consta que en más de una ocasión, perdí el rastro sutil de la desconocida y que cuando se produjo tal eventualidad, el corazón comenzó a latirme con una fuerza extraordinaria e incluso mi respiración se detuvo.

De pronto, aquellas nubes situadas a ras del suelo desaparecieron. No se trató de un fenómeno paulatino, sino inusitadamente rápido. Como si alguien dotado de un poder extraordinario hubiera ordenado que se disiparan, las nieblas dieron paso a un campo herboso del que arrancaba brillos plateados una luna redonda y amarilla. ¡Se había hecho de noche y yo no me había percatado de ello!

—¿Quieres cenar, verdad, físico? —dijo repentinamente la mujer dirigiéndome por primera vez la palabra desde que habíamos subido a la embarcación.

—Por supuesto… —respondí.

—Pues entonces no te retrases.

¿Me retrasé? No lo creo. A decir verdad, cruzamos con rapidez un pradecillo blando y, de repente, nos dimos con una inesperada cadena de cerros no superiores a la altura de cinco o seis hombres. Me sentí desorientado ante aquella extraña configuración montañosa. A decir verdad, no se parecía a nada que yo hubiera podido contemplar a lo largo de toda mi vida. Pero la mujer parecía conocerlo a la perfección. A pesar de la falta casi total de luz, no tuvo problemas en dejar a un lado algunas de aquellas elevaciones chatas y en escoger una en concreto. Comenzó entonces a subirla

con grácil calma y fue precisamente en el curso del ascenso cuando logré colocarme a su altura.

—¿Estás cansado, físico? —me preguntó al percibirme a su lacio.

—No… —respondí en un vano intento de ocultarle la realidad.

—Está cerca —me dijo seguramente intentando infundirme ánimos.

Aún caminamos un buen rato durante el cual procuré no perder de vista ni por un solo instante a aquella desconocida que me arrastraba Dios sabía adónde. Casi me había conformado con la idea de seguir caminando por un tiempo indefinido cuando percibí en lontananza lo que me pareció una luz tenue.

Agucé la vista para comprobar de lo que podía tratarse y entonces, como si pudiera leer en mi corazón, la mujer dijo:

—Es allí hacia donde nos dirigimos. Llegaremos enseguida.

No fue enseguida. En realidad, tardamos todavía algún rato, pero la certeza de que ya nos hallábamos a la vista de un lugar donde podríamos comer algo me infundió nuevas fuerzas.

He intentado muchas veces recordar qué cené aquella noche. Nunca lo he conseguido. Tampoco podría decir con exactitud de qué hablamos. Cené y charlé, es cierto, pero lo que más pesó en mí fue la contemplación de aquella mujer. Ni por un instante pude apartar los ojos de la desconocida y, si no la escuché, no es menos cierto que en mis oídos su voz, una voz como nunca antes había percibido, sonó sugestivamente atractiva. Sin transición alguna, aquel día había pasado de una amargura dolorosa, de un agotamiento insoportable y de un hambre no por poco sentida menos peligrosa, a una tormenta de sensaciones vigorosas que parecían empujarme hacia un mundo que nunca había conocido. Hasta ese momento, el olfato me había servido sobre todo para poder distinguir unas plantas de otras y unas dolencias de aquellas que le eran parecidas; y la vista me había permitido leer, pero, sobre todo, contemplar cuerpos deformes y enfermos que esperaban si no curación, sí, al menos, consuelo. Ahora era como si un torrente de belleza desconocida hasta entonces me inundara borrando cualquier cosa que antes hubiera podido llamar mi atención. Por primera vez en mi vida, contemplé unos labios —los de la mujer— como una forma deseable que servía para acariciar con sus palabras mis oídos o para desplegar una sonrisa cautivadora. Por primera vez en mi vida, vi unos ojos en los que no tenía que leer lo profundo del alma o descubrir una dolencia, porque irradiaban una belleza en tonos cambiantes que nunca antes me había sido dado contemplar. Por primera vez en mi vida, sentí un aroma que me invitaba a olvidar lo que me deparaban los otros

sentidos y a entregarme al disfrute de aquél. Tan sólo la aparición de un sirviente con un aguamanil de plata me avisó de que había concluido una cena que había consumido, sin duda, pero de cuyo contenido no me había percatado.

—Supongo que desearás descansar… —dijo de repente la mujer.

No, a pesar de mi agotamiento, no era lo que quería. Lo que ansiaba con cada fibra de mi ser, con cada gota de mi sangre, con cada ápice de mi aliento era prolongar aquella conversación en una velada que durara de manera indefinida.

—Inmediatamente te conducirán al lugar donde reposarás esta noche —añadió decidiendo por mí.

Me puse en pie cuando un sirviente acudió a la llamada de la mujer.

—Condúcele a su aposento —dijo con un tono de voz que no admitía discusión alguna.

Seguí al hombre hacia el exterior. La luna aparecía ahora cubierta con un raro paño de opacidad argentina y un sudario tejido en humedad fría descendía, pesado y solitario, sobre el campo herboso. Aquella sensación gélida me provocó un leve castañeteo de dientes, pero no consiguió borrar las imágenes cálidas de la cena que subían atropellándose desde lo más profundo de mi corazón.

Apenas tardamos en llegar a una cabaña cuya silueta se recortaba sobre un fondo de colinas y luna. Mi acompañante la abrió sin arrancar un solo sonido a la puerta, una señal, me dije, de que debían tener la grasa suficiente como para ocuparse de sus goznes, y, a continuación, colocó la lámpara de barro que llevaba sobre una mesita. Pude ver entonces que se trataba de una estancia oblonga y espaciosa en la que además de aquel mueble había un taburete y un lecho. Sin duda, este último fue el objeto que más me llamó la atención. No era un catre militar como yo los había visto tantas veces. Por el contrario, parecía más ancho y daba la impresión de resultar también más cómodo.

—Si precisas algo, haz sonar esto —dijo el hombre señalando un trozo de latón que descansaba sobre la mesa—. Inmediatamente acudirá alguno de los sirvientes para atenderte.

Hubiera deseado decirle que no necesitaría nada, pero abandonó la estancia con la suficiente rapidez como para que no tuviera tiempo de hacerlo.

Me senté sobre la cama, me descalcé y, a continuación, comencé a despojarme de la ropa. La experiencia de los años anteriores había acostumbrado a mi cuerpo a descansar cuando y donde se lo ordenaba. Ahora

—era bien consciente de ello— necesitaba ese reposo de manera muy especial y así se lo hice saber. Estaba ya tumbado en el lecho cuando reparé en que debía, como tenía por costumbre, dirigirme a Dios al final del día. Sé que mis labios pronunciaron una oración, pero de una manera muy diferente a como solía. Me limité a clavar los ojos en la oscuridad abovedada que se desplegaba sobre mi cabeza y a preguntarle qué iba a ser de nosotros ahora que Roma había desaparecido en manos de *los barbari*. Me consta sobradamente que no le agradecí que hubiera salvado mi vida, que me hubiera proporcionado alimento, que ahora me deparara abrigo y un techo bajo el que pasar la noche. No. Centré aquella raquítica plegaria en mis insatisfacciones egoístas en lugar de mostrarme agradecido o de pedirle la necesaria dirección para los días que se aproximaban. Y así, me dormí.

Ignoro el tiempo que el sueño mantuvo cerrados mis párpados. Sólo sé que, de manera repentina, sentí un frío que me golpeaba el rostro y que me despertó. Dirigí la mirada hacia el lugar de donde procedía inesperada y desapacible aquella gelidez. La puerta estaba entreabierta y el viento atrevido que entraba por ella se estrellaba despiadado contra mi lecho. De repente, un zumbido provocado por un chorro de impetuoso aire chocó contra la hoja obligándola a girar sobre los goznes. Y entonces, recortándose sobre aquel fondo helado y ventoso, pude ver con toda claridad una silueta, la de la mujer que me había traído hasta aquel lugar.

«Me tamen urit amor: quis enim modus adsit amori?». *Pocos lo han expresado con tanta claridad como Virgilio. "A mí, sin embargo, el amor me abrasa, porque ¿quién puede ponerle freno al amor?". No me cabe la menor duda, ahora que en mi vida los inviernos se han multiplicado varias veces por diez, de que el amor es una fuerza extraordinariamente poderosa. A decir verdad, creo que es la más poderosa de todas las que pueden albergarse en el corazón de los hombres aunque no sea la más frecuente ni tampoco —como algunos afirman— la que mueve el mundo. No, el amor es, ciertamente, similar al fuego. Lo es tanto que, en ocasiones, no resulta fácil distinguir a uno del otro. Como el fuego, el amor nos da calor; como el fuego, el amor evita que la gelidez de la existencia nos hiele el corazón y nos mate; como el fuego, el amor condimenta lo que la Providencia pone a nuestro alcance para que nos alimentemos; como el fuego, el amor nos brinda luz en medio de las*

tinieblas más tenebrosas… sin embargo, no acaban ahí las similitudes. El amor también puede, como las llamas, abrasarnos y dejar en nosotros las horribles y negras cicatrices de las quemaduras e incluso, en algunos casos, consumirnos hasta dejarnos reducidos al estado de cenizas frías y grises. Y, sin embargo, ¿quién se atrevería a rechazarlo simplemente porque entraña riesgos?

Capítulo IV

Desperté y descubrí que un bulto blanco y blando dormitaba plácidamente a mi lado. Contemplar aquella presencia totalmente inusual, recordar lo sucedido y sentir cómo me ardían las mejillas fue todo uno. Hasta entonces había guardado la castidad de una manera sencilla, natural, incluso me hubiera atrevido a decir que fácil. No es que entrara en mis propósitos mantener esa situación de manera perpetua. De hecho, en alguna ocasión había meditado sobre la posibilidad, cuando todo se asentara, de casarme y formar una familia. Pero había sabido guardarme de la fornicación recordando las palabras del apóstol que afirmó que era el único pecado que se cometía contra el propio cuerpo. Ahora, de la manera más inesperada, me encontraba con que mi conducta se había alterado en apenas unos instantes. Sin resistencia. Sin lucha. Sin combate. Aquella mujer había llegado por la noche y yo había permitido —lo había consentido, no podía engañarme— que sus besos me embriagaran y sus abrazos ejercieran sobre mi conciencia un efecto completamente narcótico. Tal y como siglos antes había escrito el rey Salomón, el monarca sabio que acabó siendo necio, aquel amor había tenido sobre mí un efecto muy similar al de la borrachera.

Ahora me daba la espalda y sólo podía observar sus cabellos rizados de aquella manera que tanto me había llamado la atención y al contemplarlos experimentaba una sensación poderosa y doble que me recorrió de la cabeza a los pies. Por un lado, sufría la culpa innegable por lo que había compartido con aquella mujer y, por otro, no podía reprimir un estremecimiento invenciblemente voluptuoso al sentirla a mi lado.

¿Qué podía hacer ahora? Mi primer impulso habría sido el de abandonar avergonzado el lechó y huir de aquel lugar, pero enseguida deseché una posibilidad semejante. No, no podía actuar así porque, sin duda, debía tener yo alguna responsabilidad hacia una mujer que había yacido conmigo. No podía darle la espalda ahora a quien de manera tan completa se había entregado a mí, pero incluso aunque hubiera estado dispuesto a caer en una conducta tan vil, ¿cómo hubiera podido abandonar un lugar al que separaban de tierra firme aguas desconocidas? ¿Qué debía hacer? ¿Quién podría ayudarme? Recordé entonces a Aquél en quien no había pensado la noche anterior y me dispuse a buscar su dirección, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, aquel cuerpo deliciosamente hermoso que estaba al lado del mío se dio la vuelta hacia mí.

Tenía los ojos adormilados y entreabiertos, pero, al percibir mi presencia, en sus labios apareció aquella sonrisa que alcanzaba sin el menor esfuerzo lo más hondo de mi ser.

—¿Has dormido bien? —dijo con un tono risueño.

—*Sí, domina* —respondí— ¿y tú?

—Me gusta eso de *domina*. Suena bien. Sí, he descansado maravillosamente.

No había terminado la última frase y saltó del lecho como si hubiera sido impulsada por un resorte invisible. Era verdad que a oscuras había recorrido su cuerpo con mis manos, pero ahora, con el sol ya alzado sobre el horizonte, la luz acarició sus miembros desnudos y nuevamente la mayor de las turbaciones se apoderó de mí. ¿Cómo era posible que sobre la tierra existiera un ser tan delicado y hermoso? Bajé los ojos con el ardor pesado de la vergüenza quemándome el rostro.

—¿Te pasa algo? —escuché que me preguntaba.

Negué con la cabeza sin despegar los labios.

—Entonces… —indagó.

—*Domina* —comencé a balbucir con una voz trémula—. No… no…

—¿Quieres decir que estoy desnuda? —dijo con una voz que me sonó hirientemente burlona—. Bueno, así es como vine al mundo…

Seguí sumido en el silenció. No estaba en absoluto acostumbrado a que una mujer se expresara con esa franqueza y me sentía desconcertado, confuso, perdido.

—Lamentó… lo que pasó anoche… —acerté a decir mientras la miraba de reojo para intentar descubrir cuál sería su reacción.

La mujer frunció el entrecejo en una mezcla de sorpresa y de desagradó.

—¿Lo que pasó anoche? No me pareció que sufrieras mucho cuando sucedía todo —dijo—. Lo que, por otra parte, resulta natural porque todo fue muy placentero. No quiero ocultarte que me dio la sensación de que no tienes mucha experiencia, pero te noté voluntarioso y fuerte.

Sentí que las orejas me ardían como tizones al escuchar aquellas palabras. ¿Qué tipo de mujer era aquélla? ¿Cómo podía expresarse con ese desparpajó como si todo lo acontecido fuera lo más normal del mundo?

—Lo que sucedió fue lo más normal del mundo —dijo como si tuviera la mágica capacidad de repetir en voz alta mis pensamientos.

—Pero… pero… —farfullé—. Ni siquiera sé cómo te llamas…

—¡Ah! Bueno… si es por eso… Mi nombre es Vivian —dijo sin abandonar ni por un instante su sonrisa burlona.

Pero aquello no me tranquilizó y cuando, con absoluta tranquilidad, comenzó a vestirse aún me sentí más extraviado.

Su cuerpo desnudó ejercía sobre mis sentidos la misma atracción que la prodigiosa piedra imán ejerce sobre el hierro, pero ahora, cuando iba depositando sobre él prenda tras prenda, cuando apenas ocultaba sus armoniosos miembros, la fuerza, extraña y desconocida, se convertía en más poderosa.

—¿Te gusta ver cómo me visto? —preguntó Vivian.

Bajé el rostro sin responder palabra.

—Me da la sensación de que sí. Es curioso. Por regla general, a los hombres les gusta más el proceso opuesto… claro que tú eres bastante peculiar. Eso tengo que reconocerlo.

Echó mano de un espejo metálico y comenzó a pasarse por los solares cabellos un peine fabricado con una madera casi tan blanca como el hueso. Apenas tardó en dar forma a sus bucles y entonces, volviéndose hacia mí, dijo:

—Por cierto, no estaría mal que te levantaras y comieras un poco. Tienes que recuperar fuerzas si deseas que luego volvamos al lecho.

¿Lo deseaba? Quizá no, pero fue escuchar aquellas palabras y sentir cómo cada palmo de mi ser se veía sujeto al ansia de que transcurriera el tiempo que pudiera mediar entre ese instante y aquél en que volveríamos a fundirnos en un abrazo.

—Vístete rápido —dijo mientras me arrojaba la ropa—. No van a venir a traernos el desayuno.

No tardamos en salir a un exterior esmaltado de tonalidades grises, castañas y verdes. La cabaña en la que había dormido daba por el lado de su entrada a un pradecillo suave y herboso pespunteado por árboles de las más diversas clases. Al fondo distinguí una cadena irregular de cerros achatados que identifiqué con los que había contemplado entre las brumas de la noche anterior, pero detrás de la vivienda se dibujaba una cuestecita blanda que descendía hasta llegar a una cala tranquila. O mucho me equivocaba o me encontraba en una isla, pero si era así, ¿por qué habíamos desembarcado en el otro extremo y la habíamos cruzado en lugar de circunnavegarla y tomar tierra al lado de dónde había dormido? La única explicación que se me ocurrió es que quizá se trataba de una isla muy reducida en lo que a su superficie se refería y que, por tanto, se tardaba menos tiempo en cruzarla a pie que en rodearla en una embarcación. Pero ¿en qué isla me encontraba?

—Se enfriará el desayuno si te quedas ahí parado —dijo Vivian arrancándome de mis reflexiones.

Me puse inmediatamente en movimiento, pero ahora, a diferencia de lo sucedido la noche anterior, Vivian esperó a que llegara a su altura y me cogió de la mano antes de reemprender la marcha. El leve tacto de sus dedos provocó una corriente que erizó el cabello de mi nuca y descendió hasta la planta de mis pies. Pero fue mucho más que eso. A decir verdad, me pareció que trasladaba mi cuerpo a un lugar situado más allá de las nubes. Así, sin darme cuenta de por dónde iba o hacia dónde me movía, llegamos a una casa grande, desde luego, mayor que la iglesia del apóstol Pedro e incluso que la morada del extraviado *Regissimus* Vortegirn. Levantada sobre cimientos de piedra, desprendía una impresionante sensación de solidez.

Reconozco que aquel edificio me llamó poderosamente la atención. Sus formas, desde luego, no se parecían a nada que yo hubiera podido contemplar antes. Ni era una rústica construcción de madera como las que había visto desde mi infancia —como aquélla en la que había dormido por la noche— ni tampoco una dependencia de un *castra*[22] romano. Pero si el exterior me había causado sorpresa, el interior me resultó aún más sorprendente. Tras un corredor de paredes de piedra cuidadosamente pulida, se llegaba a una estancia despejada, inmensa y grande que desembocaba a su vez en un ventanal exento como nunca había tenido ocasión de ver con anterioridad. Por él entraban a raudales el aroma del agua y la luz del sol bañando los objetos, numerosos y peregrinos, que descansaban adormecidos en una infinidad variada y, a la vez, armónica, de estanterías y recipientes. Fue al contemplar todo aquello cuando me pregunté por enésima vez quién era aquella mujer.

—¿Quién eres? —pregunté cuando aparté los labios del jarro de leche que me había servido Vivian.

—¿Quién soy? —repitió en eco burlón de mi voz—. Soy una mujer que busca la sabiduría.

Me sorprendió aquella respuesta. Sabía que los griegos habían tenido filósofas y que también el Libro Santo hablaba de profetisas, pero Roma había carecido de unas y de otras y, a decir verdad, me costaba creer que Vivian pasara el tiempo leyendo a los griegos o meditando en las Escrituras, aunque…

—¿Conoces el Libro Santo? —indagué recordando que el temor de Dios es el principio de toda sabiduría.

—¿A qué libro santo te refieres? —preguntó mientras una nubecilla de desconfianza descendía sobre sus cejas.

Confieso que me desconcertó la pregunta. Es sabido que sólo existe un Libro Santo y, por lo que acababa de ver, mi anfitriona que decía buscar la sabiduría no conseguía identificarlo.

—¿A cuál va a ser? —dije—. A la Biblia. A los escritos del Viejo y del Nuevo Testamento.

—Nunca lo leí —comentó la mujer.

Lo dijo con tono molesto, pero a mí me pareció que no era tan importante. A fin de cuentas, muy poca gente era capaz de leer y escribir y entre ésta eran escasas las mujeres.

—Sé leer —dijo Vivian como si, una vez más, pudiera leer mi corazón—. Incluso encuentro en ello un placer especial, pero desconozco ese libro de que me hablas.

—¿Acaso no eres cristiana?

—¿Cristiana? —dijo sonriendo—. Por supuesto que no.

—¿No crees en el Salvador, en el único Dios verdadero? —pregunté atónito por lo que acababa de escuchar.

—No —respondió Vivian reprimiendo la risa a duras penas.

Aquellas palabras me dejaron absolutamente anonadado. Vivian no parecía pertenecer a los *barbari*. Es verdad que sus facciones resultaban muy delicadas para pertenecer a una *britanna*, pero, en ocasiones, la mezcla entre familias procedentes de Roma y de nuestra tierra tenía precisamente ese efecto. Pero de haber nacido en una familia de doble estirpe habría sido instruida en la religión verdadera. Reprimí un sentimiento de malestar que se me aferró a la boca del estómago. ¡Dios bendito! ¡No sólo había caído en el nefando pecado de la fornicación además lo había perpetrado con una pagana! ¿Qué iba a ser de mí?

—Seguramente, querrás saber por qué te he traído hasta aquí —comenzó a hablar con un tono diferente Vivian—. Ya te he dicho antes que soy una mujer que busca la sabiduría. Me consta que tú conoces muchas cosas que yo ignoro y que ansío saber. Te ofrezco que te quedes conmigo. Estoy segura de que no te arrepentirás. Aquí no carecerás de nada.

Guardé silencio intentando asimilar lo que acababa de oír.

—Jamás habrás encontrado a nadie que desee tanto aprender como yo —remató sus palabras la mujer.

¿Un discípulo? Me parecía un ofrecimiento prematuro. De hecho, albergaba dudas sobre si había alcanzado la edad suficiente como para poder acoger a ninguno a mi lado y transmitirle la ciencia que conocía, pero además tratándose de una mujer…

—No sé, Vivian… —dije y, al pronunciar su nombre por primera vez, me supo en los labios dulce como la miel más pura y refinada.

La mujer me sonrió y me tendió un cesto amarillo y hermoso que rebosaba de manzanas rojas y redondas.

—Son mis preferidas… —musité sorprendido por la lozanía de aquellos frutos sazonados.

—No te faltarán —dijo con voz suave Vivian—. La isla está llena de ellas. Las tendrás en abundancia.

Tendí la mano, cogí una de las manzanas y le di un mordisco. Su carne era firme y deliciosa y su aroma fresco me recordó las horas que había pasado esa noche al lado de Vivian.

—Y con ellas —añadió sonriente— me tendrás a mí.

«Trahit sua quemque voluptas»… *sí, tenía razón el ilustre Virgilio. Los habitantes de la selva —ya sean leones o cabras o simples arbustos— son objeto de un deseo continuo. Es ese deseo el que los acaba arrastrando como si tirara de ellos con cuerdas invisibles y poderosas. Sin embargo, ahí es donde debería trazarse la frontera que separa a los hombres de las bestias, a los seres racionales de los que carecen de esa razón, a los que fueron creados a imagen y semejanza de Dios de los que simplemente son brutos con las formas más diversas y caprichosas. Estamos sujetos al deseo, al ansia, a la voluptuosidad, pero es más humano no el que se deja domeñar, sobrepasar, arrastrar, sino el que ejerce la sensatez y el dominio propio. Ése es el que verdaderamente hace honor a la impronta que el Creador colocó en él separándolo del resto de las criaturas*.

Capítulo V

Se han contado muchas leyendas acerca de lo que sucedió durante los años siguientes, los que pasé en la isla de Avalon, la que recibe su nombre de las manzanas. Sé que sobre mí circularon los rumores más insólitos. Se anunció que los *barbari* me habían asesinado en una de sus despiadadas correrías, que había muerto de una extraña dolencia, que había sido iniciado en los tenebrosos misterios del paganismo, que… mil cosas y de ellas ninguna era buena o cierta. La única verdad es que amé a Vivian y lo hice como —estoy seguro de ello— a muy pocos se concede dar amor. Sin embargo, aquel amor no me trajo la dicha ni la paz sino una desazón que aumentó de forma incansable a cada día, a cada hora, a cada instante que pasaba.

Resultaría absurdo negarlo. Me sentía tan feliz entre sus brazos; disfrutaba tanto de aquel cuerpo que se apretaba contra el mío hasta que nadie hubiera podido decir dónde comenzaba uno y dónde terminaba otro; me maravillaba tanto que pudiera adivinar mis pensamientos e incluso concluir las frases que yo apenas había comenzado que casi no transcurrió el tiempo antes de que llegara a la conclusión de que nuestras vidas tendrían que fundirse de la misma manera que nuestros miembros lo hacían.

Ansío creer que aquel amor nunca fue carnal o, al menos, que no lo fue de manera exclusiva. Porque la verdad es que deseaba besarla, pero también prolongar nuestra conversación hasta que la noche se agazapa en el sueño y continuarla hasta el desperezamiento de la Aurora. Ansiaba poseerla, sí, pero también compartir con ella el conocimiento que había ido guardando dentro de mi ser con el paso de los años y de las experiencias. Quería estrecharla contra mí, por supuesto, pero también escuchar sus opiniones, siempre especiales, sobre lo más diverso. Y, sin embargo… Fue el apóstol de los gentiles el que habló de que nuestro ser está formado por un cuerpo denominado *soma*, por un alma a la que llamó *psyjé* y por un espíritu al que calificó como *pneuma*. En mi amor hacia Vivian, la unión de los primeros fue total; la de las segundas, casi absoluta; la de los terceros, imposible. Podía reconocerme en sus labios y en sus manos, en sus ojos y en sus senos; podía gozar de aquella inteligencia extraordinariamente despierta y absorbente que captaba con facilidad los aspectos más complicados de la ciencia física; pero nunca logré —y el Creador es testigo de que lo intenté una vez tras otra— que nuestros espíritus se comunicaran.

Recuerdo una mañana en la que Vivian leía del Evangeliario que siempre llevaba conmigo y que, a diferencia de mi caballo, ni había llamado la atención de los *barbari* ni me había sido sustraído. No creo que lo hiciera con placer, pero sí me parece que intentaba de esa manera llegar hasta el fondo de mi ser, quizá para entenderme mejor o quizá para mejor dominarme. Mientras yo clasificaba algunas hierbas que había estado recogiendo durante los dos últimos días, Vivian estaba tumbada en el suelo, con los pies levantados y recorría con sus hermosos ojos verdes las líneas trazadas por un diestro escriba. De repente, lanzó un bufido y apartó el texto de sí con un gesto de profundo desagrado.

—¿Qué te sucede? —pregunté al captar su irritación. Vivian movió la mano como si deseara desechar tanto el desagradable malestar que la invadía como obligarme a regresar a lo que se suponía que eran mis labores. Quizá en otra ocasión lo hubiera conseguido, pero en aquel instante algo en mi interior fue más fuerte que el deseo de complacerla.

—Vamos, Vivian, dímelo —insistí.

Pero mi amada no se dignó responder. De un salto se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. La alcancé cuando estaba a punto de cruzar el umbral. La sujeté por el brazo, la volví hacia mí y deposité un beso en aquellos labios delicados que había oprimido contra los míos decenas de miles de veces.

—Quiero que me respondas —insistí dulcemente.

Los ojos de Vivian se fruncieron adquiriendo una configuración felina que ya conocía y que, por eso mismo, temía. Lo más prudente hubiera sido dejar que saliera de la estancia y se calmara al contacto con aquel pradecillo que tanto quería y por el que tanto habíamos paseado. Pero tan sólo sentí en mi interior que aquel impulso se fortalecía exigiéndome que llegara al fondo del asunto.

—Dime lo que te pasa, Vivian.

Supe en ese momento que un espacio no más ancho que el grosor de un cabello la separaba de uno de los terribles accesos de cólera que, ocasionalmente, sufría. La experiencia me decía que lo más prudente era callar, esperar a que su irritación amainara y reencontrarme con ella valiéndome del lenguaje que mejor sabíamos utilizar. Pero en aquellos momentos, hice oídos sordos a la experiencia.

—Dímelo.

Vivian respiró hondo, bajó por un instante los ojos y cuando volvió a alzarlos contemplé en ellos una fuerza superior a la de los dragones que antaño habían enarbolado orgullosos los *equites* de las legiones romanas.

—No entiendo tu religión —dijo apenas conteniendo la ira—. No, no es que no la entienda. Es que no me gusta. No me gusta, ¿lo entiendes?

Por un instante, no supe qué decir. A decir verdad, me sentía profundamente desconcertado. ¿A qué se refería Vivian? ¿De qué estaba hablando?

—He leído la historia de ese… maestro tuyo y de la mujer a la que quisieron lapidar… —comenzó a decir—. Y me parece asquerosa.

—La de la adúltera… sí, sé a qué te refieres —balbucí sorprendido—, pero si es una historia de amor… y de perdón.

—¡De perdón! —exclamó Vivian mientras alzaba los brazos encolerizada —. Pero ¿qué es lo que había que perdonar? Atraparon a esa pobre mujer cuando estaba en brazos de su amante. Porque no era una prostituta, era simplemente una mujer casada que se acostaba con alguien que no era su marido. Bueno, con seguridad que le sobraban motivos para compartir el lecho con él y entonces ¿qué hicieron? ¡Quisieron matarla a pedradas! ¡A pedradas! ¡Como a un perro!

—Pero Jesús… —intenté argumentar deseoso de sosegar a Vivian.

—¡Oh, sí, claro! ¡Jesús! ¿Qué hizo tu Jesús? —elevó ahora la voz Vivian —. La protegió, sí, lo hizo, pero ¿y luego?

—No te entiendo… —susurré cada vez más inquieto.

—Luego —prosiguió Vivian cada vez más indignada— le dijo que se marchara y que no pecara más. ¡Que no pecara más! ¿Acaso era un pecado amar? Podía haberle dicho que la comprendía, que contaba con su apoyo para seguir amando a aquel hombre que le ofrecía lo que no le daba su esposo. Eso es lo que yo hubiera esperado de un dios que, según dices tú, se caracteriza por el amor, pero no, no fue eso lo que hizo. Le dijo que se marchara, pero no para reunirse con su amante, sino *para no pecar más*. ¡Qué corazón más duro!

Confieso que me quedé perplejo al escuchar las palabras que brotaban de los labios de Vivian. Jamás se me hubiera ocurrido interpretar de aquella manera el relato transmitido por el evangelista Juan.

—Pero es que el adulterio… —intenté argumentar.

—¿El adulterio te parece un pecado? —me preguntó con el desafío desgranado en cada una de las palabras.

—Sí… por supuesto… —apenas acerté a responder.

—Un pecado, un pecado, un pecado… ¡Qué estupidez! ¿Cómo se puede vivir creyendo en cosas así? —repitió indignada Vivian.

Me sentí horrorizado al escuchar aquellas palabras. ¿Cómo podía decir algo semejante? ¿Acaso se hubiera podido vivir en un mundo donde no

estuviera establecida con claridad la frontera que separa lo bueno de lo malo?

Los ojos de Vivian, que ahora me parecieron purpúreos, se clavaron en mí mientras me espetaba:

—Porque, además, ¿cuáles son esos pecados? ¿Cuáles?

Reconozco que hubiera preferido no responder, eludir aquel combate, retirarme mansamente. Sin embargo, sabía de sobra que a esas alturas no podía hacerlo. Sólo me quedaba la posibilidad de esquivar de la mejor manera los golpes.

—Robar, mentir, no respetar a los padres, asesinar… —respondí.

Una mueca gatuna se dibujó en el rostro hermoso de Vivian. De repente, su expresión cambió, sonrió y dijo:

—¿Lo es también que un hombre y una mujer yazcan sin estar casados?

Sentí un insoportable malestar al escuchar aquella pregunta. Fue como si un médico desconocido hubiera colocado mi rostro ante un espejo tan sólo para mostrarme que estaba enfermo de una dolencia de la que yo era consciente, pero que me había negado a reconocer.

—Creo… creo que sí… —respondí con un hilo de voz.

—Crees que sí, ¿eh? —preguntó Vivian aunque su interrogación constituía ya una respuesta—. Vaya, vaya…

Ahí terminó nuestra conversación porque, alzando la barbilla en un gesto de desprecio, Vivian salió de la casa dejándome sumido en una confusión terrible. O no. En realidad, no era confusión la palabra que más convenía a mi estado de ánimo. Más bien se trataba de una espantosa claridad, tan cegadora que me dolía el tan sólo sentirme cerca.

No supe nada de Vivian durante las siguientes horas y aquella ausencia sometió a mi espíritu a un doble tormento. Por un lado, deseaba que regresara a mi lado, que tomara mi rostro entre sus manos, que me cubriera de besos, que me rodeara con sus brazos. Por otro, sin embargo, temía que se comportara así precisamente hundiéndome aún más en el terrible pesar que sólo provoca el saber que no se vive como se debe.

Regresó. Lo hizo cuando ya sólo se escuchaba el suave rumor de las aguas y el áspero ruido de las aves que aprovechan las tinieblas nocturnas para apoderarse de sus presas. Lo hizo cuando estaba a punto de enloquecer pensando en ella. Lo hizo cuando la simple posibilidad de perderla me arrancaba lágrimas ardientes de desesperación y desconsuelo. Lo hizo cuando me desgarraba al ver la imposibilidad de conservar entre las manos dos cosas irrenunciables y, a la vez, incompatibles. No cruzamos una sola palabra y dejamos que se expresaran únicamente nuestros deseos. Por un instante, al

contemplar su cuerpo exhausto, dormido y apretado contra el mío, pude pensar que quizá existía una posibilidad de paz a su lado. Pero estaba fatalmente equivocado.

Transcurrieron así los años después de aquella discusión. Se trató de un tiempo en el que no volvimos a hablar de mis creencias ni de las suyas, en el que procuré centrarme en la enseñanza de esa ciencia que yo poseía y que ella tanto ansiaba, en el que intenté cortar una parte de mi ser para que las otras dos pudieran si no vivir, sí, al menos, sobrevivir. Pero ¿qué sentido tiene ahora rememorar lo que sucedió en la época en que mi ser estaba desgarrado de manera acerante y continua? Y entonces aquel mundo del que había estado apartado durante años volvió a entrar en mi existencia.

«Si quid cessare potes, requiesce sub umbra»… *Si puedes holgar, reposa a la sombra. Así expresó mi maestro Virgilio, la necesidad de descanso que tienen todos los seres humanos. Sin embargo, aprecio en sus versos las limitaciones típicas de los paganos en relación a aquellos que han sido objeto de la revelación. Porque no se trata de reposar sino de proporcionar un sentido al descanso y de saber además cuándo acometerlo es algo justo y cuando implica una falta.*

No siempre que esté en nuestra mano holgar, deberíamos tumbarnos a la sombra porque, a fin de cuentas, el descanso no es un fin sino que tan sólo constituye un medio. Es la manera de ayudarnos a recuperar fuerzas para continuar la brega cotidiana, para proseguir el camino que nos ha marcado la Providencia, para consumar la misión que ha sido puesta por delante.

Por eso, nadie debería ambicionar la holganza por sí misma. Tan sólo debería usar de ella de la misma manera que se vale del agua para aplacar la sed y luego seguir dedicado a sus tareas. Dios ciertamente descansó, pero lo hizo sólo un día y desde entonces, según el testimonio del Salvador, nunca ha dejado de trabajar.

Capítulo VI

Fue una mañana en la que la fragancia de los manzanos parecía más omnipresente que nunca, en que la luz invitaba perezosa a un descanso somnoliento y en que yo sentía de manera menos punzante la distancia que había entre la vida que hubiera deseado vivir y la que, a fin de cuentas, llevaba. Recuerdo que durante los días anteriores, Vivian y yo habíamos hablado largo y tendido de las prodigiosas propiedades curativas de unas raíces blanquecinas con forma de homúnculo que crecían no muy lejos de la casa. Yo estaba convencido de que carecían de virtudes terapéuticas, pero ella se empeñaba en atribuirles una potencia que jamás hubiera podido yo imaginar. Al final, como era su costumbre, no pudo soportar que no aceptara su punto de vista.

—¡Eres un cabezón! —fue la frase, nada elegante, pero bien clara, con la que dio por zanjada la plática.

Se trataba de una conducta en la que, por otro lado, incurría bastante a menudo.

—Cuando se te mete algo entre ceja y ceja —remachó aún más indignada— no hay manera de que pienses ni razones.

—Mira —repuse—. Precisamente eso es lo que yo pienso de ti.

—Sí —dijo con amargura— y, como siempre, retuerces las cosas a tu favor…

Ésa era otra de sus frases preferidas. Según ella, no sólo era testarudo sino que además me negaba a ver las cosas. Me encogí de hombros y pensé para mis adentros que quizá no andaba tan descaminada aunque no en el sentido en que pensaba.

—No merece la pena que discutamos por esta fruslería —señalé al fin.

—Es que no se trata de una fruslería —me dijo con un ímpetu que me avisó de que la discusión no sólo no había concluido, sino que, muy posiblemente, estaba a punto de reanudarse de manera especialmente encrespada.

—Como quieras, Vivian, como quieras —me replegué convencido de que una retirada a tiempo puede equivaler a una victoria.

—No me gusta el tono con que me hablas…

Si la hubiera conocido tan sólo unos días antes, hubiera indagado lo que tenía de particular la manera en que hablaba. Pero hacía años que mi

existencia transcurría al lado de la de Vivian y sabía de sobra que semejante acto hubiera constituido una terrible equivocación.

—Dispénsame, Vivian —dije al mismo tiempo que me ponía en pie—. Acabo de darme cuenta de que hace un tiempo ideal para recoger unos hongos que vi el otro día.

Cuando sonaron las palabras «tiempo ideal» ya me había colocado el zurrón al hombro y «el otro día» concluyeron justo en el momento en que cruzaba el umbral. Y, sin embargo, a pesar de todo, aquella misma noche, volví a fundirme con ella de la misma manera que la polilla insensata no puede evitar el rondar el fuego atrayente aunque acabe abrasándose mortalmente en él.

Aquella mañana, hubiera debido despertarme con el pecho oprimido y, en realidad, así fue, pero las sensaciones que me entraban por la nariz y por los ojos actuaron como un bálsamo prodigioso sobre un corazón que cada vez sentía más como una herida abierta e imposible de curar. Había cerrado los párpados e intentaba concentrarme en aquellas manifestaciones de belleza, belleza, a fin de cuentas, aunque resultara tan distinta de la de Vivian, cuando sentí el sonido de unos pasos sobre el herboso pradecillo.

Me sorprendió un poco que se tratara de Miles, uno de los siervos de Vivian. Entre la gente que obedecía sin rechistar las órdenes de aquella mujer había de todo. Un porquero sordomudo que la contemplaba con ojos de temor; un hombre de cabellos largos y blancos que daba la sensación de adivinar sus deseos tan sólo con mirarla; media docena de labradores entregados sin descanso al cultivo de huertos y bosques, y once pastores empeñados en la tarea de guardar, alimentar y esquilar unos rebaños que sólo parecían crecer. Miles, por su parte, era un hombre muy diligente, antiguo soldado —como indicaba su sobrenombre— y jamás abandonaba las tareas de vigilancia, seguramente, de la misma manera que nunca había dejado de cumplir con su deber en las antiguas legiones. Las antiguas legiones… recordar que habían existido alguna vez me producía un dolor difuso, pero no por ello menos intenso. A decir verdad, creo que ese malestar no se relacionaba tanto con el pasado que no volvería como con un futuro, el mío, que ya nunca llegaría. Por más que me esforzara por evitarlo, lo cierto es que en aquella isla repleta de manzanos mi vida había quedado sometida paulatinamente a una relegación, a un apartamiento, casi a una reclusión. Se trataba de un sentimiento que me hubiera resultado casi tolerable de no ser porque iba ligado al pensamiento lacerante de que mi vida, una vida que hubiera podido ser útil, quizá se había terminado, quizá se había malogrado,

quizá había empezado a concluir en el mismo momento en que había aceptado la invitación de Vivian. Pero en aquel momento, no deseaba que aquellos pensamientos volvieran a asaltarme y, por añadidura, sentía una enorme curiosidad por saber la causa de que Miles hubiera abandonado su trabajo.

Esperé a que entrara en la casa y me acerqué de la manera más sigilosa de que fui capaz. A unos pasos, distinguí que estaba hablando con Vivian, pero fui incapaz de captar el contenido de sus frases. Tendría que aproximarme más y hacerlo con prudencia porque si había algo que irritaba a Vivian era que alguien entrara en aquellos asuntos suyos a los que no había sido invitado. Creo que poco faltó para que lograra deslizarme sobre la hierba en lugar de pisarla y así llegué hasta una de las ventanas.

—No creo que eso tenga tanta importancia, Miles —escuché que decía Vivian con un tono de voz que conocía sobradamente y que indicaba que a duras penas lograba contener su irritación.

—Seguramente tienes razón —dijo Miles con evidente prudencia— pero la noticia…

—Es irrelevante —zanjó Vivian—. Aquí estamos bien. A decir verdad, muy bien y no nos importa lo que pueda suceder al otro lado de las aguas.

—Pero si muere Aurelius Ambrosius… —intentó argumentar Miles.

—Simplemente seguiría el camino propio de toda carne —cortó Vivian—. Es sabido que lleva enfermo mucho tiempo y que nadie ha podido curarle. Antes o después, tendrá que dejar este mundo.

—Pero Britannia… nuestros hijos…

—Britannia seguirá en su sitio porque el mar no va a tragársela simplemente porque Aurelius Ambrosius se muera y por lo que se refiere a nuestros hijos… ya se las arreglarán. La Historia del mundo está llena de catástrofes mucho mayores y los hombres siempre han conseguido superarlas. Los hijos de los *britanni* no van a ser la excepción…

Los argumentos esgrimidos por Vivian no me parecieron convincentes. Seguramente, era cierto que nuestros hijos podrían navegar en medio de las aguas procelosas, entre otros motivos porque no les quedaría otro remedio. Pero ¿cuántos perecerían en el intento? Y, por otra parte, ¿hasta qué punto estábamos autorizados por la Providencia a abandonarlos frente a ese destino simplemente porque muchos en el pasado habían sufrido catástrofes y desgracias?

—Como tú digas, *domina* —se rindió Miles.

—Por supuesto que es como yo diga —dijo Vivian con tono de autoridad —. Ahora puedes retirarte.

Escuché los pasos de Miles dirigiéndose hacia la puerta y me dispuse a apartarme, pero, en ese momento, volvió a resonar la voz de Vivian.

—Ah, Miles, él no debe saber nada de esto.

La forma en que dijo *él* para referirse a mí hubiera resultado profundamente halagadora unos años antes. Entonces, al inicio de nuestro camino de abrazos y espinas, habría pensado que reservaba aquel pronombre propio de la masculinidad única y exclusivamente para referirse a mí, que el único él en quién podía pensar era yo, que en su universo, aunque limitado a aquella isla repleta de manzanos, no existía otro él salvo mi persona. Pero ahora no tenía esa sensación. Por el contrario, me parecía que la palabra tan sólo indicaba una de las posesiones, sí quizá la mejor y más importante, pero posesión a fin de cuentas, de que disponía Vivian en aquel imperio insular e inaccesible.

Aquella noche, la cena transcurrió en un silencio tranquilo tan sólo interrumpido por algún comentario ocasional, pero en lo más hondo de mi corazón rugía una tempestad de inusitada aspereza. De repente, sentí el deseo de salir de la casa y caminar hacia la cala situada a unos cuantos pasos y, una vez allí, entrar en el agua y nadar hasta tierra firme y, si no moría en el intento, procurar regresar a una vida que había abandonado años atrás. Sí, todo eso lo ansiaba, pero ¿cómo iba a poder convertir mi anhelo en realidad?

—Vivian —dije y mi voz me sonó tan extraña como si procediera de una garganta distinta a la que unía mi cabeza con mi tronco— Aurelius Ambrosius se está muriendo. Debo acudir a su lado.

Me miró de la misma manera que el felino que se siente amenazado y desea, no obstante, aparentar serenidad. Se trataba exactamente de la calma tensa que precede al feroz zarpazo, justo el que zanja la cuestión.

—Creía que ya estuviste una vez con el *Regissimus…* —dijo sin terminar la frase.

Respiré hondo. Por supuesto que así había sido. Lo sabía de sobra porque era yo quien se lo había contado sin ocultarle ni uno solo de los revueltos sentimientos de pesar, de decepción, de amargura que había sufrido en aquel entonces.

—No comprendo cómo tienes algún deseo de volver a verle —prosiguió —. Te trató de una manera verdaderamente indigna.

—Vivian, no se trata de cómo nos tratan los demás, sino de cómo nosotros debemos tratarlos. Soy físico y…

—¿Y ahora sabes cómo curarlo? —me interrumpió con una pregunta cargada de burlona ironía.

No, por supuesto que no. Aquel hombre estaba condenado y si había algo que podía asegurar era que su vida se había prolongado mucho más de lo que yo mismo hubiera podido imaginar. Decidí que lo más prudente era mantenerme en silencio, pero Vivian no pensaba dar por concluida nuestra conversación.

—¿Por qué deseas marcharte? —me dijo con un tono seco que exigía una respuesta.

—Porque ésta no es la vida que debo vivir —respondí sorprendido de haber sido capaz de pronunciar aquellas palabras delante de Vivian.

—¿Ah, no? —exclamó con ira apenas contenida—. Déjame ver. Dedicas horas y horas a estudiar nuevas formas de curación, reflexionas, piensas, paseas y cuentas con la mejor discípula que hubieras podido encontrar jamás en Britannia. Por cierto, una discípula que siempre está dispuesta a entregarse a ti porque tú eres su vida. Su vida completa. Y ahora, piensas dejar todo… ¿Por qué? ¿Porque te has cansado?

—Britannia… —intenté empezar a decir.

—¡Britannia! ¡Britannia! ¿Qué nos importa Britannia a ti y a mí? —dijo mientras abría las manos como si deseara sujetar mi cráneo con sus palmas—. ¿Acaso *los britanni* han dejado de plantar, de cosechar, de comer, de dormir, de copular porque estuvieras aquí a mi lado? ¿Son más desdichados o enferman más? ¿Sufren más o pecan más? ¡Te ruego que no me digas estupideces!

—Vivian —comencé a decir—. Lo que dices… lo que dices es cierto, lo reconozco, pero… pero ¿y el futuro?

—¿Qué sabes tú del futuro? —me interrumpió.

—Nada, pero…

Vivian se levantó de su asiento como si se viera impulsada por un resorte y se dirigió hacia una de las estanterías. Rebuscó airada e incluso masculló alguna maldición mientras sus manos, blancas y suaves, revolvían entre los objetos. Cuando regresó a la mesa, sujetaba un saquete rojo.

—Aquí está el futuro. ¿Me oyes? Aquí —dijo mientras levantaba la bolsita de cuero hasta ponérmela justo debajo de los ojos.

Una sensación de malestar, la misma que se experimenta ante un peligro desconocido, pero cierto, se apoderó de todo mi ser inmovilizándome.

—¡Mira! —exclamó a la vez que arrojaba el contenido del saquete bermejo sobre la mesa.

Tardé unos instantes en comprender lo que apareció ante mis ojos. Al principio, me dio la sensación de que se trataba únicamente de algunos huesecillos que, tiempo atrás, habían pertenecido a algún diminuto roedor o a alguna alimaña de reducidas dimensiones. Pero, de repente, como cuando la luz rosada de la aurora se va extendiendo sobre los campos, comencé a distinguir todo. Aquello… aquello era un instrumento de adivinación…

—¿Quieres que te diga lo que te depara el porvenir? —insistió desafiante Vivian—. ¿Es eso lo que deseas? —¿Eres… eres una…?

Pero no pude concluir la pregunta. Vivian había tomado los huesecillos en el cuenco de sus dos manos, blancas y suaves, comenzó a pronunciar unas fórmulas que yo desconocía totalmente y luego los lanzó contra la mesa. Cayeron de manera absolutamente indescifrable para mí, pero no tenía la menor duda de que ella podía leerlos con la misma nitidez con que yo lo hacía con el Libro Santo o con Virgilio.

—¿Sabes lo que se ve aquí? —me dijo—. No, ¿verdad? Pues yo te lo diré.

Hizo una pausa y respiró hondo. Como si necesitara cobrar fuerzas. Sin embargo, a mí me daba la impresión de estar poseída por una fuerza indescriptible. Eso, sin contar con su belleza que, en aquellos momentos, parecía más extraordinaria que nunca. Contemplaba su rostro, cuando su voz pareció llenar la estancia como si fuera el fragor de un vendaval tan impetuoso como los secretos arcanos del universo.

—Veo que si te vas —comenzó a decir—, que si me abandonas, que si te marchas de mi lado, no lograrás lo que ansías. Es cierto que te afanarás en su busca, que lo perseguirás con tesón, que incluso le entregarás tu vida, pero no lo conseguirás. Querrás paz, pero, en vez de paz, contemplarás más y más guerras. Ansiarás ver el desprendimiento, pero en vez de generosidad, asistirás al interminable espectáculo de la mezquindad de los hombres. Te debatirás en busca de la tranquilidad, pero, en vez de sosiego, tan sólo descubrirás un día tras otro que el paraíso es un sueño que siempre degenera en interminables derramamientos de sangre, y…

Se detuvo súbitamente sin concluir la frase, pero creo que en aquellos momentos no le di demasiada importancia. Mis ojos estaban clavados en aquellos restos de osamentas. Costaba creer que, gracias a esos huesecillos pulidos y blanquecinos, pudiera contemplar mi futuro. En realidad, no lo veía. Yo sabía lo suficiente sobre el inicuo mecanismo de las artes ocultas como para que no se me escapara que aquellos instrumentos sólo eran el reclamo para que acudieran seres demoníacos, los mismos que ahora inspiraban las palabras de Vivian. Ésa era la realidad, pero, aun aceptando el fondo oscuro

de sus tajantes premoniciones, ¿me decía la verdad o tan sólo se valía de la mentira para retenerme en aquella isla rebosante de manzanos?

—Quédate a mi lado… —continuó con un tono de voz en el que la inquietud apenas contenida había sustituido a la ira—. Aquí encontrarás ese sosiego que tanto deseas. Aquí nada te faltará. Aquí podrás escribir para que esas generaciones futuras que tanto te preocupan sepan. Si lo que verdaderamente deseas es ser útil a tu prójimo…

—¿Desde cuándo practicas la adivinación? —la interrumpí.

Vivian se apartó de los huesos como si, de repente, ardieran. Creo que en ese momento se percató de que había cometido un error, un error que podía resultarle fatal.

—¿Hace mucho tiempo? —insistí.

—Tú… tú… —balbució por primera vez en todos aquellos años.

—Yo soy un pobre hombre extraviado —le dije—. Un desdichado que ha creído que pecaba y que su pecado quizá no tenía tanta importancia, que ha esperado que en algún momento se produjera un cambio para que entonces se unieran también nuestros espíritus, y que acaba de descubrir que eres una hechicera.

—¿Por qué tenía que haber un cambio? —exclamó Vivian enfurecida—. ¿En qué? Dime. ¿En qué? ¿Tenía acaso que convertirme en uno de los seguidores de tu… religión? ¿Deseabas que abrazara a ese dios que no sabe comprender el amor natural entre un hombre y una mujer salvo que se hayan unido ante un altar, ese dios que prohíbe que nos juntemos cuando lo deseamos, ese dios que se complace en apartarnos de las fuerzas que pueblan los ríos y los bosques? ¿Eso es lo que esperabas de mí? Pero… pero ¿cómo has podido…?

No respondí. No lo hice porque Vivian estaba desnudando mi corazón con más perspicacia de la que yo hubiera sido capaz de hacerlo. Durante aquellos años no había querido reconocerlo, pero cada vez que la amaba, cada vez que la besaba, cada vez que la tenía entre mis brazos me decía en lo más profundo de mi ser que, quizá, no se trataba de actos tan graves; que, quizá, todo se reducía a un estado transitorio que concluiría en un matrimonio bendecido por Dios; que, quizá, todo acabaría en un final que permitiría pasar por alto la manera en que, de forma cotidiana y repetida, quebrantaba la ley contenida en el Libro Santo.

Hacía el mal, pero con la esperanza absurda y ciega, de que la raíz de ese mal acabara llevándome por alguna vía desconocida hacia el bien más ansiado. Me engañaba y sabía que me engañaba, pero ahora, al escuchar a

Vivian, aquellos embustes dirigidos a apaciguar mi conciencia quedaban tan desarbolados como una barquichuela atrapada en medio de una impetuosa galerna. Y es que Vivian no sólo era una pagana, sino que además sentía horror incluso ante las enseñanzas más llenas de misericordia y gracia contenidas en el Libro Santo. ¿Podía ser de otra manera cuando se entregaba a prácticas como la adivinación que Dios había condenado una y otra vez por boca de Moisés y de los profetas? ¿Podía extrañarme que ni en los momentos de mayor placer hubiera sido mi disfrute tranquilo? Todavía más importante. ¿Podía permanecer más tiempo en su compañía permitiendo que mi existencia se deshilachara entre las ruedas de un destino que no era el que yo deseaba?

—Vivian —dije al fin—. Te he amado como nunca he amado y como creo que nunca podré amar a nadie, pero ahora nuestros caminos deben separarse.

—¿Separarse? —gritó con los ojos rebosantes de lágrimas—. Pero… pero ¿y los años que te he dado? ¿Y las atenciones con que te he cubierto? ¿Y los cuidados que te he dispensado?

Hizo una pausa y añadió:

—¿Acaso sabes lo que he perdido estando a tu lado? ¿Te haces una idea de cuáles han sido mis renuncias?

Aquellas palabras me causaron una impresión muy honda. Jamás hubiera pensado que nuestro amor hubiera implicado pérdida alguna o transacción alguna o renuncia alguna. Siempre lo había visto cómo una entrega. Ahora, al escucharla, me dije que quizá había estado errado y que en mis yerros había causado dolor y sufrimiento.

—Perdóname… —dije con un hilo de voz intentando introducir un hilo de piedad en aquel tejido espeso de amargura y reproches.

—No quiero perdonarte —me interrumpió—. Quiero que te quedes conmigo y que te comportes como debes.

Como debes… Aquella expresión provocó en mi corazón un efecto similar al de un poderoso ensalmo pronunciado por un terrible hechicero. Sí, quizá ésa era la clave para comprender los últimos años de mi vida. Los dos habíamos pensado que el otro debía comportarse de una manera determinada. Yo estaba sumido en el pesar porque nada de lo esperado, de lo que podía cubrir como un piadoso velo mi comportamiento, se había realizado. Vivian, por su parte, estaba enfurecida —también herida y decepcionada— a pesar de que no era poco lo que había logrado de mí. Pero yo supe en aquellos momentos que no podía ya darle más, que le había entregado todo y que nada

me quedaba. Me levanté de la mesa y con paso tranquilo me dirigí hacia la puerta de la casa.

Me dije que quizá Miles estuviera dispuesto a ayudarme a llegar a tierra firme. Claro que también era posible que no se mostrara dispuesto, bajo ningún concepto, a contrariar los deseos de una hechicera. A decir verdad, a esas alturas me daba igual. Mientras me dirigía hacia el lugar donde el antiguo veterano se ocupaba de las bestias de Vivian elevé desde lo más profundo de mi corazón una plegaria al Salvador. Entonces, por primera vez en mucho, en muchísimo tiempo, sentí que una paz serena y vigorosa embargaba todo mi ser.

CUARTA PARTE

ARTORIUS

«En erit unquam, Ale dies, mihi cum liceat tua dicere facta?…», *a mi admirado Virgilio le preocupaba si alguna vez llegaría el día en que se pudieran contar las hazañas. Su punto de vista no era excepcional. Hay muchos que tan sólo desean contar lo sucedido o para ensalzarse o para adular al poderoso. A decir verdad, apenas ven más aliciente a la vida que contar todo. Y, sin embargo, ni todo hay que contarlo ni debemos hacer las cosas para que se cuenten. Las razones para ese comportamiento son numerosas. Desde luego, no se trata únicamente de cultivar esa extraña virtud conocida como discreción, cuyo poder casi prodigioso es más claro cuanto más se oculta. La razón más importante es que nada queda de lo que juzgamos importante. Salvo contadas excepciones, una generación, quizá dos, de manera excepcional tres, aún saben que hemos vivido en una época determinada e incluso que realizamos algo de valor. Luego, el viento del olvido se lleva todo de este mundo de la misma manera que su hermano del otoño arrastra las hojas doradas cada año. No tengamos por ello especial interés en relatar hazañas. Más bien dirijamos nuestro corazón hacia aquellas conductas que no se convertirán en polvo y ceniza, que permanecerán en algún ligar del cosmos milenios después de la disolución de nuestro cuerpo, que están orientadas hacia el único que posee como atributo la inmortalidad.*

Capítulo I

¿Qué decidió a Miles a ayudarme a abandonar la isla repleta de manzanos? A decir verdad lo ignoro y las muchas veces que, a lo largo de los años, me he formulado la pregunta no han servido para aclarar el enigma. Quizá pensó cumplir así con un deber de lealtad hacia las legiones en las que había servido en otro tiempo; quizá llegó a la conclusión de que el sometimiento a que me tenía reducido Vivian era tan pesado que no resultaba extraño que deseara lograr la libertad; quizá, simplemente, sintió compasión por un hombre que deseaba meramente regresar al mundo que había conocido desde el momento en que abrió los ojos por primera vez.

¿Qué había sido de ese mundo en aquellos años? Lo cierto es que no sabía *si los barbari* habían sido contenidos o si, por el contrario, ya dominaban, por completo, la Britannia que sufría su flagelo incansable desde hacía décadas. No sabía si aún quedaba alguna comunidad de cristianos, aunque fuera oculta entre las tinieblas profundas de los espesos bosques, o si el grosero paganismo había logrado imponerse con sus dioses *barbari* toscamente representados en piedra y madera. No sabía si el propio Aurelius Ambrosius aún ostentaba algún mando o, por el contrario, se había convertido en un medroso fugitivo o incluso en un gimiente esclavo. Todo eso lo ignoraba y, por añadidura, mi desconocimiento, lejos de resultar parcial, era completo y absoluto.

Sin embargo, cuando mis pies se posaron nuevamente en la recortada playa de Britannia, ya lejos de la isla de Avalon, sentí en mi interior una alegría que desafiaba cualquier descripción. Se trataba de ese gozo, limpio y casi eufórico, que proporciona la libertad recuperada. Ni siquiera se disipó aquella sensación cuando me adentré por los caminos de Britannia. Aprecié los cambios y debo reconocer que ninguno había sido para bien y, sin embargo… Sin embargo, aunque los hierbajos indómitos cubrieran las desgastadas calzadas romanas, aunque algunos puentes de piedra y madera amenazaran con desplomarse por la falta casi total de cuidados, aunque no pocos campos aparecieran sin cultivos, aunque no pudiera dar con una sola iglesia que se hubiera salvado de ser quemada o demolida, aunque vi todo eso y no pocas cosas peores, en ningún momento perdí la alegría, precisamente la que no había logrado conocer al lado de Vivian.

Con ella había reído centenares de veces hasta que las lágrimas se me saltaban de los ojos, había disfrutado de esos placeres propios de las mentes privilegiadas y amantes del saber, había conocido todas las delicias que el

cuerpo deseable de una mujer hermosa puede proporcionar a un hombre. Todo eso y mucho más había sido mi porción cotidiana en aquellos años, pero el precio —o, por lo menos, una parte— que había tenido que abonar lo había entregado en gozo y paz espirituales. Ahora que volvía a sentirlos, lo demás me resultaba de escasa importancia.

Debí caminar durante no menos de una semana. En algunas aldeas, me proporcionaban algo de comida y un techo no siempre firme a cambio de recibir mis remedios y, aunque durante todos aquellos años apenas había practicado el arte física, no tardé en descubrir que recordaba sus principios mucho mejor de lo que yo había pensado. ¿Acaso podía ser de otra manera cuando noche y día se los había enseñado a una mujer que me recompensaba con besos y caricias sin fin?

Fue precisamente en uno de esos lugares donde me informaron de que Aurelius Ambrosius se hallaba en el mismo *castra*[23] donde yo me había encontrado con él años atrás. Aquella noche, gris y turbia, tuve dificultad para dormir pensando que en tan sólo un par de jornadas podría encontrarme con el *Regissimus Britanniarum*. Oré —había vuelto a hacerlo con un fervor cálido que no sentía desde mucho tiempo atrás— pidiendo al Salvador que le conservara la vida al menos hasta que pudiera volver a verlo. No caí entonces en que mi entusiasmo podía carecer de base, en que quizá Aurelius Ambrosius podía no acordarse siquiera de mí o en que su estado podía ser ya el de una agonía final en la que mi presencia no serviría de nada. En realidad, esos pensamientos inquietantes me asaltaron cuando dos días después vislumbré la silueta desvaída del *castra*.

Aquella mañana —lo recuerdo igual que si fuera ahora mismo— hacía mucho frío. Era un frío duro, áspero, casi sólido, como si se tratara de un martillo de hielo que chocara vez tras vez contra los árboles, las bestias y los hombres. Sin embargo, a pesar de que hubo algún momento en que me pareció que los golpes me alcanzaban de lleno los huesos de los brazos, me sentí lleno de fuerza. Así continué caminando hasta encontrarme a una cincuentena de pasos del *castra*. Precisamente entonces me asaltaron aquellas negras dudas, igual que si hubieran estado agazapadas como alimañas astutas a la espera de poder abalanzarse alevosamente sobre mi corazón.

Detuve en seco mis pasos y clavé la mirada en el desvencijado portón del añoso *castra*. Dos soldados, que llevaban sobre los hombros y el rostro el capote pardo de las otrora altivas legiones, lanzaban por la boca entreabierta involuntarias columnas de vaho. ¡Dios santo! Aquel panorama era peor que el de algunos —no tantos— años atrás. Y entonces fue como si un Hambriento

despertara de un sueño repleto de manjares y descubriera que ni siquiera tenía un mendrugo miserable que llevarse a la boca. Allí, a unos pocos pasos, se encontraba —no sabía si vivo o muerto—. Aurelius Ambrosius. Sí, bien, pero ¿qué tenía que ver eso conmigo?

—*Quod vis?*[24]

Hacía años que no había escuchado hablar en la lengua del antiguo imperio y ahora al sentir cómo aquellas dos palabras se introducían en mis oídos helados percibí una calidez especial, casi como si regresara al regazo acogedor y tierno de mi madre, de aquella madre que había tenido tiempo atrás y que había muerto sin tenerme cerca.

—*Regissimum videre volo*[25] —respondí con el tono de mayor autoridad que me fue posible.

Intercambiaron los centinelas una mirada fugaz de sorpresa, pero no despegaron los labios. Sin duda, estaban más que sorprendidos por la llegada de un desconocido que presentaba aquellas pretensiones.

—Qui es[26]? —indagó finalmente uno de ellos.

—*Physicus sum, miles*[27] —respondí con cierta aspereza—. *Regissimus me videre vult*[28]

El legionario frunció el ceño. No estaba convencido de la verdad de mis palabras, pero, obviamente, tampoco deseaba crearse problemas. En su cabeza debió mezclarse el pensamiento de que si era un físico, quizá me estarían esperando con urgencia, con el de lo peligroso que resultaba permitir que los desconocidos se acercaran sin deber a gente con autoridad.

—*Miles*[29]… —comencé a decir para intentar convencerle. No fue preciso que terminara la frase. El legionario lanzó un escupitajo al suelo y con él debieron marcharse las dudas porque mirándome exclamó:

—*Vade mecum*[30].

Cruzamos el negro umbral juntos. No se podía negar que el tiempo había dejado su huella despiadada en aquellas dependencias. Había menos legionarios, apenas se veían caballos y los bastimentos presentaban un aspecto en verdad ruinoso. Mis conocimientos del arte bélica eran limitados, pero no me cabía duda de que aquel *castra* podía ser tomado sin demasiado esfuerzo por un contingente de *barbari* con tal de que poseyera algo de audacia. Con seguridad, ni siquiera sería preciso que resultara particularmente numeroso.

Mientras nos dirigíamos a la dependencia sombría donde me había encontrado años atrás con Aurelius Ambrosius observé la calidad de los escasos efectivos con los que contaba el Regissimus. Eran ancianos y

mozalbetes. Sí, viejos y jovenzuelos, casi sin excepción. No había un solo hombre en edad madura salvo los dos centinelas que había contemplado en la puerta del *castra*. Inquieto comencé a preguntarme por las razones de lo que se me ofrecía a la vista. ¿Acaso habían muerto todos los hombres de Britannia y ésos eran los únicos reemplazos posibles? ¿Existían mozos hechos y derechos que hubieran podido servir en las legiones, pero resultaba imposible lograr que se integraran en ellas? ¿No había a la vista verdaderos legionarios porque en ese momento se hallaban empleados en alguna misión fuera del *castra*? Me formulé todas y cada una de esas preguntas y me sentí incapaz de responderlas. Por añadidura, llegué hasta la casamata desgastada en la que se alojaba Aurelius Ambrosius y tuve que interrumpir mis poco risueños pensamientos. Como sucedía con el resto del *castra*, también aquel lugar dejaba de manifiesto un despiadado paso del tiempo. Algunos de los pilotes que sujetaban la plataforma de madera creada para evitar que el agua entrara en el lugar se habían podrido por acción del paso del tiempo y de la humedad. Sin embargo, nadie los había repuesto y para evitar que la estructura se desplomara se habían visto obligados a introducir gruesos pedruscos entre la tierra y el suelo del deteriorado edificio. No cabía duda de que las legiones habían dejado mucho que desear en aquellos años en que mi vida había discurrido en la isla de Avalon. En otro momento, hubiera sido verdaderamente imposible encontrar aquellas muestras de dejadez, de decadencia, de debilidad. Ahora debía ser lo normal si sucedía incluso en el *castra* del *Regissimus*.

El legionario me hizo un gesto para que me detuviera y subió la escalerilla bamboleante que conducía a la entrada. Observé cómo intercambiaba algunas frases con el centinela y cómo éste clavaba sus ojos en mí y, acto seguido, entraba en la sucia casamata. No puedo decir que tardara mucho. Creo que no había dado tiempo para contar hasta doscientos, cuando el centinela salió y me llamó moviendo los dedos de la mano derecha.

Recordaba la penumbra casi impenetrable que me había recibido unos años antes. Ahora resultó mucho peor. No sólo la oscuridad no era un punto menos tenebrosa, sino que además el aire estaba impregnado de un olor penetrante y fétido. En un primer momento, hubiera dicho que era similar al de los vapores espesos de una cloaca rebosante, pero pronto me di cuenta de que aún resultaba peor. Era como si en aquella estancia se hubiera acumulado una sucesión prolongada de orines e inmundicias, como si los desechos que expele a diario el cuerpo humano hubieran quedado fijados a las paredes y al

suelo convirtiendo el ambiente en algo casi sólido e irrespirable. ¿De dónde procedían aquellas miasmas? ¿Cómo era posible estar allí sin sofocarse?

—¿Eres tú, físico?

No pude evitar un respingo al escuchar aquellas palabras pronunciadas en un tono quejumbroso y apenas audible. Giré sobre mí mismo intentando descubrir a la persona que había formulado aquella pregunta. Sin embargo, la espesura de las sombras no me permitió vislumbrar a ningún ser humano.

—Físico… físico… ¿eres tú?

Una pinza opresiva de angustiosa ansiedad se cerró sobre mi corazón como si disfrutara oprimiéndolo. ¿Dónde estaba el sujeto que se dirigía a mí? ¿Quién era? De repente, me pareció distinguir un bulto borroso en medio de las tinieblas profundas que me envolvían como si se tratara de un manto opaco. Parpadeé intentando aclararme la visión, pero fue inútil. Me sentí tan desesperado, tan impotente que recuerdo que apreté los puños intentando reprimir mi irritación.

—Soy el físico —dije—. ¿Eres tú Aurelius Ambrosius?

Un estertor semejante a los que había podido escuchar otras veces en desdichados a punto de expirar fue toda la respuesta que obtuve.

—Te suplico que me hables —rogué consternado—. Sólo así podré saber dónde te encuentras.

—E… es… toy aquí… —me respondió una voz que parecía impulsada por una respiración trabajosa y cargada de dificultad.

Me dirigí a oscuras hacia el lugar. De repente, sentí un dolor agudo en la rodilla. En mi apresuramiento, había dado contra lo que debía ser un sillón. Sin embargo, no emití una sola palabra de queja. Aparté con cuidado el inoportuno mueble y continué caminando con cautela. Fue así como al cabo de tres o cuatro pasos choqué con un catre del que procedía un olor aún más fuerte del que se aferraba nauseabundamente a mi nariz.

—¿Aurelius Ambrosius? —indagué intentando no abrir demasiado la boca y así evitar que aquella espantosa fetidez me entrara en la garganta.

—*Ego sum*[31] —me respondió el *Regissimus Britanniarum*.

«Tum vita per auras concessit maesta ad Manes corpusque reliquit»… *Así se refería Virgilio en la* Eneida *a la muerte de uno de sus personajes. Entonces su vida se retiró apenada surcando los aires para llegar hasta el*

lugar de los Manes y abandonó su cuerpo. Hasta un pagano al que no me encontraré en el cielo, era consciente de estas grandes verdades. No todo concluye con la muerte; nuestro cuerpo es una envoltura de la vida que lo abandona cuando se produce el fallecimiento; y, acto seguido, vuela hacia otro mundo diferente del actual. Virgilio pensaba que en ese ámbito se encontraría con los antepasados y ahí es donde —por carecer de la revelación— yerra. En realidad, tras abandonar este cuerpo, nos encontraremos con el Juicio ineludible de Dios sobre nuestros actos. El autor del Apocalipsis afirma que se abrirán los libros en que todas nuestras acciones, buenas y malas, están consignadas. Ahora que lo pienso, es muy posible que Virgilio también llegara a intuir esa realidad, pero debió asustarle. Era honrado e inteligente. Por eso, sin duda, sabía que había hecho el mal en más de una ocasión y que sólo los necios pueden creer que nuestras buenas obras compensarán las transgresiones. ¡Qué necedad! ¿Quién pensaría que el juez va a perdonar a alguien un robo simplemente porque nunca cometió adulterio? ¿O a quién se le ocurriría que no será castigado por matar ya que jamás pronunció una mentira? O nosotros pagamos o alguien paga nuestra deuda en nuestro lugar. Eso es lo que hizo Jesús y por eso el cristianismo es, fundamentalmente, un mensaje de salvación. Lástima que Virgilio nunca llegara a saberlo.

Capítulo II

Me incliné con suavidad hasta que la punta de mis dedos tocó el borde del catre. Luego me senté. No me resultó difícil porque, a pesar de la estrechez del mueble, el cuerpo que alojaba era tan delgado que quedaba espacio sobrado para que encontrara acomodo.

Estiré ahora la mano hasta dar con Aurelius Ambrosius. Retiré lo que debió ser en otro tiempo una sábana fina y ahora se había convertido en una tela de tacto grasiento y casi sólido, e intenté explorar al hombre que durante años había estado al mando de la defensa de Britannia frente a *los barbari*.

—Necesitaré luz para saber cómo te encuentras… —dije intentando reprimir las náuseas que sentí al notar los efluvios asquerosos que, en parte al menos, ocultaba la sábana.

—No hay ninguna necesidad de que apliques tu ciencia, físico —me respondió con voz entrecortada—. Me estoy muriendo y lo sé de sobra. Como tú me dijiste hace años, no hay remedio.

El sonido de la voz me indicó dónde se encontraba la cabeza de Aurelius Ambrosius. El pecho… Cuando lo palpé, me pareció una tabla con pronunciadas elevaciones horizontales. La Fiel era acusadamente delgada y estaba arrugada como un cuero desgastado por un uso ininterrumpido. Por lo que se refería a la carne… poca quedaba, desde luego. Bajé la mano y encontré lo que había temido. Se trataba de una elevación enorme, como la panza de una vaca o una calabaza robusta e hinchada. Allí se encontraba el mal que había comenzado a devorar al *Regissimus* años atrás y que ahora estaba a punto de matarlo de una vez. Lo sorprendente, a decir verdad, es que no lo hubiera logrado antes.

—¿Te convences, físico? —preguntó y no pude evitar sentir que en su pregunta había un leve dejo de amarga ironía.

No respondí, pero aparté las manos de su cuerpo hinchado. Sí, no cabía duda de que iba a morir pronto. Quizá antes de que amaneciera el nuevo día.

—Me he acordado mucho de ti en estos años —siguió hablando el *Regissimus* aunque le costaba un enorme esfuerzo expulsar cada nuevo golpe de voz—. Mucho. A decir verdad, ordené que te buscaran a los pocos días de marcharte, pero… pero fue imposible dar contigo… ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Una pesada y repentina sensación de culpa se apoderó de mi corazón al escuchar aquellas palabras. Así que, mientras yo estaba abrazado a Vivian, la

mujer más seductora que había conocido o que pudiera imaginar, el *Regissimus* me había buscado. ¿Qué hubiera sido de todos nosotros si me hubiera encontrado? ¿Se hallaría ahora en esa situación? ¿Hubiera yo vivido lo que había vivido en Avalon? ¿Se estaría desplomando aquel *castra* a pedazos? No lo sabía y, sobre todo, no deseaba ni siquiera pensar en ello.

—Yo voy a comparecer ante Dios dentro de poco, físico —continuó hablando—. Dentro de muy poco… y le daré cuenta de mis actos… tú… tú tenías razón cuando me hablaste de concentrar… tropas en algunos lugares… cuando me dijiste que tenían que ser ji… jinetes que pudieran… que pudieran acudir rápidamente a donde los… los necesitaran…

—Descansa, *domine* —dije mientras buscaba su mano y, al encontrarla, descubría que se trataba de algo más parecido a la pata sin vida de una gallina escuálida que a la fuerte extremidad de un legionario veterano.

—No… no me puedo permitir descansar… pronto… pronto descansaré del todo… Físico, tenías razón… físico, ¿qué debo hacer ahora?

Por unos instantes, no supe qué decir. En realidad, fue como si Aurelius Ambrosius se hubiera dirigido a otra persona y yo no pasara de ser un mero espectador de un diálogo ajeno. Respiré hondo. En otro tiempo… sí, antes de los años pasados con Vivian en la isla de Avalon, seguramente hubiera sentido en mi interior aquel calor fuerte e impetuoso que me indicaba lo que debía decir. Pero ahora… ¿qué podía yo decirle al *Regissimus* que tuviera alguna utilidad? De nuevo, el sentimiento de amarga culpabilidad que apenas acababa de disiparse volvió a cernirse sobre mi provocándome una desagradable sensación en la boca del estómago. ¿Por qué me había conducido Dios hasta allí? ¿Para mostrarme hasta qué punto mi pecado era intolerablemente grave?

—Voy a morir y mi descendencia… mi descendencia es una niña pequeña que no puede sustituirme al mando de estas tropas… Físico… ¿quién va a sucederme? Dímelo…

Se me llenaron los ojos de lágrimas al escuchar aquellas palabras. ¿Cómo podía yo prestar ningún tipo de ayuda a aquel moribundo? En otro tiempo, en otra ocasión…, pero ahora, ¿qué podía yo hacer ahora? Aparté el rostro no para librarme de una hediondez pegajosa que apenas sentía ya, sino para que, en medio de aquella penumbra, no pudiera captar la enorme pesadumbre que se había apoderado de todo mi ser.

—Le he pedido muchas veces a Dios que regresaras —continuó—. Ha escuchado, al final, mis oraciones. Dímelo ahora, físico, dímelo, te lo suplico. ¿Quién ha de ser el nuevo *Regissimus*?

Permanecí en silencio. En otro tiempo no tan lejano, el *Regissimus Britanniarum* había sido un hombre importante. Primero, fue el representante militar de la autoridad de la Roma imperial; luego, la encarnación visible de la inquebrantable esperanza de que los emperadores enviarían refuerzos en la lucha contra *los barbari*. Ahora, sin embargo, no pasaba de ser un pobre agonizante, envuelto en la fetidez más insoportable y recluido en una casamata a punto de desplomarse por su propia podredumbre. ¿Qué podría ser un nuevo *Regissimus*? ¿El caudillo de un ejército exangüe formado por ancianos y mozalbetes, de unas tropas que, quizá, por su propia incapacidad no habían pensado siquiera en derribarlo como habían hecho en los siglos precedentes tantas legiones con sus mandos?

—*Regissimus* —dije por fin—. ¿Dónde está el resto de tus hombres?

Aurelius Ambrosius respiró hondo, pero seguramente antes de que la bocanada de aire entrara del todo en su cuerpo un golpe de tos lo sacudió tensándolo como una cuerda. Temí que aquél resultara su último estertor, pero no fue así. Unos silbidos siniestros salieron del pecho del *Regissimus* y luego, como si hubiera recuperado un hálito mínimo, dijo:

—Son pocos, físico. Ni sombra del pasado, pero… pero están dispuestos a luchar… los *barbari* de Hibernia… desembarcaron en nuestras costas… han ido a combatirlos…

¡Hibernia! ¡Dios santo! Aquella isla se encontraba al otro lado del mar ignoto. Ni siquiera había formado parte del imperio. ¿También sus habitantes estaban al corriente de cuál era nuestra situación? ¿Hasta tal grado de debilidad habíamos llegado que era conocida mucho más allá de los límites del mundo civilizado y de los *barbari* que se rebullían en sus fronteras? Bueno, al menos, reaccionábamos todavía.

—¿Quién está al mando de las tropas? —pregunté.

El *Regissimus* volvió a toser y luego, mientras la voz le brotaba trabajosamente en medio de temblores sibilantes, susurró:

—Ar… Artorius…

¡Artorius! ¡Dios santo! No había recordado a Artorius en todo aquel tiempo. El descendiente de Lucius Artorius Castus, el miembro de una estirpe de guerreros al servicio de Roma, el hijo de una familia en la que había *britanni* y romanos…

—Tengo una respuesta para ti —afirmé con una serenidad firme que a mí mismo me sorprendió—. Tu sucesor debe ser Artorius.

La mano del *Regissimus* se aferró a mi diestra con una fuerza inusitada de la que no le hubiera considerado capaz.

—¿Estás seguro de lo que dices, físico? —indagó con un hilo de voz.

¿Lo estaba? No llegué siquiera a preguntármelo. Antes de pensar mínimamente en la respuesta, me escuché respondiendo:

—Sí, sin la menor duda. Debes adoptar a Artorius para que pueda ser el próximo *Regissimus*.

Estaba seguro de que Aurelius Ambrosius había entendido lo que acababa de decirle. Los emperadores habían recurrido profusamente a la adopción para asegurarse un sucesor digno de confianza. Trajano, Adriano, Marco Aurelio… todos habían sido adoptados por un hombre que creía más en la nobleza de la competencia que en la de la sangre. En este caso sólo existía una diferencia, de manera que añadí:

—Pero Artorius no podrá ser sucedido por alguien de su estirpe. Su heredero deberá pertenecer a tu familia. Sólo así sabrá que no es un rey, sino un simple servidor de Dios y de sus hermanos, los que deben ser defendidos de *los barbari*.

—Físico…

—Lo que te digo debe quedar consignado por escrito —interrumpí al moribundo—. Ese testamento no será discutido por nadie porque yo lo respaldaré, porque es conforme al *ius romanum*[32] y porque lo suscribirán dos testigos escogidos de entre tus propios hombres.

Aurelius Ambrosius calló durante unos instantes. No podía ver su rostro, pero imaginaba la sorpresa que se había apoderado de él. Sin embargo, nada de eso me importaba. Como antaño, en mi interior ardía un fuego irresistible que devoraba cualquier objeción o contratiempo. Mi única misión era comunicar el mensaje y no preocuparme de nada más.

—Fí… físico… —comenzó a decir el *Regissimus*—. Que se haga lo que acabas de decir.

En otros tiempos, en los tiempos en que Roma era una potencia altiva y pagana cuyas águilas dominaban el mundo, el cadáver de Aurelius Ambrosius hubiera sido quemado sobre una inmensa pira funeraria a la vista de sus hombres. Pero el cristianismo había demostrado su enorme superioridad sobre la creencia en múltiples dioses y, por añadidura, Roma había dejado de existir. Por ello, el *Regissimus Britanniarum* fue sepultado humildemente en uno de los escasos lugares donde los *britanni* aún se agrupaban como seres humanos, y no como cerdos en cochiquera. Siguiendo su última voluntad, ni siquiera se le dio tierra con su coraza desgastada o sus armas, otrora impresionantes. Por el contrario, aquella limitada panoplia fue dejada a su

sucesor y el cadáver, tras ser lavado a conciencia bajo mi supervisión directa, fue modestamente envuelto en un humilde lino de color hueso. Tampoco hubo ejecuciones de esclavos —como en los funerales del héroe Patroclo— ni se ofrecieron banquetes o representaciones de teatro. Tan sólo un presbítero joven y asustadizo recitó algunas oraciones encomendando al soldado a la misericordia inmerecida del Señor que creó el mundo y luego se hizo hombre para redimirlo.

Recuerdo, como si ahora mismo lo estuviera viendo, la manera en que aquel cuerpo devorado durante años por la enfermedad fue colocado en una pequeña oquedad excavada detrás de una diminuta iglesia. Llovía y aunque sé que no pasa de ser una estupidez no pude dejar de pensar en algún momento que el agua podría llevarse aquellos restos empapados o incluso disolverlos. No sucedió ninguna de las dos cosas. Al menos, mientras dos legionarios de aspecto cansado arrojaban tierra, similar a aquella de la que habíamos sido creados, sobre el antiguo *Regissimus*. Mientras veía desaparecer de la vista a Aurelius Ambrosius no pude evitar apretar contra mi pecho su última voluntad. En aquellas líneas escritas de mi puño y letra nombraba sucesor a Artorius aunque supeditaba tal decisión a dos condiciones. Una, que los restos de las antaño poderosas legiones lo aceptaran como tal; la otra que Artorius se comprometiera a nombrar, a su vez, sucesor a un descendiente de Aurelius Ambrosius.

Aunque todos se apartaron enseguida de aquella tumba, apenas puesta de manifiesto por una suave elevación en el terreno y por el color marrón derivado de la ausencia de hierba, yo decidí permanecer durante un tiempo a su lado. Creo que, en cierta medida, aquel pedazo modesto de la vieja tierra de Britannia ejercía sobre mí una atracción casi mágica. A unos codos bajo el suelo empapado yacía el último de sus defensores, el último que había conocido, siquiera en la infancia, cuando Roma estaba presente en la isla y el último que había sabido de un imperio ya extinto. Sé que durante un buen rato, a solas y bajo una lluvia gris y triste, estuve orando por aquel hombre. No recuerdo con claridad cuál fue el motivo concreto de mis plegarias. Britannia, Artorius, yo mismo… posiblemente, todo eso y nada en concreto. Sí tengo la impresión de que, de repente, decidí entrar en el recinto destartalado de la iglesia vacía en lugar de dirigirme a cualquier otro sitio.

Por extraño que pueda parecer, hacía más frío en el interior del edificio que fuera. Quizá se debiera a que estaba levantado en piedra —algo no tan habitual en aquellos días— y a que las ventanas caladas dejaban penetrar un viento afilado como la hoja de un cuchillo. Una parte de la techumbre se

había desplomado, sin duda, tiempo atrás y la insaciable humedad y lo que me pareció que eran restos de fuego había acabado con las piadosas pinturas de los muros. A pesar de todo, en una esquina podía verse lo que había sido en el pasado un mosaico. A primera vista, hubiérase dicho que las figuras de plantas y animales que en él aparecían nada tenían que ver con la religión. Sin embargo, si se aguzaba la mirada no era tan difícil identificar una Ji y una Ro, las letras griegas con las que comenzaba el nombre de nuestro Salvador. Descubrir aquello y sentir un agradable calor en el pecho fue todo uno. Se pensara lo que se pensase de las causas, lo cierto era que los *barbari* no habían logrado borrar aquel signo de redención.

Me arrodillé al lado del mosaico y pasé la mano por las teselas. No eran de buena calidad, me pareció. Me senté en el suelo frío, para, inmediatamente, tumbarme y acercar el rostro a las letras del alfabeto helénico. Piedrecillas. No pasaban de ser piedrecillas de escaso valor y opaco color. Sí, todo eso era cierto, pero habían resistido. Ya lo creo que habían resistido…

Me quedé dormido. Ignoro por cuánto tiempo, pero sí sé que cuando me desperté, me sentía increíblemente ligero y que a mi lado se erguía, tranquila, casi burlona, la silueta impresionante de Artorius.

«Sis bonus o felixque tuis!». *Sé bueno y propicio para con los tuyos, recomendaba mi apreciado Virgilio. Por supuesto, ésa es una enseñanza que hasta los paganos más endurecidos pueden entender con escuchar tan sólo la voz de su corazón. El problema es que no tantos desean oír lo que dice. He conocido multitud de personas que manifiestan una inmensa preocupación por los lejanos sin ver el dolor y la necesidad que se encuentran a tan sólo unos pasos. Recuerdo haber contemplado a mujeres arrodilladas en prolongadas plegarias por los paganos que eran incapaces de captar la mirada de un niño necesitado en la puerta de la casa contigua. He asistido al espectáculo de* milites *que cantaban la necesidad de recuperar los antiguos territorios del imperio, pero no estaban dispuestos a defender el modesto* limes *de Britannia. He escuchado hasta la náusea a personajes empeñados en contar las desdichas injustas que sufren los necesitados, pero que no serían capaces de albergar en su casa a uno solo de esos infelices.*

Como supo ver tan correctamente el apóstol de los gentiles, la preocupación hacia los demás debe comenzar por los cercanos y quien no se

ocupa de su familia, de su mujer, de sus hijos, es peor que un infiel o que un renegado.

Capítulo III

Como toda Britannia sabe, Artorius obtuvo una clamorosa victoria sobre los *barbari* que venían de Hibernia y, como yo esperaba, sucedió a Aurelius Ambrosius de acuerdo con las disposiciones de su última voluntad. No encontró oposición alguna porque resulta difícil enfrentarse con un hombre que acaba de obtener un triunfo extraordinario, porque el *Regissimus* lo había adoptado y establecido que le sucediera y porque yo, un físico del que se narraban las más increíbles historias, había dado fe de su voluntad.

«La espada del *Regissimus* estaba hundida en una piedra y el físico le ha mostrado a Artorius cómo sacarla…», llegó a comentar alguno de los soldados no demasiado entusiasmado con la sucesión.

La verdad es que había algo de verdad en lo que decía, pero me consta que con el paso del tiempo esa frase ha dado lugar a las leyendas más absurdas sobre Artorius arrancando una espada de una roca gracias a mi magia prodigiosa y a mis consejos. Creo que la facilidad exagerada con que la gente presta oídos a las consejas más absurdas es uno de los comportamientos más tristes que me ha sido dado observar y el hecho de que esas leyendas afirmen prodigios de mí no me las convierte en más gratas. Más bien todo lo contrario. Soy más consciente de la falsedad absoluta que las nutre y de la estúpida credulidad que las recibe. Para ser sinceros, la realidad fue algo diferente.

Recuerdo con nitidez el primer momento en que volví a ver a Artorius. Nada más percibir su silueta, fuerte y maciza, parpadeé para verificar que era quien yo pensaba, pero no necesité asegurarme. Fue él quien me dijo:

—Soy Artorius y me dicen que tú eres el físico que tiene el testamento del *Regissimus*.

Sin decir una sola palabra, me llevé la mano al pecho y le tendí el escrito. Lejos de dejar de manifiesto la menor premura, desenrolló el texto con calma y, cuando se percató de la incómoda falta de luz, se acercó a una de las ventanas. No tardó demasiado en descifrarlo, de lo que deduje que poseía una cierta formación.

—¿Esto es lo que dijo el *Regissimus*? —me preguntó a la vez que me devolvía el documento.

Cualquier otra persona se hubiera sentido ofendida ante unas palabras como aquéllas, pero yo no tenía tiempo para ese tipo de sentimientos, no

pocas veces inútiles. Le miré procurando no exteriorizar lo que me pasaba por el corazón y respondí:

—Yo mismo tomé nota de todo lo consignado. Todo, absolutamente todo, son palabras del difunto.

Artorius frunció los labios y se acarició el mentón con suavidad. Fue así como pude percatarme de que su equipo castrense no se hallaba en la mejor situación.

—¿Por qué —comenzó a preguntar— crees que dejó establecido que el *Regissimus…* el que venga después que yo si es que los soldados aceptan que yo sea el nuevo, tenga que descender de la familia de Aurelius Ambrosius?

Tenía respuesta a aquella pregunta. Cuestión distinta era que estuviera dispuesto a dársela a Artorius.

—*Domine* —dije—. Creo que las razones son lo de menos. El testamento tiene dos condiciones resolutivas y si cualquiera de ellas no es obedecida, no podrás ser *Regissimus*. Creo que eso es lo que importa.

Artorius pareció dudar por un instante. Incluso entornó los ojos oscuros como si así pudiera ver lo que albergaba en el interior de mi corazón. Sin embargo, Dios no le había otorgado ese don maravilloso y, al comprobar que mi silencio persistía, desistió de sus intenciones.

—Sí —dijo al fin—. Tienes razón. Aparte de la razón, ¿tienes caballo?

—No —respondí.

—Temo que no puedo proporcionarte ninguno —señaló torciendo el gesto pesaroso de lo que deduje que, verdaderamente, lamentaba que tuviera que ir a pie—. En cualquier caso, desearía contar con tus servicios… Un físico…

—… siempre es útil para un ejército en guerra —concluí su frase.

—Sí… sí… —aceptó con una sonrisa de satisfacción ante mi respuesta—. Bueno, no perdamos más tiempo. Mis hombres esperan.

No había dejado de llover, el camino se había convertido en un ancho canal de barro fluido y me costaba mantener la marcha al mismo ritmo que los caballos. Aun así, no me sentí mal mientras nos dirigíamos al *castra*. Todo lo contrario. Cuanto más lo pensaba, más me parecía que Artorius era una elección excelente, tan excelente que nunca se me hubiera podido ocurrir por mí mismo. Por supuesto, no era un hombre especialmente profundo ni cultivado, pero sí daba la impresión de ser valeroso. Al mismo tiempo y a juzgar por la manera en que lo miraban sus hombres —no pocos de los cuales tenían el cuerpo surcado de cicatrices, cortes o heridas— daba la sensación de que faltaba poco para que lo veneraran. Me decía que por la manera en que emitía órdenes, en que cabalgaba o en que echaba mano de las armas en

algunos momentos, sólo podía pensar que era alguien decidido a combatir si resultaba necesario. Esa circunstancia me parecía especialmente relevante ya que de nada hubiera servido un jefe más elocuente o más erudito si luego le hubieran faltado las cualidades esenciales en una guerra, el deseo de vencer y el valor para convertir ese anhelo en realidad.

A todo aquello se unía algo más que hacía que me sintiera animado a pesar del frío, de la lluvia y del barro. Mientras escribía el testamento de Aurelius Ambrosius había comprendido que tras dejar Avalon y, sobre todo, a Vivian, aquel don del que me había hablado Blastus años atrás había vuelto a manifestarse en mí. Era bien cierto que, aunque yo había salido de su isla, Vivian no había salido de mi corazón. Tampoco podía negar que no pocas veces a lo largo del día, sin ninguna razón aparente, las imágenes de sus ojos, de sus manos, de sus labios o de sus senos me sabían desde lo más profundo del corazón provocándome un efecto invenciblemente turbador. Sentía entonces como un dolor repentino provocado por la fuerte convicción de que no volvería a escuchar su voz musical o de que nunca me tropezaría con su figura excepcional al abrir los ojos por la mañana. Sin embargo, ahora, al reflexionar en el hecho de que había regresado al lagar concreto que Dios había dispuesto para mí, quizá desde antes de mi nacimiento, experimentaba un consuelo suave similar al que se siente cuando se recibe el dulce beso del bálsamo sobre una herida que arde.

En este tipo de pensamientos me hallaba inmerso cuando vislumbré a lo lejos los muros del *castra*. No es el que aquella imagen fuera la más adecuada para despertar entusiasmo algano, pero, como mínimo, allí contaríamos con un fuego ante el que secarnos y quizá con algo de comida caliente. La manera en que los soldados empapados y exhaustos comenzaron a hablar por lo bajo, casi al unísono, y los caballos a piafar me convenció de que no sólo yo albergaba esas sensaciones con respecto al *castra*.

Los libros que nos han llegado de la antigua Roma relatan que en su guerra contra Pompeyo el gran julio César se vio sometido a las privaciones más extremas. Sus soldados llegaron incluso a cocinar un repugnante pan de raíces por la sencilla razón de que no contaban con trigo ni con nada que lejanamente se le pareciera. Sin embargo, aquella circunstancia no los desanimó. Todo lo contrario. Se valieron de aquella miseria forzosa para gritar a sus enemigos que eran mejores que ellos. Debo decir si he de ser sincero que los soldados de Artorius no llegaban a la altura de los de julio César. Tampoco su alimento. No pasaba de ser un potaje blanquecino, viscoso y humeante que —quise suponer— estaba cocinado con agua y algunos

cereales. Sin embargo, estaba caliente y puedo asegurar que se lo comieron con verdadera fruición.

Estaba intentando reprimir el asco que me provocaba aquel comistrajo indefinido cuando Artorius se me acercó sujetando su escudilla con la mano izquierda.

—Físico, he de hablar contigo —dijo mientras se metía la cachara de madera en la boca y masticaba con lo que parecía notable satisfacción.

—*Domine* —respondí— ¿adónde quieres que vayamos?

—¿Vayamos? —dijo Artorius a la vez que elevaba las cejas sorprendido por mis palabras—. Oh, aquí se está bien.

Y subrayó las últimas palabras apuntando con la cachara de madera a un trozo del suelo que parecía menos empapado que el resto del *castra*. Sólo deposité las posaderas en tierra cuando vi que Artorius lo hacía e insistía con un gesto en que lo acompañara.

—He escuchado machas cosas sobre ti, físico —me dijo Artorius a la vez que se llenaba otra vez la boca de aquel comistrajo verdaderamente inmundo que, de buena gana, yo hubiera cambiado por un pedazo de pan bien cocido —. Cualquiera sabe lo que hay de cierto en ellas, pero sí tengo interés por saber lo que piensas de nuestra situación.

Más que pensar, lo que me gastaría es conocerla, estuve a punto de responderle. Pero no lo hice. Algo más poderoso que yo me mantuvo en silencio.

—Como ya sabrás venimos de combatir a los hombres de Hibernia… —comenzó a decir mientras seguía llenándose la boca de aquel potaje—. Es verdad que los hemos vencido. No fue fácil, pero los derrotamos. Y, sin embargo… bueno, físico, no sé cómo decírtelo… yo sé lo que puedo hacer y lo que no puedo y todo esto…

Deposité mi escudilla en el suelo y miré a Artorius como indicándole que lo escuchaba, que podía decirme todo lo que considerara pertinente, que estaba allí precisamente para que abriera totalmente su corazón.

—Físico —prosiguió mientras terminaba con su ración—. Yo sólo soy un *miles*, un *eques*, para ser exactos. No nací en una gran ciudad sino en Dumnonia. Cuando tenía sólo quince años entré en el ejército romano. Un año antes de que el imperio desapareciera por la acción de los *barbari* fui ascendido a jefe de caballería por Catavia, el *magister militum* de una de nuestras bases. No debía hacerlo mal porque al cabo de tres años me nombraron *dux*[33] de uno de los *castra*. Era un enclave pequeño, ¿sabes?, no gran cosa, pero tenía cierta importancia para poder defendernos de los

barbari. Cumplí con mi deber adecuadamente. Sé que es así porque un día Aurelius Ambrosius, el *Regissimus*, me convocó ante su presencia. Yo no tenía ni idea de lo que podía querer de mí, pero, obedecí, claro está y, para sorpresa mía, me nombró *procurator rei publicae…*[34]

Procurator rei publicae. Se trataba de un cargo sólo a medias militar. Por supuesto, implicaba tener soldados sometidos a las órdenes de uno, pero también significaba ejercer funciones casi civiles. Por lo menos, administrativas ya que su misión principal era la de realizar requisas destinadas a las legiones.

—… lo hice lo mejor que pude, físico —dijo Artorius mientras depositaba la escudilla totalmente vacía en el suelo sucio y húmedo— pero yo soy un simple *eques*. Tenía que conseguir forraje y comida y ropas… Me vi obligado a entrar en algunos de los pocos monasterios que quedaban en pie…

¡Monasterios! ¿Artorius se había atrevido a realizar requisas en monasterios? La verdad es que no sabía si interpretar todo aquello como una muestra de torpeza, de falta de escrúpulos o de maldad.

—Pero tú eres cristiano… —dije.

—Sí —sonó débil la voz de Artorius— lo soy, pero mis órdenes eran terminantes. Se trataba de evitar que los hombres que combatían murieran de hambre… ¿Ves? Era lo que deseaba decirte… Combatiendo soy eficaz, pero en otras cosas…

—¿Se quejaron los monjes? —pregunté—. ¿Te castigaron?

—Sí… no… bueno, quiero decir que sí, los monjes protestaron. Alegaban que no se respetaba nada de lo que había dispuesto hacía más de siglo y medio el emperador Constantino y luego habían confirmado otros césares. Creo que… bueno, seguramente, tenían razón, pero ¿qué podía yo hacer? Aurelius Ambrosius los escuchó y decidió que no debía seguir desempeñando las funciones de *procurator reí publicae*.

—Así que te apartó del mando… —sugerí intentando facilitarle que continuara un relato que le resultaba oneroso proseguir.

—No —respondió Artorius mientras estiraba la palma de la mano para comprobar si llovía—. Sólo dejé de ser *procurator*. Pero me nombró *magister militum*.

—O sea que te ascendió —concluí.

El rostro de Artorius quedó iluminado por una sonrisa amplia y alegre semejante a la del niño que ha descubierto que su compañero de entretenimientos ha entendido la jugada y, a pesar de todo, no le importa.

—Sí —reconoció—. La verdad es que Aurelius Ambrosius estaba muy enfermo ya. No podía ni siquiera sostenerse sobre la silla de montar, pero sabía que la noticia de su muerte hubiera sido terrible. Decidió encerrarse en su casamata y esperar a que la enfermedad terminara de consumirlo. En otro momento, aquello hubiera sido una desgracia, pero quizá no hubiera tenido mayores consecuencias. Lo malo es que coincidió con nuevos ataques de los *barbari…*

La sonrisa se borró de la cara de Artorius al pronunciar las últimas palabras.

—No menos de doce veces chocamos con los *barbari*, físico —prosiguió narrando— y en todas las ocasiones salimos victoriosos. Pero ¡a qué precio! Los *barbari* arrasaban los campos cuando llegaban por codicia y cuando se retiraban por venganza. Luego… luego tampoco se podían sembrar porque no había quedado simiente o porque los campesinos habían muerto o porque las tierras eran abandonadas ante el temor de que los *barbari* regresaran. Durante estos años hemos sido como una barquilla que, en medio del mar, sobrevive a una tormenta tras otra, cada vez más maltrecha y siempre con la duda de si no será la última vez. Y eso por lo que se refiere a los campesinos, que por lo que respecta a las legiones… mira en derredor de ti. En su mayoría, los *milites* son jovencitos o viejos. Apenas hay hombres jóvenes o incluso maduros, y ¿sabes por qué? Porque en su inmensa mayoría han muerto…

Las palabras de Artorius confirmaron mis peores impresiones. Se mirara como se mirase, estábamos apurando los últimos restos de la copa, una copa que, en otro tiempo, estuvo rebosante.

—¿Cómo fue el encuentro con los *barbari* de Hibernia? —pregunté.

La mirada de Artorius se nubló y sus labios se contrajeron como si se viera aquejado de un dolor agudo en las entrañas que deseaba evitar a toda costa.

—Terrible, físico, terrible —dijo—. Los vencimos, por supuesto. Y no me cabe la menor duda de que si hubieran logrado desembarcar con todas sus fuerzas hubieran anegado lo poco que queda de la cruz y de Roma en esta isla, pero…

Se pasó la mano por la barba como si le acometiera un repentino picor.

—Bueno, físico —prosiguió— las pérdidas fueron horrorosas. Al principio, intentamos contenerlos simplemente. Nuestro objetivo era actuar como un bastión frente a los invasores. Pensaba yo que podríamos causarles tantas bajas que se verían obligados a reembarcar, pero… pero me equivoqué. Me equivoqué terriblemente. Al final, físico, no me quedó más remedio que

lanzar a mis hombres una y otra vez sobre aquellas fieras que aullaban y gritaban como si procedieran del mismísimo infierno. Los estragos que les ocasionamos fueron espantosos, lo sé, y, gracias a Dios, volvieron a subir en sus naves y se marcharon de nuestras playas, pero… no te puedo ocultar la verdad. Si en esos momentos hubiéramos sido objeto de un nuevo ataque, por poco enérgico que hubiera resultado, apenas habríamos conseguido resistir unas horas.

Un silencio espeso descendió sobre nosotros, el mismo silencio que reina tras el horrible fragor de la pelea en los campos de batalla o tras los responsos pronunciados en los camposantos. Sin embargo, aquella triste quietud no duró mucho.

—¿Qué táctica empleaste para el combate? —pregunté.

Las cejas de Artorius se elevaron, para descender inmediatamente frunciendo sus ojos.

—¿Sabes algo del arte militar? —indagó sorprendido.

—Algo… —respondí sin querer entrar en detalles.

Artorius se rascó la oreja. Luego sacó la daga que colgaba de su cinturón y trazó una raya en el suelo.

—Esto es… —comenzó a decir y durante un buen rato comenzó a explicarme la manera en que sus hombres combatían.

Debo reconocer que me sentí profundamente decepcionado. Artorius era, sin lugar a dudas, valiente y, de momento, había obtenido resultados importantes, pero o yo me equivocaba mucho o dejaba mucho que desear. Sus movimientos descansaban fundamentalmente en la acción de los infantes y, ya sólo por eso, eran insoportablemente lentos. Quizá en otra época y ante otros adversarios, hubiera podido contar con obtener el éxito, pero, o mucho me equivocaba o si Artorius no cambiaba su manera de combatir a los *barbari*, más tarde o más temprano, estaríamos perdidos.

—Así es, más o menos, como nos enfrentamos con los *barbari*… —concluyó con una sonrisa que me pareció un tanto displicente— y ahora, si me lo permites…

No. No estaba dispuesto a permitir nada. Antes de que pudiera siquiera guardar la daga le dije:

—Artorius, ¿sabes la diferencia entre un *clibanarius*[35] y un *cataphractarius*[36]?

Por la manera en que me miró llegué a la conclusión de que al *Regissimus* le quedaba mucho que aprender.

«O passi graviora, dabit deus his quoque finem»… *Mi admirado Virgilio lo dijo de una manera difícilmente superable. Cuando nos enfrentamos con nuevas dificultades, no debemos dejarnos amilanar sino que tenemos que pensar que hemos soportado peores males y Dios también pondrá fin a éstos. Algunos conciben la vida como si fuera una semana. Hay que trabajar los primeros días, pero luego, de manera casi inesperada, llegará un momento en que todo sea paz y sosiego. Reconozco que esa manera de pensar es tentadora. También es muy engañosa. Lleva a creer que podemos controlar el final de nuestras vidas. Por supuesto, cuando la realidad nos muestra lo equivocado de nuestro punto de vista la amargura y la frustración se apoderan de nosotros. Y es que, a fin de cuentas, nada, absolutamente nada, garantiza que los problemas acabarán y todo, absolutamente todo indica que nunca será así. A pesar de todo, no deberíamos caer en la ansiedad o la desesperación al descubrir tan desagradable circunstancia. La verdad, por amarga que resulte, siempre es mucho mejor que la mentira por muy dulce que sea su apariencia. Por añadidura, existe un Dios amoroso que, una y otra vez, nos va librando de las peores tribulaciones y que no dejará de hacerlo con las futuras.*

Capítulo IV

Ni. Artorius no conocía la diferencia entre un *clibanarius* y un *cataphractarius*. Ignoraba que los primeros tenían un origen parto y combatían con arcos, mientras que los segundos habían surgido entre los sármatas y recurrían a las jabalinas para acometer al enemigo. Ni la menor idea tenía tampoco de que se trataba de unidades utilizadas con enorme aprovechamiento por los emperadores tiempo atrás. Pero eso era lo de menos. A decir verdad, Artorius apenas sabía nada de la acción de la caballería. Oh, sí, por supuesto, montaba muy bien a caballo. Además era valiente, arrojado, pundonoroso, pero… digámoslo de una vez, muy ignorante. Cuando la Aurora de rosados dedos anunció la llegada del día, seguía explicándole a Artorius cómo desplazar unidades de caballería y, sobre todo, cómo emplearlas contra un enemigo superior, pero que maniobraba a pie.

—La verdad, físico —me dijo cuando hacía un buen rato que del cielo habían desaparecido las estrellas blancas y tímidas—. Lo que me cuentas me llama mucho la atención, pero tengo algunas preguntas…

—*Domine* —respondí—. Te ruego que las formules.

—No quisiera que entendieras esto como una falta de respeto, pero… bueno, la verdad es que no tenemos caballos suficientes para formar un ejército grande. En realidad, poder reunir a unos centenares de jinetes ya sería una hazaña.

—No serán necesarios más —dije.

—Bien… —prosiguió Artorius con gesto de no estar del todo convencido—. Supongamos que sea así. ¿Dónde acantonaríamos a esas fuerzas? Ya ves cómo se encuentra este *castra*. Créeme si te digo que es lo mejor que tenemos. Del muro que levantó el emperador Adriano apenas quedan sino ruinas y los enclaves de defensa… mejor no hablar. Y luego está el alimentar a esa gente…

Fue en ese momento cuando comprendí a Artorius por primera vez. No lo había dicho y sería muy difícil que lo expresara, pero daba su causa por perdida. Ignoraba cuándo podía haber llegado a esa conclusión. Quizá había sucedido tras contemplar los efectos pavorosos de la invasión de los *barbari* de Hibernia, quizá era una simple y lógica conclusión tras años de guerrear sin que, antes o después, llegara el tiempo de la paz; quizá era la mera fatiga de un combate ininterrumpido. Lo cierto, sin embargo, es que Artorius sólo aspiraba a seguir combatiendo a la espera de que un golpe lo sacara de este

mundo que se revelaba a cada instante inusitadamente despiadado. Ni siquiera una llamita tenue caldeaba en aquel corazón valeroso la esperanza débil de una victoria.

—*Domine* —le interrumpí—. Es posible vencer a los *barbari*. Artorius me clavó los ojos, pero de sus labios no salió ni una sola palabra.

—No se trata de formar grandes ejércitos —continué—. Como muy bien has dicho, ni tenemos caballos, ni fortalezas ni hombres suficientes para ello. Pero lo que yo te propongo es más sencillo. ¿Me permites tu espada?

La desenfundó y, con gesto decidido, me la tendió a la vez que me interrogaba con los ojos. La cogí con rapidez y dibujé en el suelo los contornos aproximados de la isla de Britannia. Luego tracé una raya en la zona superior, más o menos a la altura del muro de Adriano, y después otra hacia oriente.

—Ésta es nuestra isla —comencé a decir—. Al norte, se encuentran los *picti*[37] y *los scoti*[38]. Como sabes, son salvajes y malvados. Por oriente, es previsible que seamos objeto de nuevas invasiones. Puede tratarse de más incursiones sajonas, por supuesto, pero también de pueblos cuyo origen está en la Hiperbórea.

—Y por occidente, se encuentra la gente de Hibernia… —musitó Artorius.

—Sí, claro, pero, a juzgar por su reciente experiencia, seguramente no podrán atacarnos en un par de años por lo menos. El peligro más inmediato, por lo tanto, vendrá del norte y del nordeste.

Hice una pausa, pero Artorius, con los ojos clavados en mi dibujo, casi como si deseara arrancarlo del suelo y absorberlo en su corazón, no despegó los labios.

—La pregunta —proseguí— es cómo conjurarlo con tan escasas fuerzas. La respuesta es la siguiente.

Tracé una serie de crucecitas que bordeaban el antiguo muro de Adriano y, finalmente, rodeé una de ellas con un círculo.

—Cada una de estas cruces será un bastión —dije y alcé la mano enseguida para evitar que Artorius interrumpiera mi exposición—. No necesitaremos muchos hombres para defenderlos. Tan sólo unos cuantos que actúen en tareas de orden público acompañando a un juez, y de centinelas frente a posibles ataques. De esa manera, alcanzaremos dos objetivos. Primero, que la ley vuelva a imponerse con firmeza en la tierra de los *britanni* y, segundo, que ninguna incursión de los *barbari* caiga sobre nosotros por sorpresa.

—Entiendo, pero…

—Aquí —señalé la cruz rodeada por un círculo y así respondí antes de que pudiera formular sus pensamientos—. Aquí, precisamente tendremos concentrada nuestra principal fuerza de caballería.

—Eso debe ser…

—Camulodunum —dije—. Sospecho que su estado no será el mejor. Pero eso tiene arreglo. Levantaremos los muros caídos, engrosaremos sus bastimentos y daremos cabida al más alto tribunal de Britannia.

—¿Un tribunal? —preguntó sorprendido Artorius—. ¿Y cómo…?

—La garantía de la ley y del orden será un nuevo cuerpo de jinetes —respondí—. Mira, *domine*.

Tracé una línea que unía las distintas cruces y que, en todos los casos, desembocaba en Camulodunum.

—Durante los próximos meses, repararemos estas calzadas —dije—. Habrá que olvidarse de otras, lamentablemente, pero éstas son esenciales. Estos caminos, cuando se encuentren en condiciones, nos permitirán unir los distintos *castra* y comunicarnos con Camulodunum. De esa manera, en pocas horas, cualquier invasión podrá ser repelida por un ejército de caballería. Quizá se trate de una fuerza inferior numéricamente, cierto, pero será más rápida y estará mejor armada. Conseguirá deshacer sus líneas, desarticular sus posiciones y perseguir a los que se retiren hasta aniquilarlos por completo.

—Supón —señaló Artorius sin levantar la vista del mapa que había trazado en tierra— que somos derrotados.

—Entonces podremos retirarnos con rapidez y reagrupar nuestras fuerzas con facilidad y, por supuesto, una vez repuestos, seguir golpeando. Es justo lo que ahora resultaría imposible. A decir verdad, así ha acontecido durante décadas.

Aunque viviera mil años, nunca podría olvidar lo que fueron los meses siguientes a aquella conversación. Bajo lluvia y bajo sol, con frío y con viento, sin abrigo y sin provisiones, Artorius y yo recorrimos a caballo lo que quedaba del muro que siglos atrás había levantado el emperador Adriano. Como yo imaginaba, era muy poco lo que podía aprovecharse de aquellas murallas, en otro tiempo sólidas y seguras. No contábamos con hombres suficientes como para cubrir aquellas extensiones, y aunque así hubiera sido no disponíamos ni de medios ni de tiempo para volver a levantar aquellas defensas indispensables. A pesar de todo, sí pudimos aprovechar algunas de las torres centenarias. A decir verdad, nos bastaba con que estuviera al lado de una calzada para intentar repararla y convertirla en el centro de la vida de toda

la zona. Una docena de *equites*, un juez —que no siempre residía en el lugar—, una iglesia y la seguridad de que llegarían de vez en cuando comerciantes ansiosos de ofrecer sus mercancías transformó aquellos lugares semiderruidos en pequeñas y florecientes poblaciones.

En realidad, fue como el crecimiento de una planta. La seguridad de que allí encontrarían ley, orden y paz atrajo a los campesinos atemorizados que, desde hacía años, se ocultaban en lo más profundo de los bosques. También llevó a que disminuyeran las incursiones de los bandidos *barbari* cercanos a nuestras fronteras. Todos los que viven del robo y de la extorsión, están dispuestos por naturaleza a expoliar a los débiles, pero se lo piensan dos veces a la hora de atacar una población que puede recibir algún tipo de ayuda.

No hay que creer nunca en las leyendas por hermosas que resulten. En aquellos años, el saqueo no desapareció del todo, la violencia no quedó por completo erradicada y los *barbari* siguieron aprovechando cualquier oportunidad para quemar iglesias, pero aun así, poco a poco, en todos los *britanni* comenzó a calar la convicción de que era posible vivir de una manera casi normal y no como un ciervo sangrante cuyas heridas abiertas sólo sirven para despertar aún más la codicia insaciable de las fieras salvajes.

Se han contado muchas cosas sobre Camulodunum, hasta el punto de que algunos han llegado a decir que el lujo más increíble y la belleza más inverosímil se daban cita de manera desbordante por sus calles, e incluso que recordaba poderosamente a la antigua Roma. Por supuesto, nada de eso es verdad. Sí es cierto que en aquella ciudad pareció que revivía todo lo que de bueno había representado Roma. Hasta allí podían llegar los que no estaban de acuerdo con los jueces locales; los que tenían ideas para mejorar la vida de sus semejantes; los que buscaban la ayuda y la cultura que sólo el cristianismo podía brindar. Hacia allí podían dirigirse e incluso encontrar lo que deseaban.

Para los que han nacido en los últimos años no es fácil entender lo que significó Camulodunum y, seguramente por eso, ni lo valoran ni piensan que se pueda perder. Al abrir los ojos por primera vez, nada más salir del claustro materno, ya había ley y orden, derecho y equidad, paz y pan. Quizá así debería ser siempre, pero lo cierto es que en aquellos meses, Artorius dio a Britannia lo que no había conocido en siglos. Porque —y esto debe quedar claro— todo el mérito fue del nuevo *Regissimus*. Podía pasar horas y horas sin bajar de la silla de montar, y dejar de dormir durante días y días. Apenas se supo lo que estaba llevando a cabo, la gente acudía a recibirlo en masa. Hiciera el tiempo que hiciese, se agolpaban para aclamarlo, para bendecirlo, para exponerle sus problemas y para suplicarle que no los abandonara. *Que no*

los abandonara. Sí, creo que aquélla fue la frase que más escuché en aquellos meses. Durante décadas, los *britanni* se habían visto abandonados. Primero, por los césares; luego por los sucesivos gobernantes y, finalmente, por un *Regissimus* bueno y justo, pero al que la enfermedad postró consumiéndolo poco a poco hasta matarlo. Ahora, Britannia contaba con alguien que pasaba las noches en vela para que sus habitantes pudieran dormir tranquilos.

Y, sin embargo, Artorius no sólo tenía que enfrentarse con un trabajo descomunal o con la perspectiva, nada imposible, del agotamiento y la enfermedad y la tristeza que siempre lo siguen. Para esos menesteres a fin de cuentas disponía de la ayuda de veteranos como Caius o Betavir, o incluso yo mismo. No, lo que minaba de una manera desapercibida, pero constante la vida de Artorius era la cercanía de una mujer llamada Leonor de Gwent. Y es que, desafortunadamente, Leonor era su esposa.

Por supuesto, no ignoro las versiones que circulan sobre aquella mujer, en no escasa medida difundidas por ella misma. Sin embargo, yo la conocí. Supe de la manera en que encontraba insoportable que Artorius brindara su ayuda a los demás, en que lo cubría de continuas quejas cada vez que regresaba de uno de sus numerosos viajes; en que disimulaba ante los que le pedían justicia sonriéndoles a pesar de que los despreciaba y los encontraba odiosos; en que se negaba a tener hijos y, a fin de cuentas, en que le amargaba una existencia que era de por sí muy difícil y estaba volcada al servicio ininterrumpido de los que lo necesitaban. Que se trataba de una mujer atractiva —aunque, quizá, con rasgos un tanto duros— es algo difícil de negar, que constituía una espina en el costado del *Regissimus* es algo de lo que doy fe.

—Otro hombre que no hubiera sido Artorius habría buscado —y seguramente encontrado— consuelo a aquellos sinsabores en los brazos de alguna mujer. Se hubiera tratado de un pecado grave, lo sé, pero también sé que no le hubiera impedido hallar el consuelo de algún presbítero comprensivo. Me consta también que no le hubieran faltado amantes porque, a buen seguro, que ejercía sobre muchas hijas de Eva un atractivo que nunca acabé de entender. Sin embargo, Artorius era un hombre profundamente religioso y cuando digo esto no me refiero a que acudiera a la iglesia con frecuencia o se acercara a la Cena del Señor en numerosas ocasiones. No, he conocido suficientes canallas que cumplen con los preceptos eclesiásticos como para saber que esos comportamientos exteriores no quieren decir mucho. Lo de Artorius era diferente.

Aunque no era especialmente agudo ni inteligente ni brillante, todo su ser estaba impregnado de un sentimiento profundo de la justicia, de una justicia

tan limpia y noble que se conectaba de manera natural y sencilla con su fuente, es decir, con el mismo Dios. De la misma manera, que hubiera rechazado ron horror el fallar un pleito en favor de la parte que no tenía razón, la simple idea de tener una amante le causaba un profundo disgusto y un desasosegante desagrado. ¿Cómo iba a vio lar los votos que había pronunciado años atrás, cuando era un simple *miles* a las órdenes de Aurelius Ambrosius? ¿Cómo iba a romper una promesa él que se esforzaba por garantizar con la espada el cumplimiento de las que otros formulaban? ¿Cómo iba a pasar por alto el cumplimiento de la ley divina aquel que era el defensor de la aplicación impecable de la humana? No podía hacerlo y, así, el hombre del que dependía la pervivencia de Britannia frente a sus enemigos se vio aquejado de una enorme, inmensa y peligrosa debilidad.

No sabría decir ahora mismo cuándo me di cuenta de aquello. Quizá no se debió a un episodio concreto, sino a la suma inadvertida de un conjunto continuo de pequeños detalles que podían pasar desapercibidos a todo el mundo, pero que, hilados, me indicaron la carga insoportablemente onerosa que pesaba sobre los hombros anchos y el corazón noble de Artorius. En cualquier caso, ¿qué más da ahora? Como tantos problemas que nos aquejan en un momento determinado y de los que nos parece que pende toda nuestra vida, ha perdido la importancia, hasta la menor, con el paso inexorable del tiempo. Lo malo es que, cuando todo parecía enderezarse, sobre el horizonte se cernió una amenaza inesperada, la que procedía de un pueblo bárbaro conocido como los *angli*[39].

«Nunc victi, tristes, quoniam fors omnia versat»… *¡Qué bien lo supo expresar el experimentado Virgilio! Ahora estamos vencidos y tristes porque todo lo cambia la suerte… La soberbia que causó la caída de Lucifer desde el cielo hasta los más tenebrosos abismos es un pecado que abunda también entre los hijos de los hombres. Es raro el que no cree que su bienaventuranza arranca de sus únicos y exclusivos méritos y el que, por añadidura, no piensa que se perpetuará ya sino hasta el día del Juicio final, al menos hasta aquél en que Dios lo convoque a su presencia. Pero, por muy común y extendida que resulte esta actitud, no deja de ser menos una señal de profunda e injustificada necedad. Hay muchos mejores que nosotros que nunca llegarán a contar con nuestra dicha; y también hay muchos mejores que nosotros que,*

tras ascender a lo más alto, se desplomaron en el abismo. A nosotros podría sucedernos exactamente lo mismo. Pero si tal cosa aconteciera no deberíamos —en contra de lo que afirmaba Virgilio— caer en la tristeza y en el sentimiento de derrota. Todo lo contrario. Deberíamos sonreír pensando que de la misma manera que una parte de la rueda baja siempre, también es cierto que suele volver a subir. Añadiría yo, si no en este mundo, en el otro.

Capítulo V

Al cabo de casi dos años, lo que era una promesa esperanzada fue cuajando en una innegable realidad. La paz, el orden y la prosperidad que había conseguido crear Artorius resultaban tan evidentes que tengo la impresión de que llegamos a pensar que resultaban algo natural y que durarían para siempre. Por eso, cuando aquel *eques* penetró en el salón espacioso donde se reunían los jefes de caballería de Artorius en torno a una mesa la impresión que produjo resultó indescriptible.

—*Domine* —dijo apenas sin aliento—. Los *barbari…* los *barbari* han cruzado el *limes* de Britannia…

Dado que los *barbari* violaban nuestras fronteras con frecuencia bien es verdad que con escaso resultado, al escuchar aquellas palabras, temí que nos encontráramos con algo mucho más grave, es decir, con una invasión en toda regla.

—¿A qué te refieres, *miles*? —preguntó Caius.

—Es un ejército… —respondió boqueando el soldado y luego añadió:

—El mayor que hemos visto nunca.

Mientras los jefes de los *equites* comenzaban a discutir acaloradamente, intenté hacerme una idea de lo que se nos venía encima. Todos los hombres de los *castra* fronterizos pertenecían al grupo de los veteranos de Artorius. En otras palabras, aquel mensajero no era un muchacho bisoño e inexperto. Por el contrario, había participado en la lucha contra la gran invasión procedente de Hibernia y sabía de lo que hablaba. La nueva amenaza debía ser verdaderamente grave.

—¿De qué tipo de tropas se trata? —indagué mientras los jefes de caballería seguían parloteando sin sacar nada en limpio de aquella información.

—Infantes —respondió el soldado—. Miles de infantes. Quién sabe si decenas de miles.

Eché un vistazo a Artorius. Al igual que sucedía con sus jefes, tenía el rostro ensombrecido por la inquietud, pero no daba la sensación de haber perdido la cabeza. Captó inmediatamente lo que acababa de preguntar y se dirigió al soldado:

—¿Viste fuerzas de caballería? —indagó.

—Algunas, *domine,* pero escasas —respondió el soldado—. Creo que se trata sobre todo de exploradores y de enlaces.

—¿Qué opinas, físico? —me dijo Artorius.

Me sentí incómodo al escuchar aquella pregunta. Por mucha que fuera mi cercanía al *Regissimus,* a nadie se le ocultaba que yo no era ni un *eques* ni un simple *miles*. Cualquiera de sus jefes, con toda la razón, por otra parte, hubiera podido sentirse más que ofendido por el hecho de que, en lugar de consultarlos a ellos, se dirigiera a mí. Pero además existía un segundo motivo para que no me agradara aquel comportamiento de Artorius. A pesar de su innegable experiencia y de que formaba parte de las legiones desde que tenía quince años, el *Regissimus* era mucho más joven que buena parte de sus jefes. Hasta ahora su popularidad era indiscutible siquiera porque los había conducido siempre a la victoria, pero no se podía estar seguro de cómo podrían reaccionar si resultaban derrotados. De darse tal eventualidad, Artorius podría pasar de ser un caudillo indiscutido a un vencido cuestionado por sus subordinados. Llegados a ese punto habría más de uno que recordaría que no los había consultado a ellos sino a un físico. Todas esas reflexiones se me agolparon como impulsadas por un impetuoso torrente.

Pero, pensara lo que pensase, mi obligación ahora era responder al *Regissimus*.

—Opino —respondí— que tus jefes están deseando saltar a la silla y salir al encuentro de los invasores.

Artorius reprimió una sonrisa. No era especialmente sutil, pero captó a la perfección lo que deseaba decirle, que no podía pasar por alto a sus jefes —al menos, no en público— y que cuanto antes debía ponerse en camino, para enfrentarse con los *barbari*.

—Sí —respondió—. No me cabe la menor duda de que están ansiosos por trabar batalla. ¡Vamos! ¡Los caballos nos esperan!

No nos esperaban, por supuesto, pero tampoco se resistieron a ser ensillados a toda prisa y a avanzar por las calzadas, reparadas en los últimos tiempos, hacia el lugar concreto por donde los *barbari* habían penetrado en Britannia.

—Demostraste una enorme habilidad —me dijo ya de camino Artorius mientras colocaba su montura al lado de la leía—. Y ahora que estamos apartados de los *equites*, ¿querrás decirme qué vamos a hacer?

Sentí la tentación de burlarme un poco de él y señalarle que no era más que un físico, pero la rechacé. A fin de cuentas, la situación era lo suficientemente grave como para no dejar lugar a las bromas.

—Da la sensación de que se trata del mayor ejército que hayamos podido ver jamás… —comencé a decir.

—Esa parte ya la conozco —me interrumpió Artorius—. Te estaría muy reconocido si me hicieras gracia de ella.

Respiré hondo. No cabía duda de que Artorius tenía las ideas bastante claras y no estaba para discursos preliminares.

—La única oportunidad que tenemos es llegar antes y golpear por separado a los distintos grupos antes de que consigan concentrarse. En ese caso… —contesté.

—En ese caso, tengo una idea aproximada de lo que hay que hacer —me cortó Artorius—. Supón que llegamos tarde y que ya se han reagrupado, que tienen toda su fuerza reunida en un solo haz dispuesto a descargarse sobre nosotros y a aniquilarnos de un golpe.

Estuve a punto de decirle que en una eventualidad de ese tipo, lo mejor que podríamos hacer sería elevar nuestras plegarias al Todopoderoso y disponernos a morir vendiendo cara nuestra libertad. Me contuve. En aquel momento, debíamos pensar en la victoria y no en la mejor forma de enfrentarnos a la muerte.

—Si ése es el caso —comencé a decir— y, efectivamente, no puede descartarse semejante posibilidad, nuestra única salida es utilizar la caballería para que penetre en sus filas de la misma manera que un cuchillo caliente se introduce en la mantequilla.

Guardé silencio y di un par de palmadas en el pescuezo a mi montura. Daba la sensación de que entendía la conversación y se ponía nerviosa. Ni el caballo se lo podía permitir, ni yo estaba dispuesto a tolerárselo.

—Por supuesto —reanudé mi respuesta—. No tenemos ninguna garantía de que saldrá bien, pero creo que es la única opción que se nos presenta. De no actuar así no tendremos más futuro que el de ver cómo nuestros hombres son diezmados en un combate tras otro con los *barbari*.

Artorius no dijo nada. Se limitó a tirar suavemente de las riendas para desviarse a la derecha y cuando su montura se separaba de la mía musitó un afectuoso «Nos veremos en el campo de batalla, físico».

Cabalgamos durante el resto del día y sólo la negrura más absoluta nos impidió continuar el viaje a lo largo de las horas nocturnas. Algunos se sintieron incómodos por aquel tiempo en que nos vimos obligados a mantenernos quietos, pero creo que, en realidad, fue una suerte. Si hubiéramos seguido forzando los caballos, habrían reventado al día siguiente y además la infantería no hubiera conseguido darnos alcance. De esa manera, pudieron descansar algo antes de que los dedos rosados del Alba nos invitaran a ponernos de nuevo en camino.

Hubiéramos deseado encontrarnos con alguien que nos informara del avance de los *barbari*, pero no tuvimos esa fortuna. A decir verdad, cuanto más avanzábamos más nos poseía la sensación de que no debía quedar vida alguna entre ellos y nosotros. Casi con absoluta seguridad, los invasores debían haberse adentrado en nuestro territorio y haber atrapado a nuestros hombres, bien escasos dicho sea de paso, por la espalda. A esas alturas, o ya no contarían con la posibilidad de cruzar las líneas enemigas para llegar hasta nosotros o serían esclavos. Y eso si es que no habían perdido ya la vida.

Cabalgamos todavía durante una jornada más antes de saber algo de los *barbari*. Habíamos recogido el *castra* y debíamos de llevar no más de una hora de camino cuando uno de los exploradores llegó a galope tendido hasta nuestra columna.

—¡Están a unos dos mil pasos! —gritaba mientras espoleaba su caballo en busca de Artorius—. ¡Están a unos dos mil pasos!

No estaban a dos mil pasos. A decir verdad, ni siquiera creo que se encontraran a mil quinientos. Y lo que era peor, sabían dónde estábamos y avanzaban formados ya en orden de batalla. Sí, en orden de batalla, porque aquellos *barbari* no eran salvajes ignorantes que se lanzaran de manera desordenada pensando tan sólo en avasallar al adversario con su abrumadora superioridad numérica. Todo lo contrario. Sus fuerzas formaban una cuña que me recordó, salvando las distancias, a la falange creada por Filipo de Macedonia y perfeccionada por su hijo, el gran Alejandro. Aquella punta de hierro debía desventrar cualquier fuerza de infantería que se le opusiera, a la vez que rechazar todos los posibles ataques. Contemplé con verdadero pesar que aquel triple muro de metal era más impresionante que el nuestro y que sus escudos largos y bruñidos incluso le proporcionaban un aspecto no por salvaje menos majestuoso. Sí, intentarían que nos desangráramos chocando contra ellos y luego cargarían sobre nosotros, cuando ya estuviéramos exhaustos, para terminar de aniquilarnos.

—¡Caius! —escuché que gritaba la voz revestida de autoridad de Artorius —. ¡Que ninguno de los hombres se mueva hasta que lo ordene! ¡Que nadie dé ni un solo paso!

Sin dejar de observar las maniobras enemigas, el *Regissimus* se colocó a mi lado.

—No crees que avancen, ¿verdad? —me dijo en voz tan baja que casi resultaba inaudible.

—¿Lo harías tú, *domine*? —respondí.

Una sonrisa rápida iluminó por un instante el rostro del *Regissimus*. No, por supuesto que si él hubiera estado en el lugar de los *barbari*, no habría sacrificado a sus hombres en una sucesión de cargas pudiendo desgastar antes al adversario.

—Me temo que tendrán que esperar durante todo el día —comentó Artorius—. Sólo nos enfrentaremos con ellos en condiciones favorables para nosotros.

A continuación se llevó las manos a la boca como si fueran una bocina y gritó:

—¡Caius, primer paso!

Nada mas dar Artorius la orden, Caius se apresuró a cumplirla. Con una notable rapidez, la columna de infantería se transformó en una fila continuada mientras que la caballería pasaba a retaguardia. No contábamos con efectivos suficientes como para reproducir la formación de una legión romana, pero, al menos, estábamos dispuestos a imitar en lo más posible su dispositivo de defensa. En tan sólo unos instantes, se había constituido una línea de cuatro en fondo que se cubría con los escudos en algo que debía recordar lejanamente a la antigua testudo. Apenas habían adquirido aquella forma los soldados cuando en nuestra pared de metal se abrió una serie de boquetes por los que salieron algunos de nuestros hombres. A decir verdad, no podía decirse que nuestras fuerzas contaran con uniformes, pero aquéllos iban vestidos de manera aún mas extraña. Ataviados con colores vistosos, se colocaron delante de la pared de metal y empezaron a gritar a *los barbari*. Viéndolos contorsionarse y moverse como animales borrachos, llegué a la conclusión de que si aquellas acciones de provocación no sacaban a las fuerzas enemigas de su inmovilidad, nada lo haría. Pero una cosa era lo que yo pensaba y otra muy diferente lo que pasara por el corazón de *los barbari. A* decir verdad, no tardó en quedar de manifiesto que nuestra añagaza no estaba dando resultados. Los invasores se mantenían impertérritos a la espera de que nosotros les embistiéramos. Y así, en contra de lo que hubiéramos deseado, permanecieron inmóviles mientras el sol se elevaba en el horizonte. Entonces decidí que había que actuar de otra manera.

El Libro Santo relata que cuando Josué, siguiendo las órdenes expresas de Dios, se dirigía a conquistar la ciudad de Jericó, se encontró con el jefe de

los ejércitos angelicales. Turbado por aquella inesperada aparición, Josué le preguntó: «¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos?». Pero el ser angelical se limitó a decir: «No, pero en mi calidad de jefe de los ejércitos del Señor me encuentro aquí». No. No. ¡No! Ésa fue la respuesta del ángel.

La guerra es uno de los fenómenos más terribles con que se enfrentan los hijos de Adán. Bien es verdad que, a diferencia de la vejez, la enfermedad y la muerte, no son pocos los que se ven libres de su flagelo. No todas las guerras son iguales, desde luego. Las desencadenadas por los barbari son siempre injustas ya que sólo pretenden aniquilar la civilización para sustituirla por su abominable barbarie. Defenderse de semejantes agresores que, primero, entraron por nuestros limes y, después, una vez dentro, decidieron arrebatarnos nuestras vidas y haciendas, me parece no sólo justo sino indispensable. Indispensable a menos que estemos dispuestos a considerar justo que degüellen a los inocentes y que arrasen todo lo que de hermoso y noble se ha levantado alguna vez. Sin embargo, ninguna de esas circunstancias priva a la guerra de su horror. Por eso, seguramente, el caudillo de los ángeles no está con nosotros ni con nuestros enemigos y sólo puede decir no y señalar que está presente. Presente dando testimonio de que Dios no aparta los ojos del dolor de los hombres.

Capítulo VI

Bajé de la silla de cuatro cuernos y me dirigí hacia nuestra pared de metal. Pasé por entre dos de los soldados de abigarradas vestimentas y me coloqué junto a aquellos hombres que llevaban un buen rato intentando provocar al adversario. Estoy seguro de que mi indumentaria contrastaba tanto con la de ellos que, desde el primer momento, debió de llamar la atención de los *barbari*.

—*Scisne Latine*[40]? —grité con el gesto más despectivo de que fui capaz.

Por un instante, temí que nadie de entre aquellas huestes tuviera la menor idea de la lengua de Virgilio, pero me equivoqué. Uno de los *barbari* se adelantó montado en un caballo bayo. Se trataba de un hombre de anchas espaldas y abundantes cabellos rubios que, sobrepasándole los hombros, se desplomaban en cascada sobre el vigoroso pecho. Desde luego, era obvio que aquellos *barbari* no tenían la menor idea de los beneficios que la civilización otorgaba al cuidado del cabello.

—*Sic satis*[41] —respondió con fuerte acento el invasor.

—*Age sis Latine colloquamur*[42] —dije con la mayor altivez de que fui capaz—. *Intellegisne quod dico*[43]?

—*Quae tarde loqueris, ea intellego omnia*[44] —señaló el *barbari*[45] con resquemor y luego añadió como si quisiera disculparse por su torpeza—: *Parum clare loqueris*[46].

Qué gran desgracia había sido la pérdida de Roma. En otro tiempo, podía cruzarse todo el orbe hablando la misma lengua, la que habían utilizado Tácito y Cicerón, César y Horacio, Suetonio y mi muy admirado Virgilio. Tan importante era que incluso aquellos miserables *barbari* se habían visto obligados a conocerla, pero ahora… ahora era de esperar que muy pronto nadie conociera la lengua latina y que todos acabaran hablando aquellas lenguas bárbaras totalmente desconocidas fuera de cada terruño particular. Bueno, no podía entregarme en esos momentos a reflexiones de ese tipo. Tenía un deber que cumplir. Respiré hondo, elevé desde lo más profundo de mi corazón una oración al Altísimo y grité:

—*Audite, barbari*[47]!

Guardé silencio para ver el efecto que mis palabras causaban en el jinete. No hubiera podido asegurarlo, pero me pareció que palidecía al escuchar cómo acababa de calificarlos.

—*Estis canes*[48] —añadí mientras movía la diestra en un gesto que indicaba que debían abandonar nuestra tierra—. *Abite in malam rem! Vix tempero manibus*[49]!

Los murmullos de ardiente indignación que comenzaron a recorrer las abultadas filas de los *barbari* me llevaron a la conclusión de que no sólo aquel jinete comprendía el latín. Bien, seguramente, tenía alguna posibilidad. Sin apartar los ojos de aquella cuña de hierro, di media docena de pasos hacia la derecha y luego repetí el movimiento en la dirección opuesta. Me detuve entonces, abrí los brazos y con toda la fuerza de mi boca grité:

—*Ego vos conspuero*[50]!!!

Cuando terminé de vocear aquellas palabras, esperé a que surtieran efecto. Por unos instantes, sólo se pudo sentir el silencio en aquella blanda llanura cuyo trazado únicamente se veía interrumpido por una colina apenas elevada. Reconozco que temí que los *barbari* permanecieran impasibles. Pero entonces, un temblor suave comenzó a llegar hasta nuestros pies. Procedía de aquella cuña de hierro y muerte que se extendía ante nosotros. En un instante, aquel ligero tremolar, que, inicialmente, apenas resultaba perceptible, se transformó en un fiero rugido que brotaba de millares de gargantas y que resultaba más embravecido que el estallido restallante del más vigoroso trueno. Se trató tan sólo de un momento. Puedo asegurarlo porque allí estaba yo, pero, de repente, como si un brujo perverso hubiera conjurado a una legión incontenible de feroces demonios, *los barbari* comenzaron a correr hacia nosotros lanzando gritos desaforados.

Por un instante, sentí que el corazón se me paralizaba a la vista de aquel océano inmenso formado por guerreros salvajes que ahora se abalanzaba sobre nosotros. Sin embargo, no tardé en recuperarme. Con paso decidido, volví a cruzar nuestra pared metálica y me dirigí hacia donde se encontraba Artorius.

—Bien, físico, muy bien —me dijo con una sonrisa.

Luego gritó en voz alta:

—¡No os dejéis provocar! ¡Manteneos firmes! ¡No luchéis ni devolváis los golpes! ¡Cubríos tan sólo!

Apenas había acabado de pronunciar aquellas órdenes, apenas habían comenzado a repetirlas los oficiales, apenas habían empezado a obedecerles los *milites*, cuando un golpe inmenso, indescriptible, brutal que procedía de millares de cuerpos retumbó en mis tímpanos. Los *barbari* acababan de estrellarse contra nuestra pared metálica y pugnaban por despedazarla. Por un momento, temí que, efectivamente, nuestras filas se desplomaran ante aquella

fuerza descomunal. Pero no fue así. De hecho, aquel diluvio de golpes no obtuvo ningún resultado. De vez en cuando, es cierto, alguno de nuestros hombres era herido, pero entonces era retirado rápidamente por sus compañeros y en una exhalación se cubría su hueco con reservas.

Sé que no hubiera debido hacerlo, me consta que fue un pecado horrible, pero en medio de aquella lucha en la que se decidía nuestro futuro no pude dejar de contemplar con satisfacción a los *barbari*. Sudorosos y enrojecidos, se lanzaban sobre nuestras filas, pero, al no derrumbarse éstas, la cólera, el cansancio y la frustración se iban apoderando de ellos. Una, dos, tres, hasta cuatro veces embistieron y, una tras otra, se vieron obligados a retroceder y en cada ocasión dejaron tras de sí un rastro de cadáveres y de heridos que gritaban su insoportable dolor en una lengua desconocida.

Cuando el sol había llegado a su punto más alto, los *barbari* hicieron ademán de retirarse. Sin embargo, no tardé en percatarme de que se trataba únicamente de un repliegue y no de una huida. Sí, era muy posible que los muertos se contaran ya por varios centenares, pero las huestes de los *barbari* no parecían vencidas. Y en cuanto a nuestros hombres…

—Están subiendo a lo alto de la colina… —escuché que decía desalentado uno de los infantes.

No era para menos. Aquel lugar resultaba verdaderamente ideal para repeler cualquier ataque enemigo. No se trataba sólo de que nuestras fuerzas fueran inferiores. Es que además para trabar combate habría que remontar la colina y combatir con el agotamiento de la subida pesando sobre los miembros. Actuar de esa manera equivaldría a un suicidio. Sin ningún género de dudas. Me hallaba sumido en tan poco halagüeñas reflexiones cuando escuché la voz de Artorius:

—*¡Britanni!* Hemos dado una buena lección a los *barbari*. Seguro que ahora desearían estar en sus tierras, pero no podemos dejarlos marchar de esta manera. Tenemos que aniquilarlos.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al escuchar aquellas palabras. ¿Acaso se había vuelto loco el *Regissimus*? ¿Pretendía destrozar a sus hombres lanzándolos contra aquellos salvajes? La respuesta me vino cuando vi cómo alzaba su espada sobre la cabeza y gritaba:

—¡A la colina! ¡A la colina! ¡Cargad!

A punto estuve de ser arrollado por los soldados en los que había prendido con entusiasmo la arenga del *Regissimus*. Antes de que pudiera percatarme, el caballo negro de Artorius había comenzado a trepar impetuosamente por la ladera que se elevaba en una suave colina. No lo hizo solo. Algunos *equites lo*

acompañaron blandiendo las lanzas mientras los infantes, cubiertos de sudor, de polvo, de barro, se esforzaban por seguir el corcel de su caudillo. Dios santo, no iban a llegar a la cima. No podrían conseguirlo. Caerían antes de alcanzarla.

Sé que caí de rodillas y cerré los ojos, pero no para suplicar a Dios la victoria, sino para pedirle que la matanza fuera breve, que nos otorgara una muerte rápida antes que vernos sometidos a la cautividad a manos de unos *barbari* que nos entregarían a las peores torturas, y que nos permitiera gozar pronto de su presencia.

Abrí los párpados al escuchar el estruendo espantoso provocado por el choque brutal de ambas fuerzas. En aquel mismo momento, todo mi ser esperaba el desastre, el desplome, la aniquilación de los hombres de Artorius, pero… pero… no podía ser. Los infantes habían cogido por sorpresa a los *barbari* y estaban impidiendo que formaran aquella cuña temible que había contemplado en las últimas horas. A pesar de todo, seguramente no hubieran podido aprovechar su sorpresa de manera total de no ser por la caballería. Me froté los ojos para asegurarme de que veía bien. Los jinetes de Artorius estaban penetrando entre los guerreros enemigos como… sí, como el cuchillo caliente en la manteca. Nadie hubiera negado que los invasores se defendían y que lo hacían con denuedo, pero aquellos guerreros a caballo rasgaban sus mal formadas filas y alanceaban a diestro y siniestro sembrando la muerte y la confusión.

—¡Ahora! —escuché a mi derecha, pero cuando iba a volverme oí el mismo grito a mi izquierda.

Giré la cabeza a uno y otro lado para contemplar cómo sendos escuadrones de caballería mandados por Caius y Betavir se lanzaban al combate. Sin embargo, no subieron la colina para sumarse al esfuerzo de Artorius. No. Por el contrario, rodearon la colina a la izquierda y a la derecha y desaparecieron al otro lado de la elevación. Fue en ese momento cuando comprendí todo. Lo entendí con la misma nitidez con que antaño había logrado dar con la traducción exacta de un enrevesado pasaje de Virgilio. ¿Cómo había podido desconfiar de las dotes de Artorius? ¿Cómo no me había percatado de lo que iba a suceder? ¿Cómo había dudado del desenlace que se produciría en breve? Cuando los *barbari* se replegaran desde la cima de la colina intentando, a la vez, huir de los *equites* de Artorius y reagruparse, iban a encontrarse con nuevas fuerzas de caballería, las mandadas por Caius y Betavir.

Quizá en aquellos momentos hubiera debido sentir alegría, entusiasmo, excitación, como me había sucedido antes del inicio de la batalla. Pero ni una sola de esas sensaciones se filtró en el interior de mi corazón. Por el contrario, experimenté una tristeza difusa, como el malestar que precede al desencadenamiento de una tempestad. De repente, sentí horror, un horror profundo, al contemplar el choque de los soldados de Artorius con *los barbari*. Porque aquello había dejado de ser una batalla, horrible como todas, para convertirse en una espantosa carnicería. Los invasores intentaban escapar, pero o eran empujados por los *equites* hasta que se encontraban con las mortíferas armas de los infantes o eran acabados por aquellos guerreros que en lugar de sobre un caballo parecían ir cabalgando sobre el viento y el rayo.

¿Cuánto tiempo duró aquella batalla en la falda, en la cima y en torno a la colina de Badon? Debo insistir en que casi todo lo que se ha relatado o escrito sobre ella es abiertamente falso. Yo mismo he escuchado cómo algunos llegan a afirmar que se prolongó a lo largo de toda la noche y que incluso duraba cuando la Aurora, valiéndose de sus dedos rosados, anunció el inicio del día siguiente. No fue así. Tengo que dejarlo sentado lisa, clara y llanamente. A decir verdad, tengo la sensación de que el tiempo que transcurrió entre la carga de Artorius y el final de la lucha fue inusitadamente breve. Y, sin embargo… sin embargo, de la misma manera que las horas en que sufrimos no parecen concluir nunca, aquel último choque me pareció prolongado e interminable como los tormentos de los réprobos en el infierno.

«Non ignara mali miseris succurrere disco»… *Lo dejó escrito Virgilio con su peculiar talento: Al conocer la desgracia, sé cómo socorrer a los desdichados. Pero se equivocaba. A decir verdad, el haber padecido la desdicha no nos hace mejores. A muchos —¿quién lo negaría?— los convierte en especialmente resentidos y canallas. Incluso los que no son empeorados por el sufrimiento, no por eso descubren cómo evitárselo a otros. No.*

Creo que en este caso, como en tantos otros, una vez más el saber transmitido por la revelación se manifiesta en este caso superior al meramente natural. El apóstol de los gentiles señaló que aquellos que han recibido consuelo en las tribulaciones son los que, a su vez, pueden consolar

a los atribulados. Siquiera pueden contarles dónde, cómo y cuándo hallaron remedio para sus cuitas.

Por eso no creo que sea genuina la fe que no ofrece consuelo a los que se aferran a ella. Quizá abra caminos de sufrimiento, o de disfrute, o incluso de triunfo. Pero sólo es verdadera aquella que calma el espíritu turbado por el desarrollo imparable de nuestra existencia, la que llama a los cansados y cargados de corazón para ofrecer un yugo suave y una carga ligera.

Capítulo VII

¡Qué costosa es una derrota, pero, a la vez, qué terrible es una victoria! Aquellos *barbari* seguramente merecían todo menos nuestro aprecio. Al igual que los que los habían precedido no eran sino agentes de una maldad ignorante y destructora que contemplaba con carcajadas y satisfacción nuestro sufrimiento. De haber sido por ellos, nuestras mujeres hubieran sido violadas desde las niñas a las ancianas, los hombres hubieran sido degollados, los niños convertidos en esclavos y los ancianos escarnecidos antes de recibir una horrible muerte. Todo eso lo sabíamos entonces y el paso del tiempo en absoluto ha demostrado que nuestro juicio fuera erróneo. Más bien todo lo contrario. Pero aun así, cuando recorrí el campo, verde en otro tiempo y ahora pardo por el derramamiento de sangre y el fango pisoteado por miles de guerreros, no pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas, unas lágrimas que no sólo expresaban mi consternación por la muerte de los nuestros, sino también por la de los *barbari*.

Creo que unos y otros sintieron dolor y miedo al ver cómo perdían un miembro, cómo la sangre brotaba de su cuerpo de tal manera que anunciaba una muerte cercana o cómo el aire se negaba a entrar en su nariz simplemente porque el alma se escapaba con la misma rapidez con que alguien huiría de un incendio.

Durante varios días, mientras Artorius y sus hombres perseguían con éxito a los restos maltrechos del ejército de los *angli*, permanecí cerca de aquella colina intentando remendar, soldar y reparar lo que había destrozado el hierro. Sé que sobre mí se ha dicho que realicé prodigios y que centenares de personas, incluso millares, me deben la vida. De corazón digo que me hubiera llenado de una inmensa felicidad que así hubiera sido. La realidad, sin embargo, fue muy distinta. Docenas de hombres, *britanni* y *barbari*, pasaron por mis manos tan sólo para comprobar que su agonía ni siquiera sería breve; no pocos murieron al cabo de unos instantes de que yo intentara calmar sus sufrimientos y sí, es cierto que hubo unos cuantos cuyas hemorragias logré taponar o cuya vida pude mantener en el interior de su cuerpo mortal. Imagino que sus bocas y las de sus familias partirían las distintas leyendas sobre mi extraordinario poder curativo.

Debo reconocer que, enfrentado con todo aquello, en el curso de aquellas horas, la amargura, una amargura espesa y pesada, se fue acumulando en mi corazón. Todo aquel dolor, toda aquella miseria, toda aquella muerte la

habían causado los *barbari*. Sin su altivez, sin su violencia, sin su codicia, ni una sola espada se habría cruzado aquella mañana. Bien sabía Dios que la única alternativa que nos habían dejado era o luchar hasta la muerte con lo que esto significaba o dejar que nos asesinaran. Así de duro y de terrible era todo a fin de cuentas. Pero ¿por qué? ¿Qué era lo que hacía que este mundo se hubiera dividido entre salvajes *barbari* ansiosos de apoderarse de lo que teníamos y la civilización obligada a defenderse o morir?

Más de un día de brega terminó no con la sombría puesta del sol sino con los primeros signos de la rosada aurora. Entonces, con las manos doloridas, agarrotadas, casi insensibles por el esfuerzo, me dejaba caer en un rincón y me adormecía. Entraba entonces en un sueño agotado, rebosante de agitación y forzosamente corto. Al despertar, escuchaba inmediatamente los ayes interminables y los lamentos continuos de aquella gente que había dejado su vigor en la batalla de la colina.

Fue entonces, en el curso de aquellas jornadas terribles, cuando volvió a asaltarme el recuerdo turbador de Vivian. Sé perfectamente el momento en que sucedió. Acababan de colocar a un mozalbete de pelo rojizo y revuelto sobre la tabla sin desbastar en la que llevaba a cabo mis apresuradas operaciones. Mientras examinaba su cuerpo y daba orden de que lo ataran, me contó que venía del sur de la isla y que se había alistado con entusiasmo «para acabar con esos malditos *barbari*».

—Les hemos zurrado bien, ¿verdad, *domine*? —me dijo con una sonrisa limpia y tan blanca que ponía de manifiesto lo poco que debía comer su familia.

—Sí, hijo —respondí al contemplar su pie derecho.

Un día antes hubiera podido salvarlo, pero ahora…

—Yo nunca dudé de que podríamos acabar con ellos —continuó hablando como si en vez de estar tendido a la espera de Dios sabía qué se encontrara en una taberna charlando con otros pueblerinos—. Y cuando el *Regissimus* ordenó cargar…

Sí, definitivamente, aquel muchacho se iba a quedar sin pie. Y resultaría muy doloroso. Hice una seña a uno de mis asistentes para indagar si nos quedaba alguna bebida fermentada. La respuesta sin palabras me indicó que apenas. Supliqué a Dios que aquel muchacho no estuviera habituado al consumo de licores para que, con unas gotas, pudiera embriagarse lo suficiente y así no sentir un dolor excesivo.

—Ahora lo único que deseo es que nos den el primer permiso —continuó hablando en un tono de entusiasmo que provocaba que mi corazón se

encogiera al escucharlo—. Pienso hartarme de bailar con las mozas del pueblo. Porque podré danzar pronto, ¿verdad?

—Dadle de beber —grité eludiendo la respuesta.

Porque la conocía de sobra. Nunca volvería a bailar e incluso caminar podría resultarle una dificultad apenas tolerable.

Le colocaron en los labios resecos aquel aguardiente ambarino. Tengo la sensación de que no tenía mucha costumbre de trasegar semejantes bebedizos porque, al poco rato, los ojos comenzaron a enturbiársele y la lengua se le hizo pesada, casi tanto que apenas podía seguir hablando. Cuando me percaté de que le costaba mantener la cabeza erguida, consideré que había llegado el momento.

—¡Sujetadle! —grité y, mientras los ojos del muchacho se dilataban por el efecto combinado de la sorpresa y del alcohol, dos soldados la aferraron y yo le coloqué un pedazo de madera más que remordida entre las mandíbulas.

Aparté la pegajosa suciedad, mezcla de sangre y barro, que cubría su fea herida. Al descubierto, una vez retirada aquella capa asquerosa, pude contemplar el corte. Era todavía peor de lo que yo pensaba y lo más dramático es lo que hubiera podido evitar tan sólo unas horas antes. Contemplé una vez más su frente perlada de sudor y sus párpados semicaídos. Incliné la nariz sobre el profundo costurón guiado por el deseo de que mi anterior diagnóstico fuera erróneo. Difícilmente, hubiera podido resultar más adecuado. El olor letal de la gangrena brotaba como un vaho letal, como si la muerte se hubiera instalado encima del pie y expulsara su aliento repulsivo. Sí, tenía que cortar y tenía que hacerlo ya. Realicé un gesto repetido infinidad de veces y uno de los soldados dejó de sujetar al muchacho y pasó a aferrar con fuerza los pies.

Cogí el hacha y comprobé que conservaba su filo, una comprobación inútil porque lo sabía de sobra y porque lo único que pretendía era retrasar el momento de mutilar a aquel soldado que nunca volvería a bailar. Descargué el arma en un punto situado por encima del tobillo. Lo hice con todas mis fuerzas, pero, aun así, no logré desprender el pie de la pierna. Tan sólo conseguí que quedara ladeado, dislocado, apenas arrancado. El cuerpo del infeliz muchacho se tensó como si fuera la cuerda de un arco para luego comenzar a jadear espasmódicamente.

No podía distraerme. Descargué un segundo golpe, un tercero… hasta el quinto aquel hueso no aceptó quebrarse soltando aquel pie cargado de un bagaje de muerte rápida e irremediable.

El desdichado campesino se convulsionaba cuando terminé con mi tarea y su rostro, morado y con los ojos horriblemente dilatados, parecía el de un

potro aterrado que se da cuenta de que lo van a sacrificar. No podía distraerme. Me aparté un par de pasos de la mesa y eché mano de una antorcha humeante. Apenas tardé unos instantes en acercarla a la herida, en escuchar el siniestro chisporroteo de la sangre y la carne y en ver cómo, finalmente, el joven se desvanecía con un gemido.

—Necesito descansar… —musité sin que quedara claro si advertía a mis asistentes o me lo decía a mí mismo.

Fuera como fuese, me aparté unos pasos de la mesa, llegué al lado de un árbol vetusto, pero fuerte y me dejé caer en el suelo. Acababa de apoyar la espalda dolorida en aquel tronco rugoso y ancho, cuando la vi. Parpadeé para asegurarme de que no era objeto de una ilusión, pero… no, no cabía duda. Era Vivian. Se hallaba tan sólo a unos pasos de mí, igual que la primera noche en que me había encontrado con ella o, más bien, ella se había encontrado conmigo.

Llevaba una vestimenta larga de tonos diversos, pero verdes, que parecía combinarse de manera prodigiosa con aquel fondo de hierbas y árboles. Era como si formara parte de aquel paisaje tan rezumante de lucha y muerte, hasta tal punto que, en algún momento, me pareció que su cuerpo se transparentaba y tan sólo sus ojos y su peculiar sonrisa no se desvanecían entre el murmullo engañoso del viento.

—¿Era esto lo que querías? —me susurró cuando llegó a mi altura.

—Vivian… —fue lo único que llegué a decir aunque en aquella palabra se hallaba encerrado todo un mundo rebosante cíe sensaciones y deseos.

—¿De verdad, piensas que todo esto es mejor que estar a mi lado? —preguntó con una sonrisa a medias amarga y a medias burlona.

—Vivian… —intenté responder, aunque lo único que sentía era un inmenso nudo de congoja que, atrancado en mi garganta, me impedía hablar.

—Puedes volver a Avalon —me dijo y a continuación, pronunció mi nombre.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo al escuchar aquella última palabra. No me gustaba el nombre con que mi madre se había dirigido a mí desde el momento primero que alcanzaba mi memoria. Sin embargo, al escuchárselo a Vivian, siempre había nacido en mi una gratísima sensación de voluptuosa calidez. Avalon… regresar a Avalon. Ahora todas aquellas sensaciones, sensaciones que brotaban de una piel suave, de unas manos tiernas, de una voz incomparable se arremolinaron en mi pecho como una galerna desatada.

Vivian me sonrió a la vez que tendía la diestra.

—Ven… —susurró más que dijo y volvió a pronunciar mi nombre como sólo ella sabía y podía hacerlo.

Ir… cerré los ojos esperando que cuando volviera a abrirlos su presencia tentadora hubiera desaparecido. Me equivoqué. Seguía allí. Ante mí. Y aunque su rostro deseaba dar una apariencia indiferente pude percibir en sus hermosos ojos verdes la misma satisfacción apenas oculta que experimenta el felino momentos antes de lanzarse sobre su codiciada presa. Abrumado por aquella mirada, bajé la cabeza. Fue así como mis ojos chocaron con mi indumentaria. Tan sólo unas horas antes era un manto austero de batalla y combate. Ahora no pasaba de ser un gran trapo empapado de sangre en diversos estados de coagulación, la sangre de todos aquellos sacrificados por la supervivencia de Britannia, la sangre que había sido derramada por mí y por todos los *britanni* para que pudiéramos seguir siendo libres en medio de un mundo que se desplomaba bajo los golpes despiadados de los *barbari… No, yo* no podía regresar a Avalon. No me era lícito abandonar aquel campo de batalla entre la civilización y la *barbarie* mientras otros entregaban los últimos jirones de su existencia hasta el final.

Respiré hondo y levanté los ojos. Vivian seguía mirándome, pero ya apenas lograba ocultar la sonrisa. Alargó la diestra y susurró como sólo ella sabía hacerlo:

—Vámonos.

—No, Vivian. No voy a marcharme contigo —respondí rebañando la fuerza que precisaba de algún lugar oculto situado en lo más profundo de mi ser—. Mi lugar está aquí.

Y entonces la dama del lago, la dueña de la isla de Avalon, la única mujer a la que había amado por encima de cualquier consideración se volvió completamente transparente y su cuerpo se fue desvaneciendo como si estuviera formado por algún material sutil situado fuera del alcance del poder de los hombres. Por un instante, tan sólo un instante, quedaron flotando en el aire azul de la noche, sus labios, su sonrisa, sus ojos. Luego también desaparecieron y yo, con los miembros doloridos y el corazón sin posibilidad de recibir una restauradora cauterización, regresé a cumplir con mi deber.

QUINTA PARTE

FINIS

«Fama, malum qua non aliud velocius ullum…». *Una razón casi total tenía mi venerado Virgilio cuando señaló que no hay mal que supere en velocidad a la fama. He visto a demasiadas personas corrompidas por la popularidad y el aplauso como para poder negar esa realidad. Por la fama, el clérigo que era benévolo y compasivo busca tan sólo la aclamación de una masa que, a fin de cuentas, tampoco sabe mucho de él. Por la fama, el miles, valiente y esforzado, deja de cumplir con su deber y se entrega a veladas en las que lo único que se comenta son sus pasadas y ya inútiles hazañas. Por la fama, el sabio pierde la conciencia de lo que es realmente importante y se sumerge en la necedad inmensa de aceptar halagos inmerecidos y peligrosas adulaciones. Debemos guardarnos de las mentiras, no pocas veces groseras, de la Fama y mantenernos en el camino que Dios nos ha trazado. Poco importa la repercusión que tenga. Lo verdaderamente relevante es ser fiel a nuestro destino.*

Capítulo I

Los recuerdos que conservo de las semanas posteriores a la batalla de la colina son confusos y desazonantes, como las remembranzas de un beodo trastabillante al cabo de una agitada noche de borrachera. Lo más que he conseguido conservar de aquellos días son jirones sueltos de vivencias y retazos malcosidos de episodios. Mientras seguía ocupándome de recomponer huesos y de administrar pócimas, me llegaban noticias continuas de la manera en que Artorius había logrado aniquilar por completo a los despiadados *barbari*. Sin embargo, a pesar de la importancia de lo que sucedía, mi corazón estaba en otro lugar. Tras contemplar a Vivian una sensación pesada de dolor imposible de calmar se había apoderado nuevamente de mi corazón. Era como el caso de aquel enfermo que piensa haber sanado completamente de su dolencia y que descubre desazonado que los síntomas más álgidos comienzan a asaetearlo con singular dureza. Había pensado que se vería libre del sufrimiento y, de repente, se encuentra con que éste se hallaba tan sólo agazapado en una curva invisible del camino de la vida esperando el momento para asestarle el peor de los golpes.

—Fueron días terribles —no podría negarlo— en los que el sueño me permitía reposar someramente. Sin embargo, cuando me levantaba por las mañanas mi cuerpo y mi corazón eran presa de una sensación de apenas haberme dejado caer en el lecho y, sobre todo, en mi interior se hacía presente con más fuerza que nunca el recuerdo de Vivian, de la Vivian que había conocido tiempo atrás y en cuyos brazos había encontrado el amor, pero también de la Vivian que había aparecido en medio del fragor y el estruendo para invitarme a marchar a su mundo. Intentaba entonces expulsarla de mis dolorosos pensamientos convencido de que su memoria equivalía a apretar con la mano desnuda los restos de un jarro roto, un jarro que no se recompondrá, pero que puede destrozar todo un miembro. Y así se agitaba mi espíritu, y padecía mi alma y sufría mi cuerpo, cuando recibí la orden de encaminarme a Camulodunum.

Resultaría difícil exagerar la alegría que encontré en aquel enclave donde Artorius había fijado la sede de su gobierno. Los habitantes de aquella población se hallaban poseídos por un sentimiento de importancia que —debo confesarlo— me parecía exagerado, pero, a la vez, no dejaba de inspirarme cierto poso de diversión. Sí, diversión porque aquellos campesinos *britanni* parecían sentirse tan importantes como aquellos otros de la península Itálica

que formaron el imperio romano. Pero no se trataba sólo de ellos. A Camulodunum no dejaban de afluir como un verdadero torrente sujetos de las más diversas procedencias. Los clérigos de las iglesias restauradas que venían a traer frutos de la tierra a Artorius y a pedirle nuevos favores; *los milites* que no habían querido combatir desde hacía años, pero que ahora sentían un reverdecer de su ardor castrense; los supuestos sabios que deseaban transmitir unas enseñanzas a las que ponían precio; los mercaderes que ansiaban volver a vender y comprar con tranquilidad; los lugareños de las más diversas procedencias que reclamaban justicia… toda aquella gente y muchísima más llegaba a Camulodunum y en no pocas ocasiones decidía quedarse para siempre.

—Y es que —no podía negarse— a esas alturas la ley y el orden se habían impuesto en la zona de Britannia sometida al gobierno de Artorius, el *Regissimus*. Todo ello se sustentaba —como señala el apóstol Pablo en su epístola a los romanos— en el poder de la espada que esgrime la autoridad. Aquellos *equites*, escasos, pero bien entrenados; reducidos en número, pero aguerridos; pocos, pero rápidos como el relámpago a la hora de llegar a dónde se les necesitaba, eran la clave de toda la restauración llevada a cabo por Artorius. No resulta extraño por ello que no tardaran en difundirse las leyendas más extravagantes sobre ellos y que incluso se llegara a decir que la espada del *Regissimus* cantaba. Sin duda, su utilización había debido de parecerle a muchos más armoniosa que un coro de ángeles celestiales. Sin embargo, aun aceptando que sobraban los motivos para el gozo, mi espíritu se hallaba desposeído de paz.

Artorius había decidido otorgarme unas dependencias en el *castra*. Eran —podía decirse así— espaciosas, pero no conseguí encontrar mi sitio en medio de aquella ciudad casi renacida de la nada. Como sucede en tantas ocasiones, la infelicidad del presente me catapultó hacia los recuerdos de un pasado que yo recordaba no con exactitud, pero sí con enorme nostalgia. Debía asistir a desfiles de triunfo y gloria, pero mi corazón vagaba en esos momentos por una pequeña iglesia cuyos escalones de piedra basta subía y bajaba sin cesar o era invitado a un banquete celebrado por el *Regissimus* y sus *equites*, pero mis manos apenas tocaban los alimentos mientras mi mente divagaba por una isla de playas blancas y prados herbosos. La gente de Artorius se percataba de mi aspecto distraído, por supuesto, ya que nunca he sido muy hábil para disimular y además ni siquiera lo pretendía. Sin embargo, lo atribuían a mi sabiduría que, dicho sea de paso, era más supuesta que real.

Una de esas noches —noches aburridas rebosantes de bebidas fermentadas y risas— abandoné el festín antes incluso de lo acostumbrado. A esas alturas, ya habían comenzado las rondas de brindis por la derrota de los *barbari* de Hibernia, y de los *barbari* aplastados en la batalla de la colina y de los *barbari* que no regresarían a la isla y nadie advirtió que me levantaba discretamente y me dirigía hacia el portón de salida. En efecto, lo franqueé con tranquilo sigilo, una circunstancia que daría pábulo a leyendas estúpidas sobre mi capacidad para desvanecerme en el aire cuando lo único que se había disipado era la lucidez de la mayoría de los presentes y no precisamente por el efecto de alguna poderosa magia, sino por el de un consumo exagerado de pócimas espirituosas.

La mayor parte del calor del cuerpo se escapa por el cráneo y yo había comenzado a perder aceleradamente el cabello que lo protegía de las inclemencias del tiempo. Por eso, nada más encontrarme en el exterior, me subí la capucha sobre la cabeza al percatarme del frío ventoso que atravesaba ruidoso y soberbio aquellas calles de madera y piedra. Apenas mediaban unas docenas de pasos hasta mis dependencias, pero decidí pasear un poco. La luna, amarilla y redonda, arrojaba una luz pálida, pero suficiente sobre la calzada, aquella calzada pétrea y sólida que recordaba que Roma había sido una realidad y no una mera invención atrevida de nuestra imaginación. Fue así como llegué hasta el muro. Hubiera deseado dar media vuelta sin ser advertido, pero no lo conseguí. Por el contrario, los *milites* advirtieron mi presencia y —lo que era peor— me identificaron. Me bastó para saberlo la forma en que me miraron, en que intercambiaron algunas palabras apenas susurradas y en que enarcaron las cejas con un gesto que lo mismo podía proceder de la admiración que del temor. Por supuesto, ni uno solo se atrevió a preguntarme qué estaba haciendo por allí a esas horas. Debía caerse de su peso que sólo podía tratarse de algo sensato y misterioso.

Estaba a punto de alcanzar mi morada cuando me apercibí de una sombra arrebujada junto a mi puerta. No pude evitar un primer respingo, pero, al percatarme de sus reducidas dimensiones, me sosegué. Más que de una amenaza, debía tratarse meramente de alguno de tantos visitantes que no había podido encontrar alojamiento y esperaba al raso la llegada del nuevo día. Decidí, por lo tanto, que lo mejor sería pasar de largo. Estaba a punto de entrar en el portal, cuando escuché cómo la silueta se levantaba y pronunciaba mi nombre no identificándome como si me hubiera reconocido, sino con un claro acento de interrogación. Dudé un instante. Aquella voz…

—¡Blastus! —grité—. *¡Magister!*

La figurita corrió torpemente a mi encuentro y se abrazó a mí. Lo recordaba más alto y más fuerte, pero ahora me pareció, sobre todo, frágil.

—Entra en mi casa —le dije.

Encendí apresuradamente una lámpara de barro. Cuando su llamita anaranjada iluminó con un modesto resplandor la estancia fue incapaz de reprimir un escalofrío. ¡Cómo había maltratado el tiempo al que años atrás había sido mi maestro! Su cabello negro y abundante se había convertido en una confusa y escasa alineación de blancas guedejas, y su rostro, altivo e incluso imponente unas décadas atrás, ahora me parecía abotargado y rojizo como el de un campesino añoso. La vejez, que suele ser tan despiadada como los niños, no había sido clemente con mi preceptor.

—Supe que estabas aquí… —me dijo a la vez que un brillo especial se asomaba a sus pupilas avejentadas.

—… y decidiste venir a verme —concluí yo su frase con una sonrisa que deseaba ser lo más acogedora posible—. Hiciste muy bien, *magister*.

—Todo… todo el mundo habla de ti —comentó Blastus repentinamente excitado—. Dicen que Artorius no da un paso sin consultarte porque… porque eres un sabio…

—No es verdad —corté—. La gente exagera… ya lo sabes. Lo han dicho casi todos los clásicos.

—Los clásicos —repitió Blastus mientras su rostro se iluminaba como si sobre él hubieran descendido los rayos amarillos de un sol amable—. No los has dejado nunca, ¿verdad?

—Por supuesto que no —respondí y ahora la sonrisa que apareció en mi rostro resultó sentida y cálida—. Es una cuestión de la que me ocupo todos los días.

—Todos los días, claro —aseveró mientras se le empañaban los ojos.

—A estas horas suelo tomar un poco de leche —dije—. ¿Me hará el honor de compartirla conmigo?

—Por supuesto… por supuesto… —y por el tono en que se expresó llegué a la conclusión de que aquél iba a ser su primer alimento en mucho tiempo.

No me equivoqué. Durante las horas siguientes —sí, horas porque llevábamos años sin hablar— se bebió casi toda la leche que tenía en mi dependencia y devoró un pan entero y toda la mantequilla y la carne seca que le serví.

—¿Te acuerdas de aquellos años? —me preguntó después de tragar un bocado.

Por supuesto. Claro que los recordaba. ¿Cómo podía olvidar el frío y la escasez y las horas interminables de estudio y disciplina y los varazos y los exámenes interminables? De todo ello guardaba memoria y, sin embargo… sin embargo, ninguna de aquellas remembranzas me llegaba teñida por la amargura o el resentimiento. Todo lo contrario. Me subían ahora del corazón envueltas en una neblina sutil y semitransparente de calidez, de afecto y de añoranza. No deseaba ni siquiera pensarlo, pero no pude evitar sentir que, quizá, aquéllos habían sido los años más felices de mi vida aunque no hubiera sabido verlo así por aquel entonces.

—Has sido el mejor discípulo que tuve nunca… —me dijo mientras, torpemente, se retiraba de los labios unas gotitas minúsculas de leche—. Por supuesto, he enseñado a otros que han sido hombres de provecho, pero tú… siempre fuiste especial.

Guardé silencio. Mi espíritu no había sentido apenas el sosiego desde la batalla de la colina y temía que una palabra inadecuada, que un comentario imprudente, que un gesto indebido lo sumiera en un océano de pesar, demasiado oneroso para poder soportarlo con dignidad.

—¡Qué cosas cuenta la gente de ti! —exclamó satisfecho Blastus aunque yo no me sentí halagado por aquellas palabras, sino inquieto—. Y tienen razón. Vaya si la tienen…

—¿Qué haces ahora, *magister*? —pregunté con una clara voluntad de impedir que Blastus se deslizara por el camino de la lisonja.

—Bueno —me dijo adoptando un gesto totalmente diferente—. Estoy ayudando a restaurar algunas de nuestras iglesias.

Me sorprendió la respuesta. De sobra sabía que Blastus era un perito en Homero y en Virgilio, pero ¿qué tenía que ver eso con nuestros templos?

—Conozco a casi todos los pintores de Britannia —me dijo con orgullo antes de recitar una serie de nombres que me resultaron totalmente desconocidos.

Le dejé hablar. Lo hacía con el mismo entusiasmo, quizá más, con que había desgranado los rudimentos de la gramática griega para mí. Entonces, inesperadamente, dijo:

—Lo conservas, ¿verdad?

No me dio la posibilidad de responder.

—Sé que es así —remachó con un tono de voz totalmente diferente al que había utilizado en las horas anteriores—. Lo sé porque no se puede haber pasado por lo que tú has pasado ni haber hecho lo que tú has hecho, sin conservarlo.

Permanecí en silencio. La realidad —según me parecía— era que Blastus ansiaba más darme su opinión que confirmarla con mis palabras.

—Eso —dijo sin abandonar su tono sereno— es lo más importante que tienes. Cuando Él quiere, tienes Su visión, Sus miras y Su juicio. Otros pueden enseñar y escribir e incluso aconsejar al *Regissimus,* pero lo que tú posees… Eso es lo que da sentido a tu vida igual que a la mía se lo proporciona el haber sido tu maestro.

Sentí un pujo de ternura al escuchar las últimas palabras. Estaba seguro de que por las manos de Blastus habían pasado docenas de alumnos y, sin embargo, al parecer era yo el que legitimaba toda su vida como preceptor. Me parecía injusto y me propuse decírselo. No me lo permitió. Como si adivinara mis pensamientos, levantó la diestra y dijo:

—Sigue siendo fiel. Me consta que no es fácil y es muy probable que en alguna ocasión retrocedas. No te preocupes nunca por ello. Aunque a veces temas haber abandonado el combate te sucederá como a Aquiles cuando dejó la guerra de Troya…

—*Erunt etiam altera bella atque iterum ad Troiam magnus mittetur Achilles*[51]… —susurré recordando a Virgilio.

—Así es —corroboró Blastus con una sonrisa de exultante orgullo—. No pienses en las derrotas, ni en el dolor, ni en lo que parezca que has perdido. Tú has venido a este mundo con un propósito especial y a él debes mantenerte fiel. Debes serlo no por ti, sino porque así lo ha dispuesto Dios y porque sólo así te convertirás en útil a tus semejantes.

—Iré a por más leche —dije echando mano del jarro que reposaba vacío sobre la mesa.

Blastus negó con la cabeza y, al hacerlo, pude ver cómo un rayo violáceo procedente de la ventana cruzaba la habitación y se golpeaba contra su rostro proporcionándole un aspecto extraordinariamente juvenil. Estaba amaneciendo.

—Tengo que irme —señaló mientras se ponía en pie.

—Pero… pero, *magister…* —protesté—. Tienes que descansar.

Estuve a punto de dar como motivo su avanzada edad, pero pude contenerme a tiempo. Hubiera resultado intolerable considerar anciano a quien mantenía encendida en su corazón la llama de la juventud.

—Aún me queda mucho camino que recorrer durante el día de hoy —dijo dirigiéndose con un paso sorprendentemente firme hacia la puerta—. La iglesia de mi pueblo, ¿sabes? Hay unas pinturas…

Se alejó con paso apresurado y firme, casi como si fuera un legionario, hasta alcanzar el bosque de olmos frondosos en el que se perdió. Fue la última vez que lo vi y, como siempre, me dejó rebosante de motivos de gratitud, porque cuando entré nuevamente en mis dependencias y volví a cerrar la puerta tras de mí, la paz de espíritu se había convertido nuevamente en una realidad.

«Nescia mens hominum fati sortisque futurae et servare modum rebus sublata secundis»… *No faltaba a la verdad Virgilio al afirmar que la mente de los hombres ignora el destino y la suerte futura. No es menos cierto que a tan delicada situación se suma otra, la de que, embriagados por el favor de la fortuna, no sepamos guardar la moderación indispensable. Parece como si la ignorancia de cuáles puedan ser las consecuencias fatales de nuestros actos nos privara, en no pocas ocasiones, de la sensatez y del sentido común necesarios para continuar nuestro camino en este mundo. Y, sin embargo, debería suceder exactamente todo lo contrario.*

Precisamente porque ignoramos lo que puede derivar de nuestros actos ni siquiera el disfrutar de una fortuna benévola debería llevarnos al descuido o la despreocupación. Todo lo contrario. Las razones abundan, pero una de las no menos relevantes es que la buena suerte, la fortuna agradable, el destino grato siempre atraen a una nube de envidiosos, envidiosos de los que nos hubiéramos visto libres si nuestra existencia se hubiera hundido en la desgracia. Por ello, si somos desdichados, hemos de comportarnos con una acrisolada prudencia para evitar la prolongación de nuestro infortunio y si, por el contrario, resultamos afortunados no debemos creer que hagamos lo que hagamos todo saldrá bien. No, acentuemos entonces nuestra sensatez. A decir verdad, nunca lo haremos en exceso.

Capítulo II

Roma nunca regresó a su antiguo esplendor. Me han contado que su obispo se esfuerza por mantener la herencia de esa ciudad convertida en un islote en medio de un océano de barbarie. Ignoro los resultados que está teniendo en su empeño y, sobre todo, el coste que representa y representará tanto si alcanza su meta como si no lo consigue. En cualquier caso, lo cierto es que, poco a poco, todos fueron llegando a la conclusión de que lo desaparecido y muerto, nunca volvería a resucitar y a hacer acto de presencia. De hecho, los *barbari* comenzaron incluso a crear reinos cosiendo los retazos desgarrados de la antigua Roma. Supe así que los francos se habían apoderado de las Galias, que los visigodos —los más cultivados de los *barbari*— regían Hispania y que los ostrogodos se habían aposentado en buena parte de Italia. En los restos, pujantes pero restos a fin de cuentas, del antaño altivo imperio romano se habían ido formando reinos regidos precisamente por los que tanto habían contribuido a aniquilarlo. Vistas así las cosas, quizá no deba sorprender tanto que Artorius prestara oídos a los que le pedían que se proclamara *Rex. A* fin de cuentas, y a diferencia de los *barbari*, el *Regissimus* no era un invasor. Incluso había intentado por más tiempo que nadie evitar que se desplomaran los dañados muros de un edificio derruido. Durante años había ejercido las funciones del *Regissimus Britanniarum*, había aplicado el *ius romanum* e incluso se había valido, con alguna modificación, de legiones que eran, esencialmente, romanas. Ahora había decidido ser única y exclusivamente *britannus* y además serlo como *imperator*[52], a semejanza de aquellos caudillos que siglos atrás habían derrotado: Julio César, Claudio y Adriano.

No estaba yo dispuesto a respaldar semejante idea y cuando Artorius anunció —con gran aplauso de todos, no lo olvidemos— que sería coronado *imperator* en Luguvalium yo adopté la firme resolución de no asistir. Me consta que mi decisión ocasionó al *Regissimus* un profundo pesar. Sé que fue así porque me envió a Caius y a Betavir, compungidos y, sobre todo, decididos a convencerme de que tenía que asistir a la ceremonia si no por convicción, al menos por sentido del deber o, siquiera, por amistad. Se esforzaron y cumplieron bien con sus órdenes, pero no lograron persuadirme.

Apenas un par de semanas después, solicité de Artorius —al que no me dirigí como *imperator*— el permiso para marchar al norte y dedicarme allí a proporcionar una educación a algunos jóvenes. Tardó algún tiempo en

responder, aunque he de señalar en honor de la verdad que no me vi obligado a reiterarle mi súplica. Un par de legionarios apareció un día ante mi morada para entregarme un permiso del *imperator* —¡valiente majadería!— y una suma de dinero que, generosamente, me otorgaba para mi futura labor.

Por unos instantes, dudé si debía aceptar o no aquellos fondos. Tentado estuve de rechazarlos pensando que, quizá, Artorius me acusaba indirectamente de marcharme de lo que ahora era su corte tan sólo porque no me había colmado de regalos como a otros de sus antiguos conocidos. Sin embargo, rechacé aquella interpretación porque no me parecía que Artorius pudiera alcanzar un nivel de sutileza semejante. Por otro lado, aunque sólo fuera para conseguir trasladar algunos libros y habilitar algún modesto edificio necesitaba aquel dinero. Así, que rogué al mensajero que comunicara a Artorius —así, Artorius, a secas sin el título de *imperator*— mi más sincera gratitud y me guardé la bolsa. Creo que hice bien.

Poner en funcionamiento aquel *studium*[53] me absorbió más de lo que hubiera podido pensar. También me proporcionó una alegría que vino a perfeccionar, suave y firmemente, la paz que ya disfrutaba. Viendo cómo aquellas mentes juveniles se esforzaban por entender el mundo y, partiendo de la filosofía, por vivir recta y justamente en él, me distrajo de cualquier cuita. Estoy convencido de que pocas ocupaciones son más necesarias que las de *magister. A* él le está encomendado el transmitir el saber, es cierto, pero, sobre todo, el necesario arte de enseñar a pensar de tal manera que nadie pueda engañar a los discípulos.

Durante varios años, no muchos y demasiado veloces, fui tranquilamente feliz sin ocuparme del nuevo *regnum* de Britannia ni acordarme de su ungido *imperator*. Ocasionalmente, me llegaban noticias sobre la manera en que, al parecer, andaba yo recorriendo los lugares más insólitos del mundo a la vez que realizaba los más increíbles prodigios. Incluso me enteré de que circulaba la historia sugestiva de que estaba viviendo un amor ardiente, aunque pecaminoso, con una mujer que me había entregado su lozana juventud a cambio de que la iniciara en los arcanos tremendos de mi sabiduría oculta. Por supuesto, nada de aquello era verdad, pero no tenía especial interés en desmentirlo y aunque hubiera acometido esa tarea seguramente nadie me hubiera creído. Con seguridad, hubieran atribuido a la modestia o al sigilo mi deseo de negar los relatos que difundían mil bocas crédulas y escuchaban miríadas de oídos ávidos de cosas nuevas.

Fue precisamente esa falta de confianza en lo que contaba el pueblo llano en mercados, caminos e iglesias lo que me llevó a rechazar las noticias de que

Artorius tenía intención de divorciarse de Leonor de Gwent. Al parecer, el ahora *imperator* se había enterado de que su esposa, una carga verdadera y agobiante, mantenía relaciones adulterinas con uno de sus caballeros y había decidido cortar por lo sano. Por supuesto, hubiera podido ejecutarla —decía la gente bajando la voz— pero era un varón piadoso que no deseaba mancharse las manos con la sangre impura de su cónyuge indigna y había preferido repudiarla.

—No es una buena mujer… —me aseveró un mercader de Londinium que había venido hasta mi *studium* para rogarme que admitiera a su hijo como discípulo—. Fíjese, *domine*, que incluso evitaba dar hijos al *imperator*. Difícilmente, se puede ser más perversa y además, entre nosotros, ¿en qué le ayudaba? Porque la principal función de una esposa es ayudar a su marido…

Yo mismo me había formulado idéntica pregunta durante años y tenía que reconocer que no había dado con respuesta alguna. Sin embargo, no estaba dispuesto a comentar nada con aquel personajillo murmurador y codicioso.

—En nada, en nada, en nada —se respondió de manera triple el mercader —. Artorius no ha recibido nada de esa mujer. Bueno, quizá su virginidad en el momento de la boda aunque eso nunca se sabe… ¡y además sólo tiene utilidad una vez!

Me pareció que el tema estaba llegando a un terreno no sólo delicado, sino incluso pespunteado por el mal gusto y decidí desviar la conversación haciendo referencia a los costes que debería abonar el chismoso comerciante por la educación de su hijo. Se trató de una maniobra eficaz porque, inmerso en un ruin regateo, el hombre de Londinium se olvidó de la vida de Artorius y de Leonor. Lo mismo me sucedió a mí, aunque no por mucho tiempo.

Una tarde, después de la colación, me encontraba conversando con un par de discípulos sobre algunos aspectos del gobierno de los hombres. No se trataba de una clase formal. Más bien era una de tantas charlas mantenidas tan sólo con algunos de los muchachos más espabilados para comprobar hasta dónde podían dar de sí. Reconozco con algo de pesar que en ese momento mis alumnos no estaban precisamente brillando por la altura de sus razonamientos. Ambos jóvenes insistían en alabar el arte de gobernar como vía para cubrirse de gloria y no parecían captar mis enseñanzas insistentes sobre la necesidad de concebir el gobierno como una forma de servicio.

—Pasáis por alto —les estaba diciendo— las palabras irónicas del Salvador en el Evangelio de Lucas, «los que oprimen a las naciones les dicen que las sirven, pero no debe ser así entre vosotros sino que el que desee ser el mayor ha de ser verdaderamente un siervo».

El argumento resultaba ciertamente sólido, pero mis dos oyentes estaban más cerca del ambicioso Alejandro, el hijo de Filipo el macedonio, que del manso Jesús. Le daba vueltas en la cabeza a la posibilidad de hacerles comprender algo tan importante cuando distinguí, corriendo como un poseso, a Marcus. Era un muchacho no muy avispado, lo reconozco, pero al que había admitido en el *studium* por su fuerza de voluntad. Podía costarle enormemente ver la diferencia existente entre la declinación de *dies-diei* y la de *cónsul-consulis*[54], pero no era menos cierto que para encontrarla podía pasarse en vela toda una noche. Ahora le distinguía surcando el pradecillo que separaba el *studium* del claro en que nos encontrábamos.

—Por ahí viene el tonto de Marcus… —comenzó a decir con una mezcla de burla y desprecio uno de mis discípulos, pero la mirada que le lancé bastó para que bajara los ojos, avergonzado y guardara silencio.

—*Domine, domine…* —dijo jadeando cuando se encontraba a un par de docenas de pasos de mí—. *Equi… equites…*

Reconozco que la noticia me sorprendió. ¿Qué podían desear unos *equites* en mi *studium*?

—Podéis retiraron —señalé a mis discípulos mientras emprendía el camino de regreso.

»¿Cuántos son? —pregunté a Marcus mientras intentaba aminorar la velocidad de la marcha para evitar que se desplomara agotado.

—Dos —me respondió el muchacho intentando con todas sus fuerzas no quedarse sin resuello.

Dos. Quizá se trataba de una simple patrulla a la busca de algún huido. Claro que también podían ser los portadores de un mensaje, pero ¿cuál?

Lo distinguí con enorme nitidez. Era Caius y parecía como si los años no hubieran pasado por él, como si todavía nos encontráramos en la época en que yo aún era un joven que apenas entraba en la madurez y él, un legionario gallardo y curtido. Su acompañante, que estaba de espaldas acariciando el pescuezo de su caballo, no era, en esta ocasión, Betavir. De hecho, aunque fuerte resultaba menos alto.

—¡Viejo lobo! —grité alzando los brazos—. ¿Qué trae al terreno sagrado de la sabiduría a alguien tan bruto como tú?

Al escuchar mis palabras, el compañero de Caius se volvió. Llevaba el mismo uniforme de piezas gastadas y desiguales que mi antiguo conocido. Ni siquiera su capa era mejor. Ni su yelmo, un yelmo grande que le tapaba casi por completo el rostro. Con la seguridad que proporciona el haber repetido un gesto miles de veces, se llevó las dos manos a aquella indispensable pieza de

metal y tiró de ella hacia arriba para quitársela. Lo conocí al instante e incluso me reproché no haber sospechado la identidad oculta por aquel yelmo, porque quien me sonreía, burlón, alegre y juvenil, como antaño lo había hecho tantas veces no era otro que Artorius, el ahora *imperator* de Britannia.

«Continuo has leges aeternaque foedera certis imposuit natura locis…». *Ocasionalmente, Dios permite que algunos seres perversos se encaramen hasta la cima del gobierno. Generalmente, tan inicuos individuos creen que tienen el poder o, por lo menos, la legitimidad del mismo Dios. Entonces actúan como si las estructuras de la creación pudieran modificarse a su antojo. Deciden ir contra la estabilidad del reino, socavan sus instituciones más importantes, sueñan con cambiar todo de la misma manera que se vuelve del revés una prenda. Estoy convencido de que si estuviera en sus manos obligarían a los ríos a discurrir en dirección opuesta al mar, cambiarían de sexo a los seres humanos, convertirían a los simios en hermanos de los hombres e incluso aniquilarían la familia*.

Por supuesto, sé de sobra que semejantes posibilidades no se corresponden con ejemplos históricos porque nadie ha sido tan soberbio ni tan inicuo como para comportarse así. Sin embargo, estoy convencido de que, si contaran con esa posibilidad, lo harían. En todos y cada uno de los casos, estos gobernantes indignos olvidan algo tan elemental como lo que dejó escrito el admirable Virgilio al referirse a unas normas eternas de la Naturaleza que son anteriores a cualquier ley humana. En la medida, en que los reyes y senados se apegan a esas leyes eternas cuyo origen se encuentra en Dios actúan con justicia, equidad y sabiduría. Sin embargo, cuando las desprecian e intentan sustituirlas con sus propios criterios lo único que consiguen es labrarse su desgracia. Lo terrible es que no pocas veces antes de consumar la propia provocan la de sus pueblos.

Capítulo III

—No deseo ofenderte —me dijo Artorius mientras caminaba— pero no puedo comprender por qué abandonaste Camulodunum para venirte aquí.

Su tono de voz era tan triste, dejaba de manifiesto tanta confusión, parecía tan desamparado que no pude evitar sentir ternura. Sin embargo, no le respondí. Estaba convencido de la inutilidad de cualquier posible disputa con él y, al menos por esta vez, deseaba actuar de acuerdo con mis convicciones más profundas.

—¿En qué puedo servirte, Artorius? —pregunté al final evitando darle el tratamiento de *Regissimus* que le hubiera disgustado o el de *imperator* que no hubiera podido utilizar sin tener problemas de conciencia.

—¿Dónde podemos sentarnos? —preguntó Artorius.

Le indiqué con un gesto un poyete modesto que dormitaba a la sombra de un olmo frondoso y altivo. Cubrimos en silencio la distancia que nos separaba de aquel lugar de reposo y, finalmente, dejamos caer nuestros huesos ya no tan jóvenes sobre aquella superficie fría y pulida.

—Te escucho —dije apenas sentí la sólida gelidez bajo las nalgas.

—Quiero divorciarme de Leonor —respondió con la misma rapidez con que hubiera fulminado a un enemigo de un certero espadazo en el cráneo.

No hice el menor comentario, pero sentí una punzada de pesar al darme cuenta de que el rumor esparcido por el mercader de Londinium constituía una pieza acertada de información. Al menos en parte.

—Es una mala esposa… —prosiguió Artorius sin que me costara percibir que no le resultaba fácil hablar de aquello.

—No creo que eso sea una novedad —me atreví a decir.

Artorius respiró hondo, como si se enfrentara con un camino demasiado empinado como para permitir una subida sosegada y gratificante.

—Por supuesto que no lo es —reconoció el antiguo *Regissimus*—. Nunca he podido contar con ella. Claro que no se trata sólo de eso. Leonor… Leonor…

Guardó silencio mientras se aferraba al borde del poyete con tanta fuerza que temí que pudiera quebrarlo. No lo hizo, pero los nudillos se le pusieron blancos como si, en virtud de algún ensalmo mágico, se hubieran convertido en un mero manojo de huesos.

—Tiene un amante —dijo al fin—. Uno de mis *equites*.

Bueno, me dije, por lo visto, el mercader no sólo era un lenguaraz sino que además estaba singularmente bien informado.

—¿Es más joven? —pregunté no porque me interesara sino para dar un tiempo a Artorius para recuperar un resuello que parecía escapársele.

—No… —respondió—. No, no lo es. Es un hombre acaudalado. Mucho más que yo a decir verdad, pero no es más joven.

Mucho más que él… bueno, al menos, Artorius no se había dejado seducir por el oro como algún *Regissimus* que le había precedido.

—No creo que ningún obispo vaya a negarte la separación en esas condiciones —dije procurando que en mi voz no se percibiera la menor emoción.

—Es que no quiero una simple separación —me interrumpió Artorius—. Quiero el divorcio. Quiero volver a casarme. Quiero tener hijos que me sucedan como *imperator*.

Una vertiginosa sensación de peligro desconocido pero real se apoderó de mí al escuchar aquellas palabras pronunciadas de una manera acaloradamente apresurada. Y entonces, de manera repentina, pero sobradamente luminosa, lo entendí todo. Artorius no había venido a compartir sus cuitas conmigo. Tampoco había llegado hasta el *studium* a pedirme consejo. No. Venía a anunciarme sus proyectos de futuro y, o mucho me equivocaba o tenía la pretensión de que yo lo respaldara.

—No puedes hacerlo, Artorius —le dije con la mayor firmeza de la que fui capaz, aunque justo es decir que no fue mucha—. Sabes que no puedes.

—Escúchame —ordenó clavándome la mirada como si pretendiera así inmovilizarme—, Roma ha muerto. Murió hace muchos años, aunque… aunque no quisimos verlo. Incluso cuando los *barbari* desterraron al último emperador, nos engañamos pensando que podría ser restaurada, pero… pero eso no sucederá jamás, físico. El viejo imperio se ha dividido en nuevos reinos, en reinos que miran hacia el futuro, que intentan unir lo mejor del mundo pasado y de este que comienza ahora. Britannia no puede ser una excepción. No va a serlo.

Me mantuve en silencio. Me dolía lo que estaba escuchando, pero no contaba con argumentos dotados de la suficiente solidez como para contradecir a Artorius. Por el contrario, algo en mi interior me gritaba que todo era cierto, irreparablemente cierto.

—En mis manos —prosiguió— se halla la posibilidad de establecer una nueva dinastía, una dinastía de *britanni* que transmita la cultura de Grecia y

de Roma, que defienda el cristianismo y que contenga a los *barbari* paganos. Ésa es mi obligación.

—No —le interrumpí—. Tu obligación es, en primer lugar, hacer honor a la palabra dada.

Artorius me miró desconcertado. No acertaba a descubrir el menor signo de comprensión en sus ojos, aunque así no por maldad o por ambición.

—Cuando murió Aurelius Ambrosius —proseguí— te comprometiste a que uno de sus descendientes sería tu sucesor como *Regissimus Britanniarum*. La legitimidad de tu poder procede de que aceptaste esa condición. Es más si no lo hubieras hecho ni Aurelius Ambrosius te hubiera admitido en el seno de su familia ni las legiones te hubieran reconocido. Pero eso no es lo más importante. Lo verdaderamente esencial es que diste tu palabra.

—Pero… pero si ya no existe el cargo de *Regissimus* —exclamó Artorius con tono desalentado—. Y la legitimidad… ¡oh, vamos!, yo no soy un gobernante legítimo porque me designara el representante militar de una Roma que desapareció hace tiempo. Lo soy porque el pueblo me ama, porque he restaurado la ley y el orden, porque garantizo con mis *equites* que la gente duerma tranquila y sin temor por la noche…

Renuncié a discutir. Actué así porque era consciente de que Artorius no estaba dispuesto a escuchar, pero también porque no se me escapaba la contundencia de los argumentos que esgrimía.

—Yo… yo… bueno, estaría dispuesto a perdonar a Leonor, a seguir con ella, si… bueno, si me pidiera perdón, si reconociera su culpa y… y si estuviera dispuesta a darme hijos, pero… pero no quiere. Se niega, físico. ¡Se niega!

—Artorius —le dije con un tono de voz en el que intenté dulcificar el rigor con el afecto—. Si no eres sucedido por un descendiente de Aurelius Ambrosius habrá guerra y será una guerra especialmente sangrienta y, sobre todo, fratricida.

Las cejas de Artorius, negras, pobladas e indomables, se convirtieron en dos arcos que parecían sustentar todo el edificio de su inmenso desconcierto.

—No has pensado en ello, ¿verdad? —continué—. Pues será fratricida por dos razones. Primero, porque *britanni* lucharán contra *britanni* divididos entre los que creen en la antigua ley y los que te son fieles y, segundo, porque, para convertirte en *Regissimus* por disposición de Aurelius Ambrosius, antes pasaste a formar parte de su familia. Combatirías contra tus propios parientes, Artorius. Derramarías una sangre que ahora es la tuya propia.

El rostro de Artorius se ensombreció al escuchar mis palabras. En aquellos momentos, me pareció un niño ilusionado con la idea de devorar una jugosa rebanada de pan con manteca que, de pronto, escucha que no puede hincarle el diente porque los productos lácteos pueden acabar con su salud hasta el punto de arrastrarle a la misma tumba.

Durante unos instantes, instantes que fueron breves, pero que me parecieron tan prolongados como los padecimientos que han de arrostrar los réprobos en el infierno, descendió sobre nosotros un silencio doloroso como una herida incurable y supurante.

—Lo siento, Artorius —dije al fin—. Pero ésa es la realidad. Tu vida de familia, tu matrimonio no son iguales que los de un campesino, un herrero o incluso uno de tus *equites*. Dios te ha colocado donde estás para que seas un ejemplo de justicia y de equidad. Otro podría pensar en una nueva vida y en formar una nueva familia. Tú no puedes hacerlo. Diste tu palabra de respetar el orden sucesorio que te dijo Aurelius Ambrosius y no cumplirla resultaría una indignidad y si te comportas de manera indigna, estarías traicionando tu misión.

Un fuego ciego, encolerizado, frío, apareció en las pupilas oscuras de Artorius. Nunca le había visto así y no pude evitar, siquiera por un instante, sentir miedo.

—¿Crees que no sé que tuviste amores con una pagana? —escupió más que pronunció las palabras—. ¿Acaso te piensas que ignoro que no sólo vuestra unión transcurrió fuera de la iglesia sino que además se trataba de una adivina, de una hechicera, de… de una bruja?

Al escuchar aquellas palabras, sentí copio si una jarra inmensa de dolor y pesar se hubiera roto en añicos en el interior de mi pecho vertiendo sin límite su amargo contenido.

—¿Has empezado a usar espías como hacían Calígula y Nerón? —le dije con tono suave aunque era consciente de que la pregunta estaba preñada de peligrosos riesgos.

—¿Acaso es mentira, físico?

—No, no lo es —respondí mientras intentaba controlar la tempestad de dolorosas emociones que había comenzado a agitarse en el interior de mi pecho—. Sucedió hace años y yo soy el primero que sabe que estuvo mal. Me arrepentí de ello hace mucho tiempo, pedí perdón al Salvador y sé que Su sangre me ha lavado de esos pecados.

Hice una pausa y respiré hondo. No estaba continuando aquella conversación para discutir mi pasado, sino para orientar a Artorius.

—Precisamente porque viví todo aquello —dije con firmeza— tengo aún más razones para decirte que no puedes hacer lo que deseas y que si te empeñas en ello tan sólo cosecharás dolor e infelicidad.

Artorius me mantuvo la mirada por un instante. Luego, como accionado por un resorte invisible, se puso en pie.

—Se me ha hecho tarde y he de marcharme —afirmó con resolución.

—¿No deseas compartir nuestra modesta cena? —pregunté intentando ofrecerle una última oportunidad para apartarse de aquel camino que contemplaba trazado con las piedras, duras y rezumantes de amargura de la desgracia.

—Ya te he dicho que se me ha hecho tarde, físico.

Nos dirigimos en silencio hacia el lugar donde Caius esperaba con los caballos.

—¿Sabes cómo te llama la gente? —me preguntó Artorius cuando había colocado ya las manos sobre la silla de cuatro cuernos.

—No —respondí.

—Te llama Merlín —respondió.

Le miré sorprendido. ¿Se estaba burlando de mí?

—Y además, dicen que eres un mago, y que tienes poderes infinitos y que ninguna sabiduría humana es comparable a la tuya.

Merlín… repetí en lo más hondo de mi corazón. Se trataba del término utilizado para denominar a un halcón muy especial. Tan especial que los campesinos de Britannia afirmaban que nadie era capaz de atraparlo y que así sucedía porque, entre otras cualidades, poseía la virtud mágica de transformarse en distintos animales como un pez que, por cierto, recibía el mismo nombre. Había escuchado muchas historias sobre mí, la inmensa mayoría absurdas y disparatadas, pero en ese momento me parecieron poca cosa comparadas con la leyenda que afirmaba que era un halcón. ¡Un halcón! ¡Nada menos que un halcón!

—¿Creen que vuelo? ¿O que me oculto bajo las aguas? —pregunté.

—Ambas cosas —respondió Artorius sin dejar de mirarme—. Están convencidos de que ni un ejército podría capturarte, ni una hueste de brujas atraparte ni un rey… convencerte.

Calló súbitamente tras pronunciar las últimas palabras. Quizá pensó que, al menos en esa afirmación, sus ahora súbditos no andaban tan desencaminados. Se apoyó entonces en la silla, se dio impulso y montó con aquella soltura que tanto me había llamado la atención la primera vez que nos habíamos visto muchos años atrás.

—Conque Merlín, ¿eh? —repetí y me eché a reír.

Artorius se unió a mi risa, mientras tendía la diestra a Caius para que le entregara el yelmo.

—Te necesito…, Merlín —dijo mientras una nube de tristeza se posaba sobre su rostro noble y aún juvenil disipando el efímero gesto risueño que había colgado de sus labios por un instante—. Me resulta indispensable que seas mi… halcón.

—*Domine* —respondí—. Lo único que verdaderamente necesitas es ser fiel a aquello para lo que fuiste llamado.

«In teneris consuescere multum est»… *Sí, tenía mucha razón mi admirado Virgilio al indicar que las costumbres de la infancia tienen mucha fuerza. Si una criatura es criada en el respeto a los mayores, en el esfuerzo, en la austeridad, en la obediencia a la ley y, sobre todo, en el temor de Dios, cuando sea adulto se comportará como un ciudadano ejemplar. Extenderá su cuidado a unos padres mayores, trabajará para mantener a los suyos, evitará los gastos inútiles o lujosos, cumplirá con las normas que garantizan la estabilidad del reino y, sobre todo, contemplará todo no desde el punto de vista raquítico y limitado de un simple hombre, sino que intentará descubrir cuáles son los propósitos de Dios y entenderá que la vida tiene un sentido. Pero si alguno de esos aspectos falla, las consecuencias no se harán esperar. Quizá olvide a sus padres considerándolos sólo como viejos molestos, quizá se convierta en un vago dispuesto a vivir a costa del esfuerzo ajeno, quizá gaste sin tino endeudándose y causando la desgracia de los suyos, quizá quebrante la ley transformándose en un peligro para el reino y, sobre todo, se asegurará el camino de la perdición eterna. Todo eso, en no escasa medida, deriva de lo que se le enseñó en sus primeros años de vida. Así de trascendentales son.*

Capítulo IV

Mientras veía cómo se alejaban Artorius y Caius, experimenté una extraña sensación de pesar y, a la vez, de amor. De pesar porque en lo más profundo de mi corazón sabía que nada podría evitar el desastre si el antaño *Regissimus* no desandaba sus caminos; y de amor porque aquel pecado, que podía ser terrible en sus consecuencias, no me llevaba a dejar de sentir afecto por alguien que tanto había hecho por Britannia; que tanto había bregado por reconstruirla, ciertamente, y que tanto podía contribuir para aniquilarla en el mejor momento que había vivido en más de un siglo.

Durante las semanas siguientes, intenté concentrarme lo más posible en mi tarea docente, pero, seguramente a causa de lo que había advertido en Artorius, insistí de manera especial en la forja del carácter por encima de otras consideraciones. Debo reconocerlo. Por primera vez, me di cuenta de que estaba a punto de bordear el fracaso más estrepitoso incluso con mis discípulos. Quizá no les faltaba razón, pero lo cierto es que no entendían, por ejemplo, que no hubiera calefacción en las aulas o que los llevara a pasear bajo el viento más gélido mientras les enseñaba. No actuaba así por deseo de ahorrar leña o por mi gusto, ni tampoco porque con aquel frío recordara más fácilmente épocas de mi infancia más tranquilas y, sobre todo, más dichosas. No. En realidad actuaba así movido, sobre todo, por un deseo de ayudarlos a vivir.

Por supuesto, en ocasiones se mostraban tan animados como en la época anterior a la inesperada visita de Artorius. Sucedía, por ejemplo, cuando destripaba un animal ante sus ojos para explicar cómo circulaban los humores por su cuerpo o cuando les enseñaba las diferentes clases de cañas (ah, Blastus, Blastus, ¿qué había sido de ti? ¿Seguías ocupado en reedificar iglesias?) o cuando disertaba sobre las plantas más diversas dotadas de virtudes curativas inimaginables.

A pesar de todo, las cosas no comenzaron a empeorar de manera intolerable hasta el momento en que se enteraron de que me había opuesto a los propósitos de Artorius. En parte, la culpa fue mía porque ni siquiera consideré que pudiera producirse tal eventualidad. ¿Cómo iba a saber nadie lo que habíamos hablado el antiguo *Regissimus* y yo? Tenía que haber previsto la respuesta más lógica y natural: por un comerciante de Londinium especialmente lengüilargo.

Llegó un domingo con la decisión inquebrantable de llevarse a su hijo. Nunca me he caracterizado por sentir apego hacia nada y debo reconocer que la posibilidad de perder a aquel discípulo no me ocasionó pesar alguno. A decir verdad, hacía mucho tiempo que había llegado a la conclusión de que si tenía algún tipo de cualidad debía ser la de enredar y vender como su padre, de manera que incluso sentí como si me descargaran un peso de encima. Pero, lamentablemente, la situación no concluyó ahí. Aquel asno especializado en comerciar con todo lo que se le ponía al alcance se permitió la insolencia de afearme la conducta.

—No creo que seas un mago —me espetó apuntándome con el índice—. Si lo fueras, respaldarías a nuestro *imperator* Artorius o, de lo contrario, lo habrías fulminado. No has hecho ni una cosa ni otra, luego sólo puedes ser un farsante.

Era cierto, ni era un mago ni me había comportado de ninguna de las dos maneras que señalaba, pero la conclusión a la que llegaba aquel hombre era, como mínimo, defectuosa. Por lo menos, si se examinaba desde una perspectiva lógica. Al parecer, ni se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que simplemente fuera una persona honrada o un simple cobarde. No. Sólo podía ser un embustero.

—¿No temes que te convierta en perro? —le dije en voz baja, pero remachando cada sílaba de la pregunta como si mi lengua fuera un martillo que hundiera los clavos hasta la cabeza.

El comerciante de Londinium palideció como un muerto al escuchar mis palabras. Sí, no cabía duda de que lo había impresionado.

—No… no te atreverás… —balbució aterrado—. Los *equites* del *imperator…*

—¿Crees que los *equites* podrían devolverte tu forma humana? —le corté secamente.

No debía creerlo, porque lanzó un alarido animal en medio del cual pude distinguir borrosamente el nombre de su hijo. A continuación, echó a correr hacia el carromato de pesadas ruedas que lo había trasladado hasta nuestro *studium*. Se volvió un par de veces seguramente para comprobar si le seguía, pero lo cierto es que no tenía la menor intención de hacerlo y me limité a ver cómo se alejaba.

El hijo de aquel personaje desagradable y murmurador fue el primero, pero no el último de los discípulos que perdí. De alguna manera siniestra cuyos términos exactos se me escapaban, alguien había difundido el rumor de que me oponía al hombre de la paz, al *imperator* que había salvado a

Britannia, a Artorius. Así, habían ido llegando a la conclusión de que lo más digno —o simplemente, lo más sensato— era distanciarse lo más posible de mi presencia.

El postrero en abandonarme fue un muchachito menudo y tristón llamado Titius. Se trataba del hijo ilegítimo de un clérigo, al que los no resueltos sentimientos de culpa de su padre y la constancia inquebrantable de su madre habían lanzado a aquel lugar perdido, casi oculto, del nuevo reino de Britannia. Seguramente, su cercanía les resultaba incómoda. Lo verían como recordatorio vivo de un pecado que las gentes consideraban especialmente bochornoso. Pero más desagradable aún debía parecerles la perspectiva de que lo relacionaran con un ser indeseable como, al parecer, era yo. ¿Cuántas frases había llegado a intercambiar con aquel mozalbete en los meses anteriores? Seguramente, le había dirigido varias órdenes e incluso le había ampliado algunas explicaciones, pero él no debió de responderme más allá de algunos monosílabos aislados. Cuando se despidió de mí, no fue más elocuente con las palabras. Agachó la cabeza, como si la vergüenza del acto de sus padres recayera totalmente sobre su cerviz, y se dirigió hacia el camino que lo conduciría hacia cualquier sitio menos a los cuidados normales que se reciben en el seno de una familia.

En el caso de la mayoría de mis discípulos no había consentido en contemplar su marcha. Por el contrario, en los momentos en que estaban abandonando el *studium* me había esforzado aún más por centrarme en lo que enseñaba y por atraer hacia mí la atención de los alumnos que aún no se habían sumado a la desbandada. Pero Titius era el último y, como si deseara disfrutar del postrer instante dedicado a la enseñanza, me obligué a observar cada paso, doloroso paso, de su marcha.

Lo esperaba a la vera del camino un criado de aspecto clerical que sujetaba las bridas de una mula rojiza y cabeceante. Titius estaba a punto de alcanzarlo cuando, de repente, volvió la mirada hacia mí. Por un instante, se detuvo en esa incómoda postura que le obligaba a posar el mentón casi sobre el hombro. Luego, de la manera más inesperada, lanzó su zurrón contra el suelo, como si deseara deshacerlo con el golpe, y echó a correr hacia mí. Aún no me había percatado del todo de lo que sucedía cuando sentí contra mi cuerpo el impacto de aquellos brazos infantiles que estuvieron a punto de precipitarme contra el suelo.

—*Non volo ire, magister! Non volo ire, magister*[55]! —me dijo mientras se abrazaba a mí y cubría mi pecho de unas lágrimas abundantes y calientes como una cosecha sazonada de ciruelas maduras.

Un calor olvidado emergió entonces de mi corazón y se me enroscó de manera súbita en la garganta para irradiar su fuerza incontenible en dirección a mis ojos. Pero logré contenerme. Hacía mucho tiempo que no lloraba y no estaba dispuesto en ese momento a que me sucediera.

—Debes hacerlo —le respondí con la mayor serenidad de que fui capaz —. Debes obedecer a tus padres.

—Pero no quiero…

Llevé la mano hasta el mentón de Titius y lo levanté suavemente para que su mirada se encontrara con la mía. Aquel muchacho jamás me había llamado la atención, nunca había merecido mi predilección y en ningún momento había sido objeto de los instantes cuidadosamente escogidos que prodigaba a los mejores. ¡Qué estúpido e injusto había sido! Sin duda, lo que aquel niño albergaba en su corazón merecía más que en ningún caso que le hiciera objeto de aquella preferencia.

—Escúchame, Titius —comencé a decirle lentamente porque temía que si no hablaba muy despacio las lágrimas acabaran interrumpiendo mis frases—. En esta vida no hacemos lo que queremos, sino lo que debemos. Porque el mérito no está en hacer lo que nos agrada sino en hacer lo que debemos hacer tanto si nos agrada como si no. *Non voluptas, sed voluntas*[56].

Realicé una pausa suave para aquietar la agitación dolorosa que se había apoderado por completo de mi pecho.

—Ahora tienes que irte —le dije mientras sujetaba con firmeza una barbilla que ansiaba rebelarse a mi orden—. Lo harás no porque te guste, sino porque es tu obligación. Y…

Callé y tragué saliva.

—Y algún día, si ahora te comportas como debes, tú también podrás enseñar a otro la manera en que ha de conducir su vida.

Solté la cara de Titius y le sonreí.

—Y ahora vete en paz —dije—. En la paz que el Salvador da a los que le obedecen.

—*Gratias ago, magister*[57]! —musitó Titius apartándose de mí—. *Merito te amo*[58] —me gritó cuando se hallaba a unos pasos apenas de su mula.

—*Gratiam habeo maximam*[59]! —aún dijo a voces cuando su montura había iniciado el camino hacia un lugar desconocido del futuro.

Le vi convertirse en una diminuta figurilla parda y luego en un punto difuso y, finalmente, desaparecer. Y entonces, como si se tratara de algo creciente e incontenible, el sollozo que desde hacía semanas había conseguido reprimir subió desde mi vientre hasta los ojos y los desbordó. Fue sólo un

instante porque respiré hondo y porque, de la misma manera que hubiera espantado a un bichejo inmundo, me enjugué las lágrimas con ambas manos en un gesto seco.

Siempre había sentido una sensación agradablemente especial al penetrar en la parte del *studium* donde vivía. Los libros acumulados en estantes que rebosaban o incluso apilados en el suelo me infundían una calma serena que podía compararse con muy pocas cosas. Ahora, sin embargo, tras despedir a Titius tan sólo experimenté una asfixiante y fría soledad. Era como si el mundo se hubiera helado y, lejos de proporcionarme disfrute aquella temperatura baja que tanto hubiera agradado a Blastus, sintiera que mi sangre perdía su calidez como un anticipo de la muerte. Por un momento, el vértigo saltó sobre mi cerviz y tuve que aferrarme a la jamba para no desplomarme.

Parpadeé para no perder el conocimiento e intenté encaminarme hacia mi lecho. Seguramente, todo volvería a lo normal si me tendía un rato a descansar. Estaba a punto de llegar a mi revuelto aposento cuando noté un aroma… ¿cómo podría definirlo? Sin duda, era especial. Súbitamente inquieto me dije que no podía ser, que resultaba inverosímil, que mi imaginación me engañaba. Pero, en lo más hondo de mi corazón, sabía que se trataba de una indiscutible realidad.

Vivian. Estaba igual de bella que como yo la recordaba. Bueno, quizá bajo los ojos, hermosamente verdes, se percibían ahora unas bolsas ligeramente pronunciadas; quizá su rostro era menos firme, quizá había ganado algo de peso… quizá. Pero, a pesar de todo, seguía siendo excepcionalmente hermosa. Al contemplarla, sentí cómo la sangre, aquella sangre que había temido que se coagulara en mis venas, se caldeaba en mi interior. Y entonces, sin desearlo, pero sin poder impedirlo, me vi arrastrado hacia atrás en el tiempo. Reviví, como si hubiera bebido un mágico licor dotado de una prodigiosa virtud, docenas de imágenes que me llevaban hasta unas horas tejidas de caricias inefables y de un deseo, satisfecho una y otra vez, pero nunca colmado del todo.

—He venido a buscarte, Merlín —me dijo con los labios abiertos en aquella sonrisa que tan bien conocía.

Me sentí defraudado al escuchar cómo había cambiado mi nombre por aquel absurdo mote.

—¿Fuiste tú la que inventó esa costumbre de identificarme con un pez? —indagué.

—No te queda tiempo —ocultó la respuesta.

—¿Para qué, Vivian? —le dije—. Ahora que me he quedado con el *studium* vacío temo que el tiempo es algo de lo que voy a disponer en abundancia.

—Te pones imposible cuando te empeñas en no entender —comentó con un amago suave de irritación—. Sabes de sobra a lo que me estoy refiriendo. Artorius no podrá sobrevivir.

Sentí una enorme ansiedad al escuchar aquellas palabras. Pero ¿hasta qué punto podía estar seguro de que Vivian no me mentía? ¿Se debía su anuncio al ejercicio de sus ilícitos poderes mánticos o tan sólo pretendía enredarme con un bien urdido engaño?

—¿Qué tiene que ver que Artorius no sobreviva con el hecho de que me vaya contigo?

—¡Oh, vamos! —protestó Vivian—. ¿Por qué no aceptas las cosas como son? Has fracasado. Has perdido el tiempo. A decir verdad, todo lo que has intentado se ha venido abajo. ¿Roma? Desapareció entre las llamas hace años. ¿Artorius? Ha decidido, no es tan tonto como tú, ser un *imperator*. *¿Tus* discípulos? El más agradecido, o el menos ingrato, según se mire, es el más estúpido.

Hizo una pausa y dio unos pasos hacia mí, los suficientes como para que sintiera un deseo doloroso de tenerla entre mis brazos.

—Reflexiona en el tiempo que has perdido —dijo con un tono de voz embriagadoramente suave—. Ése ya no tiene remedio, por supuesto. Pero piensa en lo que aún te queda de esta vida. Son tus últimos años y podrían resultar los más hermosos, los más dulces, los más cálidos…

—No iré contigo, Vivian —la interrumpí.

Los ojos de aquella mujer, bella como ninguna que yo hubiera conocido o soñado jamás, relampaguearon por un instante.

—¿Estás seguro? —me preguntó con una voz tan neutra que hubiera podido brotar de una piedra o de un árbol.

—Jamás lo estuve tanto —mentí.

La imagen de Vivian se desvaneció de la misma manera que la nocturna neblina suave cuando el sol ardiente se va elevando en el firmamento. Su aroma, sin embargo, permanecería hasta bien adentrado el día siguiente.

«Non ignara mali miseris succurrere disco»… *Al conocer la desgracia, sé cómo socorrer a los desdichados, afirmaba uno de los personajes de la* Eneida. *Se equivocaba. El conocimiento de la desgracia no nos abre el camino para saber cómo remediarla. Puede convertirnos en resentidos o en piadosos, pero no nos proporciona de por sí el conocimiento de la cura. ¿Quién sabe incluso si el padecimiento no cegará su entendimiento para entender cuáles son las causas del dolor y cuáles las mejores maneras de abordarlo? En ese sentido, el apóstol de los gentiles acertaba al decir que podemos consolar a los demás si antes hemos sido objeto de consuelo. Eso sí es cierto. Cuando uno ha sufrido y ha comprobado en su alma cómo se puede librar de ese sufrimiento y lo que proporciona una vía de salida, tiene alguna posibilidad de ayudar a otros. Siquiera puede dar testimonio de su propia experiencia no de haber sufrido, sino de haberse visto libre*.

Capítulo V

Hubiera deseado equivocarme en todo lo que le había advertido a Artorius, pero, lamentablemente, mis anuncios se correspondieron con minuciosa exactitud con lo que sucedió. El hombre que ahora se hacía llamar *imperator britanniae* no tardó en repudiar a Leonor de Gwent y en hallar a una nueva esposa. Se trató de una mujer joven y, según decían, muy hermosa. Procedía de una familia romana y había sido criada en la casa de Cador, el *magister militum* de Artorius. Sin embargo, creo que todo aquello tenía poca importancia porque lo que se buscaba de ella era, sobre todo, que garantizara que sus propósitos de formar una dinastía se convertirían en realidad.

Por supuesto, nada de todo aquello se escapó a los que tenían que haber sucedido a Artorius. Si Aurelius Ambrosius hubiera tenido un hijo varón quizá Artorius no hubiera sido designado como *Regissimus Britanniarum*, pero la única descendencia de su predecesor se había limitado a una hembra llamada Ana Ambrosia. Era tan joven, a decir verdad, una niña, que nunca hubiera podido convertirse en cónyuge de Artorius, pero, con el paso del tiempo, contrajo matrimonio con un noble norteño llamado Dubnovalo Lotico. De aquel enlace había nacido un muchacho que recibió el nombre de Lancearius Medrautus. Legalmente, Medrautus era un sobrino de Artorius ya que el antiguo *Regissimus* y ahora *imperator*, al entrar en la familia de Aurelius Ambrosius, se había convertido en hermano de Ana Ambrosia.

Durante años, las relaciones entre Artorius y Ana Ambrosia habían sido distantes, pero cordiales. Cada uno de ellos había disfrutado de sus vidas respectivas en la convicción de que nunca se produciría un acto de hostilidad. ¿Por qué tendría que haber sucedido si Artorius era un hombre de palabra y Medrautus un niño que sólo tenía que esperar a crecer para sucederle como *Regissimus Britanniarum*? Pero Artorius no había mantenido su promesa y, de manera bien comprensible, Ana Ambrosia y su marido habían comenzado a inquietarse. Cuando los rumores —totalmente carentes de realidad— acerca de un posible embarazo de Ginebra comenzaron a difundirse, Dubnovalo Lotico, el marido de Ana Ambrosia y padre de Medrautus, envió una misiva a Artorius recordándole sus compromisos.

Si Artorius se hubiera mantenido en la posición pactada décadas atrás habría enviado una respuesta disipando cualquier duda. Sin embargo, Artorius no tenía la menor intención de ser fiel a lo acordado con Aurelius Ambrosius. Tampoco deseaba decirlo de manera manifiesta antes de que, efectivamente,

Ginebra quedara encinta y diera a luz a un varón, así que consideró que lo más sensato sería no responder.

No hace falta ser especialmente perspicaz para comprender que el silencio de Artorius sólo sirvió para confirmar las peores sospechas de Ana Ambrosia y de su marido. Pensaron que sin duda, Artorius estaba planeando alguna jugada sucia que excluyera a su amado Medrautus del puesto que le correspondía ocupar. Por desgracia, los irritados padres no se equivocaban lo más mínimo.

A esas alturas, la posibilidad de derribar a Artorius resultaba, pura, lisa y llanamente, inexistente. Era un hombre querido al que *los britanni* miraban con rendida gratitud. Parecía, pues, confirmarse lo que había comentado conmigo al visitarme en el *studium*. Prudentemente, ni Ana Ambrosia ni su marido realizaron la menor crítica a las acciones del ahora *imperator*. Hubiérase dicho que eran los súbditos más leales que nadie hubiera podido imaginar. Sin embargo, distaban mucho de darse por vencidos. A decir verdad, habían urdido un ingenioso plan para lograr que sus propósitos alcanzaran el cumplimiento más consumado y completo. Consistía aquél en establecer una alianza secreta con los *barbari* a los que Artorius había contenido durante años y, a la vez, en prometer a la gente más joven, la que tenía la edad de Medrautus, que todo sería más dichoso cuando el joven se ciñera la corona. Esta segunda acción era una forma vergonzosa de engaño, pero la primera constituía directamente alta traición, justo el comportamiento que Artorius nunca hubiera pensado posible. Ni siquiera cuando *los barbari* —por primera vez en años— se lanzaron contra el *limes* sospechó lo que estaba sucediendo. A decir verdad, ¿quién hubiera podido creer que aquellos salvajes se arrojaban sobre Britannia únicamente porque contaban con el apoyo de *britanni* importantes? Seguramente, nadie salvo los que estaban en el secreto. No obstante, la realidad, como sucede siempre, tiene una existencia autónoma que no depende en absoluto de lo que piensen los demás. Durante siglos, los paganos doblaron el espinazo ante imágenes de piedra, de madera y de metal como si ésa fuera la manera de encontrarse con la divinidad y, sin embargo, lo único que lograban era apartarse del único Dios verdadero. Ahora, *los britanni*, *los* tranquilos e ignorantes *britanni*, desconocían por completo que un grupo de traidores había decidido entregar su país a *los barbari*, a los mismos *barbari* que, desde hacía siglos, eran sus peores enemigos.

El descubrimiento de la verdad resultó paulatino. Lo primero que se supo fue que Medrautus había enviado mensajeros a los *barbari* para concluir un

pacto. Por supuesto, Medrautus negó cualquier insinuación al respecto con airada energía, pero el gran problema de la mayoría de las mentiras es que, tarde o temprano, quedan expuestas. Una noche, un centinela más atento de lo normal descubrió en el norte del país un encuentro entre un emisario de Medrautus y dos *barbari*. El hecho revestía tanta relevancia que, apenas unos instantes después, dos *equites* se dirigieron a Camulodunum con la misión de informar a Artorius de lo que había contemplado aquel legionario especialmente celoso de sus deberes.

Cuando Artorius fue advertido de lo que sucedía, optó por comportarse con la mayor prudencia. Con seguridad, lo más eficaz —quizá incluso lo más sensato— hubiera sido detener a todos los traidores y entregarlos a un juez que los sometiera al proceso previo a su más que justificada ejecución. Pero Artorius no deseaba ocasionar un escándalo que trastornara a los *britanni* y que, a la vez, permitiera pensar a los *barbari* que Britannia era débil y estaba rebosante de traidores. Por eso, se limitó a convocar a Medrautus a su corte. Quizá si Medrautus hubiera sido más avispado, habría obedecido a Artorius, hubiera negado todas las acusaciones y le hubiera jurado lealtad a la espera de un momento más idóneo para continuar con su conspiración. Pero Medrautus, además de malvado, era un estúpido. Alzó —ahora abiertamente— el estandarte de la rebelión y encaminó sus fuerzas hacia la capital de Britannia con la intención de aniquilar a Artorius.

Los dos ejércitos se encontraron en Verterae y, según me contaron, Artorius no tuvo mucha dificultad en deshacer a las huestes de Medrautus, su sobrino. Sin embargo, a pesar de que ya se había derramado sangre, a esas alturas nada era irreparable. Estoy totalmente convencido de que si Medrautus hubiera pedido entonces clemencia, Artorius se la hubiera concedido. Habría incurrido con certeza en un grave error porque la gente como Medrautus es indigna de confianza, pero también es verdad que, siquiera por un tiempo, la guerra habría concluido. Sin embargo, Medrautus no estaba dispuesto a rendirse y obligó a Artorius a partir en su persecución.

Si yo hubiera sido Medrautus hubiera rehuido la batalla abierta. Habría intentado llegar hasta las tierras del norte donde se encontraban los *barbari* y, quizá, habría regresado con un nuevo ejercito con la esperanza de convertirme en nuevo *imperator* de Britannia. Pero Medrautus no actuó así. Envió una petición de ayuda a los *barbari*, se encerró en el antiguo *castra* de Cambloganna y esperó a que llegaran sus aliados antes de que lo hiciera Artorius.

También yo me dirigí hacia aquel lugar. Lo recordaba vagamente de cuando años atrás Artorius y yo habíamos recorrido la antigua cadena de *castra* romanos para ver cuáles podían ser aprovechados y cuáles era mejor condenar al olvido. Cambloganna no había quedado desechado, pero tampoco era uno de *los castra* más relevantes. O mucho me equivocaba o Medrautus no tenía la menor posibilidad de soportar un asedio indefinido.

Cuando llegué a Cambloganna me sorprendió el extraordinario bullicio que se había apoderado de los reales de Artorius. Me costaba aceptarlo, pero, al observar su campamento, tenía que reconocer que poseía algo distinto, completamente diferente, distanciado de cualquier cosa que hubiera podido contemplar hasta entonces. Aquéllas no eran las viejas legiones que yo había conocido y que habían vivido los años agonizantes del final de Roma. Se trataba, por el contrario, de un ejército nuevo y distinto, el de un gobernante que, aunque defensor de la tradición romana, también actuaba de una manera diferente y novedosa. El de Artorius.

Creo que fue aquella tarde en que llegué al campamento del hombre que ahora se empeñaba en ser denominado *imperator* cuando me sentí, por primera vez, enormemente viejo. Sin duda, no lo era más que otros, pero yo había tenido de repente la absoluta seguridad de que no quedaba prácticamente nada del mundo en que había vivido durante mi infancia, mi adolescencia, mi juventud y mi madurez. Era cierto que todavía podía contemplar legionarios con un armamento muy similar al que había conocido y no era menos verdad que Virgilio había sobrevivido a todas aquellas décadas de violencia como había persistido el *ius romanum*. Pero, a pesar de todo, bastaba contemplar aquel *castra* para darse cuenta de que todo aquel mundo que yo había deseado preservar había desaparecido en medio del torbellino feroz e inexorable de los años y que lo que ahora se levantaba ante mis ojos era algo diferente y, muy posiblemente, peor.

—¿Cómo estás, Merlín? —me preguntó Artorius con una sonrisa irónica cuando comparecí ante su presencia.

Merlín. Comenzaba a temer que nunca lograría librarme de aquel sobrenombre exagerado y absurdo que enlazaba mi existencia con la de un halcón prodigioso capaz de convertirse en pez y en otras extrañas bestezuelas. Bueno, quizá no pasaba de ser una broma de Artorius…

—Gracias a Dios, de maravilla —respondí sonriendo.

—Tenías razón —señaló Artorius aunque en sus palabras no me pareció descubrir el menor signo de pesar o amargura.

—¿Lo dices por…?

—Lo digo por la guerra que ha desencadenado ese necio de Medrautus —respondió Artorius sin que el gesto risueño le abandonara—. ¿A quién se le ocurre pactar con una banda de asesinos como son los *barbari*? Los *britanni* no se lo van a perdonar jamás.

Guardé silencio, pero mucho me temía que el hecho de que los *britanni* le perdonaran o no iba a derivar más del éxito de sus maniobras inmorales y sucias que de cualquier otra consideración.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté cambiando de tema.

—Atacar la fortaleza cuanto antes y capturar a Medrautus —respondió mientras una nube de súbita preocupación se posaba sobre su frente.

—¿No sería mejor rendirla por hambre? —sugerí en forma de pregunta.

Artorius inspiró hondo y luego expulsó el aire con lentitud, como si le ayudara a reflexionar.

—No tengo tiempo, Merlín —me contestó y, por primera vez, percibí en sus pupilas oscuras una inquietud que hasta este momento no había hecho acto de presencia—. Un ejército de *barbari* se dirige hacia aquí con la intención de ayudar a Medrautus.

—¿No existe la posibilidad de que pueda ser contenido mientras tiene lugar la toma del *castra*?

—Ni la menor —respondió Artorius—. Todos los enemigos de Britannia se han unido para aniquilarla de una vez por todas. Al parecer, hasta se dirigen contra nosotros contingentes de Hibernia…

Guardé silencio. O mucho me equivocaba o nos encontrábamos en una situación verdaderamente difícil.

—Si mañana tomo Cambloganna —continuó Artorius—, podré dirigirme al norte para enfrentarme con los *barbari*. Al parecer, se encuentran a unos dos o tres días de marcha. Con Medrautus muerto no creo que opongan mucha resistencia. ¿Quién sabe? Quizá ni siquiera tengamos que combatirlos porque decidan retirarse antes.

—Sí, es una posibilidad —reconocí—. A fin de cuentas, es la traición de Medrautus la que les ha abierto el camino…

—¿Quieres ver lo que pienso hacer… Merlín? —me preguntó entonces mientras la sonrisa, esa sonrisa inconfundible y especialmente risueña, volvía a columpiarse de sus labios.

—Creo que sí —contesté.

«Stat sua cuique dies»… *Sí, como Virgilio, yo también creo que el día de cada uno está fijado. A muchos esa circunstancia les asusta. Temen despertarse un día enfermos, pobres, abandonados o muertos. Sin embargo, creo que deberíamos sacar otras consecuencias de esa innegable realidad. Por ejemplo, no deberíamos tener miedo a la muerte porque es cierto que no viviremos un día más de lo que Dios quiera, pero tampoco uno menos. No deberíamos tampoco sentirnos amedrentados por el dolor porque, ciertamente, no recaerá sobre nosotros menos del que el Hacedor haya decidido consentir, pero tampoco más. Mucho menos aún debería inquietarnos nuestra fortuna porque el Dios que viste a las flores del campo y alimenta a las aves del cielo —si se me permite utilizar los ejemplos mencionados expresamente por el Salvador— no aceptará que estemos desnudos o pasemos hambre. El día de todos y cada uno está establecido, pero eso, en contra de lo que piensan muchos, constituye una verdadera bendición.*

Capítulo VI

Medrautus había rodeado Cambloganna con una línea de trincheras mal cavadas y otras de empalizadas no mejor concluidas. Había intentado repetir el sistema romano de defensa, pero me resultaba obvio que sus conocimientos eran muy rudimentarios. El plan de Artorius consistía en rebasar aquellos primeros obstáculos con rapidez y acometer el *castra* por cuatro puntos a la vez con la intención de impedir al enemigo concentrar sus defensas en un solo lugar. Confiaba en que la veteranía de sus tropas se impusiera a la bisoñez de los seguidores de Medrautus. En no escasa medida, eran seguidores entusiastas, pero también muy jóvenes. Cabía la posibilidad de que, enfrentados no con las perspectivas de éxito que tanto les había prometido Medrautus en su nuevo reino, sino con el vigor de las fuerzas de Artorius, su resistencia fuera limitada.

Contemplé desde lo alto de una colina chata y herbosa la evolución de las tropas de Artorius. No, no eran las altivas legiones sobre las que tanto había leído a lo largo de mi vida, pero se trataba de un ejército imponente, un ejército en el que la infantería tenía un papel mucho más reducido y en el que los *equites* habían dejado de ser tropas de apoyo para convertirse en los verdaderos señores del combate, en la nueva y terrible arma que decidiría cualquier batalla.

Como había pensado, los *equites* de Artorius rebasaron con facilidad las trincheras enemigas sembrando un pánico tan profundo entre los hombres de Medrautus que abandonaron en una abierta desbandada sus lugares de protección. Se trató de una decisión terrible porque la mayoría de ellos no consiguió siquiera alcanzar las empalizadas que les hubieran podido brindar algún abrigo. Por el contrario, *los equites* cayeron sobre los que huían batiéndolos con sus lanzas en su camino hacia los postes mal cortados de la empalizada. No acabaron con todos los defensores, pero la infantería de Artorius, horriblemente estimulada por el éxito de *los equites*, se ocupó de esa tarea rematando a los caídos a golpes.

Desde la distancia en que me encontraba no podía escuchar los alaridos ni los gritos, que imaginaba espantosos, pero no me cabía duda de que allá abajo, en la hondonada donde se encontraba el *castra*, el fragor debía ensordecer cualquier oído humano. Sí pude percatarme de cómo aquella pradera blanda y tranquila experimentaba una terrible transformación. Fue como si, de repente, toda la vida rebosante que se daba cita en aquel accidente

del terreno se estuviera acabando de la misma manera que concluía la de los hombres que lo surcaban sembrando el dolor y la muerte. Muy pronto, la masa de hierba verde se vio metamorfoseada en un manto pardinegro cubierto de cadáveres horriblemente deformados y de heridos que tendían las manos ensangrentadas suplicando ayuda. Pero nadie los atendía, nadie los escuchaba, nadie mostraba piedad porque, a esas alturas, los atacantes tan sólo deseaban rebasar la línea de defensa que representaba la empalizada y los hombres de Medrautus, únicamente aspiraban a contenerlos.

No lo consiguieron. Una primera fila, una segunda, hasta una tercera cayeron bajo el impacto de las flechas y los dardos disparados por los defensores. Sin embargo, el ímpetu del asalto no se vio detenido. Era como una ola de hierro y sangre que no estaba dispuesta a dejarse contener de la misma manera que tampoco consentiría en hacerlo la corriente de agua que llega hasta las blancas arenas de la playa. No lo pude ver, pero estoy seguro de que alguno de aquellos *milites* anónimos, a los que nadie conocía, que quizá nunca serían cantados, rompió, dobló, tronchó alguno de los postes de la empalizada. Debió conseguirlo de tal manera que se abriera una vía para que todo el ejército irrumpiera como un torrente al otro lado de las defensas. Y entonces, de manera creciente, ésta comenzó a desplomarse como si fuera un bosquecillo insignificante de arbolillos raquíticos que pretendiera enfrentarse a la impetuosa soberbia del huracán más violento.

Una vez más, contemplé el terrible espectáculo que significaba la huida desesperada de *los milites* de Medrautus y también sus esfuerzos inútiles por salvar la vida. Acá y allá, alguno levantaba un brazo o juntaba las manos en un gesto que suplicaba misericordia, pero —lo recuerdo muy bien— no hubo quien la recibiera. Ningún combatiente experimentado desea en medio de la batalla dejar a sus espaldas a alguien que pueda arrancarle la vida y los hombres de Artorius estaban más que curtidos en una infinidad de combates. El corte letal de la hoja de una espada, el despiadado mazazo, la punzada mortal de una lanza fueron las únicas respuestas que recibieron los que suplicaban. Se trataba de elegir entre la vida de aquellos enemigos o la propia y los hombres de Artorius —como hubieran hecho los de Medrautus— no lo dudaron. Después, seguramente, buscarían alguna justificación a su comportamiento. Después, seguramente, hablarían de lo insignificante que era la existencia de los traidores, de los rebeldes, de los que pactaban con *los barbari*. Después, seguramente, se atreverían a decir que tan sólo habían ejecutado con anticipación la justicia debida. Pero todo eso sería después. Ahora ninguno de esos razonamientos pesaba en su manera de actuar. Lo que

les impulsaba era un instinto primario, despiadado, animal, que exige que la propia vida sea salvada a cualquier coste.

Recorrí con la vista el campo de batalla para intentar localizar a Artorius. No me costó dar con él. Llevaba una túnica de tono rojo muy vivo y cabalgaba sobre un extraordinario caballo negro. O mucho me equivocaba o el antiguo *Regissimus* estaba recurriendo al viejo truco del gran julio César. Iba ataviado con una vestimenta que pudiera ser contemplada desde cualquier lugar del campo de batalla y así infundiera ánimos a sus hombres. Por supuesto, como antaño le había sucedido al ambicioso conquistador romano, esa actitud multiplicaba las posibilidades de ser herido, pero también aumentaba de manera extraordinaria el ímpetu de sus *milites*. Me dije que resultaba verdaderamente deplorable que alguien tan valiente no se hubiera visto adornado además por la prudencia.

A esas alturas, los hombres de Medrautus habían llegado hasta el *castra* e imploraban que les abrieran la puerta para ponerse a salvo de un enemigo que les pisaba los talones. ¡Infelices! Nadie hubiera estado dispuesto a franquearles el paso hacia el interior del *castra* por temor a que cualquier abertura fuera aprovechada por los *milites* de Artorius. ¡Cómo debieron de gritar pidiendo clemencia a sus conmilitones y a sus enemigos! Pero ni yo pude escuchar sus alaridos ni los combatientes, que con toda seguridad los oyeron, les prestaron atención. No creo que ninguno salvara la vida. Tampoco quedaron muchos de los defensores de las murallas del *castra*. Los *milites* de Artorius habían levantado sobre sus cabezas los escudos alargados de metal en un remedo pobre, aunque eficaz, de la antigua testudo romana. No se trataba sólo de protegerse de las armas arrojadizas que les lanzaban con denuedo desde el *castra* sino también de guardar a los compañeros que se disponían a reducir la última línea de resistencia. Y es que, mientras docenas de *milites* apoyaban rudimentarias escalas de madera en los muros con la intención de sobrepasarlos, no eran muchos menos los que intentaban horadarlos e incluso prenderles fuego.

Fue entonces precisamente cuando Artorius desmontó de su cabalgadura y se encaminó hacia el muro con la intención de escalarlo. Confieso que, por primera vez desde que había dado inicio el combate, sentí temor. Hasta ese instante, el antiguo *Regissimus* había corrido tan sólo el peligro de cualquier otro *eques*, quizá algo acentuado por su vistosa indumentaria. Sin embargo, ahora, al disponerse a subir una escala, se exponía de manera exagerada a la muerte. Mientras ascendía por aquel poste dotado de peldaños rudimentarios no podía ni repeler una agresión ni defenderse cabalmente de los numerosos

dardos enemigos. Un tirador experto podía atinarle con relativa facilidad en cualquiera de los múltiples puntos vulnerables que dejaba desprotegidos su panoplia.

La voz de que era el propio Artorius el que estaba dirigiendo aquel ataque debió tener un efecto casi mágico sobre los defensores. Sólo así se explica que ahora acudieran en tropel hacia aquella brecha con la intención de taponarla. ¡Dios santo! ¡Iban a acabar con él! Sus hombres no podrían soportar la forma en que Medrautus estaba lanzando todas las reservas. Acabaría sucumbiendo.

Cerré los ojos por un instante y recuerdo que musité una oración no por caótica y desordenada menos sentida. Le rogué al Señor que no permitiera que aquellos traidores a Britannia pudieran arrancarle la vida a Artorius, que no consintiera que *los barbari* que tantas vidas habían arrancado en las décadas anteriores triunfaran en aquella guerra fratricida, que no tolerara que el sacrificio de tantas vidas fuera en vano. ¿Llegué a pronunciar todas y cada una de esas palabras? No lo creo. Más bien, tengo la sensación de que, de lo más profundo de mi corazón, tan sólo brotaron gemidos que Dios, en Su infinita sabiduría, supo leer con la misma facilidad con que mis ojos recorrían las líneas de un escrito de Virgilio.

Abrí los párpados, pero confieso que no sentía paz alguna en el interior de mi ser y que no me hubiera sorprendido des cubrir el cuerpo exangüe de Artorius en medio de un coro de soldados que lloraran su pérdida. No fue eso lo que vi y además, de repente, como si un haz blanco de pura luz hubiera descendido sobre mi corazón, entendí todo.

«Audentes Fortuna iuvat»… *son muchos los que se quejan de su mala suerte, de su mala situación, de su mala existencia. En no pocos casos, quienes así se quejan no han hecho nada para cambiar. Pueden quejarse de que la tormenta les ha destruido la cosecha, pero no levantaron un cobertizo para guardarla. Pueden lamentar que sus hijos se han convertido en salteadores, pero no los educaron convenientemente o no les dieron de comer. Pueden llorar porque siguen enfrentándose con la necesidad, pero no mueven un dedo para prosperar mediante el trabajo y el ahorro. Existe la suerte, pero suele ayudar a los que se atreven a salir a su encuentro, a los que se han esforzado durante años, a los que han demostrado su valentía*

frente a los riesgos… Cierto es que en ocasiones la suerte cae sobre aquellos que nunca hubiéramos pensado que serían objeto de sus atenciones. No es menos cierto que en otras ocasiones se limita a fijar sus ojos en los que llevan cortejándola desde hace años.

Capítulo VII

Artorius, envuelto en aquella capa militar escandalosamente roja, había dirigido una de las secciones de ataque, la que tenía como objetivo asaltar Cambloganna por el sur. Sin embargo, por extraño que pudiera parecer, ahora me daba cuenta de que el ala mandada por el antiguo *Regissimus* no era ni la más importante ni la más numerosa. No. La más poderosa, la que contaba con los mejores *equites*, la que disponía de más efectivos, no estaba al mando de Artorius. Por el contrario, se hallaba a las órdenes de Caius y ahora descargaba sus golpes sobre el este del *castra*. ¿Sabía Artorius de la existencia en ese lugar de un punto débil o, simplemente, en el curso de la batalla lo había descubierto? No hubiera podido decirlo, pero desde el lugar donde me hallaba podía contemplar cómo Caius estaba irrumpiendo en el interior del *castra* y lo estaba haciendo frente a fuerzas muy escasas, porque el grueso del ejército enemigo intentaba contener a los hombres de Artorius y, de paso, acabar con su vida. Sí. Ahora no me cabía la menor duda. Aquel muchacho traidor y estúpido llamado Medrautus había caído en la trampa. Imprudentemente, se había dejado llevar por el deseo de impedir que Artorius entrara en el *castra* y había lanzado a la mayoría de sus hombres a defender el sector del sur descuidando el oriental.

Las tropas al mando de Caius eran, en su mayoría, *equites*, pero, aun desprovistos de sus monturas, demostraron ahora una extraordinaria habilidad militar. Desbordaron con rapidez las defensas de la zona oriental, saltaron a su interior, desarticularon con inusitada rapidez a los escasos hombres de Medrautus que intentaron resistirse y cayeron por la espalda de los defensores que intentaban acabar con Artorius. Si los asaltos a la trinchera y a la empalizada habían significado una verdadera matanza, lo que entonces contemplaron mis ojos superó en horror las anteriores embestidas. Sin embargo, ahora sí se dio cuartel a los defensores. A los pocos que aún alentaban, para ser exactos. Cuando estiraban las palmas de las manos para indicar que no llevaban armas, no eran rematados sino que se les indicaba con un gesto conciso que la lucha había terminado para ellos y que debían dirigirse hacia un lugar concreto del desordenado *castra*.

No pude evitar un sentimiento de compasión al contemplarlos. Se trataba de algunos grupos aislados y reducidos. Abatidos y sucios, con pesar habían arrojado las armas al suelo y se dejaban conducir sin resistencia hasta el

centro del *castra*. Bueno, al menos el derramamiento de sangre había concluido…

¿Había concluido? De repente, mis ojos repararon en uno de los hombres de Artorius que se dirigía con paso apresurado hacia aquel escaso montón de prisioneros. Llevaba un hacha en la mano y daba grandes zancadas. De repente, se paró ante uno de los vencidos. Se trataba de un hombre singularmente alto, tanto que superaba en más de una cabeza a todos sus compañeros de infortunio. El guerrero de imponente estatura miró al derrotado y entonces, sin que me pareciera que mediaba palabra, le hundió la hoja en el pecho. Por un instante, dio la impresión de que éste no había sufrido nada, de que seguía en pie porque ni siquiera sentía dolor, de que incluso podría sonreír. Pero entonces, como obedeciendo a un resorte oculto, las piernas se le doblaron como si, en vez de tener huesos, estuvieran formadas por trapo. Permaneció de rodillas por un momento, justo el que aprovechó su agresor para ahora descargarle el hacha sobre el cráneo.

¿Qué pudo inducir a aquel *miles a* asesinar a un cautivo? Sólo Dios en Su sabiduría infinita e ilimitada puede saberlo. Quizá el deseo de venganza por un compañero caído en combate; quizá el resentimiento por el sufrimiento que los *barbari*, los aliados de Medrautus, habían causado durante tantos años a Britannia; quizá un simple trastorno inducido por la dureza de la batalla… ¿Qué más daba? El caso era que un simple prisionero, no más culpable de derramamiento de sangre que otros, había sido asesinado. Golpeé con los talones los ijares de mi montura y me dirigí a galope hacia el *castra*. Todo había resultado ya suficientemente horrible como para que ahora, tras la victoria, tuviera lugar una matanza indiscriminada de prisioneros.

Recorrí aquella distancia sin dejar de fustigar un pobre bruto que no tenía ninguna culpa de la locura de los humanos. La ira, el miedo, la consternación habían entrado en mi pecho y desde él me gritaban que todo era inútil, que el peor de los absurdos se había perpetrado en ese campo y que el derramamiento de sangre distaba mucho de acercarse al final.

Crucé la pradera esquivando los cadáveres de gesto horriblemente deformado que ya habían escapado de las bregas de este mundo; crucé a galope el umbral del *castra* abierto por los *milites* de Artorius y me dirigí hasta el centro de la fortaleza expugnada. Tuve que dar golpes y patadas para que abrieran paso a mi montura y sentí un enorme alivio al ver que ni uno solo de los *milites* del antiguo *Regissimus* estaba atacando a los cautivos. Y entonces, cuando me hallaba a unas decenas de pasos, lo vi.

Era más joven que Artorius —sí, mucho más— y, a diferencia del antiguo *Regissimus*, su vestimenta militar no presentaba ni una mancha, ni una melladura, ni un desgarrón. Era obvio que no había combatido lo más mínimo mientras docenas de hombres derramaban su sangre por él. Su rostro me pareció falsamente aniñado. Sin duda, sus facciones eran blandas como las de un *puer*, pero, a la vez, carecía del candor y de la inocencia que son propias de los primeros años de existencia. Unas cejas extrañas, altivas, puntiagudas parecían separar los ojos de la frente, a la vez que descansaban sobre unas pupilas tan claras que casi parecían acuosas. Pero lo que más me llamó la atención fue el rictus que daba forma a sus labios. En otras circunstancias, hubiérase dicho que sonreía, pero no, no era una sonrisa lo que se dibujaba en aquel rostro. Era más bien una mueca de burla malvada, como si se supiera poseedor de una baza decisiva que los demás ignorábamos. Sin que nadie me lo dijera, supe desde ese mismo momento que era Medrautus, el nieto de Aurelius Ambrosius, el sobrino de Artorius, el hombre que había estado dispuesto a pactar con los *barbari* para alcanzar el poder en Britannia.

—Artorius —levantó de repente la voz—. Eres un gobernante ilegítimo. No tienes ningún derecho a ser el *imperator*. Has quebrantado el *ius romanum…*

No terminó la frase. Caius había llegado a su altura y de un bofetón propinado con el dorso de la mano lo lanzó contra el suelo.

—¡No, Caius, no!

Volví la cabeza hacia el lugar del que procedía la voz. Un Artorius con los cabellos revueltos, la capa desgarrada y el rostro sucio caminaba a grandes zancadas hasta el lugar donde se encontraba el *eques* veterano.

—Hoy no habrá más muertes —dijo a su veterano oficial mientras le colocaba una amistosa diestra sobre el hombro.

Observé a Medrautus. Caído en el suelo, se acariciaba el labio partido y sanguinolento, mientras, desde el embarrado suelo, lanzaba una mirada preñada de odio a Artorius. No me cupo la menor duda de que si el resultado de la batalla hubiera sido el opuesto, Artorius no hubiera contado con el menor atisbo de compasión de su vencedor. Medrautus apoyó la mano izquierda en tierra y, dándose impulso, se puso en pie. Presentaba ahora un aspecto ridículo con la mitad de su ropa militar inmaculada y la otra, totalmente sucia.

—Artorius —volvió a gritar una vez en pie—. ¿No te avergüenza escudarte tras tus *milites*? ¿Acaso no tienes valor suficiente para enfrentarte a mí?

Caius hizo ademán de dirigirse a Medrautus con la obvia intención de expulsarlo del mundo de los vivos, pero Artorius lo sujetó con un vigoroso tirón de su brazo izquierdo.

Medrautus tragó saliva. Miraba ahora hacia el suelo, lo que me hizo pensar que el golpe propinado por Caius le había espabilado siquiera mínimamente. No tardé en darme cuenta de lo equivocado que estaba.

—Artorius has roto tu palabra… —insistió Medrautus—. Tú no puedes formar una dinastía. Fuiste designado *Regissimus* por mi abuelo, *entraste a formar parte de su familia*, con la condición de que uno de sus descendientes, no de los tuyos, le sucediera. Yo soy ese descendiente y tú, con tu puerca ambición, me estás robando.

Al escuchar aquellas palabras, el rostro de Artorius palideció como si, de repente, se hubiera transformado en un pedazo de nieve. Sin embargo, de sus labios no salió una sola palabra. De hecho, daba la impresión de que algo indefinidamente poderoso sujetaba su lengua como si se tratara de una invencible mordaza.

—Hoy han muerto muchos, Artorius —prosiguió Medrautus envalentonado por el silencio de su enemigo—. Y tú eres el culpable. Si hubieras cumplido tu palabra, si no hubieras actuado contra mi derecho, si te hubieras comportado de manera justa y decente ahora estarían vivos.

—¡Traidor repugnante! —dijo Caius con los ojos encendidos de ira—. Pero ¿cómo se atreve a hablar así el que ha pactado con los *barbari*? Déjame quitarle la vida, *domine*. Libraremos al mundo de una asquerosa alimaña…

Artorius le impuso silencio con un gesto. No me pareció que estuviera dispuesto a consentir que nadie callara a Medrautus. Al igual que yo, era consciente de que había demasiada verdad en sus palabras. Cierto, Medrautus era un ser repulsivo que para satisfacer su ambición no había dudado en pactar con los que habían asesinado a no pocos *britanni* en el pasado. Sin embargo, si Artorius no se hubiera dejado llevar por su ambición, si no hubiera vuelto la espalda a su juramento, si…

—Yo… yo te desafío, Artorius —dijo Medrautus con un tono de voz tan violento que las venas del cuello se le hincharon como tensadas por una mano invisible—. Bátete conmigo y deja que sea Dios el que dicte justicia entre tu causa y la mía.

Un murmullo que, primero, fue de sorpresa y, luego, de abierta cólera se extendió entre los *milites*. Sin duda, les parecía intolerable que alguien se permitiera retar a su *imperator*, un *imperator* que, por añadidura, acababa de batirlo en toda regla en el campo de batalla. Sin embargo, tanto Artorius como

yo sabíamos que no podía rechazar aquel desafío porque, en medio de tanta miseria, de tanta vileza y de tanta traición, encerraba una gran verdad, la de que había pasado por alto un compromiso sagrado y que su infidelidad, por muy nobles que fueran sus intenciones, había desencadenado una guerra.

—Sea como dices —exclamó Artorius a la vez que desenvainaba la espada— Dios es testigo entre tú y yo.

—Pero, *domine…* —protestó Caius que no podía entender lo que se proponía el antiguo *Regissimus*.

Artorius no se dejó disuadir. Mientras movía el arma con una sutil oscilación de la muñeca derecha, miró al veterano que le había acompañado durante años y le dijo:

—Dale tu espada a Medrautus.

Las cejas del legionario se arquearon como si en aquel momento hubiera podido contemplar al ser más prodigioso y peregrino que pudiera existir bajo la capa del cielo.

—*Domine*, ese miserable no tiene ningún derecho… —balbució—… esta… esta espada…

—¿Voy a tener que prestarle la mía? —cortó Artorius.

Caius bajó la mirada avergonzado por su pasajera y bienintencionada insubordinación. Luego cubrió la distancia que le separaba de Medrautus y, como si fuera un reptil repulsivo, lanzó su espada contra el suelo.

Observé la manera en que Medrautus clavó la vista en aquella hoja a medias hundida en el suelo. Tengo para mí que en esos momentos hubiera deseado volverse atrás, retroceder en el tiempo, regresar a una época en la que la idea de ser el *Regissimus Britanniarum* no pasaba de ser un sueño infantil. ¿Le hubiera sido posible arrepentirse? Seguramente, para alguien tan impregnado de soberbia como Medrautus tal eventualidad no resultaba aceptable, pero ahora aquel orgullo podía costarle muy caro. Por su propio deseo, había adoptado una decisión disparatada y ahora, llegado a ese punto, tan sólo le quedaba seguir adelante sucediera lo que sucediese.

Sin dejar de mirar a Artorius, Medrautus se frotó las manos como si deseara fortalecerlas. Luego arrancó la espada del suelo y, de una carrera rápida e inesperada, se encontró a la altura de Artorius. Un combatiente menos experimentado quizá se hubiera visto sorprendido por aquella embestida, pero no fue el caso de Artorius. En realidad, se limitó a levantar su hoja y con un gesto trazado con facilidad detuvo la estocada de Medrautus y la desvió. Lo hizo deslizando con suavidad el filo de su espada sobre la hoja

de su contrario y, al ejecutar aquel movimiento, pareció que se escuchaban las notas de una peregrina melodía musical.

—La espada canta… —musitó a mi lado un *eques*—. ¿Habéis escuchado cómo canta?

Un coro de vítores respondió entusiasta a aquellas palabras. Medrautus torció el gesto, pero, desde luego, no se dio por vencido. Con agilidad se retiró unos pasos, inhaló una bocanada de aire y volvió a lanzarse sobre Artorius. Esta vez, el antiguo *Regissimus* no sólo detuvo la estocada del joven. Lo hizo, sí, pero, acto seguido, torció su mano hacia la izquierda empujando la espada de Medrautus en dirección al suelo. Luego con extraordinaria habilidad remontó desde abajo con un giro hacia la derecha y, con fuerza, dio un golpe seco hacia arriba. La espada de Medrautus saltó por los aires, mientras que la hoja de Artorius se colocaba a un par de dedos del cuello del adversario.

Hubiera podido matarlo en aquel momento y así, sin ningún género de dudas, debió creerlo Medrautus porque, lívido como un muerto, cerró los ojos como si esperara que Artorius le asestara el último golpe. No fue así. Artorius subió la espada y la deslizó por la mejilla de Medrautus hasta llegar a su sien. Entonces, con un gesto rápido, la bajó ocasionándole un corte.

No se trató de una herida profunda ni mucho menos grave, pero su significado no podía resultar más obvio. Artorius había tenido en sus manos, sin ningún género de dudas, la posibilidad de arrancarle la vida a Medrautus. Se había conformado con causarle la primera sangre y dejar de manifiesto que le perdonaba la vida. Algunos aplausos, risas y vivas dejaron de manifiesto que los *milites* habían comprendido a la perfección lo que acababa de hacer el antiguo *Regissimus*.

—Hemos terminado, sobrino —dijo Artorius mientras retiraba la espada del rostro de Medrautus.

Pero su rival no estaba de acuerdo con aquel juicio. Con gesto rápido retrocedió unos pasos, se inclinó y cogió la espada que yacía en medio del fango.

—Sólo hemos empezado —escupió más que dijo Medrautus antes de volver a lanzarse sobre Artorius.

Lo que entonces contemplamos atónitos centenares de testigos fue cómo aquel jovenzuelo torpe acababa de transformarse en un hábil *spatarius*[60]. Artorius apenas tuvo tiempo de contener la primera estocada, pero, esta vez, no logró desarticular la embestida. Por el contrario, con dificultad creciente, consiguió parar dos, tres, cuatro golpes de Medrautus. ¿Qué había sucedido?

Sé que muchos dirán —la gente es muy crédula— que el joven se valió de la magia para poder experimentar aquel cambio. Quizá, al principio, se había mostrado más torpe de lo que era para calibrar cómo era Artorius con una espada en la mano. Puede ser incluso que la sensación de derrota irreversible le imprimiera una audacia y una fuerza de las que hasta entonces no había dado señal. Fuera como fuese, aquella muestra de audacia estaba dando su fruto.

Un grito general subrayó el hecho de que Artorius había resbalado y caído sobre su costado. Sólo su enorme experiencia le salvó de verse atravesado de parte a parte por Medrautus cuando se encontraba en esa tesitura. Y entonces, con inesperada habilidad, mientras Medrautus cogía con las dos manos la espada para intentar ensartarlo, el pie derecho de Artorius golpeó su empeine, mientras el izquierdo le asestaba un talonazo en la rodilla.

El conspirador se vio lanzado contra el suelo y antes de que pudiera levantar su rostro del fango espeso, Artorius saltó sobre él y, asiéndole del cabello, tiró de su cabeza hacia atrás. Medrautus boqueó intentando evitar el sofoco que el barro le causaba al taponarle la nariz y llenarle la boca, pero Artorius no se lo consintió. Con un gesto vigoroso, volvió a lanzar su cráneo hacia el suelo y contra él lo apretó por unos instantes. Un gemido, acompañado por un angustioso golpe de tos, brotó de la garganta de Medrautus cuando Artorius levantó por segunda vez su rostro. Pero el *Regissimus* no estaba satisfecho. Nuevamente, estrelló la cara embarrada de Medrautus contra el suelo y, nuevamente, la alzó convertida ya en una masa de sangre, fango y babas.

—Acaba con él, *domine* —le instó Caius.

—Sí, mátalo… —se hizo eco uno de los legionarios y entonces, como si alguien hubiera lanzado una antorcha sobre un montón de leña, docenas de voces comenzaron a gritar pidiendo la muerte de Medrautus.

Pero Artorius estaba demasiado inmerso en aquel combate como para escuchar a nadie. Soltó la cabellera de Medrautus en un gesto de desprecio y asco, y se puso en pie con un movimiento rápido y ágil. Por un momento, contempló al joven que yacía en el suelo respirando con dificultad y escupiendo flemas parduscas. En su mirada, se mezclaban el pesar, el dolor y la amargura. Como si todo lo que acababa de suceder, estuviera irremisiblemente contaminado por algo que lo enturbiara privándolo de cualquier atisbo de bondad o nobleza.

Se apartó un par de pasos y recogió del suelo aquella espada de la que se decía —¿exagerando?— que cantaba durante el combate. Nuevamente, sus

hombres le suplicaron que diera muerte al traidor, que quitara la vida al miserable, que matara al canalla. Pero Artorius no los escuchaba. Lanzó una última mirada a Medrautus y se dispuso a abandonar el lugar. Fue en ese momento, justo en ese momento, cuando su mirada se cruzó con la mía. Por un instante, parpadeó como si no pudiera creer que me encontrara allí y luego una sonrisa, esa sonrisa alegre y risueña que había contemplado tantas veces durante los años anteriores, iluminó su rostro sudoroso.

—¡Merlín! —gritó mientras levantaba la diestra en un saludo jovial—. ¿Qué te ha traído a este lugar de diversión?

Sonreí a mi vez y estaba a punto de contestar cuando vi que la cara de Artorius se contraía en un gesto de dolor, de un dolor inmenso, irreparable y mortal.

«Omnia vincit Amor»… *Como muy bien dejó escrito Virgilio, el Amor vence todas las cosas. No se trata únicamente de que el Amor tiene una fuerza especial que le lleva a sortear los obstáculos más difíciles, aunque haya mucha verdad en ese pensamiento. No. Tampoco debe equivocarse el Amor con las meras pulsiones de nuestro ser o con el juego de nuestras pasiones. Creo que si Virgilio acierta es en la medida en que se hace eco de esa verdad que expresó como nadie el apóstol de los gentiles escribiendo a los corintios. Ese amor —a diferencia de otros— es sufrido, es benigno, no tiene envidia, no presume, no cae en la vanidad, no hace nada que no deba, no busca lo suyo, no se irrita, no es resentido, no se alegra de la injusticia, sino de la verdad. El Amor todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta. Ese Amor —y aquí es donde Virgilio no andaba tan desencaminado— acaba venciendo todo porque, a decir verdad, su origen real se encuentra en el único Todopoderoso.*

Capítulo VIII

—Merlín… —susurró con un hilo de voz—. ¿Podría ella curarme?

No entendí lo que Artorius me preguntaba y pensé, profundamente apenado, que había empezado a delirar. Mojé nuevamente el paño que tenía en la mano y lo deposité sobre su frente pálida. Procurando que no lo advirtiera, eché un vistazo a su costado izquierdo. La hemorragia apenas había cesado, pero no me cabía duda de que sus órganos internos —¿cuántos?, ¿cuáles?— estaban dañados, quizá de manera irreparable. ¿Por qué? ¿Por qué había vuelto la espalda a Medrautus? ¿Por qué no se había dado cuenta de que intentaría matarlo a traición? ¿Por qué había pensado que le agradecería el haberle perdonado la vida? Habían bastado apenas unos instantes para que aquel jovenzuelo de cejas de forma extraña se pusiera en pie, echara mano de su espada y se la clavara a Artorius aprovechando que estaba de espaldas hablando conmigo. Había sabido dónde asestar el golpe. En un costado. En el lugar donde la armadura era incompleta y sus mallas podían ser atravesadas por un arma bien utilizada.

¿De qué valía ahora que Betavir, con la rapidez del rayo, se hubiera precipitado sobre Medrautus rebanándole el cuello? ¿Qué utilidad presentaba que, de manera inmediata, Caius, derramando lágrimas de rabia, hubiera decapitado a aquel traidor valiéndose de la primera espada que logró arrebatar a un *miles*? ¿De qué servía que *los equites* que habían impuesto la ley y el orden a lo largo y a lo ancho de Britannia hubieran descuartizado aquel cuerpo, para quemarlo y dispersar sus cenizas al viento negándole un entierro digno? De nada. Ni siquiera de un consuelo pasajero porque todos sabíamos que la herida que había ocasionado Medrautus a Artorius era mortal.

Apresuradamente, los hombres lo llevaron a su tienda con la esperanza de que Merlín, el que podía volar por encima de las crestas montañosas convertido en raro halcón, el que podía nadar en la profundidad de los ríos transformado en extraño pez, el que podía realizar prodigios sin cuento que arrancaban de sus arcanos conocimientos, lo curara. Pero yo sabía —sin asomo alguno de duda— que no disponía de poder para mantener el alma en el interior de aquel cuerpo herido. Lo único que estaba en mi mano era quedarme a su lado e intentar que sus últimos momentos transcurrieran en paz. Y ahora, Artorius, el antiguo *Regissimus* que había decidido proclamarse *imperator*, había comenzado a pronunciar palabras cuya coherencia no conseguía descubrir.

—Merlín… Merlín… —insistió—. Ella… ella… Vivian… ¿podría curarme?

Hacía tiempo que me subía a la memoria la mujer que, muchos años atrás, había trastornado mi vida, pero, de repente, al escuchar ahora su nombre un océano violento de sensaciones incontrolables se desató en mi interior. Me vi así sometido a una sucesión vertiginosa de imágenes en las que aparecían sus labios y su risa, sus caricias y sus enfados, sus senos y sus manos. Cerré los ojos intentado conjurar una incontrolable sensación de mareo que había empezado a apoderarse de mí. Sólo la súplica, ahora insistente, de Artorius me obligó a salir de la protección que me brindaban mis párpados.

—Merlín… —proseguía trabajosamente—. Me… me han contado cosas tremendas de esa mujer…

Hizo una pausa y percibí que una sombra de pesar se agazapaba tras sus pupilas oscuras.

—Fue entonces cuando ordené que descubrieran lo que había sido tu…

»… vida —dijo en tono de sincera disculpa—. Debes… debes perdonarme por eso, Merlín.

—Olvídalo —respondí oprimiéndole la mano—. No tiene importancia.

—Por… por supuesto que la tiene… —insistió con una voz que salía a golpes irregulares de voz— tú… tú eres el mejor amigo que he tenido nunca…

Al escuchar aquellas palabras, sentí un nudo en la garganta. Sí, quizá ésa era la clave para entender lo que había sucedido durante todos aquellos años. Artorius y yo habíamos sido, sobre todo, amigos. Era cierto que, en ocasiones, habíamos mantenido puntos de vista distintos, que no habíamos visto las cosas de igual manera, que se había producido un doloroso distanciamiento. Sin embargo, esa amistad me había impulsado a ser siempre sincero con él, a decirle la verdad, a no ocultarle nada. Pero ahora sentía, con el corazón desgarrado, que no había servido de mucho.

—Sé que es muy poderosa, Merlín —continuó—. Por favor, te lo suplico… pídele que me cure…

¡Curarle! Vivian era capaz de adivinar quizá el futuro —¿acaso no había acertado en todo?— pero yo no creía que tuviera poder ni ciencia para sanar aquella herida por la que, instante a instante, se escapaba la vida de Artorius.

—Llévame a su isla, Merlín —musitó mientras me apretaba la mano—. A esa isla que está llena de manzanos…

Ni negué ni afirmé. ¿De qué hubiera servido?

—Cuando me cure —continuó—. Mi mujer me dará… me dará hijos… Muchos… hijos…

Cedí. No por convicción, sino por amistad. Colocamos a Artorius en un carromato y nos dirigimos todo lo deprisa que pudimos hacia la costa frente a la cual se encuentra la isla de Avalon. Le había colocado un emplasto en la herida del costado y contaba con detener algún tiempo más la hemorragia, aunque no con evitar su muerte. Tampoco me parecía seguro que Artorius alentara aún cuando llegáramos a la orilla del mar y, sin embargo, sobrevivió.

Estábamos subiéndolo a bordo de la embarcación, cuando fuimos alcanzados por un par de *equites*. Los había enviado Caius para comunicar a Artorius que el *limes* se estaba desintegrando como un pedazo de sal arrojado en el interior de un guiso.

—Tenemos que hablar con él —me insistió uno que llevaba las insignias de *optio*—. El asunto es de enorme urgencia. Los *scoti, los picti, los angli…* incluso *barbari* que proceden de Hibernia están asaltando las fronteras del reino y el *imperator* debe saberlo.

Hizo una pausa y con un gesto que me pareció digno de lástima, añadió:

—La única esperanza que nos queda es que regrese y se enfrente con los *barbari*. ¿Qué podemos hacer nosotros sin él?

Los despedí asegurándoles que Artorius haría todo lo que estuviera en sus manos. Bien sabía yo que eso y nada eran lo mismo porque, en esos momentos, había perdido la conciencia y su rostro se encontraba mortalmente pálido.

De manera sorprendente e inexplicable, volvió en sí cuando ya habíamos zarpado. El aspecto de Artorius era ya el de un moribundo con un pie al otro lado del umbral de la muerte, pero debo reconocer que se esforzaba por mantener una envidiable presencia de ánimo.

—Merlín… —me dijo apretándome la mano—. Tiene… tiene que curarme… esa amiga tuya. Si lo hace… si lo hace, podré arreglar todo…

No respondí a sus palabras. Siempre me ha repugnado mentir y ni siquiera en aquellas circunstancias me veía capaz de hacerlo.

—… sé… sé que hay cosas que he hecho mal… —intentó proseguir—. Es mi… culpa mucho de lo que ha sucedido… pero si me cura… podré arreglar todo. Dios… Dios no puede abandonarme…

Guardé silencio. Demasiadas veces en mi vida había escuchado a los hombres clamando para que Dios no los abandonara o quejándose porque lo había hecho, cuando lo cierto es que eran ellos los que se habían apartado de Dios mucho tiempo atrás.

Aparté el sudor de su frente y le acerqué un sorbo de agua a los labios. En circunstancias normales, no lo hubiera hecho jamás, pero Artorius estaba a punto de morir y aquella leve sensación de frescor no podía hacerle más daño. Bebió golosamente aquellas gotas. Sí, debía de arderle la boca, la garganta, el pecho.

—Pídele a Dios perdón por mis pecados —me suplicó de repente con los ojos ya vidriosos—. Todo… todo lo hice por Britannia…

Estaba seguro de que no mentía. Era cierto que no pocas veces su actuación había distado mucho de ser la más adecuada, pero ¿quién hubiera podido dudar que amaba a Britannia, que a ella había sacrificado todo? Y, a cambio, ¿qué había recibido? Ni siquiera contaba con un hijo que pudiera llorarlo cuando muriera.

—Él lo sabe —le dije intentando que no se me quebrara la voz—. Él lo sabe y tan sólo desea perdonarte.

Artorius, un Artorius que ya no me veía, me sonrió. Fue la suya una sonrisa juvenil, casi de adolescente, que, por un instante, me trajo recuerdos de aquellos meses en que recorrimos Britannia a caballo para fortalecer las defensas contra los *barbari*, de aquella visita suya a mi *studium* ya vacío, de aquellos primeros meses en la capital donde se administraba justicia para todos… ¡Qué cercano era todo y, a la vez, qué distante!

—Dubricius… —musitó mi nombre, el real, el que no correspondía a un halcón prodigioso, el que no arrancaba de leyendas, el que me había dado mi madre o quizá un padre al que nunca había conocido, el que Vivian había pronunciado como nadie y entonces supe que Artorius había partido definitivamente al encuentro de su Creador.

Nos hallábamos apenas a doscientos cincuenta pasos de Avalon cuando cerré los párpados de Artorius y comencé a musitar una oración por su alma. En ese momento, hubiera podido dar la orden de regresar al punto de la costa del que habíamos partido. Sin embargo, no me costó mucho llegar a la conclusión de que el cadáver de Artorius tendría más garantías de ser sepultado dignamente y de librarse de una profanación en la isla de las manzanas.

Mentiría si dijera que me sorprendió ver en la playa a Vivian. Estaba de pie, con la rizada cabellera rubia cayéndole en cascada sobre unos hombros desnudos. El color púrpura de su vestido resaltaba su belleza singular, una belleza que me pareció en ese momento mayor que nunca. Era obvio que, a pesar de no haber sido advertida, a pesar de no haber recibido mensaje

alguno, sabía todo y que consideraba que había llegado el momento de zanjar una historia que se había prolongado durante décadas. También yo lo veía así.

—Por fin regresas a mí, Dubricius, conocido ahora como Merlín —me dijo con aquel tono de voz tan especial nada más salté de la nave.

—Vivian —le dije—. Vengo a suplicarte que des sepultura a Artorius. Aquí nadie vendrá a buscar su cadáver.

—Lo haré con mucho gusto —me respondió con una sonrisa que apenas lograba ocultar la sensación de triunfo que la embargaba.

—Gracias, Vivian —le dije y comencé a dar órdenes para que bajaran el cuerpo del antiguo *Regissimus Britanniae*. Todo fue muy rápido. Al cabo de apenas unos instantes, pude contemplar cómo media docena de siervos de la *domina* de Avalon se adentraba en la isla llevando a hombros el cuerpo exangüe de Artorius. Apenas tardaron unos momentos en perderse de vista y en ese mismo instante me dirigí hacia la nave.

—Pero… pero ¿adónde vas? —me preguntó Vivian con la sorpresa pintada en sus pupilas.

Miré con dulzura aquellos ojos de los que había estado prendido tanto tiempo atrás, pero no respondí a su pregunta.

—No pretenderás marcharte… —indagó más que afirmó—. ¿Acaso… acaso no se ha cumplido todo lo que te dije?

Recordé aquel día en que había arrojado ante mí los inmundos huesecillos de animales que le servían para invocar a los espíritus mánticos. ¿Se habían cumplido sus anuncios? En apariencia, sí. En apariencia, todo parecía fracasado y estéril, inútil y estúpidamente desperdiciado. En apariencia, Vivian no había errado en una sola de sus predicciones. En apariencia, la única posibilidad que restaba para redimir mi existencia no exenta de amarguras y de fracasos consistía en permanecer en Avalon. Pero hasta un niño espabilado sabe que las apariencias engañan, que son ficticias, que no se corresponden con la realidad, sino que la ocultan.

Yo sabía que no era poco lo que quedaba de provecho al examinar toda mi vida y también la de Artorius. Quedaba el aprender de nuestros fracasos, quedaba lo que habíamos enseñado a las nuevas generaciones y quedaba, por encima de todo, la misericordia indescriptible de Dios que, a pesar de nuestros errores, nos permite volver a empezar. Era consciente, por supuesto, de que Roma no regresaría a Britannia de que y, sin lugar a duda alguna, proseguirían los ataques *barbari*, pero, a la vez, no se me ocultaba la importancia de la ley y del orden; no se me ocultaba la relevancia de la justicia que ha de regir también sobre los reyes; no se me ocultaba que ciertas

renuncias son dolorosas, pero indispensables; no se me ocultaba la importancia de respetar la palabra dada; no se me ocultaba la trascendencia de transmitir el conocimiento que no sólo acumula datos sino que forja el carácter.

La alegría que había podido proporcionar a mi madre al saber que poseía un don; la satisfacción que brotó del corazón de Blastus al ver mi exaltación en el *castra*; la gratitud que desbordaba el corazón de Titius; el aprecio de Artorius y sí, por supuesto, el amor hacia Vivian que había cobijado durante décadas en mi corazón, proporcionaban a mi existencia un sentido mucho más profundo de lo que yo hubiera podido intuir.

—Merlín —insistió con una voz en la que descubrí una súplica más poderosa que ninguna que hubiera contemplado jamás—. No se trata tan sólo del final de Roma… Los *barbari* han cruzado las fronteras… No tiene sentido que continúes esa lucha. Quédate a mi lado.

Estiré la mano derecha y deslicé amorosamente las yemas de los dedos por el rostro de Vivian. ¡Qué hermosamente suave era aquella mejilla! Se hubiera dicho que el mismo Dios en persona la había cincelado. Me incliné y puse mis labios sobre los suyos y aquel breve contacto me pareció más dulce que la miel que destila del panal e infundió a mi corazón un calor más intenso que el derivado del mejor vino. Sonreía cuando aparté mi rostro del suyo.

—Adiós, Vivian —le dije—. Aún me queda mucho por hacer, pero te querré siempre.

Sé que intentó ocultar el negro pesar que la invadía, pero a través del color prodigioso de sus ojos se filtró un miedo como, quizá, nunca había sufrido.

—*Erunt etiam altera bella, atque iterum ad Troiam mittetur Achilles*[61] —le recité.

—Tú no eres Aquiles —me espetó conteniendo a duras penas una mezcla insoportable de dolor e indignación.

—No, no lo soy —reconocí—. Ni siquiera soy ese Merlín del que hablan. Mi nombre, como tú bien sabes, es Dubricius.

Me di la vuelta y de un salto entré en la embarcación que me había llevado hasta aquellas costas.

—Regresamos —dije al piloto de la nave.

No rechistó y obedeció mi orden. En apenas unos instantes, sentí cómo bajo nosotros sólo había agua.

Levanté la mano en un adiós definitivo y me llevé la punta de los dedos a los labios para lanzar un último beso a Vivian. Supe entonces, con más claridad que nunca, que había cumplido con mi deber.

—¡Merlín! —gritó mientras hundía sus pies blancos, pequeños e increíblemente hermosos en la arena ya lamida por las aguas—. ¡No te vayas! ¡Quédate conmigo!

Desde mi juventud, quizá desde mi infancia, había intentado ser fiel a lo que Dios deseaba de nil y, a pesar de mis desviaciones puntuales, de mis errores graves, de mis feos pecados, en esa senda, estrecha y angosta, seguía. Permanecía en ella incluso aunque el costo de amar a mi Salvador y a mi prójimo se hubiera traducido en renunciar al amor de aquélla a la que había querido más que a nadie.

—¡Dubricius! —clamó y la manera en que dijo mi nombre me supo a un vino cálido, del que sólo podía beber un sorbo—. ¡Regresa! ¡Has fracasado! ¿No te das cuenta? ¡Vuelve! Los *barbari* destruirán ahora Britannia. No quedará nada. ¡Nada!

Le lancé un nuevo beso y le volví la espalda convencido de que nunca más la vería. No. Nunca más. Me amaba, pero eso no había evitado que se equivocara. Yo no había fracasado. Ahora, sucediera lo que sucediese no abrigaba la menor duda de que Dios intervenía en la Historia aunque lo hiciera de maneras que no pocas veces se escapaban a nuestra comprensión. Pero no importaba. Lo auténticamente relevante era que Él sí entendía todo y que pespunteaba nuestra existencia de amor inmerecido esperándonos además al otro lado del umbral de la Muerte.

Ahora he regresado para enfrentarme a los *barbari* que, procedentes de los cuatro puntos cardinales, ansían despedazar Britannia y repartirse los despojos como aves de rapiña. Ignoro cuál será el resultado final de esta nueva guerra. Lo que sí sé es que algún día —y no tardará mucho— yo también recorreré esos últimos pasos que Artorius ya ha cruzado y que llevan ante el trono de Dios. Entonces, ante Su presencia inefable, no mencionaré los enfermos curados ni los combates en los que intervine; no me referiré a los heridos a los que atendí o las horas que entregué a la enseñanza; ni siquiera pretenderé demostrar mi dominio de la cultura de Roma o mi conocimiento de las ciencias. Convencido de que he llegado a casa, a la última y verdadera morada, caeré de rodillas ante Él y me encomendaré a Su inmenso Amor, ese Amor que se manifestó de manera suprema en una cruz.

Sé, por supuesto, que entonces no me será dado encontrarme con mi admirado Virgilio, pero suplicaré humildemente para que toque el corazón de Vivian y me permita pasar a su lado todo el tiempo al que renuncié cuando me encontraba en este mundo. Y entonces una Luz inmensa, viva, creadora, me rodeará y veré todo, no sólo lo que no comprendí, sino incluso lo que

nunca sospeché. E inmerso en ese Amor, inefable e indescriptible, me diré que es más que suficiente.

NOTA DEL AUTOR

Pocas veces ha tenido un personaje literario una resonancia tan universal como el rey Arturo. Desde Geoffrey de Monmouth al cine del siglo XX pasando por Wagner o Chrétien de Troyes, los mitos artúricos han alimentado la imaginación humana de manera creciente y polimórfica. Obviamente, una de las cuestiones que se han repetido hasta la saciedad es la de si el rey Arturo fue una mera creación literaria o realmente existió.

Por encima de las especulaciones y los sucesivos desarrollos míticos, Arturo fue un personaje histórico. Su verdadero nombre era Artorius y, a diferencia de lo establecido en el mito, no era celta sino romano. La familia de los Artorius ya tenía una dilatada tradición de permanencia en Bretaña cuando nació nuestro personaje. Su llegada a la isla tuvo lugar en torno al año 180 d. C. En esa época, un tal Lucius Artorius Castus comenzó a desempeñar el cargo de *praefectus castrorum* (prefecto de campamento) de la Legión VI Victrix, con base en Ebocarum (actual York). Sus descendientes continuaron ejerciendo tareas relacionadas con la defensa del imperio romano frente a las incursiones bárbaras. Uno de esos descendientes, también llamado Lucius Artorius Castus, constituye la base histórica del mito del rey Arturo.

Artorius nació en Dumnonia, una población de Cornualles. Criando tenía quince años de edad, entró en el ejército romano y en el 475 se convirtió en oficial de caballería a las órdenes de Catavia, el *magister militum* y jefe de la base militar romana en Cadbury. Artorius cumplió sus funciones castrenses con notable competencia y al cabo de tres años se convirtió en comandante de la base romana de Dunkery Beacon. Se trataba de un enclave pequeño, pero de una notable importancia estratégica en el dispositivo de defensa frente a los *barbari*. Nuevamente, Artorius volvió a desempeñar sus ocupaciones correctamente y en el 481 Aurelio lo nombró *procurator rei publicae,* un empleo consistente en realizar las requisas para el ejército. Nuevo empleo y pronto nuevo ascenso. Artorius no tardó en ser ascendido *a magister militum*. En calidad de tal, Artorius libró con éxito una serie de campañas cuya finalidad fue quebrantar el creciente poder *barbari* en el sur de la isla. Nennio

menciona una docena de esos choques armados que, no obstante, quedaron eclipsados por una hazaña de mayor envergadura consistente en repeler una gran invasión bárbara procedente de Hibernia, es decir, Irlanda. Las fuentes célticas mencionan repetidamente la manera en que Artorius logró expulsar a los irlandeses y es muy posible que de haber fracasado en su empeño, Britannia, es decir, la Bretaña se hubiera visto anegada por los *barbari* y hubieran desaparecido conjuntamente el poder romano y la religión cristiana. A pesar de eso, todo indica que el número de bajas sufrido por las tropas de Artorius fue elevadísimo, en otras palabras, se trató de un choque a la desesperada cuyo desenlace, de haber sido distinto, hubiera cambiado la Historia. La victoria de Artorius tuvo además consecuencias de enorme importancia para el imperio —cada vez más acosado por los *barbari* y viviendo sus días finales— y, sobre todo, para Arturo y la evolución de su mito. Aurelio lo designó para sucederle como *Regissimus Britanniarum*, adoptándolo además como hijo. La única condición era que el propio Artorius a su vez nombraría sucesor a un miembro de la familia de Aurelio. La posteridad confundiría ese cargo con el de rey de Bretaña lo que explica la evolución ulterior de la leyenda, en la que Arturo ya no es un militar romano sino un monarca.

Mientras Artorius combatía contra los invasores *barbari* procedentes de Hibernia —sin duda, un episodio que los nacionalistas irlandeses no desearían recordar— tuvo lugar la muerte de Aurelio, el *Regissimus Britanniarum*. Artorius era el sucesor designado, pero para que la transición se llevara a cabo sin complicaciones estaba obligado a rendirle honores funerarios y, especialmente, a recorrer las distintas guarniciones, militares para asegurarse su lealtad. De este período parten precisamente dos de los elementos más conocidos del ciclo artúrico: el establecimiento de su capital en Camelot y la creación de una orden de caballería. El invierno de 491, lo empleó Artorius en la visita a los distintos contingentes de tropas y, acto seguido, estableció la sede de su gobierno en Camulodunum, una base que estaba conectada con una red de calzadas romanas. Sería precisamente este enclave el que pasaría a la leyenda como Camelot aunque debe indicarse que Artorius lo cambiaría posteriormente.

Aún más interesante es el origen de la leyenda referente a una orden de caballería. La lucha contra los *barbari* irlandeses había ocasionado, como ya vimos, un número considerable de bajas a las fuerzas de Artorius, al parecer, especialmente elevadas en lo que a las fuerzas de caballería romano-britana se refiere. Urgía, por lo tanto, renovar un cuerpo de jinetes que —resulta

comprensible— los narradores posteriores convertirían ya en caballeros. No deja de ser significativo que incluso en algunos de los caballeros legendarios del rey Arturo pueda rastrearse a los hombres que sirvieron a las órdenes de Artorius. Por ejemplo, el famoso *sir* Kay seguramente fue Caius, uno de los oficiales de Artorius; y Bedwyr pudo ser el romano Betavir.

Los contingentes de caballería resultaron eficaces, porque en 493 Artorius logró un triunfo resonante contra los *angli* o anglos en la batalla de la colina de Badon. Difícilmente puede infravalorarse esta victoria porque aseguró la paz con los anglos durante medio siglo. Los restos arqueológicos son bien reveladores al respecto pero apenas nos pueden transmitir el tremendo impacto emocional que causó esta batalla entre los contemporáneos de Artorius. Para ellos, seguramente fue un claro ejemplo de cómo la Luz vencía a las Tinieblas, la Civilización a la Barbarie y Cristo a los dioses paganos.

Parece ser que, a lo largo de su vida, Artorius chocó ocasionalmente con algunos monasterios, pero su relación con la iglesia fue muy fecunda y él mismo era considerado —y se consideraba— un cristiano devoto. El período de paz que se produjo después de la batalla de Badon encaja, por lo tanto, en la época de esplendor y paz de las leyendas artúricas, esplendor y paz logrados —no lo olvidemos— por la acción de sus caballeros. No son éstos los únicos paralelos bien significativos entre Artorius y Arturo. Pasemos a su vida privada.

El ciclo artúrico habla del matrimonio del monarca con Ginebra y del adulterio ulterior de ésta. La base real de la leyenda es obvia. En la realidad, Artorius se casó dos veces. Su primera esposa fue Leonor de Gwent. Que ese matrimonio no duró resulta indiscutible aunque no es fácil saber si Artorius se divorció de ella —la práctica del divorcio no planteó problemas canónicos hasta muy avanzada la Edad Media y aun entonces sólo en el cristianismo occidental— o si Leonor lo abandonó lo que podría ser la base de la leyenda del adulterio regio. La segunda esposa de Artorius sí se llamó Ginebra. Al parecer, era de ascendencia romana y había sido criada en la casa de Cador, el *magister militum* de Artorius. El matrimonio debió celebrarse en torno al 506.

El enlace con Ginebra fue muy cercano temporalmente —nueva coincidencia— a la proclamación de Artorius como *imperator* en una nueva capital situada ahora en Luguvalium. El título era honorífico y, generalmente, sólo implicaba la obtención de una gran victoria militar lo que, en realidad, había sido cierto. Sin embargo, no puede descartarse que Artorius intentara cimentar un nuevo orden político ahora que resultaba obvio que el Imperio romano de occidente —desaparecido en el año 476— no iba a volver a existir.

Que Artorius tenía razón al actuar así es obvio para nosotros que conocemos la historia posterior pero, desde luego, distaba mucho de ser tan claro para sus contemporáneos. De hecho, fueron varios nobles romanos los que se opusieron directamente a las acciones de Artorius. Su peor adversario fue Lancearius Medrautus —el Mordred de la leyenda— que era hijo del rey norteño Dubnovalo Lotico y de Ana Ambrosia, la hija de Aurelio. Dado que Artorius había sido adoptado por Aurelio cuando era joven, Lancearius Medrautus era su sobrino y su madre, una hermana de Artorius… exactamente igual que en las leyendas artúricas. Medrautus contaba además con un enorme ejército al que había incorporado escoceses, irlandeses, anglosajones y otros enemigos de Artorius.

En el año 514, Artorius, con una parte de sus fuerzas, abandonó una campaña que mantenía contra los *barbari* y se dirigió hacia su capital. Medrautus lo esperaba para aniquilarlo. El primer choque tuvo lugar en Verterae y concluyó con una victoria de Artorius. Sin embargo, Medrautus logró romper el cerco y escapar. Perseguido por Artorius, se dirigió hacia el norte, hacia la fortaleza romana de Cambloganna —la Camlann de las leyendas— situada en el muro de Adriano. Allí —en un enclave conocido actualmente como Birdoswald— se produjo el enfrentamiento decisivo con Artorius.

Tanto Medrautus como Artorius perecieron en la batalla. Sin embargo, este último fue llevado a Avalon por razones que no han sido establecidas. Era el año 514 y con el fallecimiento de Artorius, la lucha para defender Britannia del paganismo y de la barbarie llegaba a su fin. Ni la civilización romana ni el cristianismo iban a contar ya con una defensa eficaz en mucho tiempo. Comenzaba la «Edad Oscura». Hasta ahí la historia de Artorius que aparece relatada en las páginas anteriores. Pasemos ahora a Merlín.

Como queda señalado en la novela, Merlín era un sobrenombre derivado de una especie de halcón y de pez. Muy posiblemente, se pretendía dejar de manifiesto las cualidades supuestamente prodigiosas del personaje, cuyo nombre verdadero, tal y como se revela al final de la novela, era Dubricius. Erudito y buen conocedor de la literatura clásica —su pesar por no poder encontrarse en el cielo a Virgilio es real— Dubricius fue decisivo en el nombramiento de Artorius como sucesor de Aurelius Ambrosius, visitó con él los restos del muro de Adriano para articular un sistema efectivo de defensa y procuró transmitir el saber clásico a través de un *studium* situado en el norte de Britannia. Sabemos igualmente que se negó a asistir a la coronación de Artorius como *imperator* —muy posiblemente porque temía las

consecuencias— y que fue él quien condujo sus restos a Avalon. También poseen una base histórica sus andanzas infantiles ante Vortegirn y su educación por Blastus. Queda por hacer una referencia a Vivian, la dama del lago.

Vivian fue un personaje real que, efectivamente, vivió una historia de amor con Merlín y que debía pertenecer al mundo pagano. Muy posiblemente, fue esa circunstancia la que provocó la ruptura entre ambos aunque ese episodio dejó una huella imborrable en el alma del sabio. Las leyendas posteriores hablarían de cómo Vivian lo aprisionó hasta el final de sus días; seguramente, la base real de esa afirmación fue no tanto material y mágica como espiritual. Un cristiano convencido como Merlín nunca llegó a librarse del todo del recuerdo de aquella historia de amor cuyos perfiles tan sólo podemos imaginar.

Artorius fracasó en su proyecto de construir un reino de Britannia. Sin embargo, su esfuerzo había sido tan titánico y sus metas —la defensa de la paz, el orden, el imperio de la ley y el cristianismo— habían rezumado tanta nobleza que la leyenda se apropiaría del personaje convirtiéndolo en un símbolo no sólo nacional sino universal. Según la leyenda, las hadas cuidan de él en la isla de las manzanas —Avalon— y de allí regresará, valiente y victorioso, si algún día Inglaterra ve cernerse sobre ella una amenaza similar a la de los *barbari* que antaño derrotó el inigualable caudillo. En realidad, Artorius —y Merlín—Dubricius— constituyen paradigmas de una nobleza de alma que puede equivocarse e incluso, ocasionalmente, desviarse de la meta, pero que, a la vez, antepone el cumplimiento del deber y el servicio a los demás a cualquier otra consideración confiando con firmeza en la guía del Dios de Amor que se encarnó para morir por el género humano en el Calvario.

Madrid, primavera de 2006.



CÉSAR VIDAL MANZANARES (Madrid, 1958) es doctor en historia, filosofía y teología, así como licenciado en derecho. Ha enseñado en distintas universidades de Europa y América, y es miembro de prestigiosas instituciones académicas, como la American Society of Oriental Research o el Oriental Institute de Chicago. Actualmente colabora en distintos medios de comunicación como La Razón, Libertad Digital, Chesterton y Muy Interesante. Es autor de más de un centenar de libros, que habitualmente se sitúan en los primeros puestos de las listas de los más vendidos y que han sido traducidos a media docena de lenguas. Entre sus premios literarios destacan el de la Crítica «Ciudad de Cartagena» a la mejor novela histórica del año 2000, el premio Las Luces de Biografía 2002, el premio de Espiritualidad 2004, el premio Jaén 2004, el IV Premio de Novela Ciudad de Torrevieja (2005), el de novela histórica Alfonso X el Sabio 2005 y el Algaba 2006 de biografía. Sus éxitos literarios son numerosos, y pocos autores han logrado ventas tan altas de tantos títulos simultáneamente. Entre sus obras más recientes destacan *Los masones* (2004), *Paracuellos-Katyn* (2005), *Bienvenidos a La Linterna* (2005) y *Jesús y Judas* (2007), y las novelas históricas *El médico de Sefarad* (2004), *El médico del Sultán* (2005), *Los hijos de la luz* (2005), *Artorius* (2006) y *El judío errante* (2008).

Notas

[1] *Barbarus (pl. barbari)*: En latín, bárbaro, extranjero que no comparte la cultura romana. El concepto procede de Grecia. <<

[2] Debería decir *barbarus*, pues «solo un» hace referencia a singular. *Barbari* es plural [Nota del escaneador]. <<

[3] *Eques*: Caballero, perteneciente al orden ecuestre. Grupo social entre el orden senatorial y el pueblo (*plebs*). El término se usaba también para referirse a los jinetes. <<

[4] *Britanni* (britanos): Conjunto de pueblos de origen celta que habitaban en la mayor parte de lo que actualmente es Inglaterra y Gales. Tributarios de Roma desde el 55 a. C., quedaron sometidos al imperio a partir del 43 d. C. A partir del siglo I d. C. se identificaron totalmente con la cultura romana, adoptando incluso su lengua. <<

[5] *Castra*: Campamento romano, estable o provisional. <<

[6] *Regissimus*: Cargo militar de la época bajo imperial. **<<**

[7] *Rex*: Rey. <<

[8] *Dominus* (fem. domina): En latín, señor, tratamiento de respeto. <<

[9] Concédeme esta última labor. Aún debes decirme algunas cosas más. <<

[10] Ciertamente quiero hacerlo. <<

[11] *Miles (pl. milites)*: Soldado que ya ha pasado el periodo de instrucción. <<

[12] *Garum*: Salsa que se mediante la fermentación de despojos de distintos pescados (atún, esturión, morena…). Servía para acompañar la comida. Era muy popular en Roma. <<

[13] *Limes* (límite): Frontera del imperio romano, en especial la fortificada. **<<**

[14] ¿Hablas latín? <<

[15] Lo hablo, *Regissime*. <<

[16] ¡Alabado sea Dios! ¿Eres discípulo de Blastus? <<

[17] Ciertamente. <<

[18] Debería decir *castrum*, neutro singular, en vez de *castra*, el plural del neutro [Nota del escaneador]. Nótese esto mismo a lo largo del diálogo siguiente. <<

[19] *Magister militum*: Comandante en jefe del ejército durante el Bajo Imperio. <<

[20] *Praefectus* (prefecto). Alto funcionario, el máximo responsable de un departamento. El *praefectus castrorum* era un mando militar, generalmente un centurión, que tenía el mando de una legión cuando el legado estaba ausente. <<

[21] *Visigothi* (visigodos): Rama occidental del pueblo godo. Se establecieron a fines del siglo IV al sur del Danubio central; en el 401 pasaron a Italia y en el 412 llegaron al sur de las Galias y la península Ibérica. En fecha tan temprana como el siglo VI, sus autores sostenían que regían una nación denominada España de raíces cristianas y romanas. <<

[22] *Castra* es plural, por lo que procedería o *castrum*, como ya se apuntó anteriormente [Nota del escaneador]. <<

[23] *Castra* Valga lo dicho en notas anteriores [Nota del escaneador] mujer. <<

[24] ¿Qué quieres? <<

[25] Quiero ver al *Regissimus*. **<<**

[26] ¿Quién eres? <<

[27] Soy físico, soldado. <<

[28] El Regissimus quiere verme. <<

[29] Soldado. <<

[30] Ven conmigo. <<

[31] Soy yo. <<

[32] *Ius romanum* (derecho romano): Conjunto de las leyes que ordenaban la convivencia en Roma. **<<**

[33] *Dux*: En el Bajo Imperio romano, jefe militar y, posteriormente, gobernador militar de un territorio amplio. **<<**

[34] *Procurator*: Administrador de bienes de otro, por ejemplo, un ausente. El *procurator rei publicae* administraba bienes del estado. <<

[35] *Clibanarius*: Miembro de la caballería pesada romana del siglo III d. C. <<

[36] *Cataphractarius Civis romanus*: Miembro de la caballería pesada romana de fines del siglo V d. C. Ciudadano de Roma. En el año 90 a. C., tras la Guerra Social, este derecho se amplió a todos los habitantes libres de la península Itálica y en el 212 d. C., durante el reinado de Caracalla, a todos los habitantes del Imperio. <<

[37] *Picti (pictos)*: Pueblo bárbaro que habitaba en las Highlands de la actual Escocia. <<

[38] *Scoti* (escotos): Nombre latino de los *gaidheal*, pueblo gaélico que se instaló en la actual Escocia, procedente de Irlanda, entre los siglo III y V d. C. <<

[39] *Angli* (anglos): Pueblo germánico que se estableció en la zona norte y centrooriental de la actual Inglaterra (Northumbria, Anglia y Mercia). **<<**

[40] ¿Alguno sabe latín? <<

[41] Bastante. <<

[42] Entonces hablemos en latín. <<

[43] ¿Entiendes lo que digo? <<

[44] Si hablas despacio, lo entiendo todo. <<

[45] *barbari* es plural, por lo tanto está mal empleado, sería *barbarus* [Nota del escaneador]. **<<**

[46] No hablas lo suficientemente alto. <<

[47] Escuchad, *barbari*. <<

[48] Sois perros. <<

[49] Marchad en mala hora. Apenas puedo contenerme para no poneros las manos encima. <<

[50] Os escupo. <<

[51] Aún habrá otras guerras y el gran Aquiles será enviado nuevamente a Troya. <<

[52] *Imperator*: Magistrado dotado de imperium es decir, potestad de mandar el ejército. Con el paso del tiempo pasó a ser uno de los títulos de emperador. <<

[53] *Studium*: En latín, «aplicación», «celo», «dedicación». Posteriormente su sentido evolucionó hacia el de centro de estudios. Habitualmente relacionado con ámbitos eclesiales, en él encontramos el antecedente directo de las universidades. **<<**

[54] *Cónsul* (lat. *consul*): Máxima magistratura romana tras la caída de la monarquía. Cada año se elegían dos. La magistratura, convertida en cargo honorífico, siguió existiendo hasta el final del Imperio. <<

[55] No quiero marcharme, maestro. <<

[56] No ha de prevalecer el deseo, sino la voluntad. <<

[57] Te doy las gracias, maestro. <<

[58] Muchísimas gracias. <<

[59] Te estoy muy agradecido. <<

[60] *Spatarius* (espatario): En el Bajo Imperio y en el reino visigodo, miembro de la guardia real. <<

[61] Todavía habrá otras guerras y una vez más el gran Aquiles será enviado a Troya. <<